



Mile Bluett

EL REGRESO
DEL
CABALLERO

Serie Romances Victorianos VIII

EL REGRESO DEL CABALLERO

SERIE ROMANCES VICTORIANOS VIII

Mile Bluett



Título: El regreso del caballero
Libro 8
Serie: Romances Victorianos
Autora: Mile Bluett.
©Mile Bluett, Octubre, 2024.

Banco de imagen: ©Pixabay
Diseño de Portada: Pamela Díaz

Esta obra está debidamente registrada y tiene todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción, la divulgación y de esta por cualquier medio o procedimiento sin la autorización del titular de los derechos de autor. Es una obra de ficción, cualquier parecido con la realidad es solo coincidencia.



Índice

[Índice](#)

[Sinopsis](#)

[Prefacio](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Epílogo](#)

[Mile Bluett](#)

Sinopsis

Daisy Peasly es la señorita más dulce, comprensiva y valiente. Mientras sus inseparables amigas disfrutan sus temporadas, se enamoran y consiguen estupendos matrimonios, ella solo quiere sumergirse en sus libros románticos. Sueña, sin prisas, que algún día un caballero la cortejará y le declarará sus sentimientos, haciéndole vivir un amor arrebatador y para siempre.

Bradley Montagu ha recibido una carta de su madre, anunciando el fallecimiento de su progenitor. Ahora es el nuevo **conde de Pembroke**. Debe abandonar Normandía y viajar para encargarse de sus responsabilidades, aunque signifique enfrentar el pasado y las heridas sin cerrar. A su regreso le espera el reencuentro con sus camaradas de Oxford y un lugar como exalumno en la regata más importante de Londres.

¿La vida les tendrá reservada una sorpresa cuando al fin se conozcan? ¿Enamorarse es una trampa del destino? ¿O el porvenir se construye al pasar cada página, como en esos libros de amor que lee Daisy?

Dedicatoria

Para mi esposo y mi hijo, los amo con todo el corazón.

Prefacio

Londres, 24 de enero de 1866

Querido Brad:

Con profundo dolor plasmo estas letras. Espero que tu desgarradora ausencia, a la que nos has sometido, haya servido para calmar la tormenta y la confusión de tu corazón. Es hora de que dejes de huir y enfrentes tus responsabilidades. La vida de libertino sin ataduras y llena de excesos que has mantenido, lejos de Inglaterra, debe llegar a su fin. Tu padre ha partido para siempre. Ahora eres el conde de Pembroke, y como tal, te exijo que vuelvas, que ocupes tu escaño en el Parlamento, que procures buenos matrimonios para tus tres hermanas, y que te desposes con una señorita de familia respetable para que engendres herederos.

Tu hogar espera por su único dueño y señor.

Tu madre, Patience, condesa de Pembroke

Capítulo 1

Londres, 24 de marzo de 1866

A pesar de que la primavera había arribado, el viento soplaba fuerte desde el suroeste. El agua del Támesis se agitaba, pero eso no hacía desistir a los hombres en los botes, quienes se enfrentarían en la carrera más esperada del año: la universidad de Oxford, los Dark Blues, contra la de Cambridge, los Light Blues. Todos aguardaban el disparo de salida.

Daisy Peasly, la segunda hija de los barones Peasly, no solía acudir a ese tipo de eventos, pero se mostraba interesada al igual que todos los demás. Con avidez miraba en dirección de su futuro cuñado, el marqués de Bloodworth, más conocido como lord Oso, por quien ella y su familia acudieron al lugar.

Oso ocupaba el puesto de *stroke* —el golpe— de los Dark Blues. La fiereza estaba impresa en los ojos del marqués, quien quería retirarse con honor de *The Boat Race*. Luciría con orgullo su chaqueta azul oscura por última vez. La lealtad de su equipo era contagiosa para los espectadores. Cinco de sus compañeros de remos también eran exalumnos de Oxford y volvieron para despedirlo con gloria. Todo un acontecimiento.

La señorita Peasly se llevó las manos a la cabeza para tratar de retener el bonete que fue arrancado por una violenta ráfaga, su recogido se deshizo, y se puso a arreglar el estropicio. Libraba una batalla campal contra sus bucles rubios que se rebelaban, cuando algo captó su absoluta atención. Los dedos se quedaron quietos, y los rizos se batieron como las crines de un potro salvaje, mientras sus ojos castaños se cruzaron con los grises turbulentos del remero más próximo a Oso.

—Oh, Dios misericordioso —susurró en una exhalación, sobrecogida por la impresión que tuvo.

—¿Estás bien, Daisy? —le preguntó su hermana mayor, Rose, pero la aludida ni siquiera la escuchó.

Seguía absorta y no estaba sola en ello, el remero también la miraba.

El disparo de salida los obligó a romper el contacto y los Dark Blues partieron de Middlesex, remando con ahínco para enfrentarse a sus contrincantes. Los de Oxford lideraron la carrera desde el inicio.

Desde la ribera del río, ella pudo notar la espalda ancha del misterioso desconocido, su cabello oscuro y la fuerza con que movía los remos: un esfuerzo feroz e inquebrantable. Siguió con la vista el bote hasta que salió de su campo visual y se quedó con la emoción contenida.

Los rivales de Cambridge, los Light Blues, no estaban dispuestos a perder en otro año consecutivo. También se batían con coraje.

—¿Sucedó algo, Daisy? —insistió Rose. A sus veintiséis años era muy parecida a su hermana menor que acababa de cumplir veinte.

Ella negó y Rose le pasó un listón con el que pudo domar sus tirabuzones rubios y rebeldes.

—No, nada —respondió al fin.

—Te noto... exaltada. No imaginé que te iba a gustar tanto la carrera.

—Es emocionante —dijo lo que fuera, pero aquellos ojos grises seguían descontrolando sus latidos. La dominó la urgencia de saber su nombre.

Era su primera temporada, había sido presentada en febrero, a sus veinte, más tarde de lo normal para alguien de su edad, porque sus padres insistían en casar primero a Rose. Sin embargo, Daisy no estaba desesperada, ni con miedo a la soltería, como otras debutantes. Para ella todo era nuevo, sorprendente y lleno de emoción. Apenas había transcurrido un mes desde que se retomaron las sesiones del Parlamento, pero tras bailes, conciertos, reuniones para el té y otros compromisos, aún no había establecido ningún tipo de simpatía por algún caballero.

Ninguno de los candidatos que le presentaron, causaron un efecto en ella que fuera memorable. Así que acudió sin esperar que ese día resultara diferente. Su madre, lady Peasly, estaba tan preocupada por casar a Rose, que a Daisy no le prestaba la misma atención. Lo que no era para nada motivo de reproche, al contrario, le permitía gozar de menos presión, tener más libertad para explorar. Aunque siempre bajo la supervisión de la señorita Chapman, quien fue su institutriz y después se quedó al lado de la familia para desempeñarse como dama de compañía de las muchachas.

Daisy no imaginó que en aquella competencia de botes entre las universidades de Oxford y Cambridge, iba a encontrar un rostro atractivo que la hiciera sentir sacudida desde los cimientos. Era una sensación desconocida, pero decidió ser cautelosa. Ella no sabía quién era, no conocía a los remeros Dark Blues, salvo al duque de Weimar y a Oso. Pero eso no duró demasiado. El rumor llegó con rapidez al lado del río donde aguardaban. Todos murmuraban acerca de que el hermético conde de Pembroke había vuelto a Londres tras años de ausencia.

Cuando llegó hasta el sitio donde aguardaba, la noticia de que Oxford arrasó al final de la

carrera, proclamándose vencedor, no imaginó que en breve tendría al caballero misterioso frente a frente. Creyó que iba a abandonar el Támesis sin la posibilidad de conocerlo.

Emery Osborne, lord Oso, no tardó en acercarse a ellas. Volvió saludarlas y las señoritas lo felicitaron. Era un hombre de enorme estatura, musculoso y de voz grave, atributos a los que debía su apodo. Venía acompañado por su amigo, por lo que Daisy comenzó a inquietarse; intentó pasar desapercibida, pero no tuvo éxito.

—Quiero presentarte a mi prometida, la señorita Peasly, y a su hermana, la señorita Daisy —dijo su cuñado.

Pembroke se acercó con un halo de seguridad que no lo abandonó ni un solo momento. Oso lo introdujo a la familia Peasly:

—Bradley Montagu, conde de Pembroke.

El aludido hizo una ligera reverencia con la cabeza que, aunque perseguía la finalidad de parecer cortés, dejaba entrever un aire de insolencia.

Bradley era orgulloso por naturaleza, la vida lo hizo desconfiado, solía poner distancia con quienes no conocía. Sin embargo, en su interior tenía calidez para los que consideraba cercanos y merecedores de su confianza.

—Señorita Peasly —le correspondió el caballero a Daisy cuando le llegó el turno de ser presentados. Era correcto, pero su mirada poseía una fuerza incendiaria que provocó un remolino de nervios en su interior. Ya tenía el nombre, sin mucho esfuerzo.

—Milord. —Fue todo lo que ella logró articular en su presencia. Odió sentirse así, con un maremoto de emociones sacudiéndola. Disimuló todo lo que pudo.

Con el rabillo del ojo, Daisy distinguió la mirada retadora del hombre, y su voz desafiante. Mientras el conde saludaba a los demás, ella continuaba temblorosa. Jamás se había sentido de esa forma ante caballero alguno. El varón irradiaba tanto ímpetu que ella tuvo que respirar profundo para corresponder a su reverencia.

Capítulo 2

Bradley se rascó la nuca al abandonar el sitio donde sus camaradas de equipo celebraban. Con total alevosía, volteó hacia atrás para ver una vez más a la menor de las Peasly, la que también lo contempló una última vez. La joven se le hizo valiente. Una señorita habría enterrado la vista en el suelo al saberse descubierta por la ávida mirada de un caballero, pero ella no tuvo temor —o eso creyó percibir él—. Desconocía que Daisy peleaba una batalla contra su pudor, por dentro.

El conde negó cuando una sensación conocida amenazó por colarse por las grietas de la coraza enmohecida sobre su pecho. Si con solo una mirada la señorita le hizo sentir un atisbo de interés tan profundo, sabía que era la señal para poner distancia. Estaba conforme con su estilo de vida, no iba a arriesgar el equilibrio que ganó a base de la dura experiencia de madurar.

Dos años atrás, había partido con las esperanzas rotas y lleno de resentimiento contra su padre, quien se entrometió en sus planes, causándole un profundo dolor. Ni siquiera pudieron hacer las paces. Cuando recibió la carta de su madre, comunicándole que su progenitor había muerto y que debía volver a Londres para ocupar su legítimo puesto, ya no se podía hacer nada. Dos meses le tomó poner sus asuntos en orden, y dejar de titubear por el peso que recaería sobre sus hombros, uno al que no podía renunciar. Era el nuevo conde, su derecho de nacimiento.

Regresó de Francia para cuidar a su madre y a sus hermanas pequeñas y hacer las gestiones correspondientes con el fiel administrador del patrimonio familiar. Los libros de cuentas lo dejaron estupefacto, su padre había hecho un esfuerzo considerable, pero se aferraba a las antiguas costumbres, y el condado estaba en serios problemas económicos.

No era de los que se quedaban a celebrar el triunfo, el carruaje ya lo esperaba. No iba a permanecer mucho tiempo en Londres y quería dedicar parte de su estancia a convivir con su madre y sus hermanas. De haber sido más estable, las habría invitado a Ruan con él, pero no podía arrastrarlas a Normandía, no estaba lo suficientemente asentado como para llevar a las mujeres. Aparte de la casa en Ruan, tenía unas habitaciones decentes cerca del puerto de Le Havre, encima de las bodegas donde guardaba el vino que exportaba a Inglaterra. Y poseía otra residencia similar en Burdeos, donde estaban la mayor parte de sus proveedores.

De su familia nadie acudió a verlo remar, pero cuando entró por la puerta principal las hermanas lo acapararon para preguntarle detalles. Los rostros de las tres damitas se iluminaron al saber que el equipo de Bradley fue el vencedor. Pero la celebración no duró mucho, su madre no tardó en desanimarlos.

—¿No vas a llevar luto por tu padre? ¿Ni siquiera un crespón en el brazo? —inquirió Patience angustiada.

—Madre, si le complace me pondré el lazo —contestó circunspecto.

—Era tu padre —le reclamó, haciéndoles una seña a las jovencitas para que se retiraran—, y tardaste dos meses en volver. Todos murmuran que regresaste solo por la regata, por estar en la última competencia de tu amigo. Es una humillación para la memoria de tu sangre, de tu progenitor.

—También me desgració la vida —murmuró con la mandíbula tensa, aguantando las ganas de gritar por respeto a su madre.

—Te salvó de casarte con una cazafortunas —musitó ofendida.

—Esther no era una cazafortunas, todo lo contrario.

—Lo sé —aceptó—, pero no te convenía. Te olvidó, se casó con otro. —Le echó en cara, según ella para quitarle la venda de los ojos. Pero, ni siquiera el despecho provocó que Bradley se cegara ante la cruel realidad de la manipulación de su padre con la familia de Esther.

—La convencieron de que era lo mejor. No quiero imaginar los métodos de persuasión que habrá usado mi padre para convencer a su familia de alejarla de mí.

—¿Aun así, la defiendes? —inquirió la condesa viuda llena de indignación.

—Y la perdono, aunque me haya destrozado el corazón. Los Booth están en clara desventaja social ante nosotros. El sustento de la familia del padre de Esther dependía del condado, no podía oponerse al «conde».

—Esther ya no es Booth, ahora es Gilbert —le restregó en el rostro.

Bradley, mortificado, bajó los ojos. El tema aún le dolía, no por Esther, sino por la angustia que padeció cuando supo de ese matrimonio. La joven ni siquiera tuvo valor para terminar la relación. Bradley se enteró cuando escuchó las campanas del pueblo anunciar que había ocurrido un casamiento. La vio abandonar la iglesia de la mano de su nuevo esposo. Y fue su padre quien lo llevó a ver el desgarrador acontecimiento. Aún recordaba la vergüenza en los ojos de Esther.

Ese día jamás lo olvidaría, fue la primera vez que sintió un sufrimiento tan agudo. A medida que su corazón se rompía lleno de desilusión, podía sentir en su carne la agonía física. Por eso abandonó Londres, por eso se enemistó con su padre y por eso a pesar de que el conde había fallecido, él aún le guardaba rencor. Pudo olvidar a Esther con el tiempo, pero no el daño que, sin piedad, su padre le causó.

—Nadie me convencerá de que no era amor —rebatíó conteniendo la ira—. Sé que hubiéramos sido felices. Sin embargo, acepto que lo nuestro ya se terminó.

—Debes aceptarlo. La señora Gilbert —enfaticó para que él dejara de llamarla por su nombre de pila—, tiene una hija y está esperando al segundo. Evidencia de que no le disgusta su marido —agregó con un mohín de suficiencia—. El joven es de su misma posición, de buen ver y tengo entendido que vive en una pequeña finca bastante acogedora.

—Que seguramente construyeron con el dinero que mi padre usó para sacarla de mi vida —masculló irritado—. No seguiré reclamando por lo sucedido. Esther prefirió romperme el corazón que luchar a mi lado contra ideas preconcebidas acerca de quién debemos enamorarnos. Yo... ya lo he superado.

—Espero que también te hayas librado de tu amante francesa. Necesitas concentrarte en tus nuevas responsabilidades —lo sermoneó.

—Me sorprende lo bien informada que está sobre las circunstancias de su primogénito, incluso cuando este se ha ido lo suficientemente lejos para que sus padres ya no se entrometan en su vida.

—Tu padre te seguía los pasos. Entendía tu resentimiento, pero no iba a abandonarte a tu suerte. Te amaba, por eso tomó las decisiones que ahora te pesan.

—¿De mis amantes me encargo yo! —se sobresaltó. Se rascó la cabeza e inspiró hondo para intentar mesurarse—. Por favor, no meta sus narices nunca más en mi intimidad.

—¿Por el amor de Dios, no hables en plural de tus afectos en mi presencia! Respeta la decencia de esta casa —exclamó abanicándose con la mano, acalorada por tal revelación.

—Usted sacó el tema a relucir —blandió con mordacidad, aguantando una risa irónica. Su madre lo había fustigado, no estaba mal darle un escarmiento por hurgar en los asuntos privados de un hombre adulto—. Ahora lo que deseo es ponerme al corriente de todo lo concerniente al patrimonio familiar; para que, cuando en agosto zarpe de regreso a Francia, las deje bien protegidas.

—¿Piensas abandonarnos, Bradley? —interpeló horrorizada. Su mayor anhelo al embarazarse de él había sido tener un hijo varón. Cuando lo tuvo en sus brazos, veintiocho años atrás, sintió que cumplió con lo que se esperaba de ella. Ya había un sucesor para el linaje—. Me decepcionas.

—No las dejaré a su suerte. Pero no procuraré matrimonio para mis hermanas, ellas elegirán con quienes deseen casarse. Tampoco ocuparé escaño alguno en el Parlamento. Y menos,

buscaré esposa y tendré herederos. No está por ahora en mis planes. Si yo no tomo las riendas del condado y doy un giro a la forma en que mi padre llevó nuestra economía, en menos de un año podríamos estar enfrentándonos a la pérdida de nuestros bienes.

—Pero si en tiempos de tu padre jamás nos privamos de nada —reconoció la condesa viuda la realidad que conocía.

—Exacto, pero de un arca donde se saca a manos llenas y no se ingresa un penique, pronto se verá el fondo...

—Entiendo —murmuró la mujer ya sin nada que objetar—. ¿Dices que, nuestra fortuna ha mermado de modo alarmante?

—Regresaré a Burdeos en agosto y traeré una cantidad considerable de cajas de vino. Venderé mis posesiones allá, y sentaré las bases para manejar mi negocio desde aquí. Conservaré solo las bodegas en Le Havre. Tendré que viajar de tanto en tanto para supervisar que todo marche sobre ruedas.

—Eres un conde, no un comerciante de vino —se quejó con un hilo de voz. A su difunto esposo aquello no le hubiera gustado nada.

—Gracias a mi previsión, usted y mis hermanas podrán conservar sus posesiones, sus sirvientes y sus caprichos. ¿Está segura de que no es necesario? Muchos nobles fraccionan sus tierras para venderlas, y dejan las fincas que en el pasado dieron orgullo a sus títulos. ¿Quiere que la propiedad del emblema familiar pase a otras manos?

—Dios sabe que no, nunca. Sería una vergüenza difícil de sobrellevar.

—Con el dinero que logre juntar de la venta de mis propiedades y mis ahorros, espero sanear las cuentas y hacer reformas en nuestros métodos de cultivo para que las tierras sean rentables —aclaró Brad—. Por las dotes de mis hermanas no se preocupe, están a salvo.

La madre suspiró de alivio. Su hijo parecía tener el control de la situación. Después de todo, la distancia no solo había aportado libertinaje a su vida. Él desarrolló las ideas que siempre tuvo y que su padre se dedicó a desalentar.

—Gracias, querido Brad —murmuró al fin, reconociendo su error. Se le acercó lentamente y lo abrazó—. Ahora eres cabeza de esta familia. Aunque las circunstancias son tristes, es un alivio que hayas vuelto a tu hogar.

Bradley se quedó tieso como una piedra, solía evitar el contacto físico desde la desilusión que sufrió. Pero era su madre quien lo estaba abrazando, la misma que lo mimó y le cantó tantas nanas cuando era pequeño y no podía dormir. Decidió perdonarla por no haberlo apoyado, por

cruzarse de brazos cuando su padre sacó a Esther de su vida. Se rindió a su suavidad y su ternura. La necesitaba. Y, aunque no lloró por la pérdida de su progenitor, en ese cálido abrazo encontró consuelo para el dolor que su ausencia le hizo sentir.

Capítulo 3

Londres, Peasly House, Agosto de 1866

Daisy suspiró mientras observaba a la doncella elegir los atuendos de amazona que luciría en la última visita que harían esa temporada. Como cada año, cerraban las actividades aceptando la invitación de los condes de Allard para su evento anual de la caza del urogallo rojo. Y al culminar ese compromiso, unos boletos ya la esperaban para viajar con su madre a París.

Cuando el verano llegara a su fin, Daisy Peasly tendría que tomar una decisión importante, subirse a un barco con su madre y retrasar sus planes personales o permanecer en Londres. Lo último que deseaba era irse en ese justo momento, en que una ilusión la rondaba. Sus mejillas incendiadas cada vez que lo evocaba era una evidencia irrefutable. Jamás en su vida había sentido las sutiles alas de las mariposas revoloteando en su interior. Pero ella creía en el destino y las coincidencias, por eso su pecho le gritaba que era un pésimo momento para poner el mar entre ellos, justo cuando él..., el misterioso caballero Dark Blue, había regresado. Temía que si se subía en ese barco, cuando volviera a Inglaterra, ya no tendría oportunidad de acercarse e intentar conquistarlo. Porque no se iba a conformar con la suerte de una señorita, ella no se quedaría sentada a esperar el ansiado final para su cuento de hadas.

La tensión entre ellos era palpable. En los eventos de la temporada donde coincidieron lo sorprendió absorto mirándola, en más de una ocasión. Eso sí, al ser descubierto, Bradley se recomponía y trataba de actuar con naturalidad, con la misma falta de interés que tenía por los demás. Y por supuesto, ella, llena de orgullo, respondía simulando poco interés también. No podía exponer que había sucumbido ante el aura poderosa del conde que «no parecía inmutarse por su existencia».

Sin embargo, ni Pembroke se acercó a ella para entablar una conversación sobre la evidente conexión que tenían, ni ella propició que aquello sucediese. Se preguntaba por qué. Otro caballero en su lugar se habría acercado, más teniendo en cuenta que el día que se conocieron una chispa incendiaria se había producido entre los dos.

Se dejó caer, dubitativa, en una robusta silla de patas torneadas que tenía frente a su secreter, intentando comprender el complejo mundo de la mente masculina. Estuvo tentada de escribirle a Isabelle, su amiga y, a su vez, hermana del anfitrión al evento de cacería, con la intención de indagar si entre los invitados se encontraba Pembroke. De lo contrario, asistir sería

una pérdida de tiempo, tomando en cuenta sus propósitos. Sin embargo, aunque tenía confianza en Belle no lo hizo. Lo último que deseaba era parecer desesperada, ni para su amiga, ni para sí misma.

Era consciente de que nada los unía. Solo intercambiaron una presentación, algunos saludos y varias palabras triviales en situaciones sociales, como la boda de su hermana Rose; donde Daisy pudo admirarlo de cerca y se prendó más de su gallardía, de su aire misterioso, resultado de los rumores que su regreso traía consigo.

Curvó sus labios al evocar la sonrisa irónica del lord, el día que lo conoció, cuando aquel bromeaba con sus compañeros de equipo, mientras celebraban la victoria en el Támesis.

Si se iba a París ahora que él había vuelto, tal vez se perdía la oportunidad de coincidir, y tenía que reconocer que una fuerza abrasadora la recorría de pies a cabeza ante la posibilidad de verlo de nuevo.

—¿Aprovecho para preparar el equipaje que llevará a París? —preguntó la doncella—. Tendremos poco tiempo tras regresar de Yorkshire.

Daisy titubeó...

—Abby, es-pe-ra...

Si se quedaba... tal vez su madre desistía de partir con tal de no dejarla atrás. Y, Daisy era consciente de lo mucho que la baronesa necesitaba ese viaje, para olvidar las vicisitudes que sacudieron su matrimonio. Su padre la hizo sufrir mucho.

Su mente giraba en ese asunto, mientras su doncella la miraba esperando una respuesta.

—Lo decidiremos después —concluyó la joven y la mujer que llevaba años sirviéndola asintió—. No tengo que empacar todo mi guardarropa para Francia. París es la cuna de la moda. Si me faltase algo, allí lo podremos comprar. Ahora concentrémonos en Goldenshadow Castle. Quiero llevar los mejores atuendos, que no me falte nada.

Cuando arribaron al castillo, y comenzaron a apearse del carruaje que los fue a buscar a la estación del ferrocarril, vio a Pembroke entrando por la puerta principal. Sintió que el corazón se le agitaba. Estarían una semana entera bajo el mismo techo, y ya sería imposible que no tuvieran el tiempo de compartir más que un escueto saludo. Tal vez si se daba la ocasión, y conversaban, la chispa volvía a resurgir en él... porque en ella la tenue llama que provocó conocerlo no se

había apagado.

No tuvo oportunidad de saludarlo, porque el mayordomo tenía todo muy bien organizado. En breve un lacayo ya dirigía al conde a sus habitaciones, mientras Daisy y su familia eran recibidos por los Allard.

Descansaron un rato y después se cambiaron para el almuerzo, que sería un pícnic a los pies del formidable lago de la propiedad.

Cuando arribaron al lugar, se maravillaron con las carpas y las mesas dispuestas. Lacayos con libreas rojas servían bocadillos de salmón, trufas y carnes, junto a un vino francés que todos elogiaban, pero que su madre no le permitió probar.

Frente a ella tenía un libro que le prestó Isabelle, la hermana del anfitrión, cuando la saludó a su llegada. Lamentó que la muchacha no se dignara a salir de su encierro autoimpuesto, habría sido grato conversar con ella, pues solían hablar de todo y la pasaban muy bien. Pero Belle prefería mantenerse alejada del resto hasta ser presentada en sociedad, y contra eso, Daisy no podía hacer nada.

—Las aguas están tranquilas, el cielo no puede estar más azul y tenemos los botes. Sugiero que hagamos una competencia. —El duque de Weimar, amigo de Pembroke y antiguo remero de Oxford, se le ocurrió que iban a desperdiciar el estupendo tiempo que hacía, si no tenían una regata.

Con rapidez los caballeros que destacaban en remo dieron un paso al frente.

—Si lideras un equipo, Weimar, puedo hacerme cargo del segundo —ofreció el conde de Allard, dueño de la propiedad y antiguo remero del equipo Light Blue de Cambridge. Su hermano menor no tardó en formarse a su lado, quien estaba listo para seguirle los pasos al conde matriculándose en su *alma mater*. Otros exalumnos de su escuela se les unieron.

—Los que provienen de Oxford y otras escuelas, vengan conmigo. No me dejen solo, por Dios —pidió el duque.

Daisy se fijó en Pembroke, él dio un paso al frente y se le unió a su excelencia. El hermano de la señorita Peasly le guiñó un ojo cuando tomó la decisión de unirse también al segundo equipo.

—¿Estás seguro, Jake? Esos hombres se ven muy experimentados... —lo previno Daisy. Jacob era muy joven, un año menor que ella.

—Practiqué antes de salir de Eton, dame un poco de crédito. Incluso, estoy pensando en unirme al equipo de Oxford en la universidad.

Cuando Pembroke tomó la mano de Jacob para ayudarlo a subirse al bote, y terminarlo de convencer, Daisy sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Habría asegurado que él no estaba al tanto de su conversación, pero no podía estar más equivocada.

—Cuidaré a su hermano, señorita Peasly —le dijo Pembroke con un guiño que se convirtió en un flechazo que le atravesó el pecho. Las mariposas volvieron violentas a sacudirse dentro de su estómago. Él recordaba quién era y la miraba otra vez con complicidad, aunque fuera por un momento fugaz.

—Jacob lo va a sorprender, milord, mi hermano es muy obstinado. Más cuando se trata de ganar —le respondió.

—Es lo que se necesita.

Daisy volvió a su mesa y antes de sentarse vio a Angelina, la joven duquesa de Weimar, indicarle con un gesto que se acercara a la suya. A su lado estaba la condesa de Allard, Elizabeth. Eran sus mejores amigas. Llevaban pocos años de casadas y la pasión por sus apuestos esposos era muy evidente.

—¿Pasa algo entre lord Pembroke y tú? —preguntó jocosa Elizabeth, lady Allard, cuando se les acercó. Poseía un corazón muy bondadoso y unos ojos marrones muy cálidos.

—¿Qué podría pasar? —disimuló Daisy mientras se sentaba. Se lamentó. No podía ser que se le notara.

—Parece que lord Pembroke está tratando de ganarse al futuro cuñado —bromeó Angelina con la picardía en los ojos, mientras se metía un mechón rubio rebelde dentro de su recogido.

Daisy volteó hacia donde los hombres se preparaban, y vio al conde de Pembroke, explicándole con amabilidad a Jacob cuál sería su función. Elizabeth rio por el comentario de su amiga.

—No lo creo... —Se molestó Daisy en explicar, pero a ellas no les importó. Estaban felices imaginando el enlace.

—Ha venido para hacerse cargo de sus responsabilidades como nuevo conde, dicen que la siguiente temporada estará listo para buscar esposa —le susurró Elizabeth.

—Creo que no se demorará tanto. Daisy, las matronas están alborotadas con el regreso del apuesto y rico Dark Blue, pero tú lo viste primero. —Más risas de la duquesa y la anfitriona—. No dejes que te ganen la partida.

Un lacayo apareció para ofrecerles vino a las damas, y cuando acercó la botella para llenar

la copa de Daisy la joven negó.

—¿No probarás el estupendo vino que nos ha obsequiado tu futuro prometido? —jugó Elizabeth.

—¿Él...? —inquirió asombrada, pero no terminó la pregunta—. No, mi madre dice que una señorita no debe beber alcohol hasta que esté casada. Prefiero quedarme en la seguridad que ofrece la limonada.

—No, no, no. Necesitas catar las bondades del conde de Pembroke —intervino Angelina, quien parecía que ya había acabado dos o tres de esas copas, por lo juguetona que estaba.

—¿Ni siquiera lo probarás rebajado con agua? —insistió Elizabeth.

—Debe catarlo en su estado más natural. Tu madre no se dará cuenta —la tentó la duquesa con una risita cómplice. Daisy entendía lo que hacían, ya no sabía si hablaban del vino o del conde de Pembroke.

Miró en dirección al lacayo, que permanecía en silencio y tieso como una estatua, sin mostrar expresión alguna por la conversación subida de tono de las mujeres. Daisy, con una inclinación de cabeza, accedió a que le sirviera una copa de la bebida. Cuando la llevó a sus labios sintió una explosión de sabores, no pudo disimular su reacción.

—No sé nada de vinos, pero esto sabe realmente bueno —reveló con inocencia la muchacha ante las risas de las otras dos.

Dio otro sorbo más considerable y tosió cuando el alcohol la dejó sin poder respirar. Se recompuso de inmediato y volvió a beber fascinada por la novedad.

—Es un buen partido, Daisy —reconoció Elizabeth dejando la jocosidad y poniéndose seria—. Supe que piensas viajar después de esta semana, no lo hagas hasta que ese compromiso sea un hecho.

—No nos ha pasado por alto cómo te mira, aunque Pembroke se esfuerza en disimular lo contrario —le advirtió Angelina.

—Su madre está decidida a buscarle esposa —informó Elizabeth mirando en dirección a la hermana de lady Pembroke, quien estaba sentada al lado de lady Abbott, la que tenía fama de casamentera—. Ya está en edad de establecerse. Mi tía —añadió para referirse a Abbott—, se ha acercado con sutileza a la tía del conde para sacarle información. Como tus amigas y de Rose, estamos de tu lado. Cuentas con nosotras. Es una pena que su madre no haya podido acompañarnos por respeto al luto.

—Amigas, ustedes son infalibles cuando se trata de uniones. —Daisy negó contemplando a ese par. Envidió sanamente la felicidad que tenían. Ella también quería encontrar el amor, la complicidad y la dicha en el matrimonio—. Agradezco sus esfuerzos, pero les aseguro que me las puedo arreglar con mis propios recursos —añadió con un movimiento de cabeza. Acto seguido apuró todo el vino como si se tratara de agua, antes de que su madre la viera y no le permitiera disfrutarlo—. La carrera va a empezar, iré a verla de cerca.

Se despidió de ambas con una sonrisa. Jamás había bebido vino, sentía sus piernas pesadas y la cabeza ligera. Tuvo ganas de reír sin sentido como lo estaban haciendo las dos damas que la incitaron a probarlo.

Capítulo 4

Daisy pasó a su mesa y tomó el libro que le prestó Belle. Se acercó a la orilla y caminó hasta encontrar un pequeño muelle, que permanecía vacío, donde se sentó a leer. Se acomodó sobre la madera y contempló a los remeros mientras se perdían en el horizonte. El agua se veía clara y fresca. Unas ganas inmensas de refrescarse se apoderaron de ella, así que al saber que los demás estaban distantes, desató los cordones de sus botas, se quitó las medias y sumergió los pies.

—¡Qué delicia! —expresó en una exhalación. Se sentía libre. A veces era bueno disfrutar de la soledad. Sin la presión de su madre que fue acaparada por sus amistades.

El efecto relajante del vino, la hermosa vista del brillo de los rayos del sol sobre la superficie del agua y la sensación de las páginas tersas en las yemas de sus dedos. Era un placer muy grato. Fantaseó con las insinuaciones hechas por sus amigas, y los pocos intercambios que había compartido con el escurridizo conde. Después abrió el libro favorito de Isabelle, *Contes de Madame de Villeneuve*, tomo 1, donde venía la versión de *La Belle et le Bête* de Gabrielle-Suzanne Barbot de Villeneuve de 1740, y se sumergió en su lectura.

Estuvo un rato leyendo. Cuando iba por la parte más oscura de la trama, donde los matices románticos y eróticos le robaron más de un suspiro, justo cuando el personaje masculino causaba verdadera desconfianza y la protagonista estaba posiblemente en riesgo, pues había quedado a su merced, una voz gutural la sorprendió por la espalda.

—Señorita Peasly...

Daisy gritó de horror, el libro se escapó de sus manos y cayó por el borde. Fue algo desproporcionado para lo que sucedía, mas no pudo evitarlo. Suspiró de alivio al ver que era lord Pembroke y, de inmediato, se dio cuenta de que la preciada posesión de su amiga iba a quedar hecha un desastre.

—¡Oh, el libro! ¿Cómo le diré a Belle? —se lamentó.

El alto hombre de mirada gélida ya se había quitado las botas, la chaqueta y la camisa, para lanzarse con gesto de fastidio al agua tras el libro de encuadernación de cuero, lomo marrón, tapas jaspeadas y letras doradas. Todo esto ante la mirada escandalizada de Daisy, que no sabía si maravillarse por la caballerosidad de aquel, que salió al rescate, o memorizar cada detalle de su amplia espalda y sus esculpidos pectorales, que se perdieron bajo el manto del lago. El

chapuzón terminó empapando a Daisy, pero eso no le importó, solo quería que el libro saliera intacto y que el hombre descamisado volviera a vestirse, ¡por el amor de Dios!

El conde tardó con la cabeza sumergida más de los minutos soportables, en ese punto, lo que le importó a Daisy fue que aquel saliera con vida.

«¿Qué hice?», se lamentó para sus adentros. «Empujé al caballero a sacrificarse por un libro que ya no tiene salvación».

La preocupación la hizo lanzarse al agua muy angustiada.

—¿Lord Pembroke?! ¿Lord Pembroke?! —gritó desgañitada, mientras trataba de dar con la ubicación exacta del aristócrata. Era una suerte que daba pie, ni siquiera se dio cuenta del grave error que había cometido—. ¿Cómo voy a explicar que soy la responsable de la pérdida del conde? —gimió revolviendo las aguas. Estaba lejos, nadie escuchaba sus gritos.

Entonces, el libro empapado emergió, seguido por una mano fuerte y el dueño de esta, quien tomó una amplia bocanada de aire al salir a la superficie.

—Aquí tiene el libro —defendió solemne su proeza, como si hubiera salvado a un batallón tras una cruzada.

—Gracias a Dios está usted bien —sostuvo aliviada, lanzándose a abrazarlo, como si de un viejo amigo se tratara—. Pensé que se había ahogado.

Bradley se quedó de piedra, la reacción de la señorita lo sacudió entero. Intentó disimular y no mostrarse afectado por la cercanía. El torso femenino contra el suyo. Trató de comportarse como un caballero y no excitarse por los pechos apretados contra sus pectorales, podía apreciar su turgencia a pesar del corsé. Luchó para mantenerse estoico, pero la agitada respiración de la mujer, cercana a su rostro y su dulce aliento amenazaban con endurecer su entrepierna.

Ella tanteó con una mano en busca del sitio del corazón de Pembroke y, tras enlazarlo por la cintura con el otro brazo, pegó su oreja para escuchar los latidos. Sin soltarlo, suspiró muy aliviada al encontrar el calmante sonido.

—Por supuesto que estoy bien. ¿Por qué pensó lo contrario? —Para él era muy natural todo lo que podía hacerse en el agua. Creció en una propiedad con un lago dos veces del tamaño de ese y comenzó a chapotear antes de cumplir los tres años.

—Se tardó tanto en salir —dijo soltando el torso musculoso al que se aferró. Se sonrojó mucho al notar que traspasó los límites del recato, que una dama debía mantener—. Lo siento, yo... no quise... pero me asusté de verdad.

—No tiene que disculparse. En todo caso es mi responsabilidad, provoqué que el libro cayera. No debí acercarme por su espalda —reconoció—, pero su hermano me pidió buscarla.

—¿Mi hermano? —Ante la mención de Jacob, Daisy cayó a trompicones de su nube, comenzando a sentirse una tonta—. ¿Qué tiene que ver mi hermano?

—Se ha dislocado el hombro, su madre fue con él al castillo, por fortuna hay un médico en la propiedad. Le dije que calentara y que no se exigiera más de lo que podía dar, pero usted tiene razón. Jamás había visto a un muchacho tan testarudo.

Daisy entendió que por «eso» él vino. Por un momento, en medio del caos, fantaseó con que se acercó para conocerla un poco más.

—Debo ir con Jacob de inmediato. —La zozobra dominó su semblante.

—La acompaño. También quiero saber cómo sigue.

—Prefiero ir sola. ¿Qué explicación daremos cuando vean que los dos estamos empapados? No quiero que esta situación incómoda termine por volverse comprometedora —admitió.

Quizás debía dejar de fantasear con Pembroke. En ese minuto, lo único que le importaba era llegar cuanto antes hasta donde estaban su madre y su hermano.

—Creo que tenemos una explicación, la verdad. Le hemos salvado la vida al... libro. —Trató de ser evidente, él no veía más suspicacia en lo ocurrido.

—Se nota que ha estado años fuera de Londres, milord. Aunque no entiendo cómo ha olvidado lo duro que puede ser el juicio de la sociedad. Es mejor que vaya después de mí y por un camino alternativo.

—¿Me exige comportarme de forma clandestina cuando no he podido actuar con más decencia? Está exagerando —aseveró y su mirada fría desapareció, para dejar asomar a sus ojos un brillo sardónico—. Mis intenciones son transparentes, solo he venido a avisarle de la lesión sufrida por su hermano.

—Y mis intenciones también son decorosas.

—No las pongo en duda.

—Pero el resto no lo entenderá igual. Usted no tiene ropas de la cintura hacia arriba, milord —señaló.

—¿Pretendía que me lanzara al agua como lo hizo usted con la vestimenta completa? Me resultó más práctico deshacerme de algunas prendas. Odio ir chapoteando con las botas

encharcadas.

—Yo no podía seguirle los pasos, no sería honorable. Además de que, hubiese tardado una eternidad en librarme de mi vestido... Usted se ahogaba —replicó.

—Entiendo su punto. La indumentaria femenina es... complicada de poner y quitar en momentos de supervivencia. Está más al servicio de acicalar a una dama como un pavo real, que al de brindar cubierta y abrigo. —Pembroke soltó lo primero que vino a su mente, tratando de buscar una analogía convincente.

Daisy abrió los ojos al darse cuenta de lo que intentaba sugerir su contraparte. La arrogancia del caballero fue como un puntapié en el punto álgido de su ilusión, la que comenzó a hacerse trizas. Ya no soportó su insolencia, su rectitud y sus aires de «no me importa nada».

—Es usted un poco petulante, milord. ¿Cómo se atreve a comparar a una dama con un pavo real? —cuestionó ofendida.

—No ponga palabras en mi boca. Me refería a la moda femenina, jamás a la condición de una mujer —se defendió. Ella hacía que algo en su cabeza fallara estrepitosamente y que su lengua soltara cualquier estupidez. Era por su propia reticencia. Por oponerse con fuerza a los verdaderos sentimientos que se estaban formando en su interior por esa señorita, de los que trataba de huir—. Me encantan las mujeres, adoro a las mujeres. Jamás me pondría en contra de ninguna.

—¡Oh! —exclamó ofendida—. Suelo ignorar las habladurías porque la mayor parte del tiempo son frívolas exageraciones. Pero usted ha corroborado lo que una vez escuché y a lo que no quise darle crédito, que es un libertino y le encantan las mujeres. —Arrugó el entrecejo, ya no le pareció tan buen partido—. Preferí creer que usted era un hombre honorable...

—No, no, no. No quise decir que me gustan en ese sentido, solo quería ser amable con su género... —Se llevó una mano a la cabeza, vencido.

—Todo ese hermoso envoltorio —dijo señalando el cuerpo de Pembroke—, solo cubre algo que se puede encontrar en cualquier sitio, y no es en lo que estoy interesada —reveló. No le importó dejar en evidencia la simpatía que en un inicio sintió hacia él—. Al principio, pensé que sí; que, tal vez, usted era diferente.

—¿Sabe qué? —Era una salida, su salida. Si ella ponía distancia, él debía aprovecharla. Sus miradas se buscaron en cada ocasión social que compartieron, fueron dardos envenenados directos al corazón del otro; pero él no quería comprometerse después de su terrible decepción —. Tiene usted razón. Su envoltorio también es hermoso, y me atrae; pero no lo suficiente, como

para ofrecerle lo que una señorita como usted suele esperar. No soy ese tipo de caballero.

—¿Se refiere al matrimonio? —indagó ofuscada—. Quizá usted no es ese tipo de caballero; pero se equivoca en una cosa, yo no soy esa clase de señorita. En ninguna circunstancia me voy a conformar con un patán disfrazado de lord. He visto sufrir a una dama muy querida por un hombre que no la valoró. No soy leña para ofrecerme a una hoguera. Prefiero quedarme soltera el resto de mi existencia que conformarme con una vida similar a la que tuvo mi... —Se mordió la lengua y ocultó la identidad de su madre—. Con su permiso, milord. Debo apoyar a mi hermano —replicó con la voz casi extinta y lo dejó con todas sus suposiciones en el aire.

Bradley se lamentó mientras observaba el rastro de humedad que Daisy dejó tras colocarse sus botas y abandonarlo. No quiso comportarse así, pero estaba luchando contra lo que pretendía decir y lo que salía disparado de su boca. Sí, la situación no premeditada fue por completo comprometedora, porque cuando la señorita se abrazó a su cuerpo, dentro de su pecho los tambores volvieron a retumbar, amenazando con despedazar lo que quedaba de su armadura. Y él no podía permitirlo.

Se había jurado no volver a estar en una posición vulnerable como cuando se entregó a Esther en cuerpo y alma. Él tenía una buena vida, una amante francesa, que no se interponía cuando quería probar otros horizontes, su economía iba en alza, su familia lo adoraba, sus responsabilidades estaban cubiertas, tenía interesantes amistades, mar y vino. ¿Por qué arruinar su estabilidad volviendo a sucumbir ante la fuerza que otro ser ejercía sobre su persona?

La atracción era peligrosa cuando era tan potente como le ocurría con la señorita Peasly, podía escalar y transformarse con el tiempo en un sentimiento... que no estaba dispuesto a nombrar.

No iba a entregar su corazón a nadie más. Al principio, la pasión podía obnubilar a cualquiera, pero tarde o temprano venían los problemas y el riesgo de quedar herido.

Una joven como Daisy estaba destinada a elegir un buen partido y casarse, y él no quería eso para su vida. Prefería amantes que no exigieran compromisos. Y, aunque ella le atraía de un modo feroz, no era alguien que podía tomar como querida y que, luego, pudiese despedir cuando las cosas se salieran de control.

Negó rotundamente.

Por eso no entendió cuando tomó su camisa, su chaqueta en una mano y sus botas en otra y

recorrió apresurado el rastro de agua que dejó la dueña de sus sinsabores.

Cuando por fin la alcanzó, a escasos metros del castillo, notó que ella iba despacio. Parecía pensativa, como si temiera encontrarse con alguien y tener que explicar el motivo de estar completamente empapada.

—Señorita Peasly —la llamó cuando solo los separaban dos pasos.

Ella lo escuchó y se detuvo, dando una media vuelta y poniendo los brazos en jarra para oír lo que Pembroke tenía que decir.

—¿Lord Pembroke? Al menos vístase, lo último que deseo es verme comprometida.

—Dejó usted el libro —le extendió el texto de páginas chorreantes que Daisy olvidó con la prisa.

Ella exhaló fastidiada al ver frustrado su anhelo. Creyó que él la había seguido para disculparse por su comportamiento anterior. Extendió la mano, tomó el libro arruinado, rogando porque aquel pudiera secarse por completo y que no quedase tan terrible. O que, en su defecto, Belle la perdonara.

Bradley empezó por acomodarse la camisa seca sobre el cuerpo mojado, aún sin cerrar los botones, se puso una a una las botas ante la mirada perpleja de ella.

—¿Tiene frío? ¿Le ofrezco mi chaqueta? —preguntó Bradley acercándole la prenda.

—Solo si quisiese quedar más en evidencia. Aleje eso de mí. —Se resistió y empujó el brazo extendido de él, lo que la hizo resbalar sobre los adoquines mojados por el agua que manaba de su vestido y aterrizar encima del torso del hombre.

—La tengo —le aseguró dejando atrás la arrogancia que acompañó su voz desde el momento en que lo conoció. La rodeó con fuerza y evitó que se deslizara hasta el suelo—. Está a salvo. Daisy, ¿me permite llamarla Daisy?

La muchacha sintió el calor que emanaba del pecho masculino, apoyó su mano sobre la piel tersa, que el sol había comenzado a secar y se quedó embelesada por los ojos grises que la escrutaban a la espera de la respuesta. Una gota de agua cayó del cabello de Bradley y se coló por el escote de Daisy. Ella se estremeció al contacto.

—Sí —susurró y él, movido por la fuerza de la atracción, la pegó más a su cuerpo.

—En ese caso puede llamarme, Brad... o Bradley si lo prefiere —murmuró con la voz ronca.

Cada uno miró los labios del otro con una sed desgarradora...

Las bocas de ambos acortaron la distancia arrastrados por el deseo. Bradley ya no pudo contenerse y ella se dejó llevar. El hombre se apropió de los labios entreabiertos y húmedos de la señorita, los probó como a la fruta más dulce, los degustó y cuando tuvo lo que quería de ellos, coló su lengua hambrienta para seguir explorando.

Daisy sintió que las piernas le temblaron, de no estar sujeta con fuerza por esos brazos poderosos habría descendido estrepitosamente hasta el suelo. Sus venas eran un maremoto ardiente, su corazón una manada de corceles agitados. Estiró sus manos y rodeó la amplia espalda. Permitió que le saqueara la boca. Se llenó de su aroma a hombre y dejó que aquella pasión desbordante, se colara por cada uno de sus poros hasta causar dentro de ella una implosión.

Y justo antes de que fueran conscientes de lo que estaban haciendo, un carraspeo a sus espaldas los hizo abandonar la postura y recomponerse. Ella lo soltó de inmediato, aunque él se negó a dejar de aferrarla por el talle.

—¿Qué está sucediendo? —La aguda voz de lady Abbott los sorprendió. La perspicaz casamentera no imaginó tal desenlace ni en sus elucubraciones más escandalosas.

—Por favor, tía, no se exalte. Permítales explicarse —pidió Elizabeth que la acompañaba, quien no podía fingir seriedad. Una amplia sonrisa lucía en su rostro.

—Les aseguro, distinguidas damas, que hay una explicación razonable. Daisy... — carraspeó Bradley ante la mirada exaltada de lady Abbott, y como un niño pillado en una travesura, se esforzó por mantener el tono de seriedad que exigía el momento—. La señorita Peasly resbaló con el agua que caía de su vestido, y la atrapé para evitar que terminara en el suelo.

—Eso no explica por qué sigue usted aferrándola, ni por qué —acentuó la mujer de mediana edad— va usted a medio vestir y ambos están cubiertos de agua. Ni siquiera ha caído hoy una lluvia de verano.

—El caballero tiene razón. La explicación es muy convincente —intervino Daisy asustada—. El valioso libro de Belle se hundía en el lago, Bradley... lord Pembroke —se corrigió— intentó recuperarlo, pero ese hombre está emparentado con los anfibios, porque estuvo tanto tiempo sumergido que me asusté muchísimo. Así que, sin pensarlo dos veces, me arrojé igual en su rescate. En fin, lord Pembroke salvó el libro —dijo mostrando el antiguo texto hecho un desastre— y yo lo socorrí a él. —Inspiró profundo al llegar al final.

Lady Abbott miró de abajo arriba al hombre que, para nada, daba señales de necesitar ser rescatado por una dama. Bradley soltó a Daisy al fin, y juiciosamente comenzó a cerrar los botones de su camisa, después colocó su chaqueta antes de que la mirada potente de lady Abbott lo incinerara.

—Es mi deber informar a la madre de la señorita lo que han presenciado mis ojos. La anfitriona de la casa también ha sido testigo —añadió la dama de más edad para referirse a Elizabeth, quien tenía intenciones de colaborar con los dos escurridizos «enamorados» hallados *in fraganti*.

—Tía, no nos exaltemos. Bastante tiene ya lady Peasly con la recuperación de su hijo.

—¿Cómo está mi hermano? ¿Ya lo revisó el doctor? Justo hacia allá me dirigía. Lord Pembroke fue en mi búsqueda para avisarme de lo sucedido. Todo lo demás fue...

—Tienen que casarse —agregó lady Abbott como si hablara del clima, mientras negaba. Nunca había logrado un matrimonio en un parpadeo.

—Tía, por favor. La situación no es tan grave. —Elizabeth continuó mediando—. Estamos a pleno día. No nos entrometamos. Seguro, ellos se harán responsables, pero sin que los arrastremos al altar.

—¡A pleno día! —repitió exaltada—. Con más razón... y con el castillo lleno de huéspedes. Cualquiera puede haberlos visto y la reputación de la señorita quedar afectada. Lord Pembroke, usted es un caballero, no quiera evadir su responsabilidad.

—Jamás haría tal cosa. Si la reputación de la señorita Peasly está amenazada, yo no me quedaré cruzado de brazos. Haré lo que corresponde —aseguró Bradley con seriedad ante la sorpresa de todas, pero más de Daisy.

—No, no me casaré en un matrimonio arreglado. He visto lo desastroso que puede ser —arremetió la señorita elevando las palmas, sin creer que había acudido a Goldenshadow Castle con la esperanza de ver a Pembroke y ahora, que la ansiada proposición estaba sobre el tintero, daba pasos en retirada.

Lady Abbott y Elizabeth eran muy cercanas a la familia, y sabían que se refería a lo infeliz que era lady Peasly con su esposo. Tanto así, que a puertas cerradas, el matrimonio estaba distanciado sin posibilidad de reconciliación. Y era más complicado el conflicto, el barón casi no se hablaba tampoco con sus tres hijos.

Bradley entrecerró los ojos ante la tajante negativa que estaba recibiendo. Un duro golpe a su ego. Tampoco quería que Daisy diera saltos de alegría por tener que aceptar una propuesta

atropellada, pero él dio un paso al frente, ofreciendo «reparar» su inmaculado honor. Y ella, sin nada de piedad por los sentimientos que el hombre expuso, lo desestimó.

—Será su madre, señorita Peasly, quien tomará decisiones —concluyó lady Abbott—. Vamos con ella. Debemos informarle de inmediato.

—Tía querida, entiendo que su moral intachable le exige un correcto proceder. Pero, tanto lord Pembroke como la señorita Peasly necesitan un respiro. ¿No podemos detenernos un instante para pensarlo, tomar aire fresco, lo que sea? Analicemos si lo que vieron nuestros ojos amerita una drástica e inmediata solución. Tal vez, solo estamos malinterpretando el desastre ocasionado por un traspie.

—Más bien un resbalón —regañó Abbott con una ceja levantada—. Mis ojos tienen estupenda visión. ¿Y ese inocente traspie es responsable de que las bocas de este caballero y la querida señorita chocaran de modo indecente?

—No, milady, créame que fue un beso muy decente —aprovechó para aclarar Bradley—. Si la hubiera besado «de modo indecente», usted habría tenido ante sus ojos un escenario completamente distinto.

—¡Usted debe moderar su lenguaje delante de las damas, tanto tiempo fuera de las costumbres inglesas lo han sacado del tiesto, milord! —regañó lady Abbott, lanzándole un golpe sobre el brazo con su abanico cerrado—. Daisy, niña, no soy tu enemiga. Intento velar por tus intereses y los de tu familia. Estoy segura de que alguien pudo haberlos visto desde alguno de los ángulos que nos rodean. Si no pones remedio a esta situación, antes de que regreses a Londres se habrán suscitado ciertos rumores que podrían destrozarse tu tranquilidad y la de los tuyos.

—Ya he dado mi palabra, me casaré con la señorita —insistió Bradley—. Iré a cambiarme de ropa, y pediré reunirme con lady Peasly para comunicarle mis intenciones. Bajo ningún concepto permitiré que reputación alguna se ponga en entredicho por mi causa. Por favor, lady Abbott, no tiene que importunar a la baronesa con la historia donde su hija se vio comprometida. Pediré su mano esta misma tarde y su reputación se verá salvada.

Bradley hizo una reverencia a las damas y se enfiló hacia el castillo dejándolas con las bocas abiertas.

Capítulo 5

Aurora Peasly no podía dar crédito a lo que escuchaban sus oídos. El conde de Pembroke en persona, con quien había compartido escasos compromisos sociales, le pidió un momento para hablarle de un asunto. Estaba segura de que se trataba de la lesión de Jacob. Pero cuando el caballero abrió la boca casi tuvo que pedir las sales para evitar un vahído.

—¿Está pidiendo la mano de mi hija en matrimonio, milord?

—Así es, milady. Si usted lo aprueba, me gustaría desposar a la señorita Peasly en una fecha cercana.

—Me asombra su petición, no creí que usted y mi hija tuviesen tal interés. Lo veo con buenos ojos; sin embargo, Daisy no me ha revelado nada al respecto. Permítame hablar con mi hija y si ella está de acuerdo en convertirse en su esposa no pondré objeciones.

—Esperaré impaciente.

Cuando el caballero la dejó a solas, Aurora cantó victoria para sus adentros. No tardó en mandar a llamar a su hija. Si el conde se atrevió a pedirle la mano de Daisy con tanta premura, solo podía significar que aquellos sentían una atracción mutua.

Cerró los puños juntos a la altura del pecho y celebró triunfante.

¡Daisy iba a casarse con el conde de Pembroke!

Pero ¿en qué momento? Acababa de casar a su hija mayor y ya tenía tal satisfacción. Ni siquiera tuvo que esforzarse. Así era su querida Daisy, sus dolores de cabeza provenían primero de Rose y después de Jacob. Para su regocijo, no se tuvo que afanar en casar a la menor, atrapó a un conde en su primera temporada.

Si aquello sorprendió a la baronesa, las palabras de Daisy, cuando estuvo frente a ella, sí que le provocaron el vahído.

Tras recobrar la conciencia le repitió la pregunta desde el sofá donde se recuperaba.

—¿Por qué rechazas a tan estupendo partido? Tuve la oportunidad de hablar con su tía en el almuerzo, y me contó que la madre de lord Pembroke está orgullosa de su hijo y le reconforta que haya vuelto, tras su larga estancia fuera.

—Madre, conversaré con usted cuando se sienta mejor.

—¡Habla ahora! —le exigió.

Daisy le relató todo lo ocurrido entre Pembroke y ella desde que lo conoció, las miradas cómplices, el chapuzón en el lago, las palabras arrogantes de él, la situación comprometedora en la que los atrapó lady Abbott.

—¿Ahora me entiende, madre? Él solo desea desposarse porque lady Abbott lo acorraló. Quiero casarme por amor, no obligando a mi futuro esposo a cumplir un deber.

—El amor necesita más tiempo. —Aurora no quería renunciar—. Pero ustedes van por buen camino, se atraen y eso no lo tienen todos. Parece una persona razonable. Podrían llegar a un entendimiento.

—He decidido que me iré a Francia con usted. Ese hombre ha dicho con todas sus letras que no puede darme lo que «una señorita como yo» pretende: matrimonio. Para, acto seguido cambiar de parecer, solo por cuestiones de honor.

—Hija, ¿estás segura de que nadie más los vio? Lady Abbott y lady Allard son nuestras amigas, guardarán silencio. Si me aseguras que todo fue un accidente... yo intentaré olvidar... Pero si alguien más los descubrió, podría usar esa información para destruirnos ante la sociedad. Es un riesgo que no me gustaría correr, de no ser estrictamente necesario.

—Lo sé, madre. Pero toda la buena impresión que me dio lord Pembroke en un inicio se ha visto empañada por los acontecimientos.

—Hija, jamás voy a presionarte a tomar una decisión. Para evitar situaciones comprometedoras en lo que queda de nuestra estancia, por favor, cerciérate de que te acompañe en todo momento la señorita Chapman —dijo para referirse a la dama de compañía de Daisy.

—Ya no estoy tan segura de querer permanecer aquí. Deseo que esta semana termine cuanto antes.

—Entonces voy a complacerte. Debemos volver a Londres para que tu hermano pueda descansar y logre recuperarse por completo. ¿Estás segura de que no deseas casarte con lord Pembroke? No parece un mal hombre.

Daisy bajó la cabeza. La emoción que sintió cuando él la besó todavía la sacudía, pero sus crueles palabras en el lago sostuvieron su orgullo. No podía entregarse en matrimonio a un hombre que había desdeñado tal unión y más al referirse a casarse con ella.

—Él solo ha aceptado porque no quiere verse señalado por la sociedad como el hombre que corrompió a la hija de los Peasly. Y yo no deseo eso para mi vida.

—Querida, en ese caso se hará tu voluntad —aceptó Aurora con las ilusiones rotas, por un breve espacio de tiempo, disfrutó lo maravilloso qué habría sido que Daisy consiguiera a ese gran partido.

Capítulo 6

1 de Septiembre de 1866

Un viento fuerte soplaba en la cubierta del barco. Algunos viajeros también habían subido a ver el atardecer. Era una hermosa puesta de sol, Daisy se abrazó a su cuerpo, con la decisión tomada, dándole vueltas en la cabeza. Su madre seguía en el camarote con la señorita Chapman y su doncella, cerciorándose de que todo quedara acorde a sus instrucciones. Tuvieron que prescindir de Abby para ir más ligeras, con la ayudante de Aurora se las podían arreglar.

Tres días antes de zarpar recibieron una carta de Rose, ya estaba en un barco de regreso a Londres, volviendo de su luna de miel en Francia. Le habría gustado despedirse de ella y poder abrazarse. Ironías del destino, creyó que podrían encontrarse allá, pero la carta llegó cuando los boletos de Aurora y Daisy ya estaban comprados.

Para Aurora fue una bendición saber que Rose estaría pronto en Londres, porque, aunque Jacob Peasly era un joven sensato, su lesión del brazo aún no mejoraba y quedaría bajo la mirada de águila avizora de su hermana mayor.

Daisy se sentía nostálgica, y no era por alejarse unos meses de sus hermanos. La realidad era que no podía dejar de pensar en Pembroke. ¿Cómo era posible que no pudiese sacarlo de adentro? Seguía sintiendo las yemas de sus dedos apretando su carne, su lengua saqueando su boca, su entrañable aroma. No sabía qué le deparaba el destino, tampoco si podría olvidarlo, menos si algún día otro caballero borraría ese sentimiento en ciernes que no había terminado de florecer.

Lo había perdido para siempre. Cuando ella retornase de su largo viaje, lo más probable iba a ser que el conde ya estuviera casado o comprometido.

Suspiró, pero sonó como un profundo lamento.

—Daisy. —La voz grave de Pembroke la erizó por completo. Cerró los ojos, segura de que la estaba imaginando—. Daisy, ¿ni siquiera vas a luchar? —El matiz era decepcionado.

Ella dio media vuelta y se quedó estupefacta al verlo, inmenso, con las tormentas de sus ojos salpicadas del color azul del mar que se reflejaba en su mirada. Tenía la mandíbula apretada y la observaba, tenso, como si aguardara por una explicación.

—¿Me ha seguido, milord? —le preguntó Daisy sin encontrar una respuesta en su interior.

—Te marchaste de Goldenshadow Castle y ni siquiera respondiste a mi propuesta —rebatí ofendido como si fueran dos enamorados, sin contestar a la pregunta—. Por fortuna, parece que nadie más allá de lady Abbott y lady Allard nos vieron besarnos. Tu honorabilidad sigue intacta.

El recuerdo del beso la sacudió por completo.

—¿Y has venido a cerciorarte de que continúe así? —También lo tuteó, tal vez era un privilegio vinculado a besarse con ardor—. ¿No te darás por vencido?

—Déjame explicarte... —pidió bajando las defensas. Su respiración era pesada y su vista estaba clavada en los labios entreabiertos de la señorita.

Él dio dos pasos hasta ella y quedó frente a frente. Algunos curiosos miraban en su dirección.

—Aquí no, menos sin una carabina —susurró precavida—. No olvides cómo terminó nuestra situación la última vez que intentaste explicarte.

—Todavía quiero besarte, Daisy —murmuró y se humedeció los labios. Ella sintió un escalofrío, aún recordaba el sabor de su intrépida lengua y las sensaciones que le provocó—. Sería afortunado si el vaivén del barco te arrojara a mis brazos. Tendría la excusa perfecta para poder abrazarte.

—¿Por qué me ha-ces es-to? —Parecía un reclamo, pero salió como una súplica que escapó de su garganta con la voz entrecortada. Si era difícil poner el mar entre los dos, con él hablándole de sus deseos, se volvía una tarea casi imposible.

—¿Quieres la respuesta? Conozco un sitio donde podemos conversar sin que todos los ojos estén encima de nosotros. Hay muchos puntos que debemos poner sobre la mesa. También quise huir; sin embargo, comprendí que era muy estúpido y cobarde. Y no me considero ninguno de los dos. Sígueme a discreción, por favor.

Lo miró indecisa, pero él ya había emprendido la marcha y ella no perdió el tiempo. Se introdujo por uno de los pasillos y lo siguió hasta que lo vio abrir una puerta y atravesar el umbral. Tomó valor y continuó. Puso la mano sobre el picaporte y este cedió. Terminó en un amplio camarote donde él la aguardaba.

Pembroke contempló a una Daisy ruborizada porque, cuando ella entendió que estaban a solas, las mejillas se le encendieron. Creyó que el conde iba a conducirla a una sala privada, no a su propia estancia. Pero ya estaban ahí. Él tenía razón, podían hablar sin ser molestados. Luego tendría la complicada tarea de salir sin que nadie descubriera hasta donde se había atrevido a llegar.

—Nadie traspasará esa puerta. Me ocuparé de que salgas de aquí cuando ninguna persona te vea abandonar el camarote. Por favor, escúchame —le pidió con su corrección habitual, adornada con un toque de insolencia. Tan Pembroke. Daisy elevó los ojos al cielo raso ante su rasgo orgulloso, que nunca lo abandonaba.

—¿Por qué te importa tanto mi reputación? Después de todo, ustedes los hombres siempre quedan en mejor posición que nosotras. Podías haberme dicho que el sitio discreto era tu dormitorio. Jamás estuve en una situación tan escandalosa. —Cruzó los brazos a la defensiva y él hizo lo mismo, clavándole la mirada y dejándola desahogarse—. Como sea, arreglemos esto de una vez, tendremos que encontrarnos de continuo durante el viaje. Es mejor que limemos asperezas. Dime, ¿para qué me has seguido? Si tenías algo que decirme podías haberlo confesado en Londres. ¿Cómo te atreves a abordar el mismo barco que yo? Eso es bastante osado, hasta para un orgulloso como tú. ¿Estás contento con el resultado? ¿Qué pretendías trayéndome aquí? ¿Utilizar el tiempo del trayecto para hacerme cambiar de opinión? ¿No eras tú el que detestaba la idea de contraer matrimonio? Yo solo te permití salirte con la tuya.

—¿Qué deseas que responda primero? No vine siguiéndote, pero ahora que te veo, me arrepiento de no haberlo hecho. —Dejó caer los brazos a lo largo de su cuerpo—. Estoy regresando a Francia con la intención de poner en orden mis asuntos. Necesito vender propiedades para ocuparme de mis responsabilidades en Inglaterra.

—Entonces, solo es una triste coincidencia. —La esperanza que empezó a formarse en su pecho, se desvaneció al saber que él no había removido cielo y tierra por encontrarla.

—Y me subí a este barco casi arrepentido, me repetía mil veces que debía haber arreglado las cosas contigo.

—¿Cómo lo habríamos resuelto? —Descruzó los brazos.

—Hablando con sinceridad, tal vez —admitió y ella le prestó más atención—. Aún no logro sacarte de mi cabeza, y sigo dándole vueltas al pensamiento de que actué como un tonto, que debí correr a Peasly House y cortejarte con ahínco hasta que te dieras cuenta de que mis intenciones contigo han cambiado. Que no importa si me rompes el corazón... Sería peor, jamás haberlo intentado. Y no puedo refugiarme en mi escudo como un cobarde. Debo luchar y confiar en que saldrá bien. Me agradas, Daisy. Me atraes. Quiero explorar este sentimiento y sumergirme en él por entero.

—Yo... —Se quedó sin palabras. Más porque, aunque los dos habían sido testarudos, el destino volvía a cruzarlos sobre ese barco que debía distanciarlos para siempre, borrando toda posibilidad de acercamiento.

—Tal vez debí ser honesto contigo. La primera vez que me enamoré, tuve una triste experiencia que me volvió desconfiado —le contó todo, su historia con Esther, como su padre los separó, y como la muchacha prefirió la seguridad que le ofrecía un matrimonio arreglado con alguien de su clase social, que luchar a su lado.

—¿Por eso te fuiste? —inquirió y dio dos pasos hasta él—. Lo siento, pero al menos lo intentaste. Yo no tengo tu suerte, jamás me he enamorado. Ningún caballero... —Se cortó, iba a decir que jamás alguien despertó tal sentimiento en su corazón, pero mentiría. Él estaba trastocando su mundo. Y ahí lo tenía, tan cerca, removiéndole cada fibra de su ser.

Daisy estiró la mano y se atrevió a acariciarle la mejilla al hombre, él se la atrapó y tuvo la osadía de quitarle el guante, besarla con delicadeza y volver a situarla sobre la piel de su rostro. Quería sentir su suavidad sin la textura de la tela entre los dos. Ella se estremeció por el contacto.

—¡Oh, Daisy! Mi dulce flor —le susurró y la rodeó por la cintura, atrayéndola contra su pecho varonil. Ella dejó caer todos sus escudos, él lo hizo primero.

Sus bocas se buscaron con desesperación y se perdieron en un beso largo, profundo, sentido. Él estaba embriagado por el aroma dulce y reconfortante que la señorita transmitía, así como por la suavidad de la piel sedosa, blanca y límpida. Ella no podía apartarse del torso masculino y del calor que desprendía su cuerpo ardoroso como resultado de la pasión.

—Brad, si me hubieras prometido amor, habría luchado por ti. No me habría importado que el mundo entero se opusiera. Solo le pido a mi futuro esposo tres cosas: amor sincero, lealtad y respeto.

—Parece que lo has meditado bien —dijo sorprendido por su seguridad, sin dejar de perderse en los expresivos ojos de la mujer que lo tenía hechizado.

—He visto lo que el amor, la lealtad y el respeto, o la falta de ellos, pueden hacerle a una relación. Sería una tonta si me conformo con menos.

—Y tú no eres nada tonta, Daisy. Debes exigir eso y más. Cásate conmigo en cuanto arribemos al puerto.

Daisy podía estar trastocada por la locura del amor, pero no perdía de vista lo que causaban la traición o el desamor. Nunca se pondría en una posición donde le tocara conformarse con migajas, humillación y sufrimiento.

—¿En una tierra lejana? ¿Sin tu familia y la mía?

—No quiero seguir esperando... Tal vez es nuestro destino.

Bradley acercó la mano a las horquillas y le quitó una a una hasta que su larga cabellera rubia calló en cascada, acentuando el marrón de sus ojos. Necesitaba verla así, como era al natural sin los artilugios de la moda.

Ella se inclinó para buscar los labios de él, pero se detuvo a medio camino. Con los ojos abiertos adoró ese rostro que creyó no ver en un largo tiempo. No supo por qué sus manos terminaron en la corbata del conde, donde desató el nudo. Él la vio tan apurada y necesitada que la ayudó a conseguir su objetivo, uno que lo intrigaba y lo excitaba a la vez.

Ella inició la carrera hacia la entrega, el placer, aunque no estaba segura dónde estaría su límite. Bradley no era inocente, la condujo a su camarote, lejos de la vista de todos solo para hablar. Pero si ella pedía, él iba a dar. La acompañaría hasta donde la señorita estuviese dispuesta a llegar.

El conde se quitó la chaqueta negra y el chaleco del mismo color. Ella le colaboró, le sacó los primeros botones de los ojales de la camisa, hasta llegar a la piel tersa de los pectorales del hombre, donde recostó su mejilla. Justo como lo hizo aquella vez en el lago, cuando descubrió que no se había ahogado. Volvió a sentir la misma paz recorrerla entera al escuchar sus latidos y ahí se quedó tranquila.

Bradley tragó en seco al comprender lo que Daisy perseguía, tan distinto a sus más oscuras fantasías. Disimuló una sonrisa y amó su inocencia. Ella quería refugiarse en su pecho, escuchar sus latidos de vida. Mientras él ya fantaseaba con desnudarla y recorrer cada tramo de su cuerpo. Pero estaban solos y él no era un santo. Daisy comprendió tarde, que el deseo que brillaba en los ojos del conde era contagioso. La piel del hombre ardía y los latidos acelerados de su corazón la hechizaron por completo. Él volvió a besarla con maestría hasta hacerla perder la cordura, y ella entendió todo.

—¿Quieres seguir...? —No fue necesario que él terminara de preguntar.

Ella asintió. Estuvo de acuerdo de inmediato. Cuando Bradley comenzó a luchar con los listones y las hebillas de la indumentaria femenina, ella no opuso resistencia. Al contrario, lo ayudó a liberarla de las capas de tela que la cubrían, la blusa, el cubrecorsé, el corsé, la sobrefalda... hasta que lo único que la vestía era la delicada camisola. Él no tardó en quedar solo con sus pantalones. Y entonces, el conde desató la cinta que fijaba la camisola y esta resbaló hasta los pies de los dos.

Todo fue muy rápido. Cuando Daisy volvió a tener conciencia de lo que estaba haciendo, él ya le había deslizado un brazo por detrás de las piernas y la sostenía pegada a su pecho. Continuaron besándose, hasta que la depositó en la mullida cama. Ella no puso reparos, incluso

si el hombre se arrepentía de su propuesta al día siguiente, no quería retractarse. Tan solo se dejó abrazar, anhelaba que el momento no finalizara aún.

Un tierno beso terminó convertido en fuego, el mismo fuego que dominó a Bradley cuando recorrió con avidez la piel del cuello de Daisy, su clavícula, su hombro, su cremoso pecho... Un camino tortuoso que terminó en la línea central de su cuerpo, por la que descendió en dirección hacia el sur, donde probó su delicado sabor hasta hacerla gemir y enterró su lengua por la inexplorada abertura. Daisy se estremeció entre sus brazos, sin entender por qué le habían ocultado que se podía tocar el cielo aún en la tierra. Sus jadeos la acompañaron cuando los besos del conde sobre su parte más sensible la hicieron tocar las estrellas.

Y antes de recuperar el ritmo atribulado de su respiración, el enorme cuerpo del hombre cubrió su desnudez. Las piernas de Daisy lo rodearon, receptiva. Devorados por el deseo, volvieron a besarse y, sin poder dilatar más el momento, se miraron a los ojos cuando él entró en ella.

—¡Oh, por el maldito infierno, que bien se siente! —Bradley gruñó de placer cuando se impulsó hasta el final, llenándola por completo, soñó tanto con Daisy desde el acalorado beso que compartieron aquella tarde. Su miembro crecía al sentirse apretado, expandiéndola, ocupándola. Lo único que deseaba era arremeter con fuerza contra la ardiente hendidura. Pero sabía que era su primera vez y debía ir con cuidado. Respiró hondo en una batalla campal contra la ferocidad de su apetito. Tenía que sosegar e intentar ser delicado.

Ella gimió de dolor ante la invasión. Él se detuvo un instante, toda su atención se desplazó a la mujer, y a su necesidad insana de protegerla, incluso de sí mismo.

—No, por favor, no pares —susurró Daisy. Lejos de apartarse se aferró más al conde y la sensación se tornó placentera.

—¿Te hago daño? Una palabra tuya y me retiro. Podemos esperar.

—No, no. Quiero más de esto, Brad. Continúa, por favor. —Su pedido era reflejo de su deseo.

Él siguió con acometidas suaves y cadenciosas. Sus fuertes manos la sostenían, envolviéndola en una afectuosa calidez.

—¿Qué sientes por mí, Daisy? —demandó sin lograr sacarse esa exigencia de la cabeza—. Necesito saberlo.

—Me gustas, me atraes mucho. No he podido parar de pensar en ti desde que te conocí.

La respuesta lo llenó de ganas, de brío. Se perdió en la mirada rebelde de la tierna y

poderosa mujer que lo sedujo hasta hacerle romper sus barreras, sin dejar de poseerla.

—Déjate llevar, busca tu propio placer, hermosa —le susurró con la voz ronca.

—Tú eres mi mayor fuente de placer —le reveló estirando los dedos para acariciarle los sensuales labios, que la hicieron romper las reglas del decoro. Él los atrapó en el acto, besándolos, probándolos con descaro.

—Espero que continúes pensando igual cuando descubras todo lo que el placer tiene guardado para ti, hermosa Daisy. Aquella vez que despreciaste mi petición de matrimonio, me volví loco cuando supe que habían abandonado el castillo —le reveló sin dejar de embestirla con movimientos lentos. Su voz estaba afectada por la excitación—. Si era un incentivo para que dejara de comportarme como un idiota, lograste hacerme entrar en razón.

—No lo hice con esa intención.

—¿Por qué no te conocí antes? —dijo fascinado con la encantadora visión del rostro femenino, de su cabello alborotado—. ¿Por qué la vida me azotó con tanta soledad y me hizo huir tan lejos de casa, cuando una mujer como tú estaba tan cerca?

—Quizá porque aún no era nuestro momento.

—¿Y ahora lo es? —preguntó arremetiendo con más ímpetu, al sentirla agitándose de deleite bajo el peso de su cuerpo.

Daisy lo calló con un beso y se apretó más contra su torso, exigiéndole aumentar el ritmo de su embate. Era el tiempo perfecto y ambos lo sabían.

—Oh, Brad —susurró a las puertas de la culminación.

—¿Más? ¿Quieres más?

Ella no consiguió responder. Bradley le besó el cuello y dio mordisquitos en la suave piel de aroma exquisito; mientras la aferraba por las caderas y se impulsaba contra su intimidad a un ritmo frenético. Quería hacerla gritar.

Los dientes de Bradley sobre su cuello consiguieron que su espalda se erizara. Un corrientazo sensual la recorrió desde la nuca hasta el sitio entre sus muslos, que él golpeaba sin piedad con sus arremetidas.

—¡Ooooooh! —Ella gritó a las puertas del orgasmo.

La sintió vibrar, y para ayudarla, la aferró más todavía y se entregó sin reservas. Arremetió con más fuerza hasta que la mujer se deshizo por completo de placer entre sus brazos.

El feroz final la golpeó de manera despiadada. Mientras su carne aún palpitaba, Bradley comenzó a derramarse.

—Oh, diablos, Daisy —bramó liberando hasta la última gota. Estaba convencido de que entregarse así era una dulce condena, una que estaba dispuesto a repetir en cuanto ella lo demandara.

Sin embargo, mientras su respiración se aquietaba, Bradley recordó de golpe la responsabilidad que venía aparejada con el impulso de llevarla a la cama. Debió conducirla al altar antes de meterla entre sus sábanas. No quiso expresar la frase que se formó en su mente: «¿Qué hemos hecho?». Se dejó llevar por la pasión del momento. Acababa de desflorar, corromper y gozar como nunca con una dama respetable, virgen hasta ese instante... «¡Al demonio!», se dijo.

No se arrepentía, su cabeza no podía concentrarse en nada más que recuperarse del orgasmo para volver a enterrarse en su cálido y apretado refugio. Por ella despertaron los sentimientos que jamás creyó sentir de nuevo. Lucharía, esta vez nadie conseguiría interceder, nadie iba a impedir que la amara con locura.

—¿Estás agotada? —indagó al darse cuenta de que ella estaba muy callada.

—Abrazame, Brad. Descansemos solo un minuto —suplicó exhausta y complacida.

Él suspiró y no pudo negarse. Terminaron abrazados y tan cansados que se quedaron profundamente dormidos. Olvidaron por completo las reglas del decoro, el tiempo, el sitio donde estaban...

Capítulo 7

Unos toques en la puerta los despertó de golpe. Por la ventana del camarote vieron la oscuridad de la noche.

—Un momento, por favor —dijo Bradley con la voz ronca y ya estaba de pie. Se puso sus vestiduras con rapidez, mientras apuraba a Daisy y la apoyaba con sus capas de ropa.

—¿Será tu ayuda de cámara? —Ella preguntó muy bajo. Hasta ese momento se percató de la gravedad de lo que hizo. No se arrepentía, pero la inquietud de ser descubierta y de que su desliz fuese de dominio público comenzó a ponerla nerviosa.

—Desde que abandoné Londres prescindo de uno.

—¿Algún aviso? ¿Quién te busca en tu dormitorio?

Él negó sin tener idea y blasfemó mientras luchaba con la difícil tarea de amarrar las cintas del corsé. El camarote no era muy amplio, no había sitio donde ocultarla.

La tensión los recorría a ambos, pero Pembroke se llenó de valor por los dos.

—Respira profundo, voy a cuidarte.

—Por Dios, no abras la puerta. Estaré perdida.

—No si estás a mi lado. No permitiré que nada te ocurra.

—¿Y cómo lo conseguirás?

Élladeó la cabeza por toda respuesta, sin dejar de afanarse en terminar de vestirse y cerciorarse de que ella lo hiciera también. Cuando estuvieron decentes, Bradley ideó la única solución viable, aunque arriesgada.

—Escóndete tras la puerta, la mantendré entornada —le susurró a Daisy, que temblaba. La besó en la frente—. Te aseguro que todo va a estar bien.

Lo último que se imaginaron fue a quiénes iban a encontrarse. La madera chirrió, mientrasabría. Lady Peasly con el rostro afligido lo miraba a los ojos, el capitán del barco parecía estar del lado de la baronesa.

—Disculpe, milord, pero hemos buscado por todo el barco y la dama está al borde del soponcio. Cuando supo que usted estaba a bordo, exigió que buscáramos aquí a su hija. La joven

está desaparecida. Confirменnos que se encuentra con usted, milord. No alargue el sufrimiento de la dama. —El capitán del barco con solemnidad encaró a Pembroke.

—Dígame, por favor, que Daisy está aquí —suplicó Aurora. Ni siquiera le importaba que su hija estuviera corrompida, cuando llegó la hora de la cena y la muchacha no apareció por ningún lado, temió que algo horrible le hubiera ocurrido.

Daisy salió de su escondite con los labios hechos una línea, los que despegó para pedir perdón.

—Lo siento mucho, madre —suplicó con cara de penitente.

—Pero tú lo rechazaste, hija. Él quería casarse contigo ... —replicó Aurora sin poder entenderla. Se había equivocado, Daisy no era la más juiciosa de sus hijos, era tan insensata como los demás. Acababa de causar su propia ruina.

—Aún quiero desposarla —sostuvo el conde—. Lamento, milady, que nos haya descubierto en estas circunstancias. Estamos enamorados y quizás el arrebato y la sorpresa de encontrarnos a bordo, cuando ya veíamos la esperanza perdida ha encendido nuestros corazones.

—Se salva usted de tratar este asunto conmigo y en medio del mar —continuó Aurora—. Los hombres de mi familia no habrían puesto reparos en retarlo a duelo *ipso facto*.

—Milady, nadie tiene que saber que Daisy y yo... —Miró al capitán para exigirle también guardar en el más absoluto silencio, para siempre, el modo en que los sorprendieron—. Daisy y yo vamos a casarnos en cuanto arribemos a puerto —aclaró el conde.

—Antes de llegar a puerto algo podría suceder... —agregó Aurora. La baronesa no podía con tanto, se llevó el dorso de la mano a la frente.

—Tenemos un capellán a bordo... Puede celebrar bodas para casos como este —se adelantó el capitán interrumpiéndolos—. Después, en Londres, podrán hacer los trámites correspondientes para que la iglesia bendiga la unión y se legalice el enlace.

—¿Usted lo autoriza, capitán? —preguntó Aurora con un hilo de voz—. Podría esperar hasta que tocan tierra, pero no me libraría de la zozobra hasta que estuvieran casados.

—Y Dios no permita que usted tenga que zozobrar por nada —profirió el gallardo capitán, que se notaba muy preocupado por Aurora.

Pembroke miró a Daisy intrigado, y ella negó para darle a entender que era mejor que ignorara las cortesías del capitán con su madre. Un poco de atención para quien había sufrido tanto, era un mimo al alma.

—¿Quieres casarte conmigo sobre este barco atravesando el mar, Daisy? —le preguntó Bradley tomándole las manos—. No haré nada que te haga infeliz.

Daisy sonrió, tal vez era una locura, pero estaba dominada por los deseos de hacerlo. Sería un recuerdo que atesoraría toda su vida, tan romántico como esos finales felices que adoraba leer.

—Sí, quiero —confesó.

—Definitivamente es nuestro momento —afirmó Pembroke tomándole la mano a su futura esposa.

Aurora también sonrió y el capitán exhaló de alivio.

El cielo lucía límpido y azul cuando los contrayentes aceptaron unir sus vidas para siempre en una sencilla, pero hermosa ceremonia. El olor a salitre inundaba sus fosas nasales, y las suaves olas que mecían el barco, eran la inusual música de fondo.

La novia lucía radiante con el vestido más hermoso que encontró en su equipaje. El ramo de flores eran unas margaritas de encaje que descosió con delicadeza de uno de sus sombreros. El novio no podía estar más dichoso. Tuvieron que improvisar, pero para ella todo era mágico.

El día que Daisy zarpó creyó que lo había perdido, que él no la quería, que no estaba dispuesto a entregarse por completo desde el fondo de su corazón. Y terminaron, como dos locos arrebatados, pronunciando sus votos en medio del océano.

Cuando al fin concluyó la ceremonia, como esposos dieron una caminata hasta la proa y admiraron el azul intenso del mar.

—Estamos casados —le susurró Daisy, sin podérselo creer, pero con una emoción inmensa, sujeta del férreo barandal del borde de la embarcación.

—Y bajarás a tierra como la condesa de Pembroke, algo que jamás vi venir cuando subí al barco, pero que me complace —le aseguró Brad en tono formal. No quiso profundizar y expresar que se sentía emocionado de un modo que jamás creyó experimentar, que darle «el sí» lo llenaba de energía, de sueños, de planes al lado de ella—. Quiero enseñarte todo lo que he construido en Francia.

—¿Alguien te espera allá? —le preguntó clavándole una mirada inquisitiva. Fue una inquietud que le vino de pronto, y no se quedó con ella por dentro.

—Todo lo que me ate al pasado ha llegado al final, mi vida renace hoy a tu lado. Amor sincero, lealtad y respeto —recitó Brad y Daisy contuvo un suspiro, él lo recordaba.

—Espero que «todo lo que te ate al pasado», tenga conocimiento de tu situación actual muy pronto.

Daisy no era ingenua, y por la expresión de él intuyó que su nuevo esposo dejó alguna relación informal atrás, antes de viajar a Londres.

—¿Hay algo específico que te preocupa? —Sus ojos demostraban sinceridad.

—¿Dejaste una querida en Normandía? Oh, por Dios, no quise plantearlo así. Pero hay tanto que debemos hablar.

—Daisy, entiendo tu curiosidad. Jamás he tenido queridas que dependan de mí económicamente o que... —respondió de inmediato.

—¿Qué? —lo interrumpió con el gesto interrogante.

—No era célibe antes de conocerte, tal vez dejé una amiga o dos...

—¿O tres o cuatro? —indagó sin dejar de mirarlo a los ojos. Exigía la verdad.

Él asintió y sin titubear continuó siendo sincero.

—Y, quizás, una de ella tiene un trato especial que ha cursado con cierta periodicidad.

—¿Has tenido varios encuentros furtivos, pero con una mujer, en especial, te ves de manera repetida?

—No pudiste resumirlo mejor. Es difícil revelarte esto mirándote a los ojos, no quiero lastimarte, pero no voy a mentirte —expresó decidido a no iniciar el matrimonio con engaños. La boda lo sorprendió antes de arreglar y finalizar sus asuntos del pasado—. Ninguna mujer, de mi época anterior a conocerte, y yo tenemos una relación establecida —concretó con tono formal.

—Ahora eres mi esposo, exijo que me digas la verdad de frente. No quiero sorpresas incómodas llegando a Francia. Es un hecho que tendremos que enfrentar. Entiendo que nos casamos en estas circunstancias y que no tuviste tiempo de... —Ella se llevó la mano a la frente, era muy complicado. Pero no había un compromiso previo, él lo estaba dejando claro.

—No entraré en detalles por decoro. Sin embargo, he dicho que, con nuestro casamiento he puesto punto final a todo lo que me ligue a cualquier mujer de mi pasado y no voy a decepcionarte. —Se le veía tan enamorado, que Daisy no quiso insistir ni ensombrecer con desconfianza el momento especial que estaban viviendo.

—Y yo te creo. —Lo abrazó y también lo contempló enamorada.

—Y tú ¿dejaste algún pretendiente en Londres? —Aprovechó para despejar sus dudas. Era lo justo.

—¿Yo? —Se le escaparon unas carcajadas—. Es probable, pero ninguno que me robe el aliento. De lo contrario, no sería hoy tu esposa, te lo puedo asegurar. No hago nada a medias.

Bradley arrugó el entrecejo, no le agradaba tener competencia. Le sorprendió el desparpajo de Daisy al responder y comprendió que debía esperar mucha sinceridad de su nueva flamante esposa.

—Aclarados ambos puntos... ¿Continuamos hacia la habitación?

—Qué impaciencia, milord —bromeó para seducirlo y surtió efecto. Brad moría por volver a tenerla entre sus brazos.

Antes de regresar a su camarote para consumar la unión, como los condes de Pembroke, Bradley la observó bañada por los tenues rayos del sol de aquella mañana que se volvería inolvidable.

—Daisy, eres mi esposa —expresó emocionado.

—¿No nos habremos apresurado?

—No. La certeza que siento es muy fuerte. Eres especial. No quiero pensarlo demasiado y arriesgarme a perderte.

—Pero es que...

—Pondré de mi parte, seré buen esposo. —Se pasó la mano por el cabello para acomodarlo mejor, entendía su resquemor y lo invadía la necesidad de que creyera—. Hasta hace dos días me recriminaba por ser un idiota, por arruinar la única y verdadera oportunidad que tenía de encontrar el amor con una mujer. Y Dios o el destino, quiso que te hallara en este barco. ¿Qué más prueba necesitamos?

—¿Crees en el destino, esposo mío? —Adoró llamarlo así, y más sentirse poderosa con ese varón a sus pies, confesándole con tanto ímpetu y urgencia que estaba loco por ella.

—No lo sé, pero de lo que sí me siento seguro es de que confío en nosotros, en lo que siente mi corazón cuando estoy a tu lado.

La emoción que la recorrió mientras se casaban volvió a apoderarse de su cordura. Se impulsó y le robó un beso corto, sorprendiéndolo. Bradley no se contuvo, la enlazó por la cintura

y saqueó su boca hasta dejarle los labios rojos e hinchados.

—Aquí no —susurró ella con una risita cuando pudo desprenderse.

La tomó de la mano con una sonrisa cómplice y se escurrieron hacia su camarote, lejos de las miradas de todos.

Dentro, él se desató con prisa la corbata.

—Brad, mi madre debe estar esperándonos para desayunar y celebrar nuestra unión... —le recordó con un tono juguetón.

—No creo que nos eche de menos, está encantada escuchando la explicación de la travesía que hará el barco para llegar a puerto. El capitán es muy convincente y la baronesa se encuentra muy interesada en la marinería —añadió guasón.

—Maravilloso —aprobó con una risita juguetona.

Como un experto Bradley la ayudó a deshacerse del vestido y del apretado corsé. Al dejarla en la delicada camisola, la tomó en brazos para conducirla al lecho. Previo a acompañarla, se desnudó por completo ante la mirada de su joven esposa. Las mejillas de Daisy se tintaban de rosa, y él adoró ese gesto.

Volvió a buscar su boca, y sin poderlo evitar la liberó del camisón. Necesitaba perderse otra vez en la suavidad de sus pechos, que olían a su perfume y sabían mejor. Era experto besándolos, tocándolos y la expresión de Daisy confirmaba que lo hacía muy bien.

Ella no tardó en comenzar a jadear. Un suspiro la atravesó cuando la mano de su esposo bajó y se perdió entre sus pliegues, procurándole un inmenso placer. A los juguetones dedos le siguió algo mejor. La lengua de Bradley reptó por la línea central del cuerpo femenino y la complació con besos ardientes en su húmeda abertura.

—Oh, por Dios —gimió sofocada, estremeciéndose desde la punta de los pies hasta la cabeza.

Jamás esperó que aquello fuera tan magnífico. Se sentía todavía más excitante que la primera vez que él la besó en su intimidad a escondidas en el camarote. Ahora, sin el miedo recorriéndola, podía disfrutar más de cada descarado lametón.

Sabía lo que él estaba haciendo, sus amigas no eran muy discretas cuando conversaban acerca de lo que sucedía entre un hombre y una mujer en el lecho. Pero ninguna información al respecto la preparó para tal despliegue de maestría y la intensa sensación que no sabría con qué comparar.

Sentía celos de las mujeres que su esposo probó antes que a ella, pero ni siquiera iba a enfadarse, contribuyeron a que él se convirtiera en el amante experimentado que tendría todas las noches en su cama.

Era un hecho incuestionable, Bradley sabía lo que hacía, y en momentos como ese, no le quedaban dudas de haber elegido muy bien. Esto quería cada una de las noches del año, a Brad haciendo su magia y robándole suspiros.

Un gemido se le escapó cuando tocó las nubes, el orgasmo la atravesó de un modo más fuerte que la primera vez que estuvieron juntos y él no detuvo sus atenciones hasta que ella terminó de jadear. Mientras acompasaba el ritmo de su respiración, él ya estaba cubriendo su cuerpo, y su hombría presionaba su entrada.

—Tómame Brad —exigió y lo empujó por las caderas para que no dilatara la espera.

Esa urgencia lo puso arder, y se enterró en la cálida abertura que lo reclamaba. Un gruñido ronco emergió de la garganta varonil cuando se hundió hasta la empuñadura. Y sin prisa comenzó a impulsarse, pretendía disfrutarla lentamente. Las embestidas continuaron despacio, pero cuando Daisy sintió que estaba a punto de terminar de nuevo, exigió que arreciara los embates.

—Mi esposa, mi hermosa esposa —le susurró mientras se introducía una y otra vez en la apretada cavidad, que lo estaba arrastrando hasta llegar al punto de no retorno. Esas palabras aumentaron su excitación, saber que un vínculo tan poderoso los unía lo hacía vibrar por dentro.

—Oh, Brad, si si-gues moviéndote así me vas a ma-tar.... —soltó entrecortadamente, sin siquiera analizar las palabras que salían de su boca. Estaba loca de placer, perdida. Su centro era un volcán a punto de volver a arrojar la lava caliente que la quemaba. Se aferró al cuerpo masculino y, hambrienta, empujó su sexo contra el de su hombre, guiada por las demandantes palpitaciones de su intimidad.

Él, con una sonrisa desvergonzada, con el ego rebosante, la envolvió más entre sus brazos, y aferrándose a su cintura se impulsó hasta que los dos gritaron al unísono, al ser desbordados por el inmenso placer del final.

—¡Oh, por to-dos los cie-los! —exclamó ella, tocando las nubes con la yema de sus dedos.

—¡Maldito infierno! —Las últimas gotas de su culminación terminaron de llenarla—. Me enlo-que-ces, mujer —soltó atropelladamente sintiéndose el amo del universo.

Continuaron jadeando unos minutos más hasta que las respiraciones de ambos comenzaron a ralentizarse. La mirada de Brad era una promesa de que ese día era difícil que abandonaran el

camarote, deseaba más, quería todo y lo necesitaba ya.

—Esposo, tu boca se vuelve sucia cuando estamos en la cama. Jamás te he escuchado agradecer a Dios por su infinita misericordia, al regalarnos el agradable momento compartido. Siempre invocas al demonio o sacas a relucir el averno.

A él se le escaparon unas carcajadas irónicas. La arrastró más hacia su cuerpo, donde ni un hilo de agua podría colarse entre sus torsos.

—Te advertí que no era un santo, pero te juro que me contengo, no pretendo escandalizarte tan pronto.

Ella abrió los ojos sospechando que existía más placer del que había conocido y que Bradley sabía cómo conseguirlo.

—Te prohíbo que vuelvas a contenerte conmigo. Quiero arder en tu fuego eterno cuando también te estés quemando.

—Oh, Daisy, esto que haces es lo que debería estar prohibido. No me hables así. ¿Quieres subyugarme y convertirme en tu esclavo? Jamás una mujer ha sido tan sincera conmigo, sin miedo a entregar hasta lo más profundo de su alma.

—Será porque tú me importas, Brad, y estoy dispuesta a que lo nuestro funcione. Le apuesto todo a nuestro matrimonio.

—Ya me urge contarle, gritarlo a los cuatro vientos. ¡Daisy Peasly es mi esposa! —comenzó a alardear a viva voz. Se le veía tan contento.

—Loco, calla o nos arrojarán por la borda por indeseables.

—Nadie se atreverá a tocar uno de tus cabellos en mi presencia. Los haría pagar. Ahora eres Daisy Montagu, condesa de Pembroke —reflexionó en voz alta—, mi dulce condesa.

Envuelta entre sus brazos, respirando agitada por las emociones que él le hacía sentir, no podía borrar su sonrisa. El entusiasmo de Brad era muy contagioso.

Capítulo 8

Al llegar a tierra e instalarse en la casa de Bradley, Daisy y Aurora escribieron muchas cartas para avisarles a familiares y amigos cercanos del feliz acontecimiento.

—Matronas y debutantes quedarán descorazonadas al saber que deben borrar de sus distinguidas listas al conde de Pembroke —comentó la baronesa a su hija desde el pequeño escritorio de maderas nobles de la habitación que le asignaron.

—Espero que sí. —Daisy le respondió con una pícaro sonrisa, ese conde era suyo y lo sería para siempre—. Me encanta Pembroke, adoro a mi flamante esposo.

—Me agrada. Creo que tomaste una inteligente decisión. Es un milagro que Dios lo haya situado en el mismo barco que abordamos para venir a Francia.

—Supongo que fue obra del destino o del Creador. —Surgiéndole la duda, preguntó—: Madre, ¿no habrá usted indagado en qué barco zarpaba Brad y compró de forma premeditada los boletos para provocar un encuentro «fortuito»?

—Hija mía, me concedes un ingenio superior al que poseo. Juro que no, pero ahora que lo mencionas es una idea estupenda. ¡Cómo no se me ocurrió antes! —se lamentó—. Lo importante es que el Altísimo vio la oportunidad por nosotros, y ahora están casados y al parecer se aman. Al menos, él no puede disimularlo y tú tampoco. —Soltó unas sonoras carcajadas.

—Me reconforta verla feliz, madre —le dijo con añoranza, le habría gustado que Aurora también hubiese sido dichosa en su matrimonio.

—Y aquellos posibles candidatos que soñaban con cortejarte en los eventos de invierno, sabrán que deben olvidarte y posar sus ojos en otros horizontes. La noticia volará. Aguardemos por cartas de Londres. Espero que celebren el magnífico enlace y no se pierdan en cotilleos o susceptibilidades acerca de las circunstancias. ¿Crees que alguien sospeche por la ceremonia nupcial tan apresurada?

—Ya no importa, madre. Está hecho. Nadie va a separarnos.

—Adoro ver a un hombre enamorado. Cuando Pembroke me pidió tu mano en Goldenshadow Castle lucía muy confundido; pero ahora te mira de un modo tan posesivo y protector que me asusta su reacción si algún día lo dejas de amar. O al revés. —Enarcó una ceja—. Un hombre a su edad no creo que haya permanecido casto. ¿Tendrá un asunto oculto que

deba preocuparnos?

—Madre, por supuesto que no es posesivo. Protector, tal vez, pero solo lo normal que se espera de un marido. Lo que me gusta de él es que me da espacio, y a la vez lo siento cercano. Casto no es, ya lo hemos hablado. Sin embargo, conoce cuáles son los límites que no estoy dispuesta a cruzar.

Aurora suspiró, quizás debió sostener esa conversación antes de la boda. Pero Daisy y Pembroke durmieron una noche juntos. —O se dedicaron a hacer todo menos dormir—. Había un testigo.

—¿Me habré equivocado? ¿Me adelanté al exigirles casarse o debí cubrirlos, cubrírte? Tu reputación iba a quedar en manos del capitán, de Pembroke y de cualquier otro pasajero o tripulante de la embarcación.

—Madre, se preocupa de más. Pembroke ya había pedido mi mano. Corrimos con suerte la primera vez que lady Abbott y la condesa de Allard nos sorprendieron besándonos.

—Por Dios, Daisy. No me lo recuerdes.

—Lo quiero. Desde que lo conocí en la carrera del Támesis quedé prendada de él. Es la más cruda verdad. Después de nuestra presentación, verlo en cada evento social me aceleraba el corazón. Empezaba a quererlo. Y cuando me besó...

Aurora abrió mucho los ojos ante la revelación, Daisy suspiró con un poco de vergüenza.

—Continúa, hija. Soy tu madre, confía en mí. Jamás voy a juzgarte.

—Fue mágico, idílico. Me elevé hasta las nubes. Ya no tuve dudas. Me estaba enamorando. Acudí a Goldenshadow Castle rebosante de esperanzas de encontrármelo, de tener un acercamiento, de ser cortejada por Brad.

—¿Y entonces por qué lo rechazaste cuando pidió tu mano?

—Como le expliqué, Bradley no usó las palabras correctas. Y si no estaba convencida de sus sentimientos no iba a desposarlo. Sé el daño que un matrimonio por conveniencia le hace a una pareja. Yo necesitaba cerciorarme de que nos casábamos por amor.

—¿Y cómo te convenciste? ¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—En el barco me lo propuso con sinceridad, desnudando su corazón. Y su mirada reflejaba su total entrega.

—¿Hija, estás segura de que deseas que prosiga mi viaje? Porque si tienes dudas, yo me

quedo a tu lado todo el tiempo que lo necesites.

—Madre —expresó conmovida—, lo aprecio, pero estaré bien. Usted me enseñó a cuidarme. Además, con Brad me siento segura, amada, escuchada.

—Eso es importante. ¿Y si te quedas con la señorita Chapman?

—¿Y privar a la buena mujer de su soñado viaje por el continente? No, por supuesto que no. Usted dijo que cuando Rose y yo estuviésemos casadas, la señorita Chapman pasaría a ser su dama de compañía. Pues bien, ya tenemos esposos. Viajen juntas.

—En fin. —Suspiró—. Parece que los planes cambiaron. En una semana seguiré a París y de ahí a Italia.

—Escríbame, por favor. Quiero saberlo todo.

—Se te ve tan feliz, pequeña. Mi pequeña Daisy.

—Tengo mi propio final de cuento de hadas. Estoy tan enamorada. —Otro suspiro, la madre la secundó.

—Pero no olvides, mi amor, que es la vida real y que a veces se torna cruenta y despiadada. De nosotros depende tener el coraje para continuar el camino y encontrar la felicidad. No hay finales mágicos, hay resoluciones que debemos tomar con valentía.

—Te quiero, madre.

—Te amo, cielo mío.

Capítulo 9

Daisy y Aurora tomaron un carruaje para dar un paseo. Bradley estaba ocupado, ultimando los detalles de la venta de algunos muebles que no se podrían llevar a Le Havre y cerrando el trato del traspaso de la propiedad de Ruan. La ciudad lo conquistó durante mucho tiempo. Motivo por el que decidió establecerse en una de sus calles más florecientes, y moverse a La Havre y a Burdeos para sus negocios. Sin embargo, esa aventura llegaba a su fin.

Mientras sacaba los papeles que debía llevar y los acomodaba en una pila ordenada, para que después el secretario los guardara en cajas, el hombre lo interrumpió nervioso.

—Milord, tiene una visita. —El individuo era de origen inglés. Bradley lo conoció cuando su negocio comenzó a prosperar. Era un buen empleado. Tras marcharse a Inglaterra, lo dejaría atendiendo sus asuntos en Francia junto con el administrador, quien ya estaba en el puerto.

—No he citado a nadie —murmuró sin levantar el rostro, concentrado en su labor. Mas el silencio lo disuadió de atender al inesperado visitante.

Cuando vio el enorme vestido de *mademoiselle* Legrand tras la figura del secretario, Bradley se quedó de piedra. Hacía escasos minutos que Daisy y su madre habían salido. Si se hubieran tropezado, la situación se habría tornado incómoda y difícil de explicar.

Ni siquiera saludó o le dio la bienvenida. La mujer cruzó todos los límites. Era la primera vez que visitaba su residencia. Él nunca la invitó, Brad se tomaba en serio su reputación, al menos en su hogar y ese lo era todavía.

Sus palabras salieron disparadas con cierto enojo por las atribuciones que ella se tomó.

—¿Qué haces aquí, Odette? —El sonido de su voz no demostraba sus emociones.

—*Mon chéri*, hace tanto que no nos vemos y me saludas con esa frialdad —contestó en un perfecto inglés como solían comunicarse, pero eludió responder a la pregunta—. *C'est incroyable* —agregó en su idioma natal, para referirse a que no lo podía creer.

—Ve directo al grano, detesto los juegos.

—Muy británico. ¿Es necesaria tanta seriedad? Pensé que te alegrarías de verme. —Puso los hermosos ojos verdes en blanco. Superaba por cinco años a Daisy, pero en experiencia y

ambición le llevaba diez. El cabello ensortijado color caramelo se movía como resortes al compás de sus pasos. Se acercó a una butaca y se acomodó porque nadie se dignó a ofrecerle asiento.

Brad continuó de pie, sabía que Daisy se demoraría, pero no podía arriesgarse. Se reacomodó el nudo de la corbata, la tensión comenzó a impacientarlo, necesitaba que aquella mujer se fuera cuanto antes.

—Envié una nota, creo que fui bastante específico y claro. No volveré a visitarte. —Resumió el contenido de la carta—. Considero que mi gesto fue un detalle de mi parte, tomando en cuenta que no firmamos ningún acuerdo previo ni escrito y tampoco oral. ¿O debo recordarte tus palabras cuando nos conocimos?

La última frase salió como un reclamo de sus labios, dio un paso hacia ella y la miró con una sombra de rencor. No entendía cómo Odette se atrevía a reclamarle tanto. Negó de frustración y después soltó su molestia en una exhalación.

—En esa ocasión que me declaraste tus intenciones te veías más enamorado —ronroneó como una gatita. Solía hacerlo para seducirlo. Al principio a Brad le resultó simpático. En ese preciso instante, con la sangre caliente hirviendo dentro de sus venas, lleno de furia, por lo que un encuentro con Daisy y la baronesa podría significar, odió las maneras de comportarse de la mujer—. Ahora parece que te asustara verme aquí. ¿Por qué me repeles?

Él solo quería levantarla de la silla, meterla en su carruaje y decirle adiós. Pero era un caballero.

—En esa ocasión, en que nos conocimos, yo acababa de encontrarle sentido a mi vida tras un año sufriendo por la primera mujer que amé, Esther. —Su mirada reflejó las huellas que deja el sufrimiento, uno que tardó en superar—. Jamás te lo oculté. Te conocí y me pareciste encantadora. Comencé a entusiasmarme contigo. Creí que le darías una nueva luz a mi vida, y te ofrecí formalizar nuestra relación, la que empezó sin intercambiar palabras de por medio.

Ella se levantó y también acortó la distancia, dando dos pasos hacia él. Creía que si lo tocaba, si lo abrazaba, si lo besaba, él bajaría todas sus defensas. Brad alzó una mano y la instó a detenerse, frenando el avance. Ella aguardó solo un poco, pero estaba decidida a convencerlo.

—*Oui, oui*. Eras tan serio en esa época. Tan decente. Creíste que me habías desflorado. —Soltó una alegre carcajada—. Solo habías estado con una mujer, yo te enseñé todo. *Si ardent, si passioné*. Muy apasionado, pero sin técnica ni práctica. Y después, fuiste domando tus instintos naturales y aprendiendo. *Oh là là*. —Se abanicó con la mano—. El mejor de mis amantes, tanto así que no me he sentido atraída por otro caballero. Sin embargo, no fui suficiente para ti y

buscaste otras mujeres. Dejaste de ser exclusivo, pero yo no he compartido mi cama con nadie más desde que te conocí. Mi interés amoroso solo está contigo. Merecía más consideración, amante malagradecido.

—Odette, te ofrecí comprometernos y lo rechazaste. Y no te entregaste solo a mí, tu corazón y tu alma pertenecen a tu carrera. Fuiste muy clara desde el principio. Jamás serías la esposa de nadie, nunca te comprometerías con nada más. Me ofreciste compartir la cama cuando a ambos nos apeteciera. Pues bien, ya no me apetece —agregó con voz monocorde para obligarse a no perder los estribos.

—Qué cortante, *chéri*. —Bajó la mirada, ganando tiempo, pensando qué más decir para no marcharse con las manos vacías. Nunca perdía una contienda, esa no sería la primera.

—Incluso me exigías usar protección porque sabías que no eras la única y tampoco te prohibí ver a alguien más.

—No me reclames, gracias a mí aprendiste algo bueno y ahora estás limpio.

—Lo sé y te lo agradezco. —Exhaló tratando de salir del problema e intentando serenarse. Reconoció que en ese punto, Odette tenía razón. Con las únicas que no se protegió fue con Esther, los dos eran castos, y después con su esposa—. No te reprocho nada. Mi intención al conocerte fue convertirte en mi pareja, no en mi querida.

—¡No soy querida de nadie, estamos en igualdad de condiciones! ¡Me ofende el comentario! —Entonces fue ella quien perdió los estribos. La gatita mansa sabía cómo atacar como una tigresa, la conocía muy bien.

Las miradas de ambos se retaron como en un duelo a muerte. Ninguno volvió a esforzarse en esconder sus emociones. Odette estaba irascible, ofendida por el rechazo del hombre y por el hecho de no tener la delicadeza de comunicárselo de frente. Él mostró en su rostro la gama completa de emociones, su impaciencia y su necesidad de sacarla de su casa, el temor a que su joven esposa encontrara a Odette en el hogar que compartían. Su ofuscación por no entender a la francesa era creciente. ¿Qué reclamaba? Si ella marcó el curso de la relación de ambos desde el principio.

—Siempre respeté tu decisión. Por eso no terminé de enamorarme de ti, sabía que si lo hacía iba a sufrir. Jamás me amarías con la misma fuerza que yo deseaba ser correspondido —se sinceró con el propósito de hacerla entender que el vínculo entre los dos ya no tenía futuro—. Pero, yo sí quiero tener una esposa, una familia y encontré a alguien que persigue los mismos propósitos. También debes aceptar y respetar mi elección de vida. Así que, no tiene sentido continuar. Es preciso renunciar de la manera más civilizada a nuestros encuentros periódicos—.

Se sentía tan mortificado, sacó su reloj de bolsillo para verificar cuántos minutos transcurrieron desde el arribo de Odette. No quería que Daisy llegara, menos que se decepcionara y terminara herida—. No puedes continuar aquí, te invito a retirarte. Mi esposa volverá de un momento a otro con mi suegra.

—No soy idiota, esperé a que la joven tórtola saliera. Tu secretario me aseguró que tardaría.

—Seguro no le dejaste otra opción al buen hombre.

—Pero tú eras mi único amante —continuó como si no hubiese escuchado su invitación para que desapareciera en el acto—. Y, aunque tardaras en regresar, siempre volvías a mí. Yo acepté tus condiciones, eras el hijo de un conde, eventualmente tendrías que heredar el título, tal como ha ocurrido. ¿Y eso en qué posición iba a dejarme?

—Dije que estaba dispuesto a luchar por ti; sin embargo, no me creíste. Te reíste en mi cara. Nos veíamos cuando regresabas a Ruan, pero te la pasabas viajando a París para tus eventos. No me culpes de la distancia entre los dos. ¿Querías que me volviera célibe cuando te ibas por meses a París? Yo no quise aprisionarte ni alejarte de tus sueños. Eran válidos y decidiste luchar por ellos. Ahora te destacas en tu medio. Lo tienes merecido; no obstante, también tengo una vida.

—*Précisément*. Las mujeres como yo no encajan en tu círculo. Soy práctica. Pensé que cuando te cansaras de trotar por el mundo ibas a retornar a Londres, a casa. Solo me ahorré la decepción del final.

—Y si lo tienes claro, ¿qué haces aquí?

—No quiero renunciar a ti —desahogó sin que le temblara la voz, justo como cuando rehusó desposarlo. El dolor que la separación le causaba era evidente. Él suspiró y negó.

Odette creyó que era su momento, que el escudo con que Brad la repelía estaba cediendo y se lanzó a abrazarlo. Dos fuertes manos la detuvieron, obligándola a no cruzar la distancia. Un duro golpe para su ego.

—Me casé, lo expuse en la carta —sostuvo con firmeza.

Ella sintió que el escudo de Brad permanecía firme en el mismo lugar, no cedió ni un milímetro. Y entonces arriesgó su última carta. Bajó los ojos y pronunció con cierta timidez.

—Entiendo que un conde inglés necesita casarse con una dama de su círculo y cumplir con ciertas demandas de la sociedad. —Levantó los párpados y buscó la mirada del hombre, suplicando una respuesta favorable a sus demandas—. Sin embargo, si es la única opción que tengo con tal de no renunciar a ti la acepto. Vivirás en Londres, pero siempre vendrás para

supervisar tus negocios, no me molestará calentar tu cama en esos momentos. Haré lo posible por coincidir, aunque mi agenda esté muy apretada.

—Es increíble que me salgas con esto cuando fuiste tú quien puso los límites al inicio. Odette, fue hermoso mientras duró, pero no te aferres. Fue una aventura y como tal, ha terminado. Tus principios, tus reglas. Tú elegiste cómo vivir tu vida. Yo elijo la mía. Me gusta la seguridad que ofrece el compromiso, llámame anticuado o en su defecto inglés. No sé por qué crees que recordarme mi origen de nacimiento suena como un insulto. Estoy orgulloso de mis raíces.

—Te aburrirás antes de lo que crees.

—Mi fidelidad se debe a mi esposa —soltó tan seguro que nadie podría dudar de sus palabras.

—No lo entiendo. Nunca me fuiste fiel, ¿por qué lo serás con ella? ¿Por qué quieres condenar tu miembro a ser exclusivo de una mujer por el resto de tus días? ¿Acaso no eres hombre?

—Comprendo que no lo entiendas y lo acepto. Respeto tus decisiones. Respeta las mías. Para mí una pareja no solo significa pasión, también familia, hogar, lealtad, amor: entrega absoluta. Lo quise con Esther y mi padre me arrebató la oportunidad, te lo propuse, pero no estábamos en el mismo plano.

Era tan honesto al declarar sus intenciones que a ella le dolía.

—Si lo que deseas es una dama insulsa que se queda en casa mientras tú traes el pan al hogar y cumples tus aspiraciones, entonces no soy yo.

—No te equivoques. Jamás le haría eso a la mujer que amo. Si Daisy tiene sueños por realizar voy a apoyarla. Pero estaremos juntos, comprometidos, luchando a la par, no imponiéndonos condiciones para poder amarnos.

—¿Daisy?

Bradley se pasó la mano por el rostro, detestó que lo sacara de sus cabales y que terminara por revelar el nombre. Tampoco era un secreto y si, Odette buscaba, lo iba a averiguar.

—¿La amas? —indagó con la voz rota y él asintió por toda respuesta—. No puedes disimularlo, se te nota. *Mon Dieu*, se te nota. ¿Y cómo quedamos tú y yo?

—Lo nuestro jamás fue un compromiso, no lo será ahora. Por favor, sal de mi casa y no regreses sin invitación.

Odette cambió su expresión de dolor, de pérdida, por una altiva. Era evidente que estaba destrozada por dentro, pero eligió disimularlo muy bien. Casi arrasa con los adornos de porcelana china de uno de los muebles que se atravesaron en su camino. Por suerte no pasó a mayores.

Bradley exhaló con fuerza cuando ella desapareció por la puerta frontal. Se asomó para cerciorarse de que su carruaje se alejara. Inhaló de golpe y llenó sus pulmones, aliviado. Quizás fue un iluso al pensar que con una carta pondría fin a la aventura que juntos vivieron. Pero no quiso acudir a ver a Odette para dar por concluido el vínculo y que Daisy se enterara. Podría dar lugar a un malentendido, y por nada del mundo iba a lastimar a su esposa. Menos sabiendo que ella exigía: amor sincero, lealtad y respeto.

Brad era consciente de lo que tenía. Había sentado cabeza, con Daisy logró la pasión, el amor y la compañía que siempre anheló. Por nada del mundo arriesgaría el bienestar de su matrimonio. La adoraba y lo único que deseaba era hacerla feliz.

Capítulo 10

Aurora se quedó una breve estancia en Ruan con los recién casados. Cuando se cercioró de que Pembroke era el estupendo marido que previó, continuó su viaje de sanación por Europa junto a la dama de compañía y su doncella. Dejó a Daisy con muchos consejos sobre el matrimonio, pero lo que la joven no olvidó fueron las siguientes palabras: sinceridad, comprensión y apoyo mutuo.

En eso consiste ese vínculo sagrado, tratarse como aliados, cómplices, amigos, además de amantes. La falta de los tres primeros arruinó la relación de los barones Peasly.

Esa conversación le sirvió para calmarse y escuchar a Bradley cuando le pidió a la única criada que les servía la comida, que se retirara y los dejara a solas.

Él le reveló a Daisy que aquella mañana, durante el paseo que dio con su madre, recibió una visita que no esperaba.

—¿Por qué me dices hasta ahora que tu querida vino a buscarte a nuestro hogar? — preguntó precavida, dejando los cubiertos sobre el plato. Ni siquiera sintió vergüenza de saber lo que pensaría el secretario y la mujer que les ayudaba en la casa, pues seguro estaban enterados de la visita.

—Esperé a que tu madre viajara, no quería que notara la turbación en tu rostro. Sé que podemos hablarlo y resolverlo.

—¿Debo preocuparme? —La tristeza, más que la preocupación, se reflejaba en su cara.

—No, Daisy, no —le reveló, tomándole las manos entre las suyas—. Ni siquiera era mi querida, teníamos una relativa frecuencia con nuestros encuentros, cierta inclinación el uno por el otro. —Le contó todo lo más resumido que pudo, habría querido ahorrárselo para no lastimarla. Pero prefería ser sincero y que un malentendido no surgiera después.

—Basta, basta. No voy a interrogarte sobre tu vida o tus parejas antes de mí. Tienes derecho a mantener tus secretos, tu privacidad.

—No quiero tener secretos contigo. Rompí el vínculo con una carta, a ella no le pareció la mejor forma y vino a exigirme que le diera la cara.

—¿Te quiere de vuelta? —soltó sin irse por las ramas.

Bradley exhaló con fuerza y asintió.

—De cierta forma. Me propuso continuar siendo mi amante, al menos cuando yo esté en Francia o haya posibilidad de vernos.

—Oh. —Tragó en seco—. Cuántas agallas. Jamás creí que escucharía algo así de la boca de mi esposo. Es fuerte de asimilar. ¿Y tú qué le contestaste? —El corazón se le aceleró a la espera de la respuesta.

—Le dije que no.

—¿Es bonita? —Comenzaron a sudarle las manos.

—¿Y eso qué importa? Te he prometido fidelidad y voy a cumplirlo. No tendré una amante. Me adhiero a la promesa que te hice al casarnos, porque no deseo, ni necesito el afecto de otra que no seas tú. Te amo a ti.

—Pero la carne es débil y más en los hombres... O eso he escuchado, aunque creo que es igual para ambos. Y por tu evasión a mi pregunta supongo que es hermosa.

—Coincido en que es igual para ambos.

—Las bajas pasiones... La tentación de la carne... ¿Resistirás ante un ofrecimiento de esa magnitud con ella o con otra que pretenda lo mismo? —Sintió que sudaba frío. Jamás imaginó que una mujer podría ofrecerle un trato tan sugerente a un hombre. Ni siquiera lo vivido por sus padres la preparó para enfrentar esa eventualidad.

—Elijo ser te fiel. No voy a arriesgar lo que tenemos por la pasión de un momento. Daisy, soy un hombre que ha vivido lo suficiente como para saber dónde estoy situado y a dónde quiero llegar. Mi paraíso soñado lo encontré contigo.

Bradley abandonó su silla, la tomó por el talle y la arrancó de su asiento hasta hacerla aterrizar sobre la mesa, llevándose parte de la vajilla a su paso.

—Oh, Brad qué dirá *madame* Durand —agregó para referirse a la sirvienta.

—Le he dicho que salga, que vamos a arreglar un asunto y que no asome sus narices hasta que la mande a llamar.

—Vas a tener que enseñarme francés. Creerá que hemos peleado.

—Es más astuta que eso —agregó con picardía, acunándole los senos y liberándolos del ajustado corsé. Bebió de ambos hasta calmar la intensa sed que desolaba su garganta.

Daisy jadeó y no opuso resistencia. La lengua de Brad era prodigiosa, su boca entera. Hacía

maravillas cuando se sumergía en su intimidad, y cuando saboreaba sus pechos, sentía que podría llegar al éxtasis sin que siquiera rozara el cúmulo de nervios que palpitaba entre sus piernas.

Cuando la mano de Brad viajó y se coló debajo de su falda, y esculcó por la abertura de sus calzones, Daisy estaba muy húmeda y resbalosa. Él empezó a masajearla entre las piernas. Brad se tomaba en serio los juegos preliminares. Pero, en esa ocasión, ella necesitó de manera alarmante saltarlos.

Bajó y tomó entre sus dedos la envergadura de su marido y se complació al percibir su tamaño y su dureza.

—Tómame ahora, Brad —murmuró con la voz entrecortada. Ni siquiera se detuvo por vergüenza, el deseo que sentía era despiadado, una fuerza invisible la impelía a satisfacerlo.

—Aún no estás lista, no quiero hacerte daño.

—Tómame —exigió con la voz más excitada y él no fue capaz de resistir ante su desbordante urgencia.

Daisy lo empujó de vuelta a una silla. Y sin delicadeza comenzó a liberar la pesada erección de los pantalones de su esposo, que con una sonrisa ladeada le siguió el juego. La desesperación de su mujer por el contacto entre sus cuerpos endureció aún más su virilidad. De la punta de su miembro brotó una gota ante la frenética y angustiante anticipación. También se deshacía en ansias por enterrarse entre sus muslos.

Ella no lo hizo esperar más, lo montó a horcajadas y condujo la hombría hasta quedar ensartada de una sola acometida. La sensación que la invadió al sentirse llena, la hizo ahogar un grito. Era consciente de que no eran los únicos en la casa, pero no podría mantenerse callada por mucho tiempo. Ese hombre era suyo, la furia la dominaba por saber que aquella mujer se atrevió a acudir a su casa, a proponerle semejante trato descarado a su marido.

Bradley no era tonto, sabía qué emociones recorrían a Daisy en este instante, y era su obligación borrar de su mente cualquier dolor, ira o desconfianza. Si le hacía el amor cómo los primitivos celos de ella estaban necesitando, borraría sus dudas. Daisy era la dueña de su corazón. Bradley notó que, aunque Daisy se impulsó con fuerza hacia abajo, con la intención de acogerlo entero, aún quedaban unos centímetros de su masculinidad afuera. La apretó por las caderas y tomando impulso la embistió de un solo golpe para enterrarse hasta la base. Gritaron al unísono de tanto placer y después se quedaron quietos, mirándose a los ojos, sintiendo la inmensidad mezclada con la lujuria de ese momento, experimentando la entrega más absoluta e irracional. Se pertenecían.

De las bocas de ambos se escaparon exhalaciones de alivio cuando se sintieron conectados por completo, como una sola carne, pero el alivio fue momentáneo. Sus cuerpos exigieron más fricción. La urgencia era asfixiante. Se quemaban en el fuego de la necesidad. Daisy obedeció a sus demandas. Comenzó a subir y bajar sobre el rígido eje, respiraba agitada y ya no podía controlar sus gemidos. Su premura creció y su cabalgata se volvió más impetuosa, mientras repetía:

—¡Más! —exigió como si nada consiguiera saciarla.

Se notaba la prisa imponente por liberarse, pero algo se lo impedía. Quizás era su mente, elucubrando una historia que no era verdadera, porque Bradley acababa de jurarle cuánto la amaba. Otro hombre con menos escrúpulos, tal vez se habría quedado con las dos, la esposa y la amante, y sin remordimientos. Él, en cambio, se desvivía por complacerla solo a ella.

Bradley la sostuvo con fuerza de las nalgas y se elevó con su mujer en brazos, sin dejar de embestirla. La acostó sobre la mesa con las posaderas al borde, para tener acceso y continuar arremetiendo con libertad. Se inclinó y se metió en la boca uno de los pezones rígidos, mientras masajeaba con maestría la contraparte.

—Oh, Braaad —balbuceó eufórica. Su intimidad se deshacía de gozo ante la estimulación de sus senos, no sabía cómo, pero todo estaba conectado—. Más duro.

Él entendió que tenía permiso para desatar a su bestia oculta. Un gruñido se escapó de sus labios, precedido de:

—Si llega a dolerte tendrás que avisarme para que yo pueda refrenarme.

—Por Dios, no te refrenes, no soy tan delicada.

—Tú pides... Es mi obligación complacerte —aseguró, pero en el fondo también se satisfacía a sí mismo.

Ella lo estaba volviendo loco, creía que jamás iba a dejar de experimentar esa necesidad acuciante de hacerla suya. Arremetió rendido a su instinto más primigenio. Contemplarla, desquiciada por el gozo, lo sumía en una oleada de frenesí.

Ambos sudaban y temblaban, con la piel encendida.

Cuando las caderas masculinas empujaron todavía más rápido, en acometidas profundas y arrebatadas, justo como ella precisaba, Daisy alcanzó la cúspide que su cuerpo demandaba.

—Oh, sí. Pooor fin —balbuceó extasiada, mientras se liberaba.

Pequeñas explosiones entre sus muslos la hicieron jadear al compás de su embriagador

orgasmo. Se sentía ebria de fruición. Las mejillas lucían más sonrosadas que de costumbre, sus latidos desbocados retumbaban en su corazón. Su cuerpo se deshacía e iba quedando lánguido con las últimas vibraciones.

Para el hombre era tan excitante mirarla, escucharla gemir, tocar su piel ardiente. Bradley no pudo aguantar más, tres estocadas profundas lo catapultaron a su propia culminación.

—¡Demonios, sí, sí! —Se derramó en cortas y pequeñas oleadas que le prodigaron el placer más intenso que jamás había sentido.

Daisy sintió como su interior era colmado, abrasado, por la cálida simiente.

Terminaron exhaustos.

Con la escasa fuerza que le quedaba, él la arrastró consigo de vuelta a la silla, y mientras le acomodaba los mechones que se salieron de su recogido la miraba con amor.

—¿Mejor, esposa mía? —indagó Bradley.

Ella bajó los párpados, avergonzada. Hasta ese momento reparó en su comportamiento, sus exigencias, lo que hicieron. Él le tomó el mentón y la obligó a verlo a los ojos.

—Bradley, ¿nos habremos apresurado al casarnos?

—No. —Atajó renuente ante tal posibilidad.

—Por nada del mundo quiero lo que tenían mis padres —confesó y él comprendió que Daisy sufrió por la forma en que sus progenitores llevaron el matrimonio, no necesitó indagar—. Me niego a morirme de celos. No volverá a repetirse. Si por un minuto vuelvo a sentirme insegura, me alejaré.

—Nunca más permitiré que una mujer con segundas intenciones se atreva a pisar nuestra casa.

—Eso tal vez no lo puedas evitar. Pero si me miras así como lo estás haciendo ahora, yo sabré que no tengo nada que temer. He sido una tonta.

—Y yo me he beneficiado de tus emociones más salvajes. Jamás me había sentido tan complacido —bromeó para aligerar el clima entre los dos.

—Confío en ti, Brad. Ven. —Lo asió por el cabello y lo aproximó hasta su boca, devoró sus labios con ímpetu. Cuando volvieron a recuperar el aliento, le confesó—: Me enloqueces, pero, por Dios, cómo te quiero.

—Loco estoy yo por tu amor, mi querida Daisy. Siempre quise un lazo de entrega absoluta,

aliados, amantes, pareja. Pensé que jamás iba a tener un vínculo tan poderoso como el que me ata a ti. Veía a todos enamorarse a mi alrededor, mis amigos se iban casando, como tórtolos acaramelados y yo convertido en un solitario empedernido. Ahora ya no estoy solo, te tengo y me siento el hombre más feliz del mundo.

—Te amo, esposo.

—Te adoro.

Se revelaron apasionados, y tras acomodarse las ropas, y componerse los peinados con las manos, se escabulleron a sus habitaciones entre risitas cómplices.

Daisy y su esposo se quedaron para arreglar sus asuntos el resto de la semana en Ruan, de ahí partirían a Le Havre y más tarde a Burdeos. Tenían la firme intención de dejar bien amarrados todos los pormenores, en un futuro próximo regresarían a Londres con la finalidad de establecerse.

Brad firmó los papeles de la venta de la casa en Ruan e hicieron el equipaje, dispuestos a partir. Se despidió con agradecimiento de la morada donde tomó las riendas de su destino.

Ofrecieron a la señora Durand acompañarlos en su viaje para que no quedara sin trabajo. Incluso le propusieron acompañarlos después a Londres. Pero la buena mujer no estaba dispuesta a seguir conviviendo con unos recién casados, fogosos, que en cualquier momento darían rienda suelta a sus encuentros poco discretos. Pidió una carta de recomendación de los ingleses condes de Pembroke, segura de que le ayudaría a encontrar una buena posición sin tener que abandonar su tierra natal. Le dieron una compensación económica justa y el documento solicitado. La mujer se despidió de ellos muy contenta, augurándoles que iban a tener una numerosa descendencia.

El matrimonio viajó para asentarse en las habitaciones que Bradley poseía sobre sus bodegas cerca del puerto de Le Havre. Su propiedad en Burdeos estaba a la venta. Daisy jamás vivió de manera semejante, en lugares pequeños, con pocas pertenencias, pero decidió lanzarse a la aventura. Sería un proceso, mientras viajaban y se establecían en Inglaterra. Sin embargo, no meditó demasiado en la situación actual, prácticamente obedecía a su corazón y este le ordenaba continuar al lado de su esposo.

—Tal vez debiste volver a Londres con la dama de compañía de Aurora. —Su suegra le pidió que la llamara por su nombre, ahora que eran familia—. No sé si todos estos cambios y vicisitudes estén acordes a tu estilo de vida. Mi madre me reprendería por tenerte en estas

condiciones.

—No deseo estar en otro sitio que no sea a tu lado, Brad. Además, estoy disfrutando del viaje.

—Es un alivio saberlo. Cuando nos casamos no tomamos en cuenta los pormenores.

—No pienses en cómo debió ser. Si nos hubiésemos desposado en Londres, me habrías tenido que abandonar para encargarte de tus negocios aquí. Odio esperar, más estando recién casados.

Brad y Daisy tuvieron que vender algunas de sus posesiones antes de la mudanza, para que pudieran acomodarse en su nuevo hogar temporal. Había dos piezas. Primero, un estudio completo donde él realizaba el papeleo y revisaba las cuentas, allí dejaron desperdigadas las maletas. Segundo, un dormitorio decente, con un pequeño cuarto de aseo contiguo.

—Es poco para ti —arguyó, al mismo tiempo que ella exploraba la estancia.

—¿Dónde dormiré la doncella? Pensé que podría contratar una, mientras estuviera en Francia.

—Salvo que se acomode en el diván del estudio —ofreció como si nada. Dejó claro que desde que abandonó Inglaterra prescindió de un ayuda de cámara.

¿Pero Daisy estaba preparada para afrontar el reto? Sus vestidos, su calzado y sus accesorios eran un completo desafío. Y qué decir de su largo y rebelde cabello. ¿Quién iba a domarlo? Respiró profundo. Se casó con un conde, y como tal, creyó que su modo de vivir continuaría de forma similar al que se acostumbró en la casa de sus padres.

Daisy carraspeó y sin poder evitarlo soltó lo que estaba pensando.

—Pobre mujer, estará incómoda y te dificultará el uso de tu espacio de trabajo. Creo que puedo arreglármelas sola, será por un corto tiempo —lo dijo convencida, pero siempre había sido vestida por una doncella; quien, además, se ocupaba de peinarla según las últimas exigencias de la moda para alguien de su posición.

Al principio, cuando organizó el viaje con Aurora, a ambas le pareció bien la decisión de su madre de llevar solo a una doncella: la de su progenitora. Ahora se lamentaba, echaba de menos a Abby, quien se ocupó de ella desde los trece años.

—Extrañaré la casa de Ruan, pero cómo dijiste, pronto marcharemos a Londres y ya no será necesario mantenerla.

—Antes tengo que ir a Burdeos, a finiquitar la venta de mi propiedad y a reunirme con mis

proveedores. Te va a encantar ver el atardecer en los viñedos. Es un escenario que a veces parece irreal.

—No tienes que vender si no lo deseas. Podríamos venir algunas temporadas.

—Para encargarme de mis asuntos en Londres necesito ese ingreso.

—Solo espero poder visitarla antes de que pertenezca a otra persona.

—Y así será.

Daisy pudo conocer la propiedad previo a que cambiara de dueños. Según Bradley no necesitaba tener un inmueble allí, sus proveedores podían enviarle la mercancía directo a Le Havre.

Fue una aventura acompañarlo en su travesía en barco a Burdeos, verlo negociar con los productores de vino, pasear por la ciudad y la campiña, y retornar a Le Havre. Para después tomar un tren y viajar a París, donde disfrutaron de una traviesa luna de miel, lejos de las responsabilidades. La ciudad le fascinó a Daisy, y las artes amatorias que desplegó el conde la hicieron adherirse todavía más a él.

Cuando la añoranza empezaba a pesar, una carta de Rose llegó a sus manos anunciándole el fallecimiento de su padre. A Daisy, el corazón casi se le detuvo, a pesar de que Leonard fue el responsable de romper la unidad de la familia, le dolió mucho su partida, más porque no tuvieron la oportunidad de reconciliarse.

Leonard Peasly fue un hombre muy religioso y que les exigió apegarse a reglas muy estrictas. Sin embargo, en lo más oculto de su ser él siempre estuvo enamorado de otra mujer, no de Aurora, y no le importó ser infiel y lastimar a su esposa. Por sus incongruencias, hizo miserables a sus hijos y arrastró a su familia a un clima lleno de exigencias en el que fue insoportable seguir. Hasta que él, frustrado, decidió marcharse a la casa de su hermano Ferdinand Peasly a recuperarse de una herida de arma blanca, tras un altercado, pero nunca salió adelante.

—Lamento mucho tu pérdida —le susurró Bradley y la abrazó.

Daisy seguía estática, con la carta en las manos y los ojos anegados en lágrimas.

—Mi padre... —Ella ya le había revelado que no tenían una buena relación, sin ahondar en los motivos—. Mi padre no siempre fue así, hubo momentos en los que nuestra familia se sintió

real, en el que el cariño que le tuvo a mi madre parecía genuino. Sin embargo, su corazón siempre fue de otra mujer, y como él no pudo alcanzar la felicidad que tanto añoraba a su lado, se volvió un ser amargado y no dejó ser feliz a nadie a su alrededor. Mientras crecíamos fue dadivoso, nos consentía en exceso siempre que cumpliéramos todos sus mandatos. Creímos que eso era amor. Pero, cuando tuvimos edad de decidir qué deseábamos para nuestros futuros, se volvió un dictador con Rose, con Jake, conmigo. No aceptó perder el control. Creo que de todos sus hijos, fui la que menos sufrió por su carácter. Fue muy injusto con Jake y con Rose.

—Lamento... Lo lamento tanto... —La abrazó. Ella seguía aferrada al papel—. Ahora me siento peor aún por el asunto con Odette. Viste sufrir a tu madre, y de pronto, pensaste que estabas en una situación similar. Daisy, amada Daisy, nunca te seré infiel, te lo aseguro.

—Es todo lo que quiero de un marido, alguien en quien pueda confiar y que no me entierre un puñal por la espalda en cuanto me voltee.

—No creo que lleguemos a tiempo para el sepelio de tu padre, pero podemos volver a Londres. Es importante que te reúnas con tus hermanos. Sé lo que es que tu progenitor fallezca y quedar sin la oportunidad de una reconciliación. Tal vez me sucedió como a tu hermana Rose o Jacob. Papá y yo nos dijimos palabras muy hirientes la última vez que nos vimos. Ni siquiera pude visitar su tumba y pronunciar un discurso de adiós ahora que estuve en Londres. No quiero ese resentimiento en tu corazón. Creo que ambos debemos hacer algo con eso. ¿No crees? Podríamos perdonar y olvidar juntos. Solo así conseguiremos seguir adelante y concentrarnos en nuestro porvenir.

—Sí, por favor. Debemos lograrlo. —Suspiró—. No sé si mamá tenga la fuerza para regresar y enfrentar tantos dolores. Pero yo quiero volver. Ahora Jacob será el nuevo barón Peasley y deseo brindarle todo mi apoyo. Mi hermano, como hombre, es el que más ha sufrido por las exigencias de mi padre y está muy desorientado. Nos necesitará a Rose y a mí. Tenemos que apoyar a Jacob, para que mamá pueda continuar en su viaje de sanación.

—Mi mercancía está siendo transportada a Londres por mar en un barco comercial, y ya concluí los asuntos que me trajeron a Francia.

Comenzaron los preparativos de inmediato. En pocos días, los nuevos esposos tomaron una embarcación de pasajeros con grandes deseos de volver a casa.

Aquel viaje a Francia fue como un sueño que jamás se desvanecería de la memoria de ambos. Sobre todo de Daisy, que no imaginó que, tras iniciar la travesía con su madre iba a vivir una historia de amor similar a la de las novelas que leía. Aunque el final fue agri dulce —por retornar con la certeza de que nunca más vería a su padre con vida—, tenía el apoyo de Bradley y

se sentía muy enamorada.

Sabía que, aunque la luna de miel fue perfecta, una aventura digna de un libro, un matrimonio se ponía a prueba en el día a día. El regreso le enseñaría aquella parte que nunca se cuenta en las novelas. ¿Qué sucede después del «felices para siempre»?

Capítulo 11

La nueva condesa de Pembroke no había pisado sus posesiones en Londres, y ya todos reclamaban su presencia, principalmente en Pembroke House.

Las tres hermosas jovencitas Margaret, Josephine y Henriette, hermanas del conde, corrieron para unirse a la comitiva, eran las últimas en llegar. Su madre tuvo que acallar sus risas. Las dos mayores estaban próximas a ser presentadas en sociedad. La menor, la benjamina de la familia, Ettie, como le decían de cariño, apenas arribaba a los once años.

El mayordomo, con sus lacayos —luciendo sus elegantes libreas—, y el ama de llaves con sus doncellas con gorros y delantales blancos impolutos, también aguardaban, llenos de curiosidad.

Para Francis, el sirviente de mayor jerarquía, un hombre de mediana edad y de constitución corpulenta, el recibimiento de su señoría era un evento importante y nada podía salir mal.

El carruaje se detuvo ante la entrada principal. La nueva condesa de Pembroke, arribaba a su hogar.

La propiedad deslumbró a Daisy en el buen sentido, a simple vista le pareció un sitio ideal para vivir. Moría por pisar el interior. No le importaba la riqueza, pero esa casa era su nuevo hogar, así que la curiosidad la embargaba por completo.

Patience y las damitas los esperaron ansiosos desde que recibieron la carta comunicándole las nupcias.

Y es que Patience no tuvo nada de calma al conocer la noticia del matrimonio de su hijo. Aguardar por él y su nuera fue desesperante. Cuando la madre del conde leyó en aquellas líneas que Bradley se había casado en un barco casi se desmaya, pero cuando entendió que la elegida fue Daisy Peasley, suspiró de alivio. Conocía a la madre de la criatura y eso le dio mucha tranquilidad; pero ardía en deseos de verlos con sus propios ojos. Su hijo casado. ¡Al fin! De todos modos, si la elección de Brad hubiese sido diferente, ella se hubiera esforzado por apoyarlo.

En el momento que su hijo descendió del carruaje con su esposa del brazo, su rostro le dio la verdadera paz. Bradley lucía tan enamorado, como si el amor hubiese restaurado todas sus heridas. Dios escuchó sus ruegos. El conde estaba casado, en Pembroke House había una nueva

condesa, y pronto habría herederos. Era el momento de conseguir esposos para sus tres hijas solteras.

Daisy estaba contenta. Saludó a la condesa viuda y sus cuñadas con una sonrisa, Bradley le había hablado de todas y tenía muchos deseos de conocerlas. Fue un bello recibimiento y se sintió bienvenida.

La amplia propiedad en Mayfair estaba muy cerca de la de su hermana, a quien vería pronto, junto a sus amigas: Angelina, Isabelle y Elizabeth. La esperarían a las cinco, justo en dos días más, para tomar el té. Tenían tanto que contarse, sobre todo querían saber cómo hizo el conde de Pembroke para conquistarla y cómo Daisy decidió entregarle su corazón.

Las noches de amor, desde su pequeña habitación con vistas al Sena durante su viaje a París, terminaron. Anheló tanto volver a Londres... y en una semana partirían todos a la finca familiar para disfrutar del descanso antes de la próxima temporada. Era un sitio del que solo escuchó elogios, y que parecía el lugar perfecto para que la familia creciera.

—Oh, querida, me hace muy feliz conocerte ahora como la esposa de mi hijo. Pero lamento las circunstancias que los trajeron de vuelta, siento mucho el fallecimiento de tu padre —le dijo Patience.

—Se lo agradezco, milady.

—Tu vestido es fantástico. Tendrás que contarme las últimas tendencias de la moda parisina. Es algo que me obsesiona.

Daisy notó que su suegra aún vestía de luto en memoria de su esposo, y reparó en que ella no lo hacía por su padre. Suspiró profundo. Era algo que debía debatir aún consigo misma, aunque la norma social lo exigía, no estaba segura de querer seguirla. Pensaba que los dolores era mejor llevarlos en el corazón.

Se preguntó si la dama le reprocharía esa falta.

—Casi no compré ropa en París, pero traje algunas revistas.

—Qué desperdicio ir a Francia y no hacerse de un guardarropa nuevo. Aunque supongo que estaban muy ocupados. —Le hizo un guiño para darle a entender, que comprendía a unos recién casados—. Devoraré las revistas y mis hijas también.

—Fue todo muy precipitado, sí —se justificó sonriendo. La dama le estaba agradando, no quiso adelantarse con su juicio, pero creía que no sería difícil convivir con ella.

—Estimada Daisy, permíteme llamarte así. Ahora somos familia —propuso su suegra,

sacándola de sus reflexiones.

—Por supuesto, milady —contestó casi convencida de que no le reprochaba la falta del cumplimiento del estricto luto, la boda apresurada, entre otros detalles que la pareja pasó por alto. No esperó un mal recibimiento, pero tampoco uno tan efusivo. Se notaba que Patience estaba feliz de tener de vuelta a Bradley.

—Lláname Patience, y tutéame, por favor. Quiero ser para ti como una segunda madre.

—Si así usted lo prefiere, si tú lo prefieres —corrigió Daisy ante la mirada de Patience.

—¿Puedo abrazarte? Ya te siento como otra hija.

—Sí, claro —accedió Daisy sorprendida y ya tenía los brazos de su suegra a su alrededor.

—Madre, va a asustar a Daisy. Vaya despacio. Apenas estamos llegando a Pembroke House.

Daisy percibió que Bradley no tuteaba a su madre. ¿Significaba que debía mantener los límites entre ambas? Si su propio hijo no lo hacía, ¿por qué se lo pidió a ella? Como fuera, iría con cuidado. Deseaba que la convivencia entre las dos se estableciera lo mejor posible.

—Brad, ¿cómo me haces algo así? Me he perdido tu boda. Habría querido disfrutarla. Solo tengo un hijo varón —continuó la madre reclamando. Hasta cierto punto, Daisy entendió la zozobra de la mujer. Se puso en su lugar, también le gustaría asistir a la boda de sus hijos—. Nuera, que no te asuste que este bribón no me tutee, le he dado la confianza, pero heredó esa formalidad de su padre. Sin embargo, cuando se enfada, de su boca sale el más variado lenguaje soez, igual que sucedía con su progenitor.

—Madre, no se extralimite. Hará que mi esposa huya —bromeó sin dejar de tratarla con cierta deferencia, pero con un matiz cariñoso que a Daisy le agradó—. En cuanto a la ceremonia, no se ponga triste. Habrá momentos memorables que compartiremos, que le harán olvidar que no estuvo presente —la calmó Bradley, y posó su mano con afecto sobre el brazo de su progenitora, para después abrazarla con cariño. Ese gesto entre madre e hijo robó un suspiro a Daisy, le tranquilizaba saber que se querían y que se llevaban bien—. Acérquense todos, tenemos un aviso que dar.

Las hermanas no tardaron en aproximarse. La condesa viuda se llevó la mano al corazón.

—Habla de una vez, hijo. Nos tienes en ascuas.

—Daisy y yo seremos padres en unos meses. Hubiese querido revelarlo en un momento más formal, pero sé que saberlo las hará felices a todas. Así que no guardaremos la noticia ni un

segundo más.

Las hermanas estallaron de algarabía. No recordaban la última vez que tuvieron un pequeño en casa. Patience se quedó sin palabras, y cuando al fin pudo abrir la boca solo le salieron murmullos.

—Estamos muy felices con la noticia —se adelantó Daisy.

—Por favor, hijo, mañana mismo ocúpense de constatar que el matrimonio es válido por todas las leyes. Y si hay algún cabo que no esté bien atado, por favor, átaló con un nudo muy fuerte. Ese pequeño debe nacer en un matrimonio que nadie pueda señalar. Te lo ordeno, si es que como tu madre aún me lo permites. Un hijo es sagrado, no dejes que nada lo amenace.

—No hay que temer, madre. Y, para la tranquilidad de todos nosotros, mañana me ocuparé en persona.

—Hijo, sería estupendo organizar un gran baile para presentar a la nueva condesa de Pembroke a la sociedad, más tomando en cuenta que nuestros conocidos no pudieron asistir a la boda. Sin embargo, nosotros guardamos luto por tu padre y deseo llevarlo estrictamente durante dos años. Y Daisy también tiene la reciente pérdida de su progenitor. Considero oportuno esperar antes de abrir nuestras puertas, pero si eliges lo contrario, respetaré tu decisión, Brad.

—No ardo en deseos de celebrar grandes eventos en Pembroke House, estoy más preocupado por tomar las riendas del condado y sacar el título adelante.

—¿Querida Daisy, como condesa, estás de acuerdo o piensas diferente? No interferiré si...
—insistió Patience.

—Coincido con ambos. No es el momento. En dos años, cuando el luto por nuestro respetado suegro culmine, retomaremos y abriremos las puertas a la sociedad. Mereces tranquilidad para llevar tu luto como corresponde, Patience.

—¿Por qué no te conocimos antes, hermosa Daisy? —agregó la dama.

Patience sonrió y también se acercó a darle un segundo abrazo que Daisy sintió como la bienvenida de su suegra a la familia.

—Brad, cuéntanos todo. Queremos saber los pormenores de la historia de amor —pidió Margaret. Josephine y Henriette se sumaron a la petición.

—En eso Daisy es mejor que yo. —Se escudó Bradley—. Querida, te concedo el privilegio de contarles a tus jóvenes cuñadas, cómo Cupido lanzó sus flechas untadas en esa poción llamada amor y cómo caímos redondos, sin escapatoria.

La aludida suspiró y tomó asiento, con las *ladies* a su alrededor, para comenzar desde que sus ojos se cruzaron con los de su esposo en la regata que se celebró en el Támesis. Por obvias razones, omitió los pasajes que no eran apropiados para las jóvenes damas.

Cuando el matrimonio pudo librarse del interrogatorio de las hermanas, quienes se mostraron afectuosas con ambos, se retiraron para descansar del largo viaje. Una cena en los aposentos, un baño y se fueron a la cama.

Esa noche, desvelados, después de hacer el amor hasta quedar exhaustos, Bradley la apretó más contra su pecho para sentir la piel de la espalda de su esposa, mientras admiraba las líneas de su silueta a contraluz, por el resplandor que producía la chimenea. Amaba respirar el aroma de sus cabellos dorados como la miel, y que olían tal cual.

—¿Algún día me dirás cómo consigues oler tan dulce? —le preguntó.

—Un perfumista de Bond Street —susurró ella con un hilo de voz, ya casi se dormía—. Por suerte volvimos a tiempo, estaba por agotarse mi frasco.

—Acabas de retornar de Francia. Créeme que muchas damas matarían por un perfume francés.

—No soy tan extrema. Soy un animal de costumbres, me gusta el producto británico. —Sonrió. Se giró, atrayéndolo a su boca, para besarlo con efusión. Después volvió a la posición anterior. Adoraba tener su cuerpo tibio abrigando su espalda.

—Me alegra saberlo —le susurró cerca de la oreja, envolviéndola más entre sus brazos.

Por algún motivo, la conversación le recordó al conde que debían hacer algo cuanto antes. Estaba tan enamorado, en el momento más apasionado de su vida y quería poner especial cuidado para que en su mundo el amor y la calma continuaran reinando.

—Mañana. Antes de tratar el asunto que le prometí a mi madre, para alejar cualquier susceptibilidad sobre nuestra boda, iremos a la calle Harley —dijo él con un tono mandón que ella adoraba.

Una sonrisa adormilada se dibujó en el rostro de Daisy.

—Brad, tranquilo. Sé que quieres cuidarnos, pero el médico nos revisó antes de viajar y nos confirmó que todo está bien.

—Pretendo asegurarme de que así continúa. —La besó en la coronilla.

Ella giró entre sus brazos, lo miró a los ojos grises y se perdió en ellos. Después apoyó su mejilla sobre el pecho duro como una roca de su esposo, pero tibio y terso, que le daba una paz inmensa. Entonces sí pudo cerrar los párpados lista para entregarse a los brazos de Morfeo.

—Serás un padre muy protector, pero deberás controlarte. Quiero que hagamos las cosas bien —le susurró la condesa remoloneando, luego bostezó. Con la mejilla aún recostada sobre su pecho, sintiendo sus latidos, al fin pudo conciliar el sueño.

La siguiente mañana, al abrir su guardarropa, Daisy eligió un vestido gris pálido. Por suerte, su doncella llegaría en un rato más con baúles que contenían todas sus pertenencias desde Peasly House. Por lo pronto, solo tenía los atuendos que llevó al viaje.

Decidió que no vestiría de negro, pero que durante seis meses usaría colores discretos, de medio luto, no solo por su padre, también por su suegro, aunque no tuvo la dicha de conocerlo. Le pareció un tiempo prudente, se lo quitaría justo antes de que su criatura viera la luz.

Como Bradley sugirió acudieron puntuales a visitar al doctor Emerson, quien se convirtió en el médico de la familia. Las noticias fueron las mejores, el embarazo marchaba a buen ritmo.

—Te dije que no era necesaria otra revisión —le susurró Daisy a su esposo cuando abordaban el carruaje.

—Nunca está de más extremar precauciones —aseveró y la besó en la cabeza.

El carruaje los llevó hasta la iglesia donde acostumbraba a asistir la familia de los condes de Pembroke, desde varias generaciones atrás. Una vez allí tomaron a buen recaudo las recomendaciones del religioso para que nadie pudiera ponerle un «pero» a su ceremonia.

Al concluir, volvieron al carruaje y este se puso en marcha de inmediato. Bradley se apeó delante de las oficinas de su abogado, para tratar asuntos de sus negocios y encargarle realizar todos los trámites sugeridos, con el propósito de que el matrimonio civil también quedara instituido.

Daisy lo despidió con un beso, y siguió en el coche rumbo a la casa, para tomar un refrigerio, descansar un rato y partir diez minutos antes de la hora del té. Quería llegar puntual a la cita que tenía en la casa de su hermana.

Reencontrarse con Rose fue reconfortante. La mayor de las Peasly igual estuvo fuera

disfrutando de su luna de miel. Se abrazaron fuertemente, notó que su hermana vestía de rosa pálido y entendió que no iba a llevar luto. Rose también reparó en el atuendo gris de Daisy, pero ninguna emitió comentario alguno con respecto a sus elecciones. Siempre respetaron las decisiones de la otra.

Tuvieron escasos minutos para reconfortarse, antes de que llegaran las demás.

—Me alegra tanto verte, hermana. Y casada con Pembroke. Sabía que te gustaba —le dijo Rose. Ambas ocupaban un amplio sofá en el salón del té, aún no traían los alimentos—. ¿Lo amas?

—Con todo el corazón. —Se llevó las manos al rostro para ocultar su sonrisa, feliz. Pero era imposible no percibir que irradiaba una luz interior que solo el amor correspondido produce.

—Me alegra saberlo. Lo publicamos en los periódicos como aconsejó madre, para evitar suspicacias cuando regresaran casados. En cuanto la noticia se fue esparciendo, casi le da un patatús a más de a una matrona. Supongo que muchas ya se consideraban suegras del gallardo conde de Pembroke.

—¿Te agrada Brad?

—Por supuesto —confirmó Rose—, y Oso casi brinca en un pie para celebrar la noticia. Pembroke es uno de sus amigos más queridos. Mi marido está eufórico porque ahora Bradley es parte de la familia.

—¿Y tú y Oso, son dichosos?

—Estoy locamente enamorada de mi esposo y él es... —Negó Rose, al recordar su picardía, con la alegría reflejada en el rostro—. Somos felices.

—¿Cómo está Jacob? ¿Cómo tomó la muerte de nuestro padre? —preguntó Daisy por su hermano menor. Las dos mujeres suspiraron.

—Jacob es fuerte, se ha hecho cargo de las responsabilidades del título. Oso ha querido ayudarlo, pero él quiere salir adelante por sí mismo. Por suerte, nuestro papá dejó unas finanzas organizadas y abundantes. Estará bien. Jake solo tiene que sanar el corazón y reconciliarse con la idea de que ese hombre fue nuestro padre y es un hecho que no podemos cambiar. Ya está muerto, no guardemos rencor, debemos seguir adelante.

—Lo sé. Piensas igual a Bradley.

—Padre supo que te desposaste con Pembroke —le reveló y Daisy enderezó el talle, ávida por saber más—. Jacob le informó de la novedad. Para mi sorpresa, papá no puso reparos. Igual

no tendría por qué ponerlos, pero ya sabes cómo era. Ni siquiera protestó porque no lo tomaste en cuenta para que diera su aprobación. Se mostró agradecido de saberte casada. Creo que presentía que era su fin y estaba consciente de que descansaría dejándote en un matrimonio. Incluso, nuestro tío...

—¿Ferdinand?

—Se pronunció a favor de tu casamiento, aunque no dejó de cuestionar la atropellada ceremonia.

—Típico de él, mientras no entorpezca los planes de Jake, me da igual lo que opine de mí. Pero no debemos dejar que se entrometa en la vida de Jacob, ahora querrá guiarlo e influir en sus decisiones.

—Tendrá una difícil tarea. Jacob lo escucha, pero conozco a mi hermano, no lo hará por mucho tiempo.

Volvieron a abrazarse y se soltaron cuando las damas arribaron. Entre risas y largas charlas se pusieron al corriente de los últimos acontecimientos. Una reunión con las amigas siempre reconfortaba el alma.

Esa noche fue la primera cena en el elegante comedor de Pembroke House con su esposo, su suegra y sus cuñadas; la última bajo la supervisión de Patience, quien sin reparos dio la instrucción al ama de llaves y al mayordomo de obedecer desde ese momento a su nuera.

Al siguiente día, Daisy tendría que ocuparse de sus responsabilidades y tomar las riendas del mando de la propiedad.

—Hay algo más divertido que recorrer la mansión con el ama de llaves y ponerse al tanto de los pormenores del funcionamiento de la casa de Londres —expuso la condesa viuda—. Las joyas del condado están a tu disposición, ahora te pertenecen.

—Oh, no, Patience. No es necesario, mi padre fue generoso en ese aspecto... Poseo mis propias joyas.

—Insisto. Es la costumbre. También tengo las mías. Las del condado siempre han sido de la esposa de quien ostente el título.

—Brad, dile a tu madre...

—No me meteré en esos asuntos. —Se salió por la tangente.

—Hijo, el inventario de las joyas está completo, solo falta el anillo que te di el día que partiste por primera vez, para que tuvieses un recuerdo de tu madre y de tu casa contigo. Pero supongo que Daisy ya lo resguarda. Me encantaría vérselo puesto. Es hermoso, ¿verdad, querida?

—¿Cómo? —respondió Daisy con otra pregunta sin poder asimilar la interrogante de su suegra.

—Un zafiro estrella redondo en corte de cabujón completamente pulido, rodeado de diamantes facetados y pétalos de oro. Su forma parece una flor, una margarita, valga la coincidencia —explicó para que ella recordara a cuál joya se refería—. Siempre fue mi favorito. El más antiguo de la colección. ¿Lo recuerdas ahora?

—Yo...

—La piedra es enorme, sería imposible no recordarlo.

Daisy miró de soslayo a su marido, percibió que comenzó a ponerse pálido. Brad le regaló algunas prendas en el viaje a París, pero todas eran compradas por él delante de ella, era definitivo, ninguno era un zafiro estrella. No tenía conocimiento del anillo mencionado. Los ojos de los esposos hicieron contacto. Parecía que Bradley iba a decir algo, pero el silencio se alargó, como si las palabras se negasen a salir.

Por suerte, los lacayos comenzaron a servir el segundo plato y Patience se distrajo y no exigió la respuesta de ninguno, sino que volvió a tomar el turno de la palabra cuando los sirvientes dieron un paso atrás para dejarlos degustar las codornices en salsa de vino blanco.

—¿Y bien, cómo estuvo tu tarde con tu hermana, Daisy? —preguntó la condesa viuda.

—Fue un consuelo ver a Rose. —La voz de la aludida salió como una exhalación, no le quitaba los ojos de encima a Brad. Entre ellos la complicidad se extendió como un manto, ella entendió que su esposo le explicaría después acerca del anillo.

—¿Le contaste a tu hermana y tus amigas sobre nuestro pequeño en camino? —preguntó el conde.

«Hasta que dijo algo», pensó ella. Lo vio recuperar el color de la cara cuando su madre olvidó seguir indagando por la alhaja y Daisy se mostró solidaria.

—Quise resistirme, pero son imposibles —reveló tratando de darle un toque de humor. Hablaría más tarde con su esposo sobre esa mención particular de su suegra, no iba a inquietarse

hasta conversar con él. Las cuñadas rieron con Daisy, adoraban su ingenio. Ya la admiraban, les gustaba todo de ella—. Me interrogaron hasta que tuve que decirles que estamos esperando un hijo.

Nadie más, a excepción de Bradley y Daisy, volvió a recordar el anillo.

—Mis amigos... también me hicieron una encerrona —confesó él, después de visitar al abogado, se reunió con ellos en White's—. Oso no me dejó escapatoria, quiere ser el padrino.

—Oh. —Daisy soltó unas cortas carcajadas. Conocía la versión insistente de su cuñado, no cejaría en el intento—. En ese caso, mi hermana será la madrina, no hay nadie en quien confíe más.

—Serás una madre amorosa. —La mirada tierna de Bradley no pasó desapercibida para los comensales. Margaret, Josephine y Henriette rieron por lo bajo. Les resultaba gracioso descubrir esa faceta en su hermano, quien siempre se mostró serio y reservado.

—Te amo, Brad —le susurró Daisy delante de todos para infundirle seguridad. Pero era evidente que algo ocultaba y necesitaba que continuase siendo un secreto.

La suegra carraspeó para llamarlos al orden. Sin embargo, en el fondo se sentía muy feliz por la pareja. Las muchachas estaban embobadas admirándolos, y soñando en el momento en que les tocara enamorarse.

—Te amo, Daisy. Eres mi vida entera —soltó pleno, también se sentía aliviado y agradecido por la bondad de su esposa.

Capítulo 12

Londres, abril de 1870

El cuento de hadas de Daisy continuó. Durante esos años el matrimonio de ambos se siguió fortaleciendo. Comprobó que el amor real existía. Lo veía todos los días reflejado en la mirada de su esposo, en la paciencia y el cariño con que la trataba, en las noches ardientes con que incendiaban su habitación. Sobre todo, en las risas que le regalaban sus pequeños hijos: Joshua de tres años y Erick de dos. Sí, no habían tomado un descanso. La familia crecía.

Muchos acontecimientos influyeron en sus vidas. Sus cuñadas mayores ingresaron a un prestigioso colegio para señoritas, y salieron con una excelsa preparación, como dos distinguidas rosas inglesas. Ahora solo faltaba que les encontraran caballeros a la altura, ambas podrían desempeñarse como esposas de los pares de más renombre.

En las temporadas de 1868 y 1869, respectivamente, fueron presentadas en sociedad. Y este año, al finalizar agosto, Henriette, la menor entraría al mismo instituto. Ettie, a sus quince primaveras, se oponía con fuerza, aunque sus hermanas parecían encantadas con los resultados.

La mayor, Margaret, no había recibido propuestas; sin embargo, se sentía confiada, quería elegir al adecuado. Buscaba un matrimonio que le ofreciera seguridad y donde el sentimiento surgiera con los años. Josephine también iba bien encaminada, tampoco tenía prisas por casarse, pero era más ambiciosa, solo se casaría por amor. Aunque las jóvenes estaban tranquilas, la condesa viuda no se sentía feliz con la tardanza. El tiempo transcurrido sin casarlas era un dolor de cabeza del que ya se quería librar.

Daisy y Bradley eran felices rodeados de familia y amigos. Aurora estuvo con ellos durante el nacimiento de sus hijos, y hacía poco había partido con su dama de compañía en el barco del apuesto capitán, que se volvió su gran amigo. Juntos visitaban destinos encantadores desde donde enviaban postales. Daisy las leía con ilusión, añorando que su madre regresase pronto a casa para relatarle las maravillosas historias. Casi siempre retornaba para el invierno, y cuando la primavera comenzaba a anunciar su arribo, zarpaba de nuevo a conocer nuevos horizontes.

Su hermano, Jacob Peasly, maduró y recibió con responsabilidad el título que le correspondía por nacimiento. Se libró de la influencia del tío Ferdinand Peasly y tomó las riendas de su legado. Jake también se casó. Lo hizo con la hermosa Annalise, la pupila de su hermana Rose y de lord Oso. Conformaron un matrimonio muy joven, pero feliz.

Incluso, su prima Grace, la hija mayor del tío, se acercó más a los hermanos Peasly. Tras un triste pasado, terminó casada con el poderoso duque de Norfolk, en una boda por amor, que sorprendió a todo Londres.

El gran baile que Patience quiso dar para presentar a Daisy como la condesa de Pembroke nunca se concretó. Debido a los embarazos y otras circunstancias lo fueron posponiendo. Para suavizar el golpe, realizaron otros eventos menos costosos. Sin embargo, la pareja cumplió con todos sus compromisos sociales, haciéndolo, además, con éxito. La verdad subyacía en cuestiones más de fondo. Bradley estaba enfocado en estabilizar el patrimonio familiar, tras las deudas que dejó el anterior poseedor del título.

Ese tiempo sirvió para que él recuperara el poderío del condado. Lo logró gracias a las importaciones de vino francés de la región de Burdeos, a las mejoras introducidas en la administración de sus tierras, y a otros negocios en los que fue invirtiendo con los años. Lo anterior le permitió convertirse en uno de los patrocinadores de los Dark Blues, lo que lo llenaba de orgullo.

Daisy también estuvo ocupada durante todo ese tiempo. Además de convertirse en madre y cuidar a sus hijos con amor, contribuía como voluntaria en la biblioteca de su amiga Isabelle, la que por suerte perdonó su torpeza con el libro que cayó al agua. Esta última era en la actualidad la vizcondesa Sadice, tras lograr un estupendo matrimonio con Kilian Everstone, vizconde Sadice.

Y en lo privado, Daisy tenía un secreto que aún no sacaba a la luz. Convivir con los niños y los jóvenes que iban a la biblioteca y educar a sus hijos, hizo florecer una pasión que siempre la había rondado: las letras. En su salita privada, tenía un secreter lleno de cajones donde escondía los manuscritos que terminó en los últimos años y que no se atrevió a sacar a la luz. Llegó a completar más de diez cuentos de hadas de su propia autoría.

Para ese instante, los Pembroke estaban en su mejor momento. Les quedaban las dos hermanas mayores por casar y la madre insistió en dar la gran fiesta.

—¿Qué dices, Brad? El luto está más que guardado, hace rato que la casa recuperó su color, tus hermanas están buscando esposos y en menos de lo que imaginamos debutará Ettie y serán tres hijas por casar. Es necesario hacer algo con las solterías de Margaret y Josephine, antes de que el tiempo se vuelva nuestro enemigo. Es nuestra oportunidad para dar un evento que nos sitúe en el centro de las miradas.

—No me incomodan las miradas, madre, pero tampoco me desvivo por tener todos los pares de ojos de Londres sobre mí —rebatía restándole importancia.

Daisy solo los observaba discutir y reflexionaba al respecto con sabiduría.

—No dimos un baile descomunal para celebrar el debut de Josephine y Margaret, tampoco para presentar tu matrimonio —continuó Patience como una retahíla—. ¿Sabes lo que eso le hace a la reputación de un título? —preguntó—. Pensarán que estamos quebrados o que ocultamos algo en las finanzas.

—Madre, esos son prejuicios. Muchos caballeros hacen negocios conmigo, no son ingenuos.

—Importan más las opiniones de las esposas, siempre son las matronas las que tienen la última palabra a la hora de concertar el matrimonio de sus hijos —insistió la dama.

—Suena interesante tener un baile aquí —intervino Daisy con cautela.

—Sí, sería divertido, aunque será una tortura tener que verlo a hurtadillas. ¿Por qué solo se puede disfrutar de la temporada hasta debutar? —protestó Henriette—. Es una costumbre horrible.

—También tendrás tu turno, debes tener paciencia —le insistió la madre con una sonrisa—. Me alegra tu espíritu, Ettie, significa que cuando te presentes en sociedad, estarás más dispuesta que tus hermanas. Margaret y Josephine siguen dormidas en los laureles. De tanto escoger, terminarán con las manos vacías.

—Ah no, mamá, si mi prisa no es por encontrar marido, Dios me libre —refutó Ettie—. Los jóvenes son petulantes y espantosos. No sé si el príncipe azul exista, y si no encuentro juro que me quedaré solterona. Yo solo quiero bailar.

Bradley no aguantó las carcajadas, miró a su hermanita de modo protector.

—Coincido con Ettie, es injusto que le nieguen bailar en los grandes salones —secundó el conde—. Y aplaudo que aborrezca a los jóvenes engreídos. También apoyo a Margaret y Josephine, continúo sosteniendo que como cabeza de familia no obligaré a ninguna a desposar a quien no las merezcan. Ellas elegirán esposo. A usted, madre, la complaceré con el baile, pero no atormentaré a las muchachas.

Daisy lo miró con ternura, admiró que las apoyara y las quisiera tanto.

—Me agrada la idea, pero ya he dicho que este año tampoco me casaré —aclaró Josephine—. ¿Cuál es la prisa? Aún no tengo edad para ser considerada una solterona.

—Hija mía, eres una ilusa —la cortó Patience—. A tus veinte, y con un año en el mercado matrimonial estás a un pestaño de quedarte para cuidar a tus sobrinos. En peor situación está

Margaret con veintiuno y tres temporadas.

—Nadie se quedará solterona, salvo que así lo desee —defendió Daisy a sus cuñadas y estas se lo agradecieron con la mirada—. También debuté tarde.

—Atrapaste a un conde en tu primera temporada, no sé si seas el mejor ejemplo —bromeó Brad, adoraba echarle leña al fuego.

—No atrapé a un conde, resulta que el conde me atrapó a mí, con sus artimañas de caballero seductor —respondió y ya se devoraban con la mirada. Siempre eran así. No podían disimular que a cada segundo deseaban desaparecer a todos los presentes y quedarse a solas para dar rienda suelta a la pasión.

—Quiero un hombre que me mire como Brad contempla a Daisy —soltó Ettie con una sonrisa cómplice y guiñó el ojo a sus hermanas. La madre se escandalizó.

Patience casi se ahoga con su propia saliva, tuvo que carraspear para que su hijo y su esposa moderaran sus afectos en público.

—Las niñas deben casarse y ustedes requieren pasar tiempo solos. La verdad es que con nosotras aquí nunca han disfrutado de la privacidad que un matrimonio necesita.

Las tres jovencitas rieron.

—Margaret y Josephine ya no son unas niñas, son unas damas encantadoras. —Bradley le recordó a su madre—. En cuanto a Ettie, podríamos adelantar su presentación para que pueda divertirse en los eventos de la temporada de sus diecisiete, pero no consentiré que se case antes de los diecinueve.

—No le des más alas a Ettie, a su edad no debería escuchar estas conversaciones. En fin, podría irme a vivir con una de mis tres hijas una vez que estén casadas, así Daisy y tú tendrían más espacio y privacidad.

Las que carraspearon y casi se atorán con sus propias salivas fueron las muchachas, quienes terminaron tosiendo.

—Tú no estorbas, Patience. Además, ¿qué harían tus nietos si no te tienen cerca? Esta es tu casa —intervino Daisy.

Por supuesto que quería la propiedad solo para ellos, pero las pobres jóvenes tuvieron a su madre encima toda la vida. Si se desposaban, no sería justo seguir bajo la supervisión de la condesa viuda, quien se entrometía hasta en la cantidad de oxígeno que debían tomar en cada inhalación. Para Daisy era más fácil frenar la intensidad de Patience. Jamás se entrometía en sus

asuntos, y cuando lo intentaba, ella le recordaba sutilmente los límites de una buena convivencia.

—Parece que todas quieren ese baile —añadió Bradley—. Es fastidioso organizarlo, pero si me dejan fuera de los preparativos pagaré hasta el último penique de lo que sea necesario. Nuestras arcas pueden permitírselo sin verse afectadas.

La algarabía de Patience y sus hijas llenó la estancia. Bradley no pudo negarse, tanto Daisy como las muchachas se entusiasmaron con la idea.

—Es estupendo —agregó Daisy—. Ya quería probarme organizando una velada de tal magnitud. Comencemos por la lista de invitados, me temo que será muy extensa.

—Solo avísame cuando deba desembolsar la abultada cantidad —soltó guasón, con ánimos de escapar.

—También espero tu lista, seguramente tendrás socios o conexiones a las que no puedes desairar dejándolos fuera —solicitó Daisy.

—Oh sí, qué tedioso. Daré instrucciones a mi secretario de redactarla y ponerla en tus manos a la brevedad.

—Eres un encanto, marido. ¿Ya te lo había dicho?

La sonrisa ladeada de Bradley respondió la pregunta, y no quiso ahondar. Era la frase que Daisy le decía en broma, después de hacer el amor y quedar complacida. Ambos se lanzaron una sonrisa llena de picardía.

—Estoy pletórica —anunció Patience sin captar el coqueteo furtivo—. Daisy, ahora sí es una ocasión memorable para que portes con orgullo la joya emblema del condado, el que perteneció a todas las condesas de Pembroke.

—Oh, esa sortija —musitó Daisy y miró de soslayo a Bradley.

—Sí, es una buena ocasión para ello —terció Bradley—. Si me lo permiten, me llevaré a mi esposa. Tenemos asuntos privados que tratar. El baile ya es un hecho, no pierdan tiempo y comiencen a buscar el atuendo ideal para la gran noche.

Dejó a las damas entretenidas pensando en todo lo que debían poner en marcha para participar en el mencionado baile y tomó a Daisy del brazo, rumbo a los aposentos.

Cuando arribaron, él se dejó caer con todo su peso sobre la cama, al tiempo que emitía un profundo suspiro.

—Te dije que la verdad es siempre el mejor camino —le susurró Daisy, sentándose a su

lado y tomándole la mano. Acarició el anillo de casados y lo besó—. ¿Cómo puedo ayudarte? —
Hacía tiempo que él le contó cómo fue que perdió el antiguo anillo.

—Rompería el corazón de mi madre. Y no es solo por el costo monetario, sino por el inestimable valor sentimental que tiene para ella.

—No podrás seguir dando evasivas.

Cuando Brad se puso misterioso con el destino de la joya, lo primero que Daisy pensó fue que, tal vez, se lo obsequió a una enamorada. Él le había contado su triste historia de amor con Esther, la que estaba casada. Ambas se toparon en incómodas situaciones. La mujer se le quedaba mirando de un modo inquietante. Al parecer, aunque continuó con su vida, nunca lo olvidó por completo. Daisy no le dio más importancia de la que tenía, Bradley dejó esa historia en el pasado. Y ella no encontró motivos para sentir desconfianza. Sintió pena por Esther, se perdió a un gran hombre.

También sopesó la idea de que lo hubiese regalado a la amante francesa. Bradley negó haberlo ofrecido como prenda de amor, era una joya del condado, no le correspondía entregarlo, estaba ligado al título. No fue necesario que Daisy continuara barajando opciones. Él abrió su corazón y reveló los verdaderos motivos, algo de lo que se avergonzaba.

Capítulo 13

Mientras el mayordomo entraba con la correspondencia, Daisy trataba de seguir el hilo de la conversación que sostenía con su suegra, quien hablaba sin parar y sin desatender su bordado.

—¿Has elegido el color de tu vestido, Daisy? Celeste combinaría tan bien con el anillo del emblema, y como tiene diamantes abrazando el zafiro no desentonará con el collar y los zarcillos de diamantes. La piedra no se vería mal con otros zafiros, pero como los demás que tenemos son facetados, no sé si desluciría con el cabujón pulido.

Patience estaba más emocionada que la anfitriona con el primer baile de su nuera como la condesa en Pembroke House.

—Suegra, usted podría escribir una enciclopedia sobre cómo combinar esa sortija.

—¿Te aburro, querida? —indagó sin dejar de mover la aguja enhebrada.

—El anillo es hermoso, pero si no le molesta prefiero usar rubíes, unos que me regaló mi padre hace tiempo. En honor a él. Vendrá toda mi familia paterna y es la joya más valiosa que me dejó. ¿Se opone? —Sabía que era un planteamiento irrefutable, y jamás le había confesado a su suegra la difícil relación que tuvo con su progenitor. Todo lo hacía con tal de ayudar a Bradley.

—Por Dios, qué egoísta he sido. Yo pensando en que rindas homenaje a los Pembroke y me he olvidado de los Peasley. Claro, usa los rubíes, no será la única ocasión. El zafiro puede esperar. Los rubíes quedan estupendos con un vestido oro muy tenue, también con el rosado pálido.

—Gracias por sus sugerencias.

—Ya quiero sorprenderme con tu elección.

Al lado del sofá donde estaban ambas, permanecía sentado Bradley muy atento. Su rostro se relajó al ver que su madre aceptó lo decidido por Daisy. Su esposa y él compartieron una mirada cómplice. Sabía que su mujer era valiosa, incluso cuando él se equivocaba, ella no lo juzgaba. Al contrario, lo apoyaba en el trayecto a la solución de sus dilemas.

El mayordomo le presentó al conde la correspondencia en una bandeja plateada. Era usual que Bradley eligiera los remitentes que no trataban de asuntos de negocios. Solía abrir dichas misivas delante de la familia y repasarlas con la vista, compartiendo en voz alta algún pasaje

dirigido al resto o que fuera de interés de su esposa o madre. El sirviente de mayor rango solía llevar las demás cartas al estudio y depositarlas sobre el escritorio hasta que su señoría pudiese acudir a encargarse de ellas.

Sin embargo, en esta ocasión, Brad no terminó de clasificarlas, carraspeando eligió una y se le quedó mirando sin poder disimular las emociones que le hizo sentir.

Patience tan entretenida en su bordado y sus pensamientos no percibió el cambio en el rostro de su hijo, a diferencia de Daisy.

La condesa vio a su esposo ponerse de pie con esa única carta en su mano y caminar hacia el despacho con el mayordomo detrás. Ella miró de soslayo a la suegra y al ver que estaba distraída, se puso de pie y siguió la procesión de los hombres hacia el estudio. Allí el mayordomo dejó toda la correspondencia sobre el escritorio, y tras la orden de Pembroke se retiró.

Cuando los ojos de Bradley hicieron contacto con los de Daisy, acababa de guardar la carta en uno de los cajones. Y, como si nada hubiese sido inusual, comenzó a clasificar el resto.

—¿Suced algo? —Ella le preguntó y se llevó una mano al corazón para rogarle al cielo que no fuesen malas noticias.

—Nada que merezca tu preocupación.

—¿Pero no vas a leer esa carta que te ha mudado el rostro? —Fue directa en comunicar sus impresiones.

—No. Es de alguien desagradable. No merece la pena. No creí que tuviese el descaro de enviarla a mi residencia.

—Brad, me preocupas. Y negar que te ha afectado no aliviará mi inquietud.

—Perdóname, querida, no es mi intención angustiarte.

—¿Me dirás quién te escribió?

—No lo conoces. Alguien de mi pasado que no debería tener el descaro, siquiera, de dirigirme unas palabras. Pero no representa un peligro para nosotros.

—¿Por qué tendría que representar un peligro? —Se llevó la mano a la frente.

—No merece mi interés en lo que sea que tenga que decirme, y menos tu zozobra. —La última frase la añadió con ternura, algo que derretía a Daisy y no pudo replicar. Brad continuó—: Así que me haré cargo de ese asunto particular cuando no tenga tantos pendientes de más

relevancia de los que ocuparme.

Pasó por su lado dejándole un beso en la frente, y abandonando las cartas recibidas en el escritorio de forma apilada.

Daisy no pudo evitar acercarse al cajón, solo quería ver el remitente. Ella era incapaz de husmear en el contenido de la misiva sin la autorización de su esposo. Al tirar de la manija de la gaveta, se topó con que estaba cerrada con llave y ese hecho exacerbó más su curiosidad.

«¿Por qué está cerrada?», se preguntó con un mal presentimiento.

Se quedó cruzada de brazos con varias interrogantes, pero decidió sacudirse la inquietud y confiar, como siempre había hecho.

Esa tarde, tras terminar de redactar las invitaciones visitó en compañía de su esposo a los duques de Norfolk. Su prima Grace, era la nueva duquesa tras el feliz matrimonio con uno de los duques más poderosos de Londres, los recibió en Primrose Palace junto a su hermana Rose, su cuñado y otros amigos que conformaban su círculo cercano.

Todos hablaban de Chardonneret una cantante francesa que llevaba una corta temporada protagonizando una ópera en Covent Garden.

—Parece que casi todos han ido a verla menos nosotras, Daisy —observó Rose—. ¿Y si los cuatro vamos una de estas noches? —Se refería a ellas con sus esposos.

—Por supuesto —aceptó Daisy—. Es imperdonable. Tenemos el palco de la familia sin usar. ¿Qué dices, querido?

—Odio decepcionarlas, pero no tengo un gusto especial por el teatro, menos por la ópera. Me temo que terminaría por resultar una compañía aburrida. —Bradley rechazó con cortesía la invitación de su cuñada.

—La ópera es un obsequio para los oídos —intervino Oso, quien a pesar de su rudeza le agradaba la música.

—Esta vez declino. Sin embargo, no soy un aguafiestas, estoy abierto a experimentar otro tipo de distracciones. Ahora con la temporada no faltarán ocasiones en las que podamos reunirnos y celebrar —zanjó Bradley y sintió cómo la mirada de Daisy casi lo incinera. No era la única ocasión que se negaba a acudir a ver la mentada cantante de la que todos hablaban. La primera vez desairó al mismísimo duque de Norfolk, y ella tuvo que disculparse con su prima

Grace.

—Oso y yo iremos, ¿quieres acompañarnos, Daisy? —propuso Rose en voz baja en dirección de su hermana. La aludida negó de forma discreta y nadie más retomó el asunto.

Un rato después, cerca de uno de los ventanales, Grace se le acercó a Daisy. Y con una expresión compasiva le preguntó:

—¿Está todo bien, prima? ¿Hay algo que aflija a Bradley?

—No lo sé, su nueva aversión por la ópera me sorprende. ¿Recuerdas esa vez que acudimos a la puesta en escena también en Covent Garden? Lo vi disfrutar como ninguno. Hasta me sentí orgullosa por su gusto refinado hacia esa magnífica expresión del arte.

—Lo recuerdo, pero tal vez lo hizo para complacernos o, quizás, sus gustos han cambiado. Es válido también —dijo la duquesa de Norfolk.

—Prima, esta mañana recibió una carta inesperada. La reacción de Bradley no fue la habitual, me dejó desconcertada. Además, tengo esta extraña sensación de que oscuros secretos se ciernen sobre nosotros. —Lo último lo agregó en voz apenas audible.

—¿Oscuros secretos? —También bajó la voz, y le tomó una de las manos enguantadas en total solidaridad.

—Hay un anillo de importancia para la familia que ya no está en el inventario. Según Brad, en una época muy difícil, cuando tuvo serios malentendidos con su padre, quien sabotó su relación amorosa con una mujer sin ascendencia noble, huyó a Francia y... —No pudo continuar.

—Recuerdo que algo llevó a tu esposo a Francia cuando era soltero, y de ahí surgió su espléndido negocio con los vinos de Burdeos.

—Pero el negocio de Brad no floreció de la noche a la mañana. —Carraspeó y lo siguiente lo reveló demasiado bajito—. Al llegar a Francia se vio en una situación desesperante, lo único que poseía era esa joya que su madre le dio para que no la olvidara.

—No me digas que él...

Daisy suspiró, desde que tuvo conocimiento de lo sucedido con la alhaja lo guardó en el más absoluto secreto. Solo lo compartió con Rose, porque sentía que necesitaba apoyarse en alguien de su entera confianza. Ahora le sucedía lo mismo con Grace. Sabía que ninguna de las dos repetiría las palabras escuchadas.

—Tuvo que empeñarlo para poder subsistir y arrancar su negocio —soltó casi ahogada—. Cuando su capital le permitió regresar por la prenda, esta había desaparecido de manera

inexplicable.

—¿La habrá vendido el dueño de la casa de empeño?

—Brad lo sospecha. Sin embargo, aunque usó la amabilidad, el soborno e, incluso, la violencia, el hombre no habló. Poco después cerró el negocio. Cuando Brad volvió había desaparecido.

—Es lamentable.

—Por más que le he pedido a mi esposo que se sincere con su madre, quien no cesa de preguntar al respecto, él no reúne el valor. En cada viaje que hemos hecho a Francia, ha peinado todos los posibles lugares a dónde ese anillo habría podido llegar a parar. Está obsesionado con recobrarlo para no romperle el corazón a Patience y sentir, de cierta forma, que recupera su propio honor.

—Puedo entender el dolor de Bradley y su zozobra. Comprendo que es un asunto que le aflige. Y lo peor es que, tal vez, nunca llegue a recuperar ese anillo.

—En fin, si por miedo a perder el amor de su madre ha guardado silencio, me pregunto si también hay algo de su pasado que me oculta a mí.

—Oh, Daisy, ni lo pienses. —Negó con la cabeza para convencerla de lo contrario.

—Tendrías que haber presenciado las evasivas que me dio sobre la carta que guardó bajo llave. Me sentí en el lugar de Patience, engañada acerca del paradero de la sortija.

—Tienes que calmarte. Bradley nos ha demostrado una y otra vez que es un hombre de honor y, sobre todo, que te ama. Si esas dudas obnubilan tu mente te recomiendo...

—¿Abrir como sea el cajón y leer el contenido de la carta? —la interrumpió en voz baja, casi sin aliento, pero deseando la aprobación de alguien cercano para animarse a descubrir el contenido. Era el pensamiento que le dio vueltas en la cabeza desde que él se negó a darle razones.

—¡No, por el amor de Dios! —soltó muy alto y algunos de los presentes miraron en dirección de ambas, entre ellos Brad. Continuó de manera discreta—. Debes exponerle tus preocupaciones, tal y como las sientes y esperar que pueda abrirse contigo, justo como lo hizo con el tema de la sortija. Fue transparente al confesarte que lo perdió, por mucha vergüenza que le provocara.

—Lo sé.

Rose ya estaba junto a las dos, y escuchó las últimas palabras de su prima.

—¿Qué sucede, Daisy? —le preguntó a su hermana.

La aludida no tardó en hacerle un resumen conciso acerca del motivo de su preocupación.

—Coincido con Grace. —Le tomó la mano libre y le dio un ligero apretón—. Habla con Brad, te contará todo, y eso aliviará tu carga. Siempre me has dicho que ese aire misterioso de tu esposo no se extiende a ti, que no tiene secretos contigo, que ha sido honesto y leal.

Daisy suspiró y devolvió el apretón a las manos de su prima y su hermana, para después volver con los demás. Sin embargo, su marido ya no estaba en el círculo de lores que conversaban, mientras bebían el aromático brandy. No solo faltaba Bradley, también Oso y el duque de Norfolk.

Capítulo 14

El duque de Norfolk sirvió a Pembroke y Bloodworth su whisky más caro. Los tres apreciaron el aroma y el color antes de probarlo y emitir sonidos de placer.

—Debes hablar con Daisy sobre el contenido de las cartas —presionó lord Oso.

—Es la tercera que recibo, y esta vez no la mandó con uno de sus secuaces, ni me la entregó lejos del recinto donde mora mi familia. Tuvo el descaro de enviarla a mi casa —se desahogó Brad y dio un largo trago a su bebida.

Los concuñados estaban sentados en sendos butacones frente al escritorio de su excelencia, quien los miraba con el rostro pétreo, sin intervenir, pero siguiendo el hilo de la conversación.

Por supuesto que sus demás amigos, presentes en el salón, conocían de la actual inquietud de Bradley, pero se quedaron para no preocupar a las damas. Oso y Norfolk, de algún modo, se habían vuelto cabezas de la confraternidad que formaban los caballeros y las familias. Así que se solidarizaron y tomaron el mando de la situación, en representación del resto, con la finalidad de ayudar a Brad. Hombre a hombre, como uno solo.

—Como sea, es tu esposa y te ha aceptado en las buenas y en las malas —pronunció Norfolk.

—Daisy no merece angustiarse. Tengo que resolverlo, su felicidad no puede arruinarse ni tan solo un minuto —continuó Bradley ofuscado. Ella era lo más sagrado que tenía junto a sus hijos. Su mujer lo miraba y en sus iris se reflejaba la pureza, una que construyeron con su límpido amor, que creció con cada año de casados. ¿Tenía derecho a atormentarla con vestigios del pasaje menos honorable de su pasado?

—No estás solo, Brad. Y no lo estabas entonces. ¿Por qué no me escribiste? —reclamó Oso, jamás negó la ayuda a sus amigos.

—Tú lidiabas con tus propios dilemas. Además, yo estaba lejos, quería demostrar que podía solo, que no necesitaba a nadie más —admitió Bradley.

—Entiendo que tu padre te llevó al límite y era imperioso probarte que podías hacerte cargo sin el apoyo de nadie —concedió Oso—. Pero no me incluía a mí, a Jason —se refirió al duque de Weimar, también presente en la sala. Los amigos más antiguos que tenía entre los caballeros que esa tarde se daban cita en Primrose Palace.

—Lamento que nuestra amistad se forjara después. —Sintió Norfolk—. Sin embargo, ya no puedes hacer nada para revertir el pasado o las decisiones que tomaste. Lo que más te aflige es confesarle la verdad a tu esposa.

—Jamás hemos tenido secretos —reveló Bradley, y como un balde de agua fría lo golpeó la realidad—. O eso creía, quizás desprecié tanto lo sucedido que olvidé incluso para mí mismo que ese episodio gris formaba parte de mi vida. Cuando puse mis manos sobre la mesa, y desnudé mi alma frente a Daisy, no recordé que... ¡Diablos! —gritó y golpeó la superficie de madera del escritorio.

Oso y Norfolk no se inmutaron ante su desahogo. El primero exhaló con fuerza sopesando qué más agregar:

—Tus espaldas están cubiertas conmigo. Me llevaré a quien se atraviese en tu camino. —Lo miró a los ojos con crudeza. Era una promesa, la de un hombre que poseía la reputación de mantenerla.

—Gracias, amigo. —Negó poniéndose de pie. Suficientes lamentaciones, ellos tenían razón, debía actuar.

—Pembroke —le dijo Norfolk levantándose, acercándose a su lado y poniéndole una mano sobre el hombro—, entiendo lo que sientes. Sé cuánto cuesta tener la familia que has construido y el lazo sólido con tu esposa. Comprendo que no quieres causarle la mínima angustia. Pero lo único que esa sanguijuela tiene en tu contra son...

—Mis propias acciones, sé que son mi responsabilidad —lo interrumpió, irritado por ser causante de la razón de sus sinsabores.

—Quise decir palabras —concluyó el duque—. Estás casi seguro de que tomaste precauciones para mantenerte a salvo. Sin embargo, lo que más te aflige hoy es que la mujer que amas se entere de... Si te adelantas, y le abres el corazón a tu magnífica esposa, Daisy y tú no solo harán más sólido el vínculo que los une, sino que, además, la amenaza carecerá de sentido. Te chantajea con revelar la verdad y lo que más te atormenta es lo que opine tu mujer. Si te confieras ante ella, la sabandija dejará de poseer la mayor arma con la que te hostiga, y podrás ocuparte, sin ese sobresalto, de arreglar el estropicio.

—Pero Daisy ya no me mirará igual.

—Haz la prueba —lo retó el duque—. Porque ya tienes que tomar acciones y estás gastando tus energías en no lastimar a Daisy, en vez de unir fuerzas con ella y concentrarte en detener el golpe.

Pembroke mortificado bajó la cabeza. Agradeció con el gesto a ambos y se retiró del salón.

Durante el corto trayecto en carruaje a la casa, Bradley no dejó de pensar en la conversación con los caballeros. Faltaba poco para la hora de la cena, tenían el tiempo justo de llegar, cambiarse y acompañar a la familia en el comedor. Daisy no despegó los labios en todo el camino, como si su mente estuviera en otra parte.

Al arribar por la puerta de entrada, vieron a Esther abandonar la mansión. Era muy extraño, ella nunca más pisó la casa desde que el anterior conde se opuso al matrimonio entre Bradley y la joven mujer.

—Sus señorías —murmuró Esther, avergonzada, con la vista clavada en el suelo.

Bradley miró en dirección a Daisy, era lo último que le faltaba, que su antigua novia llamara a la puerta de su casa.

—Señora Gilbert —dijo él y Daisy enarcó una ceja muy interesada en lo que estaba sucediendo.

—Con el permiso de ambos —musitó la mujer y continuó en su huida.

Pembroke notó que a Daisy solo le dio tiempo de hacer un movimiento de cabeza por educación, pero tampoco alcanzó a reaccionar.

Cuando estuvieron a solas en el interior del vestíbulo, tras alejarse el lacayo que tomó sus capas y sus sombreros, ella indagó:

—¿Qué la habrá traído a la casa? —preguntó sin rodeos.

—No lo sé. —Fue conciso, como si sopesara cada una de sus palabras, como si las economizara. Decir de más, en su contexto, podía ser peligroso y no quería empeorar la situación.

Daisy estaba seria, pero aparentaba calma.

—Algo debes suponer, es tu antigua enamorada.

—No tengo la más mínima idea —respondió sin alterarse.

—¡Parece que ahora no sabes o no quieres saber nada! —lanzó un reproche con el gesto enfurruñado. Todo lo que calló esa tarde se volcó de golpe.

—No entiendo a qué te refieres. —También estaba intrigado por el motivo de la presencia de Esther. ¿Por qué por la puerta principal? ¿Con quién se había entrevistado? ¿Para qué?

—¿Tiene que ver con la carta que ocultas celosamente en el cajón de tu escritorio bajo siete cerrojos?!

—Oh, no. —Trató de tomarla por los hombros para infundirle la seguridad de que la amaba, pero ella no se lo permitió, lucía muy ofuscada—. Hablemos en la habitación, aquí no es correcto, cualquiera podría....

—Coincido, tratemos los asuntos escabrosos donde nadie nos vea.

—¿Escabrosos? Tamaño calificativo —Se mostró ofendido.

—Si lo ocultas muy decente no debe ser.

Bradley entrecerró los ojos por la expresión que ella usó. Respiró profundo para asimilar los reproches de su esposa sin alimentar más su ira. Entendía la postura que Daisy estaba tomando.

Ella caminó delante con la nariz en alto, él le siguió detrás entre exhalaciones.

Fue una suerte que nadie del servicio o de la familia se les cruzara, odiaba tener que dar explicaciones. Tras llegar a sus aposentos, cerraron la puerta tras de sí y sin siquiera tomar asiento, Daisy lo miró directo a los ojos, esperando que él comenzara a hablar primero.

—¿Qué quieres saber, mujer?

—¿Es Esther la razón de tus sobresaltos?

—No, por supuesto que no. Ni siquiera sé por qué ha venido.

—La carta. ¿Por qué el hermetismo? —lo acribilló, las palabras brotaban unas tras otras, no le daba tiempo a responder.

—No está cerrada bajo siete llaves —bufó.

—Intenté abrir el cajón y al menos «alguien» pasó «una» cerradura, lo que me parece suficiente, más tomando en cuenta tus recientes evasivas.

—¿Que hiciste qué? —se sorprendió—. Solemos tener el tipo de confianza donde tú no esculcas... —Ahora parecía que él reclamaba.

—Y dónde tú no ocultas —lo interrumpió—. No es que me queje porque guardes algún asunto para ti. Te consta que jamás ando de fisgona, menos vigilándote.

—Lo sé y por eso me sorprende tu actitud.

—Llámalo sexto sentido, Brad. Pero presiento que algo no está bien y que te esfuerzas demasiado en disimular lo contrario.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! —Admitió alzando la voz.

—Lo sabía. —Su voz se fue apagando hasta convertirse en un fino hilo—. Lo sabía.

—Solo no quiero angustiarte.

—¿Tienes un bastardo? ¿Esa mujer se ha dignado a revelarlo hasta ahora? Dime, por el amor de Dios, que no lo sabías. —Y cuando él pensó que eso le molestaría muchísimo a Daisy, ella continuó—: Porque es terrible desconocer a una criatura. He conocido a hombres menos nobles que tú, pero que no sueltan de la mano a su hijo, aunque no sea legítimo.

—Amor, yo... —Ella lo dejaba sin palabras. No le reclamaba por ocultarle el hipotético asunto, le importaba más que Bradley fuese honorable y se responsabilizara del «ilegítimo».

Bradley caminó en círculos por la habitación con la escrutadora mirada de su esposa sobre sí. Cuando se detuvo cerca de los pies de la cama, apretó los puños y masculló una maldición:

—Por el maldito y pútrido infierno.

Se sentó en el lecho con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos.

Sintió a Daisy dar cortos pasos hacia sí y levantarle la cara por el mentón, hasta que sus ojos volvieron a hacer contacto. La enorme falda de su mujer rozaba sus piernas, mientras ella se inclinaba ligeramente hacia él, esperando la respuesta.

—Mis únicos hijos son los que tengo contigo. Me protegí para no engendrar. Salvo que alguna mujer de mi pasado me haya mentido. Ya me preocupaste. —Se rascó la cabeza y exteriorizó en voz alta—: ¿Por qué habrá venido Esther y con quién se entrevistó? Supongo que Francis podrá sacarnos de la duda —dijo para referirse al mayordomo.

—Si no es el asunto que ocultas, Francis lo aclarará. No sabes lo que ha sido para mí sospechar que algo sucede y que lo niegues restándole importancia. Me debato en dilucidar si se trata de la carta de una amante o algo peor. Me has demostrado fidelidad y trato de confiar, olvidar el maldito texto que dejaste bajo llave delante de mis narices, pero tu conducta es muy sospechosa. ¿Qué me dices de la inquietud que te esfuerzas por disimular? Solo consigue inquietarme más. No tienes ese semblante desde hoy, llevas días así y creí que era impresión mía.

Bradley respiró hondo, se llenó de valor y confesó:

—La carta no tiene nada que ver con Esther o con otra mujer. —Hizo un gesto para restarle

importancia a las sospechas sobre la visitante—. Es algo peor.

—¿Cómo? —preguntó con la preocupación en el rostro, llevándola a elucubrar en su mente varias situaciones peores.

—Alguien me está chantajeando —soltó al fin y sintió que el peso que tenía sobre sus espaldas comenzaba a ceder y sentirse menos aplastante.

—Oh, Brad —largó en un suspiro, como si todo el aire se le escapara.

La expresión de Bradley se volvió transparente, como si se liberara de la máscara que tuvo durante esos días para no angustiarla. Y Daisy vio vergüenza, dolor, arrepentimiento, rabia...

De pronto, todas las dudas de la condesa se esfumaron. No le importó en qué se involucró su esposo, ni los dedos que lo señalaban. Si Bradley tenía un enemigo, ella iba a estar a su lado para apoyarlo, protegerlo, ser su cómplice o su justiciera. Nadie que se atreviera a chantajear al amor de su vida iba a librarse de su ira.

—Ni siquiera voy a reclamarte por tu silencio, no agregaré otra carga sobre tu espalda. Brad, te amo, siempre he estado aquí para ti. —Su voz ofrecía consuelo, alianza, refugio.

—Lo sé, lo sé. Daisy, soy un imbécil.

Intempestivamente la enlazó por la cintura y enterró su rostro contra su torso. Ella le acarició los cabellos sedosos que tanto amaba. Tras concederle unos segundos para regodearse en su lamento, le exigió mirarla, y él la sorprendió al aproximarla con fuerza hasta dejarla a horcajadas sobre sus piernas.

Bradley buscó la boca femenina con desesperación, y mientras se aferraba a ella, saqueándola como poseído, hurgó bajo la amplia falda que no hacía más que estorbar. Con ansiedad liberó su palpitante erección, y desesperado la guio hacia la cálida entrada que le dio la bienvenida. No tardó en enterrarse hasta la base, y exhaló tan fuerte como su alivio.

Ella gritó al sentirse llena, fue un día desastroso y por un minuto pensó que se perdían el uno al otro. La dulce reconciliación fue un bálsamo para sus temores.

Daisy no tardó en montarlo como una experta amazona, dominada por la atracción poderosa que sentía por Brad, por el amor desbordante en su pecho, y para calmar el deseo irrefrenable que la recorría de pies a cabeza, erizando su piel por completo.

Los gemidos de ambos se escapaban voluptuosos, jadeantes, casi agónicos. Fue una cabalgata frenética hacia la meta final. Ella se movía al ritmo de sus ganas, de la fuerza de sus piernas, y él la sujetaba por la cintura, ayudándola a acelerar las acometidas.

—Oh, querida, vas a matarme —confesó mientras se quedaba sin aire y volviendo a inhalar para no desfallecer.

—Te amo, te amo —reveló al compás de sus acometidas. Un jadeo intenso se escapó de sus labios cuando comenzó a liberarse.

La fuerza dejó de acompañar a Daisy, cuando pequeñas pulsaciones de inigualable placer la recorrieron desde su intimidad hacia el resto de su anatomía.

—Demonios —gruñó él con fiereza.

Brad también estaba a las puertas de su propia culminación. La aferró por las posaderas y se impulsó con fuerza hacia arriba, mientras se vertía en ella tan delicioso que lamentó que esa felicidad fuera tan breve.

Cuando los dos se liberaron hasta saciarse, se buscaron con la mirada. Había tanto amor entre esos corazones, que nadie volvió a dudarlo.

Él no quería soltarla, menos despegarse de su cuerpo, pero la hizo aterrizar con suavidad sobre el suelo para ayudarla a sentirse más cómoda. Le pidió darle la espalda y comenzó a zafar la larga hilera de botones.

El atuendo de Daisy quedó hecho un estropicio. Así como estaba agotada, deseaba librarse del vestido y sus accesorios, para meterse a la cama con él y reposar.

Unos toques en la puerta los interrumpieron, la voz de la doncella comunicó que estaba allí para ayudar a la condesa a cambiarse para la cena.

—Hoy no bajaremos —anunció el conde sin dejar lo que estaba haciendo para acercarse a la puerta y atender a la mujer.

—Oh, milord, ¿se encuentran bien? Igualmente está aquí su ayuda de cámara —dijo para referirse al antiguo valet del padre de Bradley, que había asumido las funciones de auxiliar del nuevo conde desde la época de su arribo.

—Estamos cansados, dormiremos temprano. Infórmele a mi madre.

—¿Desean que se les suba la cena, sus señorías? —Insistió el sirviente.

—Por el amor de Dios, he dicho que no. Mañana será otro día.

Escucharon a los criados alejarse. Ella ya estaba en su camisón y Brad se disponía a desnudarse para meterse a la cama, pero antes abrió una botella de vino que reposaba en una mesa cercana y le ofreció una copa a su sedienta esposa.

—¿Pretendes que me acueste a dormir sin ir a darle las buenas noches a los niños? — protestó Daisy, pero se le notaba el cansancio en los ojos. Tal vez no se debía al desenfrenado deporte que habían practicado recién, era la fatiga mental de las cavilaciones.

—Eres una estupenda madre, no te reclamarán por una noche que no vayas a arroparlos. Las nanas están con ellos y mi madre y mis hermanas pasarán como siempre a leerles un cuento antes de dormir.

Ella suspiró a regañadientes. Bradley la abrazó y sus ojos se encontraron.

—¿Me lo contarás todo?

—No sé por dónde empezar.

—Por el principio, así se empieza siempre.

Capítulo 15

Daisy contemplaba con amor los ojos grises de Brad, su varonil y agraciado rostro, los sensuales labios hinchados por los besos que acababan de compartir. Quizás podían tomarse una licencia de la paternidad esa noche. Tenían un ejército de sirvientes dispuestos a malcriar a sus niños, tres tías jóvenes y cariñosas en casa y una abuela afectuosa. Se le hacía difícil porque no era como otras madres de la alta sociedad, ella no dejaba todo el peso de la crianza en niñeras e institutrices. Disfrutaba cuidarlos, mimarlos, darles una buena educación.

Volvió a concentrarse en su amado esposo, en su rostro surcado por la turbación y aguardó a que él encontrara las palabras.

—Es el momento de enfrentar mis miedos —reveló él—, y el mayor de mis temores es dejar de ver admiración en tus ojos cuando me miras.

—Oh, Brad, ante todo eres humano. No voy a amarte menos por tener fallos, sé que no eres perfecto, aunque te esfuerces por dar siempre lo mejor de ti —lo animó a acortar la brecha y saltar con fe: contar la verdad que lo estaba torturando.

—Tal vez no soy tan bueno como siempre has creído.

—Quizás eres muy duro juzgándote a ti mismo.

—Ahora soy un hombre libre, pero mi destino pudo ser otro, pude haber terminado en la cárcel.

Ella inspiró hondo y él buscó en su faz un indicio para retractarse, para considerar que debía guardar silencio, pero solo encontró apoyo en la expresión de su esposa.

—Continúa —susurró receptiva.

—Cuando llegué a Francia, llevaba una cantidad de dinero que me permitiría vivir unos meses sin grandes lujos, hui con todos mis ahorros. Pero mi viaje no fue premeditado, no tenía mucho capital. Mi padre me destrozó el alma, perdí la fe en el amor, en el cariño de mi progenitor y solo quería irme lejos. Comprendí que, si renunciaba a los favores de vivir bajo la protección de mi padre, también dejaría de recibir su dinero. Sería el primer medio que iba a usar para obligarme a volver, negarme mi asignación mensual. Entonces, me dije que procuraría solventar mis gastos, tener una fuente de ingresos. No sé si el coraje que sentía se debía a mis deseos de independencia, a la necesidad de no morirme de hambre cuando mis fondos se

extinguieran o a la resolución de demostrarle a mi padre que podía salir adelante sin su ayuda. — Exhaló con fuerza, como si los recuerdos llegaran uno a uno de golpe—. El vino francés era apreciado por los ingleses, yo estaba en Francia y tenía ciertos conocimientos que me avalaban para intentar una vida como comerciante. A la clase burguesa le funcionaba enriquecerse por ese medio.

—¿Así nació la idea de exportar el vino de la región de Burdeos?

—También fue gracias a reencontrarme con un viejo conocido. Conseguí un empleo mal remunerado en una de las bodegas de vino de Burdeos, de algo tenía que vivir antes de que el dinero se acabara. Y, entonces, nos vimos otra vez. Él hablaba francés aún más fluido que yo, poseía contactos, lo sabía todo. Yo apenas era un aprendiz, que trataba de conocer y comenzar a moverme en un mundo nuevo para mí. Fuimos compañeros en Oxford, pero él no pudo terminar. De pronto, dejó los estudios sin explicaciones.

—¿También lo conoce Oso?

Bradley asintió.

—Y Weimar, aunque no es alguien de nuestro círculo. No está emparentado con la nobleza. Como decía... Lo encontré en Francia casualmente tiempo después, y poseía una gran fortuna gracias a las importaciones. Se dedicaba a traer productos franceses valorados en Inglaterra.

Hizo una pausa y la miró a los ojos, era bastante lo que tenía que revelar y no sabía si ella aprobaría su proceder.

—No te detengas —exhortó Daisy.

—Me dijo que yo podía ser su contacto en Francia. Parecía sencillo, él tenía todo arreglado.

—Jamás me hablaste de esta persona, me alegra que hayas encontrado una mano amiga en esas adversidades.

Bradley suspiró conmovido por la ingenuidad de Daisy, la misma que él tuvo cuando inició aquel negocio.

—Era todo menos un amigo. Maldito sinvergüenza —masculló molesto.

—¿Es quién te chantajea? —inquirió asombrada—. ¿Lo conozco?

—Él fue la «mano amiga» que se tendió ante mí para salir a flote. Él sabía que yo era un joven preparado y de buena familia, con recursos. Me ofreció ser parte del negocio. Exigió que aportara dinero para invertir.

—¿Y fue cuando empeñaste la joya de tu madre? Porque supongo que ese negocio está relacionado con la pérdida del anillo.

—Tuve que decirle la verdad, que corté lazos con mi padre. Casi me descarta, pero en un descuido de mi parte, mientras tomábamos vino en una taberna, vio el anillo colgando de una cadena sobre mi pecho. Me dijo que una piedra como esa no valía si no me sacaba del apuro. Me aseguró que pronto recuperaría la inversión, era un negocio seguro. Me presentó incluso a su contacto para empeñar joyas de esa calidad.

—Y así perdiste la reliquia de tu familia.

—Mi único bien valioso, uno que sabía que no me correspondía comprometer. Un recuerdo que mi madre dejó en mis manos, desesperada, al verme partir con el corazón roto, para que la recordara siempre, para que me hiciera retornar. Lo empeñé con la promesa de que volvería por él. El resto lo sabes. Cuando mis ganancias fueron suficientes como para recuperarlo, el objeto misteriosamente desapareció.

—Lo lamento muchísimo. —Daisy lo abrazó todavía más—. Aún no entiendo cómo esta vivencia pudo haberte llevado a la cárcel.

—Ahora viene lo feo. —Se aclaró la garganta y continuó—: Con el tiempo, descubrí que fui engañado por el supuesto «amigo», para transportar vino de manera ilícita a Londres desde Francia. Antes del Tratado Cobden-Chavalier firmado el 23 de enero de 1860, los aranceles que se cobraban a la exportación de vino eran muy elevados. Por supuesto, que él lo sabía y yo, pequé de ingenuo y no estaba enterado.

—¿Comercio ilegal?

Bradley asintió.

—Creí que la cuestión legal estaba en regla, y fui yo quien firmé los documentos. No Robert Roy.

—¿Así se llama? —Daisy repasó mentalmente la lista de todos sus conocidos, jamás había oído hablar de él.

—El mismo.

—¿Esos documentos? ¿Alguien los tiene?

—Cuando aprendí a manejar el negocio descubrí el turbio trasfondo y supe en lo que me había metido. Tuvimos una fuerte discusión y decidí disolver nuestra sociedad. Por supuesto, que se opuso, creyó que me pasaría al lado oscuro y me cegaría por la avaricia. Tras una fuerte pelea,

que incluso llegó a los golpes, me libré de esa alimaña y dejamos de tener una alianza.

—Por el Altísimo, pudo hacerte daño, estabas solo en Francia.

—No soy débil, el remo me dio brazos fuertes y las clases de boxeo la agilidad y la seguridad para saber dónde asestar un puñetazo. El muy estúpido quiso vengarse y me vendió a las autoridades, como él no había firmado nada, creyó que era mi fin.

—Por Dios. ¿Te detuvieron?

Bradley negó.

—Escapé por la puerta trasera antes. No estaba dispuesto a dejarme vencer. No solo enfrenté a Roy, sino que reuní toda la evidencia que me incriminaba. Hice lo mejor que pude, terminé teniendo que sobornar o intimidar a las autoridades portuarias... Y las pruebas se volvieron en contra de Roy. Fue la única salida que encontré para salvarme. Pedían una cabeza y la de él rodó.

—Ese hombre se lo buscó al engañarte y después denunciarte, cuando el único responsable del tráfico ilegal era él.

—Pero se cuidaba bien las espaldas y tuve que meter las manos en el fango para que se responsabilizara de sus actos. Como pude, salí de la inmundicia. El dinero mal habido solo sirvió para limpiar mi nombre y volví a quedar con las manos vacías y sin el anillo. No estoy orgulloso. Son comportamientos que me indignan, pero sabía que no solo me hundiría yo, si salía a la luz las actividades en las que se involucró «el hijo de Pembroke». La reputación de mi familia estaba en riesgo y a pesar de las disputas con mi padre, mi honor no me permitía perjudicar el título, menos atentar contra la estabilidad de mi madre y mis hermanas.

—¿Es quién te chantajea con poner todo al descubierto?

—El muy ladino salió hace un tiempo de la cárcel. Supongo que se valió de sus recursos poco honorables. Volvió a Inglaterra. Ahora vive en Londres, en los bajos fondos y sigue el mismo perfil de antes, como una mala hierba que nunca muere.

—¿Y cómo estás al tanto de esa información?

—Hay que cuidarse de los enemigos. Cuando lo encerraron lanzó amenazas sobre mi nombre.

—¿Pretende vengarse?

—No lo sé, pero es seguro que algo trama. Su ambición jamás deja de crecer. Desde que regresó a Londres ha tratado de limar asperezas, colarse en mi círculo. Y no sé cómo lo consigue,

pero sus arcas están rebosantes. Es una máquina de hacer dinero. Roy se las ingenia, por supuesto, sus métodos son cuestionables. Como es más rico ahora pretende codearse con la alta sociedad. Lo mantuve distante cada vez que intentó aproximarse, dándole evasivas; pero se ha enterado del gran baile que daremos y ha tenido el descaro de pedir que ponga su nombre en la lista de invitados.

—¿O te expone socialmente? —Daisy fue rápida para atar cabos—. No sabía que ese baile daría tantos dolores de cabeza. ¿Alguien podría acusarte de que tu fortuna está ligada al contrabando?

—No, no. En cuanto tomé el control de la situación salí de ese mundo ilícito. El grueso de mi fortuna no tiene nada que ver con mis inicios, Roy se quedó con casi todo lo que ganamos y lo demás, como te dije, sirvió para librarme de la cárcel.

—Y hundirlo a él.

—Si él no hubiese metido a las autoridades en esto, me habría apartado del mal camino, pero jamás lo hubiera denunciado. Se lo buscó, no iba a refundirme en la prisión por su culpa. Yo solo fui un triste peón. Con el Tratado Cobden-Chavalier se redujeron los aranceles, permitiendo que incrementara el comercio y la importación de los vinos. Esto último hizo que mi fortuna subiera de golpe de manera exponencial. Mis arcas se forjaron gracias a mi esfuerzo, el tropiezo con Roy solo fue un escueto capítulo de mi vida como comerciante.

—Salvo que el tal Roy tenga un as bajo la manga, algún documento firmado por ti que haya perdurado todos estos años.

—Roy no necesita un papel para destruirme, ni siquiera ponerse en evidencia como mi cómplice. Sabes que en Londres solo basta un rumor para destrozar un apellido. La reputación de nuestra familia está siendo amenazada.

Capítulo 16

Bradley y Daisy despertaron abrazados, como por instinto el contacto de sus cuerpos tibios bajo las mantas, los llenaron de deseos que no podían postergar. Se amaron lento, como si se negaran a que ese dulce placer se extinguiera pronto. Y tras alimentarlo todo lo que pudieron, como a una hoguera, no se detuvieron hasta quedarse saciados.

Acordaron desayunar juntos, estaban famélicos; después pasaron tiempo con los niños. El amor hacia sus hijos los llenó de bríos, unieron esfuerzos. Tomaron la decisión de que no se dejarían chantajear, y que asumirían las consecuencias si el ingenio y la fuerza no les alcanzaba para librarse de Roy.

—Por nada del mundo ese hombre pondrá un pie en Pembroke House —blandió Daisy, tras dejar a sus hijos en la seguridad de la guardería con sus nanas.

—En eso estamos de acuerdo —aseveró con la mirada férrea—. Voy a leer su carta y meditar una respuesta. El baile está en puertas, no puedo seguir dilatando este asunto.

—¿Me permites leerla también?

—Amor, no quiero que nada te perturbe.

—No soy tan frágil, Brad.

—De acuerdo, pero primero la revisaré yo. No permitiré que te sientas vulnerada u ofendida al leerla.

En el estudio, tras escrutar cada palabra la dejó en las manos de su esposa. La carta era una velada ironía. Roy fue correcto en su discurso, había que saber leer entre líneas.

Lord Pembroke, estimado amigo.

Observo con alegría que la vida te sonríe. Tampoco me quejo soy un hombre acaudalado. ¿Cómo olvidar nuestra camaradería en Oxford? Aunque una situación particular no me permitió concluir. Los altibajos por los que pasamos fueron sorprendentes. Unas veces nos tocan épocas de bonanza, otras hay que ingeniárselas para que el destino implacable no tuerza los caminos.

Jamás olvidaré nuestros negocios en Francia, fui el primero en tenderte la mano y ahora eres todo un conde. Quiero pensar que algo de tu mérito me lo debes a mí. Iré al grano, no tengo sangre noble así que carezco de la sutileza de la aristocracia. No obstante, hago mi esfuerzo. Reitero mi apremiante interés por

ingresar a la sociedad por la puerta grande y el tan mentado baile que darás me parece la ocasión ideal.

¿Negarás a tu amigo ascender en la escala social? ¿Serás tan poco agradecido y olvidarás que te impulsé para que tus arcas hoy estén rebosantes? Espero que no te falle la memoria, la mía continúa intacta, incluso poseo algo que quizás te ayude a recordar cuanto me debes. Hoy gozas de una reputación intachable gracias a mi silencio.

Robert Roy

—Te amenaza sutilmente con exponer tu pasado —concluyó Daisy. Todo lo que su esposo le confió la noche anterior se hacía tangible al poder ver con sus propios ojos la vileza de ese hombre—. ¿A qué se refiere con que tiene «algo que te hará recordar»? ¿Es una afirmación de que guarda documentos con tus firmas que expondrá si no lo invitas al baile? Dejarlo entrar a tu vida sería un error enorme, no solo podría involucrarte en algo turbio, sino que nuestros amigos y conocidos quedarían en peligro de ser presas de este ladino embaucador. Ellos podrían confiar en Roy, puesto que al abrirle las puertas de Pembroke House y presentarlo ante la sociedad, es como si le ofrecieras un voto de confianza de tu parte. No imagino el desastre si hace negocios con Allard, con mi hermano Jake, con Sadice —enumeró a algunos.

—Ellos están alertados. Oso y Weimar también se sorprendieron al conocer la clase de infeliz que es Robert Roy.

—¿Les contaste?

—Cenábamos en White's, necesitaba hablar con alguien o iba a explotar. Estaba a punto de buscar a ese hombre debajo de las piedras y callarlo a golpes.

—No, Brad, no. Tampoco es la solución. Terminarías arruinando tu nombre, tu reputación, si ese truhan sale lastimado. O quizás soy muy optimista. No sabemos de qué trucos se valga, si anda armado. Podría causarte un daño irreversible. Piensa en tus hijos.

—No me pasará nada, Roy es quien debe cuidarse las espaldas.

—Vive en los bajos fondos. Oh, Brad, no te ciegues. Piensa con la cabeza fría.

—Por hacerlo es que aún no he tomado una decisión. Pero ya tengo todo claro. Debo ser contundente. Un sujeto como él no dará marcha atrás hasta disuadirlo de manera tajante. Voy a enfrentarlo de nuevo, igual que en el pasado. Cree que me tiene en un puño. Antes, yo no tenía tanto que perder como ahora. En el pasado, solo era el hijo del conde de Pembroke, solitario en una tierra lejana sin el apoyo de mi apellido. Ahora soy el poseedor del título. Así es Roy, no puede ver un festín sin reclamar su parte, siempre calculador, sopesando la forma de obtener un beneficio.

—No te entrevistés con él. Dile lo que sea en una carta.

—Amor no es tan simple.

—Entonces no vayas solo. ¿Te acuerdas de esa vez en que Normanby estuvo metido en un lío? ¿Y cómo Norfolk y Oso casi fulminan a sus enemigos?

—Sus enemigos eran un conde y su hijo, nobles que se guían por nuestras propias reglas. Roy se vale de otras armas.

—Oso infunde terror, puede servirte —ofreció a su enorme cuñado en bandeja de plata, como aliado o protector—. Y el duque de Norfolk, por el Altísimo, si yo librara una batalla lo querría en mi ejército, da miedo cuando te mira como si pudiese petrificarte.

—No necesito guardaespaldas. Si me sinceré con mis amigos fue porque precisaba desahogar mis problemas; pero no requiero de aliados para aplastar a Roy como la sanguijuela que es. Lo único que me frenaba era callarme, engañarte, saber que si algo salía mal ibas a avergonzarte de mí. Pero solo he recibido tu apoyo, y tu amor está tan fuerte como el primer día. Es hora de arreglar todo lo que va mal.

—Brad, no vayas solo.

—Lo contactaré para darle una respuesta definitiva. Su acoso debe terminar.

Daisy sintió que el alma se le partía en dos cuando Brad preparó una nota para pedirle un encuentro a Roy, con la intención de darle una respuesta a su petición. Lo único que pudo hacer fue suplicarle que no la dejara al margen sobre cuando ocurriría el encuentro, y que, si no deseaba involucrar más a sus amigos, se llevara a dos o tres de los lacayos. Siempre se debía tomar precauciones.

Se despidió de Brad como cada mañana y volvió a su ajetreada rutina.

Patience la estaba enloqueciendo con sus excentricidades con respecto a los preparativos del baile.

—No compraré esas pieles de tigre blanco para el recibidor, se me hace de mal gusto e inhumano. —Se enfrascó en disuadir a su suegra, con la intención de que cambiara de opinión sobre usar una decoración tan estrafalaria.

—Lo vi en un castillo en Escocia en mi último viaje, se veía imponente. —Parecía muy

entusiasmada.

—Lo siento, pero no. Las pieles están descartadas. —Daisy recordó la visita de Esther y no pudo evitar hacer la pregunta—. Cuando Brad y yo volvíamos a la casa, nos tropezamos con la señora Gilbert. ¿Sabes a quién vino a visitar? Lo pregunto porque salió por la puerta principal, no por la de servicio. Así que imagino que se iba a entrevistar contigo o con alguna de tus hijas.

—¿La señora Gilbert? —preguntó Patience sin saber cómo manejar el asunto.

—Sé lo que la unió en el pasado a Brad.

—¿Te lo dijo? —titubeó.

—Intentamos no guardar secretos, es lo mejor para nuestro matrimonio.

—Oh, Daisy, lamento que hayas tenido que presenciarlo. —Suspiró afectada—. Vino a verme, esa desdichada criatura. Aunque su esposo se esfuerza, el dinero que ingresa a su casa no es suficiente. Llegó a pedirme trabajo. Pero le dije que no teníamos nada para ella, no quise incomodarte.

—Oh, era eso. En ese caso, hazla llamar y ofrécele nuestro apoyo. Seguramente, hay un puesto respetable en el que podemos acomodarla.

—¿No te molesta? —cuestionó muy sorprendida.

—¿Por qué habría de enfadarme?

—Es que Brad peleó muy fuerte con su padre por causa de esa mujer. Imaginé que sentirías desconfianza si te forzaba a tenerla cerca. A pesar de lo vivido entre ambos, reconozco que no es una mala persona y que ha sido respetuosa contigo, con Brad, con su esposo, desde que cambió su situación y se casó. Ella ha cumplido su palabra. Se alejó de mi hijo. Además, creo que ahora quiere a su esposo.

—No soy celosa, querida suegra, menos si no hay motivos. Incluso, entendería si le cuesta olvidar a Brad, pero mientras no cause problemas, no tendré nada en su contra. Habría recelos de mi parte si ella o Brad me dieran un motivo. Y como no es así, no puedo dejar que esa familia pase necesidades. Menos si hubo un lazo importante que en algún momento la unió a Brad. Bríndale un trabajo decente, por mi parte no existe objeción.

—Lo haré. También me dio pena dejarla marcharse sin ayudarla, bastante vergüenza habrá pasado de tener que venir a tocar nuestra puerta. Jamás dejas de sorprenderme, Daisy. Posees un bondadoso corazón. Dios siempre te llene de bendiciones. Buscaré la forma de ayudar a la señora Gilbert. Quizás pueda colocarla en la casa de alguna amiga, sería lo más correcto, para evitar un

malentendido o una indiscreción.

—Como lo consideres prudente.

—¿Y ahora tú me complaces a mí comprando las pieles de dos tigres blancos? —Pestañeó intentando parecer encantadora—. Se vería impactante en el recibidor o delante de la chimenea.

—En eso no pienso ceder, querida Patience. —Negó ante las ocurrencias de su suegra. Era tan seguidora de las tendencias imperantes o de lo que ella creía entender como tal, que sería capaz de salir con una alfombra enroscada en el cuerpo por toda vestidura, si alguien le decía que era el último grito de la moda en París.

—Por favor. —Hizo un puchero que a su edad resultaba gracioso.

—No se verá bien, Patience, y por Dios debo salvarnos de hacer el ridículo, con todo respeto.

En medio de su agitación vio al lacayo al que Bradley contactó y dejó a su suegra con la palabra en la boca.

—¿Murphy, no acaba su señoría de encargarle llevar una misiva? —preguntó Daisy.

—Iba a hacerlo, milady, pero tras quedarse mirando el sobre decidió acudir en persona.

—¿Qué hizo qué?! —Dio tal grito que Patience dejó de distraerse con lo que tenía en mente para la decoración del baile, y se concentró en el estado alarmado de Daisy.

—Creo que milord pensó que no soy lo suficientemente listo para dar con la dirección, porque tras contemplarla un rato, desistió de darme las indicaciones. Traté de hacerle cambiar de opinión, pero no hubo forma de lograrlo.

Daisy se puso de pie de un brinco, dejando boquiabiertos a los dos. Corrió hacia el estudio con la esperanza de encontrar la carta con la amenaza en el mismo cajón donde Brad la guardó tras leerlo. Suspiró al darse cuenta de que no estaba cerrado con llave. Sus esperanzas se desplomaron cuando no encontró el sobre dentro. Trató de hacer memoria del remitente, pero no pudo recordarlo. Cuando tuvo el texto en sus manos se preocupó solo por leer su contenido.

Capítulo 17

Bradley salió en un carruaje sin blasón. No podía ser de otra forma tomando en cuenta su destino. Aún no entendía por qué Robert Roy continuaba viviendo en uno de los barrios más pobres y peligrosos del East End, si poseía unas arcas rebosantes. Suponía la razón, quizás ahí podía llevar a cabo sus negocios fraudulentos sin tener que dar cuenta a nadie. Ni siquiera los de Scotland Yard se atrevían a pasearse campantes por sus empobrecidas calles. Un contraste inquietante de miseria, violencia y corrupción al compararlo con el West End donde opulentos edificios, vastas plazas y majestuosos landós transitaban las avenidas.

Él no era ingenuo, sabía que la valentía sobraba si cegado por el orgullo entraba a esas callejuelas sin más compañía que la de su cochero. Por ese motivo fue en persona, no quiso arriesgar la integridad del joven lacayo que iba a ser emisor del mensaje.

No iba solo y, además, iba discretamente armado, dos pistolas, y una daga en la cintura, cortesías de su amigo Oso, a quien citó en Hyde Park para de ahí partir juntos a los bajos fondos a buscar a Roy. El marqués no llegó solo, el duque de Weimar lo acompañaba. A Bradley le asombró que este último también se les uniera, pero lo agradecía.

—Weimar, no debiste seguirnos. Tu esposa ha preparado con mucho entusiasmo la velada de esta noche. Si no llegas a tiempo no podré perdonármelo. —Brad todavía intentaba convencer a su amigo de que desistiera.

—Oso parece invencible, pero necesitas otro acompañante si no quieres llevar un susto de muerte. Es un área de la ciudad donde las reglas del decoro no sirven para nada —insistió Weimar decidido a ir con ellos.

—Me temo que tienes razón —aceptó Oso—. Además, no tardaremos. Todos debemos llegar puntuales o Angelina nos hará pagar muy caro la falta.

—Oh sí, es obligado quedarse al frente del improvisado escenario en mi salón de baile, no hacer caras raras si alguna de las invitadas desafina o no toca bien su instrumento. ¿Por qué tuvo que secundar a lady Abbott y ofrecer un espacio para que las debutantes muestren sus talentos? —se quejó el duque.

—Será por su bondadoso corazón, supongo que se solidariza con las jóvenes casaderas, alguna vez fue una —intervino Bradley. Por suerte él y Daisy se saltaron esos pasos, y quedaron

hechizados de inmediato.

—Solo espero que ninguna tenga voz chillona como la señorita Westbridge, la vecina de los Allard. Sería una tortura —bromeó Oso guasón, recordando a Abigail y su extraña forma de cantar.

—Ella dejará de llamarse Westbridge —advirtió Weimar—. Según escuché la están cortejando y todo apunta a que habrá matrimonio, aunque no oí con quien. Su padre tuvo que elevar su dote casi al doble para que aparecieran los candidatos, pero de esto último no se jacta. Si esa mujer está a punto de librarse del destino de una solterona, las debutantes de este año podrán tener mejor suerte.

—No me lo recuerden, esta temporada mi madre es una de las matronas desesperadas por encontrar esposo para sus hijas —se acordó Bradley muy preocupado por cómo lo afrontaría—. Estás bien informado sobre las novedades de los Westbridge.

—Las tierras de los Westbridge colindan con las de Allard, estuvieron arreglando un problema menor en sus fronteras y el caballero no perdió la oportunidad de restregárselo a Allard, alguna vez lo quiso de yerno —aclaró Weimar. Allard era primo de su esposa.

—Patético. Espero que Allard lo haya desairado ignorando su petulancia. No me agradan los Westbridge. Por cierto, tampoco escapé indemne de los reclamos de mi mujer. Rose me advirtió que no se me ocurra bostezar si las intervenciones de las damitas son muy largas —protestó Oso—. Como si yo fuese capaz de tal cosa.

Sus amigos rieron, Oso era todavía más atrevido. Su esposa lo conocía a la perfección.

—Hay algo que me urge decirte, Pembroke. —Weimar se puso muy serio. Tenía que confesarlo—. No pensé que el maldito Roy seguiría dando problemas tiempo después. Quizás debí hablar en su momento —comentó entrecerrando sus ojos azules brillantes—. Me siento algo responsable, quizás si yo hubiese hablado sobre las razones por las que lo expulsaron de Oxford, nadie de nuestros conocidos habría vuelto a hacer tratos con él.

—¿Lo expulsaron? —preguntó Bradley asombrado.

Oso asintió e intercambió una mirada con Weimar, sabía del asunto, el duque se lo reveló tiempo después.

—La familia de Roy no tenía los fondos para darle el estatus que él ambicionaba, y a esa edad embaucó a varias personas con tal de conseguir el dinero —siguió Weimar—. No contento con eso, cometió fraude en los exámenes y amedrentó a uno de los profesores para que lo pasara de curso. Mi padre era uno de los benefactores del comité, y escuchó de los motivos por los que

lo expulsaron. Me pidió que callara por discreción. Por lo que veo, continuó con sus hábitos de engañar y sacar ventaja económica. Lo siento, Pembroke.

Para el tiempo en que estudiaban en Oxford, el padre de Weimar vivía y era uno de los duques con más influencias.

—¿Por eso estás aquí, Weimar? No tienes una deuda conmigo —le recalcó Bradley.

—Tampoco supe que huiste a Francia hasta que recibí tu primera carta —recordó Oso—. Si me hubiese enterado de tus problemas, te habría brindado mi apoyo.

—No tenías por qué saberlo, me fui sin despedirme de nadie. Supongo que a veces tomamos decisiones sin pensar, motivados por un impulso. Tuve que aprender de la peor manera que no fue lo más acertado —reconoció Brad—. Sin embargo, como sea, me abrí paso en la vida y ahora estoy de vuelta. Lo que no imaginé fue que, tras quitarme a esa sanguijuela de encima, iba a volver a topármelo en Londres.

—Así es Roy. No pierde oportunidad y ahora tu nombre suena demasiado. No solo heredaste el título de tu padre, sino que te codeas con personas poderosas. El esposo de tu cuñada es uno de los marqueses de más renombre —explicó para referirse a Oso—. Y el de la prima de tu mujer, no es otro que el gran duque de Norfolk. —Le hizo ver Weimar.

—Por cierto, le mandé una nota a Norfolk, para que envíe refuerzos —intervino Oso para ponerlos al tanto, aprovechando la mención.

—No creo que sea necesario —masculló Pembroke—. Roy ha logrado reunir una cuantiosa fortuna gracias al dinero mal habido, pero sigue siendo un delincuente de poca monta. Aún pretende recibir mis favores.

—No te confíes —le sugirió Oso negando—. Conozco a los de su calaña.

—¿Qué va a hacer? ¿Matarme? —replicó Bradley, sopesando la posibilidad. Sin embargo, continuaba creyendo que sería una venganza desmedida—. Lo único que tiene en mi contra es la paliza que le di en Le Havre, pero él sabe que se la merecía. Terminó en la cárcel por su propia arrogancia, él metió a las autoridades en nuestros turbios negocios. Yo solo me defendí. Además, no perdió dinero por mi causa, al contrario, gracias a mi torpeza se llenó los bolsillos.

—Pero al final tienes lo que él ambiciona, título, fortuna, reconocimiento —observó Oso—. Lograste alcanzar lo que él no pudo, su nombre no está relacionado con el éxito. Mientras Roy continuó ganándose la vida con el contrabando, tú elegiste el comercio por la vía legal y remontaste de tus cenizas como el Ave Fénix. Algo que él no consiguió. No puede hacer dinero siguiendo las reglas convencionales. Ahora tienes el título, tus mansiones, la familia perfecta,

respeto. ¿Qué posee Roy? ¿Dinero? Pero continúa necesítandote para poder darle el uso que quiere, tanto es así que te está chantajeando. No dudo que tenga guardado algún documento que te incrimine. Por otra parte, fuiste más listo que él. Intentó abatirte y lo refundiste en la cárcel.

—No perdona que le hayas ganado. Opino que le demos un escarmiento al modo favorito del viejo Oso —sugirió con tono mordaz Weimar—. Creo que la paliza que le diste en el pasado no fue suficiente.

Los tres compartieron miradas llenas de resignación, parecía que Weimar tenía razón y la única solución era amedrentar a Roy para librarse de su asedio.

Cuando el carruaje se detuvo más allá de Bethnal Green, Pembroke tuvo que convencer al cochero para que no saliera huyendo. La callejuela a donde fueron a parar era aún más escabrosa de lo que imaginó.

—No tardaremos —le dijo Brad cubriéndose la nariz con el interior del codo, el olor era nauseabundo, peor que en otro sitio al que hubiese visitado en el pasado.

Sabía que en esa parte de la ciudad las familias vivían hacinadas, y no disfrutaban de agua corriente, menos cuartos de baño. Extrañamente, el edificio al que arribaron no estaba lleno de gente merodeando en el exterior, a diferencia de las otras cuadras por las que transitaron. Solo tres hombres con cara de matones custodiaban la puerta de acceso. Uno de ellos corrió hacia adentro para dar aviso acerca de la visita.

—Milord, no le aseguro que el caballo o el coche sigan aquí a su vuelta —indicó el conductor cuando uno de los hombres lo amenazó con su pipa, pasándosela lentamente por el cuello, mientras lo miraba a los ojos. Jamás tuvo que conducir a un destino tan riesgoso.

Bradley comenzó a pensar que Oso tenía razón, quizás el Roy de hoy era más peligroso que el que recordaba, antes no estaba custodiado por individuos de esa apariencia. Al contrario, trataba de simular que pertenecía a una clase social superior.

Sacó una de sus pistolas y se la dio al cochero.

—Si alguien intenta pasarse de listo contigo, dispárale a la cabeza. Tal vez no te salves, pero te llevarás a uno al infierno —ordenó en voz alta para disuadir a los intimidantes sujetos.

El cochero entendió que no había otro camino y tomó el arma con resignación, lo vio decidido a sobrevivir. Brad esperaba que no fuera necesario usarla, pero fue lo único que pudo hacer por él.

—¿Qué se les perdió por aquí? —preguntó amenazante otro de los individuos.

Bradley mostró la carta.

—Vengo a visitar a mi antiguo amigo Roy. Dile que Pembroke no solo le abrirá las puertas de los salones más importantes de Londres, sino que vino a darle la noticia en persona —agregó con ironía.

El hombre siguió mirando desafiante al conde. Oso y Weimar tuvieron que reprimir sus sonrisas sarcásticas ante la acertada frase de Pembroke. El tiempo había pasado, pero la camaradería entre los tres se sentía exactamente igual que cuando eran muchachos aprendiendo a ser adultos en los callejones de Oxford.

—Esperen aquí —gruñó el secuaz.

Oso casi lo incinera con la mirada.

—¿Aquí en la calle?! —bramó el marqués muy impaciente—. Entiendo que no tienes modales y no tengo el tiempo para educarte. ¿Pero sabes con quién demonios estás hablando?! ¡Nadie! ¡Jamás! ¡Nos deja esperando afuera! Tu señor, o lo que sea que Roy sea, ya estaría abriendo las puertas de saber que tres exponentes de la nobleza están aguardando para ser recibidos. ¡Quítate infeliz! —Movié al hombre de un empujón.

El rufián no tardó en recuperar el equilibrio, cerrarle el paso, sacar una pistola cargada y encañonarlo.

Weimar y Pembroke también desenfundaron las suyas, y el otro guardia de Roy mostró el reluciente brillo de su puñal.

—Nadie sube sin la orden del señor —rumió el de la pipa.

—Tu amigo, el que se escabulló corriendo en cuanto arribamos, seguro ya lo puso al corriente —arreció Bradley clavándole los ojos llenos de ira.

—Serán imbéciles, somos cuatro contra dos. —Oso incluyó al cochero que también apuntaba en dirección a los guardianes, aunque tembloroso—. ¿Alguien les enseñó aritmética? Las cuentas indican que les llevamos ventaja.

—Creo que todos nos estamos exaltando —medió Weimar con una perversa calma, que sacaba a flote en las situaciones de más tensión—. Llamen a quien tengan que llamar, idiotas, pero no tarden. O, después de concluir con aquello por lo que he venido, mandaré a confeccionar un par de botas con la piel de cada uno. —El duque sabía lo que hacía, Oso y él se habían enfrentado a escorias más peligrosas, y por nada del mundo se iban a dejar intimidar. Aunque no gritó, ni azotó a los hombres como Oso, su mirada logró el mismo efecto en los guardias.

—¿Qué es todo este alboroto?! —Robert Roy en persona, pero más golpeado por la mala vida, estaba parado frente a ellos—. Oh, Pembroke, esta sí es toda una sorpresa. —Se quedó mirando a sus acompañantes—. El gran Weimar. —Hizo una pésima reverencia ante el duque—. Bloodworth, como te decían, lord Oso. Pero, ¿a qué debo esta inesperada y agradable visita?

Roy levantó una mano para ordenarles a sus hombres que guardaran sus armas. En consecuencia, Weimar y Pembroke bajaron sus pistolas.

—¿Quieres hablar aquí? ¿En la puerta? ¿O serás más hospitalario? —le recriminó Bradley y el hombre se hizo a un lado para invitarlos a pasar.

El interior de la edificación no combinaba con la fachada. Había varios pisos. Terminaron en el segundo, en una amplia sala que daba a la puerta del estudio de Roy, si podía llamársele así. Dentro era más cálido y estaba bien amueblado, como lo sería la casa de un hombre soltero perteneciente a la burguesía.

—No entiendo por qué, demonios, continuas viviendo en este barrio, si ya no te va tan mal —reparó Oso mientras se adentraba con los demás.

—Tiene sus ventajas, la policía no entra y todo el barrio está a mi servicio. Saben que si cumplen con su parte no se irán a la cama con el estómago vacío. En el West End no sería más que un burgués de dudosa procedencia, que todos mirarían por encima del hombro. Aquí soy Dios y me encanta que me adoren. —La maldad brilló en sus pupilas y a ninguno de los caballeros le pasó desapercibido. A nadie le quedó duda de la razón por la que Roy estaba tan cómodamente instalado.

—Ya entendimos tu punto. Una rata se siente a gusto en una cloaca donde el aire es putrefacto —siseó Oso.

Weimar esbozó una sonrisa ladeada al escuchar la ocurrencia de su amigo. Juntos eran temerarios, tanto que los esbirros de Roy se notaban nerviosos ante la presencia de los caballeros, a diferencia del «anfitrión», quien se sentía pletórico por haber logrado reunir a tan distinguido grupo en su morada.

—Adelante. —Los invitó a pasar a su estudio, pero Oso y Weimar no se movieron, solo Bradley se encerró con el canalla.

Cuando estuvieron adentro, tomaron asiento en sitios opuestos del escritorio.

—Pensé que tus guardaespaldas iban a hablar conmigo también. —Intentó menospreciarlo Roy.

—Mis amigos. Algo que quizás aún sigues sin saber de qué se trata —lo corrigió—. A

diferencia de tus guardias, no tengo que pagarles. Hasta tú sabes que a este nido de alimañas no se puede entrar sin cubrirte las espaldas.

—¿Trajiste mi invitación para el baile? No era necesario que me la entregaras en persona.

—Iré al grano. No sucumbiré a tu despreciable chantaje.

—Entonces no me dejas más remedio que destruir tu reputación.

—¿Con tus pruebas? —Se carcajeó en su rostro—. No tienes nada. ¿Crees que soy estúpido? Lo primero que hice fue recolectar cualquier documento firmado por mí que pudiese incriminarme. Sé lo que firmé, imbécil. —Lo miró con fiereza a los ojos, estaba bastante seguro de ello. Sin embargo, muy en el fondo le quedaba un resquicio de duda. ¿Y si olvidó algún papel? Podía vivir con su reputación arruinada, pero no arrastrar a su familia a tal destino: su esposa, sus hijos, sus hermanas.

—Tengo. Entiendo a qué has venido. Piensas que fanfarroneo. Ahora las verás.

Bradley observó expectante cuando Roy se puso de pie y le dio la espalda para dirigirse a otra de las puertas del despacho. Parecía una especie de armario o archivo, pero cuando la madera cedió, tres hombres armados entraron con violencia y se lanzaron sobre él.

En breve, el conde estaba listo para defenderse. Aquella emboscada fue un golpe muy bajo de Roy. A pesar de la sorpresa, no tardó en reaccionar, noqueó de un contundente puñetazo al primero que se le acercó, pero los otros dos no tardaron en aproximarse a la vez, por detrás, y sujetarle los brazos.

—¡Golpéenlo! —ordenó Roy—. Me debe una paliza. —Se acarició la barbilla recordando, cuando años atrás, Bradley lo enfrentó cara a cara.

—¡Maldito cobarde, no tienes los pantalones de reclamar tu venganza de hombre a hombre! —Pembroke rugió iracundo, lanzando patadas y forcejeando para tratar de librarse de sus atacantes.

—No en el rostro, por favor —indicó Roy a sus secuaces con voz lenta y melodiosa, disfrutándolo al extremo—. Es un lord y dará un baile al que todavía pretendo ir. Aunque también me serviría su funeral. Podría presentarme como su antiguo amigo de estudios.

Pembroke recordó al tercero de los hombres que los recibieron, el que dio el aviso y le permitió a Roy preparar la emboscada. Por el ruido que escuchó fuera del estudio de la rata, entendió que sus amigos luchaban con los guardias que se quedaron a vigilarlos.

Roy se acercó para darle un golpe con el puño en el abdomen, mientras los otros los seguían

sujetando. Un cobarde en toda regla. Trató de repetirlo una segunda vez, pero Pembroke no perdió la oportunidad, ignoró su dolor y tomó todo el aire que se le había escapado, lanzándole a su oponente una patada tan certera en la rodilla, que lo previno de no volverse a acercarse.

Los golpes de Oso y Weimar y sus gritos llamándolo y amenazando a Roy de la peor forma de muerte, le advirtieron a Bradley que estaba solo. La puerta permanecía herméticamente cerrada. Por más que lo intentaban, sus amigos no lograban derribarla.

Sin embargo, Roy no se quiso arriesgar. Caminando con trabajo se dispuso a huir por la misma puerta que sus hombres entraron. Cojearía un par de semanas.

—Vendrán refuerzos, muéstrenles toda nuestra cortesía a mis huéspedes.

Otros guardias se colaron al estudio por el mismo pasadizo, la suerte de Brad estaba echada.

Un disparo en el pomo de la puerta hizo que esta se abriera con violencia. Oso y Weimar se introdujeron, abandonando a sus tres contrincantes en el suelo. Muy pronto se dieron cuenta de que fueron ingenuos al venir sin refuerzos. Roy era más peligroso de lo que imaginaron, lo subestimaron.

Lucharon a los golpes tratando de resistir, sus armas ya no tenían municiones. Y antes de que los sometieran u ocurriese algo peor, Norfolk apareció con varios de sus hombres y se pusieron del lado de la contienda.

Bradley exhaló esperanzado. Fue una suerte que antes de salir le dejaran un aviso con indicaciones precisas a su aliado, con la dirección exacta y pidiéndole acudir *ipso facto* con refuerzos. Aún no era tarde, entre todos lograron neutralizar a los agresores. Los rufianes que no terminaron derribados por el piso se dieron a la fuga.

—¿Qué infiernos sucedió aquí? —preguntó Norfolk ayudando a Bradley a recomponerse, pues se quejaba del abdomen, por donde más golpes recibió.

Weimar y Oso también se revisaban sus magulladuras, se recuperarían pronto.

—Te contaremos por el camino —dijo Pembroke y todos se dirigieron a la salida—. Salgamos de este nido de ratas antes de que lleguen más. No estamos en nuestro territorio—. Demonios, Daisy va a enfurecerse —masculló Bradley mientras caminaba.

—Hombre, casi te matan a golpes y te preocupa que tu mujer te haga un aspaviento —blandió Norfolk.

—Me suplicó que no viniera. No quiero ocasionarle más sinsabores. Estábamos tan felices. Desde que Roy regresó a nuestras vidas no he hecho otra cosa que causarle sobresaltos.

—No tienes la culpa de que esa alimaña se ensañe contigo —observó Norfolk—. El matrimonio es en las buenas y en las malas. Es lo que hay y creo que lo estás haciendo muy bien, amigo —lo calmó Norfolk y Pembroke entendió que, aunque no quería inquietarla, la situación se excedía de su control.

Capítulo 18

Con un sobrio atuendo de diario, Daisy observó a la doncella traer las perlas del ducado. Servirían para acompañar el vestido azul pálido que luciría esa noche en Weimar House, en el evento al que fueron invitados. Todavía no se cambiaba, aunque ya había tomado un baño que no consiguió atenuar sus trémulos nervios. Si ocurría una desgracia, quería estar preparada para enfrentar las consecuencias.

—¿Comenzará a vestirse, milady? Se hace tarde. —A Abby le preocupaba no terminar el recogido de la condesa a tiempo.

—Aguardemos un poco más —indicó sin dejar de mirar por la ventana.

Cuando Brad salió dispuesto a visitar a Roy, el primer impulso de Daisy fue correr a la casa de su hermana. Al arribar y contarle atropelladamente a Rose lo que sucedía, esta le aseguró que Pembroke citó a Oso en Hyde Park. Las dos se impacientaron, pero no les quedó otro remedio que esperar. La primera que tuviera noticias avisaría a la otra. Todavía no había llegado ningún mensajero, así que significaba que Rose estaba en blanco, como ella.

Cuando escuchó el carruaje aparecer por la entrada principal abandonó su posición y corrió hacia los escalones, los que bajó casi a trompicones hasta llegar a los pies de la escalera. Entonces vio a su esposo entrar encorvado, con una mano sujetando el abdomen. Un lacayo acudió a tomar su sombrero, su capa y su bastón. Daisy no dijo nada delante del criado, intentó reservar sus preguntas hasta quedar a solas. Pero, cuando Bradley le entregó unas armas al joven Murphy para que las guardara bajo llave, la condesa abrió los ojos de forma desmesurada.

Bradley buscó su mirada y al sentirse escrutado por su mujer, enderezó el torso para no alarmarla. Solo dijo una palabra:

—Arriba.

Ella lo revisó con la vista. Al no encontrar manchas de sangre y notar que ya no seguía inclinado, borró las ideas preliminares. Exhaló con fuerza el aire contenido, llena de alivio por saberlo con bien. Pero no tardó en recorrerla la furia por el mal rato que le hizo pasar. No entendía por qué su esposo no se tocaba el corazón y la abandonaba en un mar de inquietud, para ir a meterse en problemas. Así lo veía ella.

Daisy subió sin emitir un juicio. Al llegar precedida del conde, la doncella salió huyendo, al

reparar en las caras de sus señores.

—¿Y bien? ¿Por qué vienes arrastrándote? —lo interrogó sin dejar entrever que había tenido el alma en vilo hasta verlo regresar.

—El asunto de Roy ha quedado resuelto. Le advertí que nos deje de una vez en paz.

—¿Por qué te expusiste así?

—Daisy, entiendo que no lo apruebes y también sé que temiste lo peor. Créeme que si hubiera otro modo de tratar con personas como Roy lo habría elegido. Pero no iba a disuadirlo con formas más honorables.

—¿Y no podías contratar a hombres para los asuntos turbios como hace Norf...? —No terminó el nombre del esposo de su prima por prudencia, incluso en esos momentos. No podía exponer a alguien que apreciaba en voz alta.

—Tengo mi propio estilo, pero no te preocupes, no fui solo. Weimar, Oso y Norfolk me ayudaron.

—Por el Altísimo, ¿lo saben sus esposas? ¿Tantos hombres necesitabas? ¿Qué tan peligroso es ese Roy?

—Daisy, tenemos una fiesta a la que acudir. No podemos llegar tarde.

—No me cambies el tema —dijo embravecida y cruzándose de brazos.

Bradley se humedeció los labios, respiró profundo y caminó hacia ella. Daisy lo detestó por ese gesto que amaba, y lo volvía más atractivo. Odiaba desearlo hasta cuando tenían un enfrentamiento. Se sentía en desventaja, hechizada por ese amor inmenso que solo aumentaba, que jamás se desvanecía, ni siquiera cuando discrepaban.

Él llegó hasta ella y la rodeó con sus brazos.

—¿Ese es el vestido que lucirás? —Señaló con un movimiento de cabeza hacia la cama—. Te verás preciosa.

—Eres un adulator, pero ni así conseguirás que te permita seguir poniéndote en peligro. ¿Lo entiendes? Si te hubiesen lastimado, yo me volvería loca. —Sus lágrimas, contenidas hasta ese instante, brotaron abundantes.

—Amor, mi amor, ven aquí. —La rodeó por la cintura y ella se aferró a su torso. Él no pudo evitar soltar un quejido ronco cuando su esposa lo apretó por las costillas.

—¿Te lastimó? Oh, por Dios. —Atormentada comenzó a desnudarlo, hasta notar la piel,

bajo la camisa, enrojecida e inflamada—. Debemos llamar al doctor.

—Soy fuerte, sobreviviré —se jactó en su propio ego y Daisy casi lo incinera con la mirada. Bradley no sabía cuándo parar. Su hombría estaba por encima de todo. Incluso ella lo creyó invulnerable, hasta comprobar con sus propios ojos el daño que le ocasionaron

—¿Y si tienes fracturas en las costillas o alguna lesión interna?

—Voy a estar bien —susurró y la acercó para besarla en la frente.

—Un baño caliente con esas hierbas medicinales que cultiva Annalise no estará nada mal. Revisaré qué me queda. Por suerte, a cada rato nos trae para que las use con los niños. A ti también te servirán, mientras podemos pedirle a Emerson que te revise. Solicitaré que te preparen una infusión.

—No tomaré brebaje alguno, un trago doble de brandy será suficiente.

—No seas testarudo, Brad. Hoy te crees el gallo del corral, muy orgulloso. Si no tomas precauciones mañana no podrás ni ponerte de pie. Se te harán moretones. ¿Y él? ¿Roy? —preguntó con un tono discreto, pero llena de curiosidad—. Espero que haya quedado peor que tú. ¿Le diste su merecido? —indagó esperanzada. Si ese infeliz magulló de tal forma a su esposo, deseaba que se refundiera en el infierno.

—Huyó como el cobarde que es antes de que la refriega lo alcanzara. No me habría golpeado si sus hombres no me hubieran inmovilizado.

—¡Oh, por Dios! —lanzó un chillido—. Ya no me cuentes. Bradley Montagu, no permitiré que vuelvas a ponerte en peligro —protestó asustada con mil imágenes desagradables en la mente.

—Pero le asesté una patada en la rodilla y cojeará mínimo un par de semanas, si no le fue peor —explicó como si fuese una proeza.

Daisy puso los ojos en blanco por su bravuconería, después lo celebró.

—Espero que se la hayas fracturado, para que aprenda a no a desafiar a mi hombre.

—¿Tu hombre? —jugó, enlazándola por las caderas. Él ya estaba desnudo de la cintura hacia arriba y no dudó de contentarla de la mejor forma que sabía. Comenzó el juego de la seducción, la miró como solía hacer cuando deseaba llevarla a la cama. Se lanzó por su boca entreabierta y seductora que parecía una invitación.

—No —detuvo sus avances. Estaba realmente enojada y no podía permitir que Bradley se saliese con la suya, una vez más.

—Tienes ese rostro engurruñado que no hará feliz a nadie en la fiesta, déjame contribuir a ponerte de mejor humor, querida —susurró con la voz ronca—. Va a gustarte.

A Daisy le temblaron las piernas. Él exudaba masculinidad y a ella se le hacía irresistible cuando el deseo brillaba en los ojos de su esposo. Inhaló con fuerza y continuó:

—Como has dicho, si seguimos demorando, llegaremos tarde a la fiesta. Indicaré que lleven una bañera a la habitación contigua y la llenen de agua caliente.

—¿Por qué no en nuestro cuarto de baño? —Se refería a la pieza anexada al dormitorio.

—Tendré que usarlo.

—No me molesta que mires —indicó seductor, decidido a conseguir que se rindiera en sus brazos.

—Mi doncella me ayudará a arreglarme, así que necesitarás privacidad para tomar tu baño.

Él hizo un gesto de desagrado, pero no insistió más. Daisy sabía que no podía dejarse convencer por su esposo y permitir que la arrastrara a la cama así sin más, como si nada hubiese pasado. Debían hablar de modo civilizado en otro momento, uno que no tuvieran prisa ni un compromiso en puertas. Evadir que tenían un problema, uno que pudo poner en riesgo la vida de Bradley y dejar a sus hijos huérfanos y a ella con el corazón destrozado, no era lo más sano para la relación.

—Jamás hemos usado la habitación del conde —dijo y parecía que no se refería a sí mismo.

—No es justo que cuando lo consideres, salgas trasmutado en un animal salvaje, a pelear como un bárbaro. Eres el padre de mis hijos, si no me consideras, al menos piensa en el disgusto que les causarías si algo te ocurriese, si no te tuvieran al crecer.

Bradley se puso serio de pronto, las palabras de ella se las tomaba con juicio.

—Por supuesto que pienso en ti y en mis hijos... Siempre. Lo que he hecho, aunque parezca irracional, solo perseguía un objetivo: proteger la reputación de la familia, para que mis hijos y tú...

—Brad... —lo interrumpió sintiéndose incomprendida—. Si te perdemos, a tus hijos y a mí nos importará un comino la reputación, los estoy educando para que sean hombres con valores más allá de una opinión pública. No le temo al ostracismo social, me aterra un mundo sin las personas que quiero.

—¿Entonces preferirías, como insinuaste, que pagara a alguien para que hiciera el trabajo sucio y yo salir indemne?

—Lo prefiero. No te diré cómo resolver tus asuntos, pero no apruebo que vayas y retes a golpes a cada canalla que intente hacernos la vida miserable. Debes cuidarte, ponerte a resguardo, por nosotros.

—¿Daisy? —protestó alzándose de brazos. Ella le señaló la otra habitación—. Daisy —susurró ya sin ánimos de discutir.

—Tampoco apruebo que tomes decisiones sin contar con mi opinión. Demonios, Brad, somos una pareja. ¡Necesito que funcionemos como una pareja! Somos dos. También es mi reputación y la de mis hijos, no puedes simplemente ignorarme. Si te hubiese pasado algo, yo habría tenido que vivir con las consecuencias de lo que elegiste de forma unilateral.

—Pero soy el cabeza de familia, el responsable. —No le habían enseñado otra cosa, sus padres, la sociedad en la que vivía. El hombre decidía lo mejor para los suyos.

—Si quisiera un matrimonio donde mi opinión sea socavada y un marido me pasara de continuo por encima, habría escogido a cualquiera de los imbéciles que intentaron cortejarme. Pero no, te elegí a ti, me enamoré de ti porque confié en que eras —hizo una pausa y enfatizó—: eres diferente.

—Y lo soy.

—Demuéstralo.

Él resopló como un potro arisco sin poder quitarle la razón. Ella solo le señaló la habitación contigua y Brad no tuvo más remedio que aceptar. Le convenía el espacio que le estaba otorgando para enfriar sus ideas.

Daisy pidió la infusión, el baño caliente en la otra estancia y un ungüento para que Bradley lo usara después de asearse. Seguido se apuró con su doncella a vestirse y colocarse las perlas. Se miró en el espejo y le gustó el resultado. Suspiró, recordando las palabras de su madre: «un matrimonio feliz se construía día a día». No bastaba con la frase: «felices para siempre». Cada mañana, cada noche, había que reavivar la llama y dotar de fuerzas al corazón para seguir adelante.

Por primera vez estuvo lista antes que su esposo. Pasó por la habitación infantil para llenar de mimos a sus pequeños y dejarles un beso a cada uno. Reconocía mucho de Bradley y de ella misma en Joshua y Erick.

Después decidió reunirse con Patience y sus cuñadas, quienes estaban emocionadas por asistir al evento de los Weimar y seguro ya se preguntaban por el retraso. Josephine y Margaret cantarían, mientras la primera tocaría la pieza que iban a ejecutar en el piano. Ensayaron muchísimo, y estaban emocionadas con causar una buena impresión ante los solteros que se presentarían esa noche. Ettie se quedaría a regañadientes, aunque había suplicado que le contaran cada detalle al siguiente día.

Daisy agradeció para sus adentros a su madre por jamás ponerla en tal tesitura. Rose y ella nunca fueron sometidas a semejantes torturas. Al menos, así lo veían ella y su hermana y lo repudiaron desde el principio. Sin embargo, a otras damas le fascinaba mostrarse delante de todos aquellos, que se creían con la autoridad de juzgar sus talentos y considerarlas —debido a lo anterior—, como merecedoras o no de convertirse algún día en esposas.

Al fin llegó al salón donde Patience y sus tres hijas aguardaban. Se interesó en una nota del pasquín que Ettie leía:

MELODIOSA VOZ ROBA CORAZONES

Escrito por Frederick Banes

25 de abril de 1870

A estas alturas, toda persona que se considera versada en las artes y la cultura en esta ciudad ha presenciado el espectáculo en el Covent Garden que nos deja sin aliento a más de uno. Desde París, Francia, un jilguero ha arribado a nuestras tierras, para hechizar con su encanto a las masas.

Se dice que su voz, alcanza las tres octavas y tiene un matiz nostálgico que no deja indiferente a público alguno, provocando emociones en el auditorio. No es solo una diosa de excelsa belleza, su canto enamora al más insensible de los mortales. La llaman Chardonneret, y es lo más hermoso que nos ha traído la primavera. Su canto comienza dulce, después desciende y en el punto más álgido lo alcanza con claridad y precisión, sin desafinar o titubear jamás.

Y, el dato más interesante, procede de las lenguas experimentadas y ávidas del cotilleo, las que muchas veces arrastran verdades irrefutables. Refieren que canta con una emoción contenida, porque un caballero rompió su corazón y no ha podido amar nunca más.

Pobre Chardonneret. Mientras tanto, nosotros nos deleitamos con su triste clamor.

Si aún no la has escuchado, estás a tiempo, se han agendado nuevas presentaciones debido a la alta demanda. Alguien se está llenando los bolsillos con la visita de este tierno pajarito.

—¿Es la soprano que se presenta en el Covent Garden? —preguntó Daisy, recordando la invitación de su hermana.

—Sí, todas nuestras amigas hablan de ella. ¿Quién habrá roto su corazón? —se preguntó en voz alta Henriette.

—Algo de lo que tú no te enterarás —protestó Patience, no sabía cómo controlar a su hija menor—. ¿Tengo que prohibirte leer esa columna? Cada vez te noto más espabilada, pequeña. Te permití quedarte despierta para despedirnos, pero tu hermano se ha tardado. Será mejor que regreses a la cama y que dejes de curiosear en esos boletines que no son adecuados para una jovencita de tu edad. No me hagas acortarte las riendas, Ettie. Sabes que soy capaz.

—Creo que somos las únicas que no hemos tenido la dicha de escucharla cantar —comentó Josephine—. Le insinué a Bradley sobre la posibilidad de ir al teatro y no se mostró interesado. Ni siquiera, aunque mamá aprobó la idea.

—El teatro es un escaparate digno para una dama, muchos caballeros lo visitan. Pero parece que tu hermano no se esforzará como corresponde para buscarles esposos esta temporada tampoco. —Un suspiro abandonó la garganta de Patience.

—No te preocupes, Patience, yo estaré atenta por si aparece un buen candidato. Eso sí, mis cuñadas deben estar de acuerdo, un matrimonio es para toda la vida —la calmó Daisy.

—Yo no quiero ir al teatro con la misión de encontrar esposo —aclaró Josephine—. Parece que mamá es lo único que tiene en la cabeza.

—Cuando seas madre de varias jovencitas, me entenderás —reprendió su progenitora.

—Con todo respeto, madre, no es mi máxima aspiración en la vida —reforzó Josephine tratando de ser comprensiva con los intereses de la condesa viuda.

—Gracias, Daisy. Yo sí quiero casarme esta temporada. —Margaret discrepaba por completo de Josephine, aunque se adoraban y se llevaban muy bien, tenían opiniones contrarias con respecto al matrimonio. Creía que, si encontraba a un hombre bueno, el amor surgiría con el tiempo, como le enseñaron en el colegio para señoritas.

—¿Y tú, Ettie, qué elegirás cuando llegue tu turno? —preguntó Daisy.

La joven solo se alzó de hombros y esbozó una sonrisa. Después añadió:

—Sí, quiero enamorarme.

—Pero no estamos hablando de enamorarse, criatura de Dios, hablamos de casarse —intervino Josephine—. Una boda por amor son palabras mayores, así hasta yo estaría tentada.

Creo que Brad y Daisy han tenido mucha suerte.

—En ese caso estoy del lado tuyo, Josephine, solo me casaré por amor —decidió tras analizar la menor.

Patience carraspeó para exigirles que fuesen discretas al hablar de los sentimientos de una pareja.

—Por lo pronto las complaceré en uno de sus anhelos. Mi querida amiga Angelina —dijo Daisy para referirse a la duquesa de Weimar— me ha facilitado el programa del evento. Chardonneret abrirá la noche, antes del desfile de talentos de las debutantes.

Las tres damitas muy emocionadas gritaron al unísono, pero poco a poco Ettie comprendió que no estaba invitada.

—Oh, no, qué desgracia. Me la perderé, como todo lo extraordinario y emocionante que ocurrirá esta temporada, la siguiente, y así todas las que resten hasta debutar. Reniego de estas costumbres injustas. —Se cruzó de brazos muy indignada por el aburrimiento al que estaba destinada.

—Oh, por Dios —exclamó Patience, ignorando a Ettie y centrándose en algo más—. Aunque me encantará escuchar a la soprano para juzgar por mí misma si es cierto lo que se habla de ella, no sé si será una idea acertada concederle el primer número de la noche. ¿Cómo se verán después las jovencitas que intentarán destacar, como cigarras desentonadas?

—No te preocupes por ello, suegra, las señoritas brillarán con su propia luz, el sol sale para todas. El número de la soprano solo busca agasajar a los invitados. Los duques de Weimar siempre organizan veladas impresionantes por todo lo alto. Seguro tienen algo reservado para que las jóvenes también destaquen.

Un carraspeo las sacó a todas de sus disertaciones. Bradley se presentó frente a las damas. Iba vestido con un frac de estilo impecable. Levita y pantalones negros como dictaba la moda. Camisa y pajaritas blancas, y un exquisito chaleco marfil. Reflejaba una elegancia que se fue puliendo cuando regresó a Londres de modo definitivo, y aceptó los servicios del antiguo ayuda de cámara de su padre.

—Vamos, odio llegar tarde —las instó.

—Hermano, hoy sí nos hiciste esperar, pero mira el resultado. ¿Te has vuelto más vanidoso con los años? —jugó Josephine y se acercó para darle un leve codazo al que Brad respondió con un quejido, que se cortó a medio camino, cuando trató de contenerlo con todas sus fuerzas. La joven empujó la punta del codo justo donde al conde le dolía a rabiar—. Qué sensible, hermanito

—continuó riendo, ajena a lo que en verdad ocurría—. Nos sobró tiempo para cotillear un rato mientras te perdías consultando al espejo.

—«Espejito, espejito, ¿quién es el caballero más galante?» —bromeó Ettie.

Bradley la miró ceñudo, no le sentó bien la broma. Las tres hermanas se carcajearon a discreción.

—No, Josephine y Ettie, no es gracioso. —Patience notó la expresión compungida de su hijo y creyó que el comentario no fue de su agrado—. No molesten a su hermano, tengan respeto por la autoridad de esta casa. Hora de irnos.

Bradley extendió su brazo. Daisy lo tomó y se ciñó a su costado para salir, disimulando la sonrisa. Fue cuidadosa y no aplastó sus costillas o él lanzaría un alarido. Era increíble, con la paliza recibida debía quedarse en cama y ser atendido por el doctor, pero mientras pudiese ponerse en pie, no dejaría de cumplir con sus compromisos. Como si nada hubiera ocurrido.

Sin embargo, cuando Patience estuvo más cerca, vio algo que llamó su atención.

—¿Qué te pasó en el labio, Brad? Está inflamado y tienes un... un... ¿Es un golpe?

—Madre, me caí del caballo —esgrimió en voz baja con los dientes apretados.

—¿Cómo es posible si eres un jinete experimentado? ¿Te revisó el doctor?

—Madre, no soy de porcelana, estoy entero. A los carruajes, por favor.

—¿Lo sabías, Daisy? —insistió la condesa viuda. La aludida asintió y las hermanas se preocuparon, no era cosa simple una caída de un corcel—. ¿Por eso te tardaste tanto en bajar, hijo?

—No hagamos esperar a sus excelencias de Weimar —zanjó el conde o no abandonarían jamás la propiedad.

Capítulo 19

Tarde. Los Pembroke llegaron cuando todos estaban en sus asientos y no dio tiempo ni de que fueran recibidos por los anfitriones. La cara del mayordomo disimuló muy bien su molestia, detestaba cuando lo más mínimo no salía según sus altas expectativas. ¿Qué se podía esperar de un evento de tal magnitud? La perfección era una fantasía. O un músico no llegaba y debían suplirlo, o algo en el menú no estaba a tiempo, o a alguien se le derramaba la bebida en el lugar menos apropiado y debían mandar a limpiar sin que fuese evidente. Esa noche, los Pembroke eran los únicos que caminaban junto a la condesa viuda hacia sus asientos, justo cuando la magnífica soprano ya había sido anunciada.

—Oh, qué desastre —balbuceó el mayordomo contemplando la escena.

De haber estado aún en la puerta, les hubiese asignado unos asientos al final hasta que terminara el primer número. Pero ya los guiaban a sus puestos en la primera fila hacia el centro. La etiqueta lo exigía y sus señorías deberían esperar. Sin embargo, un inexperto lacayo de los contratados para la ocasión no supo qué hacer y condujo a los recién llegados al lugar que les correspondía, junto a los marqueses de Bloodworth. Todas las miradas se concentraron en ellos.

Pembroke y su esposa, ante los ojos curiosos, caminaban a sus sillas asignadas con la misma dignidad que miembros de la realeza. Solo la dama mayor reflejaba una sombra rosácea de vergüenza en el rostro.

Las jovencitas corrieron tras el escenario a ocupar el espacio donde aguardarían su turno, iban en el primer grupo.

Entonces Bradley la pudo contemplar, iba vestida de oro, su rostro era admirado por la aristocracia londinense que parecía embobecida o hechizada. La mujer no desmejoró con los años, al contrario, la gracia la favoreció. *Mademoiselle* Legrand, Odette, conocida mundialmente como Chardonneret.

Bradley ni siquiera pudo llenar por completo sus pulmones para exhalar su ansiedad, le dolían las costillas. Con la mano derecha sostuvo en todo momento la de su esposa, como si con su toque le asegurara que sus afectos le pertenecían; pero Daisy no tenía idea de que aquella mujer que en el pasado se atrevió a reclamar a su hombre, como amante, estaba ahí frente a ellos.

—Oh, es más hermosa de lo que rumoreaban —susurró Daisy llena de inocencia.

Él apretó el puño libre tras el comentario, así era Daisy, una mujer segura, exenta de envidias, con un corazón límpido. Solo esperaba no romperselo cuando le dijera la verdad, no podía ocultarle lo que ocurría. Debía enterarse por él.

—Es bonita, pero sin todos esos adornos, sería una persona bastante normal —indicó sin malicia Patience junto a su nuera—. Pero sí, tiene un gusto impecable por la moda.

—Es la misma que no pudimos ir a ver. Cuando la descubrí en el programa de Angelina vibré de emoción. Creí que se marcharía de Londres y me quedaría con los deseos de escucharla y conocerla —dijo Daisy—. Es muy, muy hermosa —repitió y Bradley casi se muerde la lengua. Daisy jamás se sentía inferior ante la belleza de otra fémina.

Bradley se lamentó por no leer los detalles en la invitación, eso siempre lo hacía Daisy. De haber sospechado que Odette cantaría en la velada de los Weimar, habría usado sus costillas golpeadas de excusa para no acudir esa noche. Aunque su madre hubiese tenido que acompañar a sus hermanas.

No se escudó en el «hubiera», estaban ahí y debía encontrar una solución antes de que el conflicto estallara delante de sus narices. Ya había discutido con Daisy, necesitaba una reconciliación, no un desastre como aquel que alimentara más la tensión.

Chardonneret comenzó a cantar y los asistentes se quedaron embobecidos, como hechizados por las notas melodiosas de su voz. Él solo tenía ojos para Daisy, se veía tan contenta, tan en paz, a pesar de las palabras con las que contendieron unas horas atrás. ¿Cómo le iba a explicar?

—Bradley. —A su derecha, la voz grave de Oso en un murmullo lo sacó de sus cavilaciones—. Esto es un desastre. Usó la misma palabra que él había pensado segundos antes.

—¿A qué te refieres? —indagó lleno de curiosidad, habló de su pasado con su amigo en alguna ocasión, pero no reveló la identidad de su antigua amante. Jamás daba el nombre de las mujeres con quienes compartía algún tipo de experiencia, era parte de su propio código de honor.

—Después, ahora hagamos silencio, antes de que las damas nos manden a callar.

El conde asintió y volvió la vista hacia al frente. Odette cantaba con las pupilas fijas en él. Por un momento sus miradas hicieron contacto y la de ella se sintió cortante, como un reclamo. Evitó observarla a los ojos de manera directa, pero estaban muy cerca y era imposible desviar la atención del escenario.

Como la distancia a la que se situaban no era demasiada, poco a poco, Bradley fue notando que el anillo que la dama francesa lucía, le parecía familiar. Cuando comprendió de qué se

trataba, palideció.

«¿Pero qué demonios! ¡¿Cómo?!», gritó para sus adentros.

Pasó de tener frío a comenzar a sentir que lo iba invadiendo un calor sofocante, hasta quedar rojo de la ira. Agradeció al cielo que los ojos de los presentes estuvieran clavados en Odette y no en él, o a nadie le pasaría desapercibido su estado.

¡Era el anillo emblema del condado! Ese que perteneció a todas las condesas de Pembroke. Bradley miró en dirección de su madre con la expresión confundida. Rogó para sus adentros que no contemplara la mano enguantada de blanco, donde el enorme zafiro estrella resplandecía vociferando, desgañitado, donde se había ocultado todos esos años.

—¿Ya lo viste? —Volvió a murmurar Oso a su lado. El marqués lo estaba mirando con cara de póquer.

Bradley seguía rojo por la incomodidad, parecía una tetera a punto de ebullición.

«Pero, ¿cómo lo sabe? Salvo que Daisy se lo hubiese contado a su hermana. Sin embargo, jamás ha tenido en sus manos la joya, ni siquiera la vio en un retrato», pensó. ¿A qué se refería Oso?

La mirada de su amigo señaló al otro extremo, cinco filas atrás, a los Westbridge. Al lado de su hija solterona, Abigail, estaba sentado Robert Roy con el semblante ufano.

—¿Qué dem...? —Comenzó Brad, pero el carraspeo de Oso lo hizo callar.

—Es el hombre que está cortejando a la señorita Westbridge —explicó Oso, más bajo si se podía. Brad casi tuvo que leerle los labios para terminar de comprender—. Ni siquiera Weimar sabe cómo se las arreglaron para traerlo. Es una completa desfachatez. Llegaron cuando todos los invitados estaban desfilando por la puerta, no pudo echarlo, me aseguró que en cuanto se despeje el salón tomará cartas en el asunto.

Bradley negó y entendió que cuando Oso dijo: «¿Ya lo viste?», se refería a Roy y no al anillo. Todo tenía sentido. El canalla se aprovechó de la desesperación de los Westbridge por casar a la señorita Abigail para intentar colarse en el círculo más selecto de la sociedad, ya que sus planes de ser presentado por el conde de Pembroke a sus contactos no le salieron como esperaba. Así era Roy, siempre tenía un as bajo la manga.

No sabía cómo aliviar la tensión que sentía. Por un lado, las costillas lo estaban matando. Por otro, la indiscreción de Odette, que no dejaba de fulminarlo con la mirada, cada vez que alcanzaba los agudos, pronto sería advertida por alguien. Todo lo anterior, sumado al descaro de Roy que ya lo había hecho blanco de su vista. Además, Patience era muy perspicaz y no tardaría

en encontrar el zafiro. Y después estaba la candidez de Daisy. El peso sobre sus hombros lo hundía en la silla.

Se le fue un suspiro.

—¿Estás bien, amor? —le preguntó su esposa, no le pasó desapercibido su nerviosismo.

Él se sintió más miserable aún. Sería la oportunidad perfecta para excusarse con los dolores de su torso, y huir ambos de ahí a dónde pudiese explicarle lo que estaba aconteciendo. Tenía que encontrar las palabras adecuadas para no dar lugar a falsas interpretaciones.

Pero no podía escapar y dejar a su madre pululando en el salón. Se terminaría tropezando con la cantante y ardería Troya, cuando la dama encontrara el anillo, orgullo del título, en la mano de una cantante de ópera... Alguien que no acostumbraba a codearse con la aristocracia en los grandes salones; pero que podía recibir invitaciones similares de tanto en tanto. Esperaba que nadie más tuviese la fantástica idea de los Weimar de amenizar sus eventos con la soprano.

—Todo bien, hermosa —contestó al fin, tras el largo silencio, y le apretó más la mano.

Ella le devolvió la mirada, una que conocía bien, no le creyó en absoluto. Daisy estaba preocupada por lo que sea que angustiaba a su esposo. Pudo advertir su incomodidad y ya no le quitaría los ojos de encima hasta averiguar qué estaba sucediendo.

Daisy le devolvió el apretoncito en la mano. A pesar de la discusión de la tarde, con ese gesto, ella le demostró cuánto lo amaba y que estaría siempre a su lado, en las buenas y en las malas.

—Ya terminó Chardonneret, Brad. Los aplausos son muy bien merecidos —le advirtió.

Los invitados se pusieron de pie y comenzaron a ovacionarla.

—Supongo que seguirán las debutantes —dijo tratando de calmar su voz—. Ya deseo que la velada acabe para volver a casa.

—¿Tienes mucho dolor? Debiste consultar al doctor Emerson antes de aventurarte a venir. Eres tan testarudo —murmuró con afecto.

—Mi madre me habría arrastrado de todas formas —bromeó para hacerla sonreír—. Mis hermanas no podían dejar de exhibirse en cuanto espectáculo, fiesta o cena de importancia, asistan las mejores familias de nobleza. No se nos vaya a escapar un excelente candidato.

—Eres muy cruel. Ya quisiera verte si algún día tienes hijas —lo sermoneó con cariño, mientras sonreía—. Espero poder conocerla —se refería a la cantante—. ¿No se te hace valiente? En este mundo es tan difícil para una mujer cualquier destino que vaya más allá de casarse y

tener hijos.

—Lo dices como si el casamiento y los hijos fuesen castigos —reclamó preocupado Bradley. ¿Se sentiría ella así? Tras el fuego de la pasión, con los años de matrimonio, ¿la flama en su corazón habría menguado?

—Oh, no, en mi caso no. Yo también estoy luchando por mis sueños. En el instante en que me sienta preparada saldré a la luz.

—Me llenas de intriga. Anhelo leer eso que escribes cuando te encierras por horas en tu saloncito.

—Atrevido, sé que has husmeado —agregó sonrojándose y él sonrió en medio de su tormento. Su esposa aún conseguía ruborizarse ante él.

—Daisy. —La llamó con ternura, la miró a los ojos y continuó—: Sé que amas escribir y que la sociedad les da más oportunidades a escritores varones. Las féminas se topan con un imponente muro a escalar cuando luchan por sus metas. Voy a apoyarte cuando decidas que es el momento de sacar tus creaciones al mundo. Solo estoy esperando a que me informes que estás lista, que es tu deseo —murmuró con un gesto solidario que conmovió a Daisy.

—Gracias, amor. Gracias. —La presencia de las dos jóvenes damas Montagu en el escenario, interrumpió el momento—. Son tus hermanas, ya Josephine está al piano. Hagamos silencio o Patience nos regañará en cuanto regresemos a casa.

Las jovencitas sonreían un poco nerviosas, pero emocionadas. Terminaron de acomodarse en el escenario y cuando llegó el momento, las notas lánguidas del piano comenzaron a sonar llenando la estancia. Los asistentes las admiraron en silencio, más de uno quedó con la boca abierta al darse cuenta del tesoro que los Pembroke guardaban en casa. No solo Josephine tocó a la perfección sin fallar en ninguna nota, sino que ella y Margaret cantaron sincronizadas como dos ángeles.

Una lágrima de emoción se escapó de uno de los ojos de Patience. Daisy no dejó de sonreír mientras las escuchaba. Y Bradley se sintió muy orgulloso de sus hermanas.

El público no se puso de pie como con Chardonneret a ovacionarlas; pero aplaudieron con entusiasmo y más de un «oh» de sorpresa para bien, se escuchó en la sala.

Las jóvenes agradecieron al público con modestia y se retiraron tras el escenario, muy satisfechas con su desempeño.

—Ya tus hermanas hicieron su parte, ahora es tu turno de conseguirles esposos a la altura de nuestra casa —exhortó Patience, con lágrimas en los ojos, a Bradley.

—¿Está llorando, madre? —Tuvo que sonreír ante la enternecedora escena, y por un momento sus preocupaciones mermaron.

Capítulo 20

Las jóvenes terminaron de presentar sus talentos en el escenario. Tras los aplausos, los asistentes se dispersaron por el salón para deleitarse con las copas de champán, los exquisitos tentempiés y las conversaciones interesantes. Hasta ese minuto fue que Bradley volvió a percatarse de la presencia de su enemigo en la recepción. Vio a Roy mezclarse con los invitados al otro extremo de la estancia, no podía disimular que cojeaba, aunque no fue un impedimento para dialogar a sus anchas. Pero, no pudo reparar un par de segundos en ese hecho, había algo que le causaba más conmoción.

Odette circulaba entre los presentes, como pieza de museo andante o curiosidad de circo. Todos querían admirarla de cerca, conocerla y entrevistarse con ella —Patience, la primera—. Muchos, solo habían podido contemplarla desde sus butacas en el teatro. Era toda una experiencia de la que hablarían por varias semanas y por la que la velada de los duques de Weimar recibiría elogios incommensurables.

Bradley inspiró como pudo, sin llenar los pulmones por completo para no sentir más el punzante dolor. Ahora tenía una misión: impedir que su madre sufriera un colapso al descubrir la joya en posesión de Odette.

—Daisy, ¿vamos a conocer a Chardonneret? —preguntó la condesa viuda a su nuera—. Ahora conversa con tu amiga la duquesa de Weimar, es una buena oportunidad.

—Querida suegra, no estabas tan convencida horas atrás. ¿Te has dejado seducir por la voz o la euforia colectiva? —Daisy sonreía con dulzura.

—Mi madre odiaría que otras damas le tomen la delantera, querrá hablar con propiedad sobre cómo vio a la soprano de cerca en la siguiente fiesta del té. Pero, ¿perderá la oportunidad de capturar a un estupendo partido para Margaret? Madre —dijo con astucia—, mientras casi todas las matronas corren para hacerse un lugar al lado de la cantante, han olvidado el motivo real por el que estamos aquí. La condesa de Wilmington tiene un hijo soltero que es un estupendo partido y cuenta con mi completa aprobación. La dama no sucumbió a la atracción y no es parte de la estampida que acosa a Chardonneret. ¿Por qué no aprovecha para tener un acercamiento?

—Oh, qué observador. ¿Cómo me pasó desapercibido? —Patience estaba asombrada y emocionada a la vez ante la posibilidad. Era cierto que el joven era una opción muy valiosa.

—Hice mi trabajo, y al hijo de la condesa le ha agradado Margaret de un modo particular.
—No mentía, tuvo ocasión de notarlo. Y ya lo conocía desde tiempo atrás.

—No perderé la oportunidad, ahora que las demás madres están distraídas —indicó con el ánimo burbujeante. La probabilidad de emparentar con tan respetada familia la cegó por completo y opacó cualquier otra distracción pasajera.

—Yo sí iré a conocer a la cantante —agregó Daisy alegre, parecía que su disgusto de la tarde se estaba suavizando. Incluso le acarició el rostro a Bradley con cariño, como solía hacer —. ¿Me acompañas, querido?

Él se puso serio, el buen humor que le ocasionó distraer a su madre con «un posible candidato» para alejarla del anillo de zafiro y su portadora, desapareció de golpe. Si permitía lo que Daisy estaba sugiriendo, se iba a sentir como un maldito canalla. ¿Con qué cara se acercaría a Odette y fingiría recién conocerla? ¿Con qué palabras mentiría al decir: «mucho gusto» para no revelar a su esposa la identidad de la mujer que en el pasado visitó su antigua morada, para ofrecerle ser su amante a espaldas de Daisy?

«¡Demonios!», pensó. Sentía el calor recorrerlo, como si de pronto hubiese sido desterrado al infierno y las llamas ardientes amenazaran con devorarlo. La candidez con que Daisy lo miraba y extendía su mano para que la siguiera, lo hundía más en ese abismo de fuego.

De pronto, sintió que estaba perdiendo la cabeza, y como un cobarde indeciso dio patadas de ahogado para salvarse. Necesitaba tiempo. Tiempo, con el solo propósito de impedir que el caos que llegaba a su vida, la arrasara por completo.

—¿No crees que como condesa de Pembroke deberías acompañar a mi madre junto a lady Wilmington? Es tu deber...

Daisy lo miró de reojo, Bradley no solía recordarle sus obligaciones.

—¿Por qué tan mandón de improviso? —lo cuestionó con sus palabras y toda su expresión.

—Mi madre está angustiada con encontrarle esposo a mis hermanas en un tiempo récord, ¿no debería ser también tu preocupación? Yo hice mi parte teniendo un acercamiento con el caballero, haz la tuya convenciendo a su madre de que no encontrará otra candidata como Margaret. —Su voz escupía esas palabras y Daisy lo miraba como si no lo conociese. Él también se desconocía y se odiaba por ello.

—De a-cuer-do —titubeó al responder. Se quedó confundida, Bradley no era ese tipo de esposo, esa clase de hombre, esa variedad de ser humano. Pero, mientras cavilaba en lo que sus palabras autoritarias y prejuiciosas le hicieron sentir y en cómo lo encararía más tarde, acompañó

a Patience. Después de todo, era cierto que era la condesa de Pembroke y que le correspondía buscar buenos esposos para sus cuñadas. No obstante, odió que él se pusiese exigente.

Bradley necesitaba desahogarse, era imperioso para él soltar todo lo que lo estaba asfixiando. Pensó en Oso, y después se preguntó si lo entendería. Era el esposo de la hermana de Daisy y, aunque sus intenciones eran honorables, precisaba que lo oyeran sin sentirse juzgado. Oso era implacable cuando se trataba de los sentimientos de su marquesa. Si el comportamiento de Brad entristecía o enfadaba a Rose, terminarían por enfrentarse y era su amigo más leal.

Pensó en Weimar, pero el duque estaba atendiendo a sus invitados, imposible. Peasly estaba descartado, era su cuñado, no podía ser juez y parte. De todos sus amigos, el marqués de Normanby era el más comprensivo. Barrió la sala con la mirada y no pudo localizarlo. El vizconde Sadice era menos severo en sus juicios, pero justo se acercó a Daisy y Patience, de la mano de su esposa. Difícil llamarlo en ese momento, quedaría en evidencia.

Tragó fuerte el nudo que se le hacía en la garganta y, mascullando impropiedades para sus adentros, buscó con la vista hasta localizar su objetivo. Un lacayo que se aceraba con una bandeja de plata llena de copas de champán. Le hizo un gesto y el joven se acercó.

Desde que empezó el negocio de los vinos, se alejó más y más del alcohol, solo catava de ser necesario, o bebía una copa en un intercambio social, para no desentonar. Pero se dijo que la sobriedad le ayudaría a seguir el negocio adelante.

—Tráeme una bebida más fuerte, un whisky.

—De inmediato, milord —contestó el sirviente con amabilidad. Y no tardó en regresar.

—Amigo. —La voz de Norfolk lo sorprendió cuando daba el primer sorbo—. ¿Qué hay que hacer para ser tan bien atendido? Veo que tienes privilegios. —Desmond Howard, duque de Norfolk, mostró su cristalina copa de champán.

Era el último de sus amigos en los que pensó para desahogar el peso que lo aplastaba. Tenía una opinión formada acerca de Norfolk como escucha y como consejero. El duque era de pocas palabras; sin embargo, las escasas veces que abrió la boca para dar un consejo fue consistente y efectivo. Podía recordarlo. Además, era un hombre con experiencia, conexiones y un carácter con fuertes cimientos.

No lo eligió para desahogarse porque no era el más cercano de sus amigos, y le resultaba difícil escupir la lava que lo asfixiaba ante la gelidez de su excelencia. Se reprendió por juzgarlo con dureza, también era uno de ellos. Y se lo confirmó su mirada interrogante, parecía que Norfolk percibió su desasosiego.

¿Qué opinaría un personaje así de su situación? Era el esposo de la prima de Daisy. Tomaría partido, aunque no era necesario. Bradley no dañaría jamás a su amada. No obstante, no dejaba de reconocer que la situación era complicada y podía malinterpretarse.

—Norfolk. —Trató de tragarse las palabras que necesitaba sacar. No con él, no era el indicado.

Quizás era más viable guardarse su angustia y su desesperación. Tal vez era mejor hacer lo que su mente exigía, dictaba... Acercarse a Odette cuando nadie los observara, preguntarle cómo esa joya había llegado a ella. Seguir a Roy cuando se marchara de Weimar House, sorprenderlo y darle un susto de muerte. Podía continuar con sus aspiraciones sociales siempre que no los involucrara a él, a su familia y a sus amigos.

—Ya sé que el sinvergüenza de Roy está aquí. —Su excelencia sacó a relucir uno de los asuntos que atormentaban a Bradley.

—Me pregunto cómo le hizo para recibir una invitación —soltó al fin—. Dudo que la esposa de Weimar haya escrito su nombre en una tarjeta.

—Se considera parte de los Westbridge o intenta serlo. Posee una fortuna que lo respalda, pero aún no le dan el sí porque tienen reservas con respecto a su apellido. Arribó con ellos. —Norfolk dio un sorbo a su champán sin quitarle de encima la vista a Robert Roy—. Es un atrevido, siempre me han sorprendido esos hombres que desafían a su propia suerte. Pero tú debes controlarte, parece que vas a hacer erupción de un momento a otro. No dejes que te afecte. Pembroke, en las situaciones más difíciles es cuando es más urgente mantener la cabeza fría —siseó y se pudo escuchar cierto matiz de crueldad en su voz, la que usaba con sus enemigos, ¡y Roy lo era!

Durante muchos años, Norfolk se sintió tan poderoso como un león, pero uno solitario, como un rey de la selva sin manada. Tenía a su familia, a su hermano Normanby y a su primo Sadice, por quienes daría la vida y viceversa, pero no pudo hacer amigos verdaderos. Y su mundo afectuoso estaba reducido a sus familiares muy cercanos. Socialmente era importante, pero no se sentía parte de un clan.

Hasta que Normanby y Sadice lo arrastraron a su grupo de amistades se sintió aceptado, incluso con su carácter huraño y gélido. Y los volvió su manada. Mataría por cualquiera de ellos y a Roy lo tenía en la mira. Los hombres del malnacido golpearon a Oso, a Weimar y a Pembroke sin piedad y, aunque estos se defendieron como tres despiadados guerreros, Norfolk se sentía ofuscado por no llegar antes para evitarlo.

Se suponía que él y sus amigos eran intocables. Todo Londres debía saberlo, nadie se metía

con el duque de Norfolk y los suyos —su familia y sus amigos— y escapaba sin un escarmiento. No podía ser de otra forma o su temible reputación se vería afectada.

—Iré a hablar con Roy ahora mismo. —La mano de Bradley temblaba, era de ira. Norfolk lo percibió, terminaría de darle al sinvergüenza la paliza de la que huyó más temprano en el East End.

—No. Mantente estoico —agregó con fiereza—. No te rebajes a la altura de la rata. Deja que él venga a ti, no tardará en hacerlo. Se nota que está deseoso de encararte en un sitio donde debas morderte la lengua y no darle su merecido. Pero, si sabes esperar, tendrás tu reparación y podrás propinarle un escarmiento cuando no tengas testigos.

—Si solo fuese lo de Roy podría sobrellevarlo mejor, no es lo único que me tiene al borde del abismo. —No se dio cuenta cuando sus labios se despegaron y de su alma brotaron esas palabras. Ahora Norfolk lo miraba lleno de curiosidad. Elevó los ojos al cielo y soltó lo que lo estaba quemando—: Hay una mujer aquí con la que tuve arreglos y Daisy no lo sabe...

—¿Antes de casarte, supongo? —Juzgó con dureza.

—Por supuesto. No soy un maldito infiel.

—Espero que no porque es la prima de mi mujer. Me pondrías en una situación contradictoria y tendría que despellejarte vivo si Grace me lo exige.

—Demonios, Norfolk. Ten un poco de fe en mí. Sabes cuánto amo a Daisy, jamás la lastimaría. Por eso mi mente es un hervidero.

—Entiendo. Algo del pasado. —Se quedó reflexionando y continuó—: No creo que seas el único que antes de casarse haya tenido una amante y, que haya estado en una situación incómoda. Con una dama de nuestro círculo nadie se libra de coincidir en el mismo lugar. Londres es un pañuelo. No entiendo qué te preocupa. Daisy no va a reclamarte por lo que ocurrió antes de comprometerte con ella, todos tenemos un pasado. ¿Harías un escándalo si uno de los invitados fuera un pretendiente de tu esposa de cuando era soltera?

—Es Chardonneret y Daisy quiere ser presentada. Ni siquiera sabe que la conozco. ¿Cómo, diablos, voy a comportarme si lo permito? —masculló iracundo para consigo mismo.

—Imagino que Weimar desconocía tu situación. De lo contrario, no te habría puesto en tal aprieto. —Norfolk hizo un gesto comprensivo—. Sí, aunque es algo del pasado, ninguna dama se quedaría indiferente al saber que su esposo fue amante de Chardonneret y permaneció callado fingiendo no conocerla. Menos estando en la misma sala donde la cantante recibe tantos elogios. Las mujeres son seres indescifrables. No me gustaría estar en tu piel.

—No imaginé que Odette, así se llama, iba a tocar en los teatros más importantes de Londres. Menos que acabaría siendo la atracción principal en la recepción de uno de mis mejores amigos.

—Claro, no eres adivino. Pero, con la fama mundial de la cantante, no era descabellado suponer que también se presente en una plaza tan importante como la nuestra. Tentaste a la suerte.

—Debí tomar precauciones cuando el tejado comenzaba a desmoronarse, cuando escuché que estaba en Londres.

—¿Amante de Chardonneret? ¿Quién diría que eres todo un conquistador?

—No, no es lo que piensas. Fue hace muchos años y... —recalcó, aunque era evidente que a Norfolk ya le había quedado muy claro, así que no terminó de explicar.

—No eres feo, pero no cualquiera conquista a una mujer como esa. Me pregunto qué habrá visto en ti —bromeó para que Bradley se relajara un poco. El conde estaba tan tenso que, terminaría descargando su furia contra Roy delante de los invitados o iba a tener un colapso—. Nunca dejas de sorprenderme, Pembroke, cuando creo que ya te conozco, siempre hay un dato más interesante sobre ti.

—Lo hay, más que interesante es perturbador. Estoy que me voy de cabeza al infierno. Odette lleva una joya de la familia en su dedo anular, una que mi madre ya echa de menos en el inventario. Si ese dato es descubierto, seríamos la comidilla de Londres y Daisy terminaría sufriendo vergüenza y dolor.

Norfolk negó.

—¿Fue tan querida como para obsequiarle una joya del título?

—No, no me malinterpretes. No sé por qué ese anillo está en su dedo. Lo empeñé hace muchos años en Francia, y terminé siendo estafado. Desconozco qué tiene que ver con Odette y cómo llegó a su poder. Sin embargo, no puedo dejar que se vaya de Londres sin preguntarle. Necesito recuperar el zafiro a como dé lugar.

—Estás metido en un lío de proporciones que no termino de descifrar, intentaré investigar para ayudarte. Reconozco que tu dilema con Roy me hizo replantearme mi opinión sobre ti, en el buen sentido. No soy quién para dar consejos, pero solo te daré uno. —Lo miró directamente a los ojos y fue certero—: Si amas a tu esposa no le mientas, pase lo que pase, no le mientas... De lo contrario, no te alcanzará la vida para albergar el remordimiento que ese hecho desleal te va a producir.

Bradley lo vio marcharse a paso lento en dirección de su esposa, la duquesa de Norfolk. Aunque sus mujeres eran primas, sabía que podía contar con la discreción de Norfolk, por el momento. También tenía claro que el duque no le consentiría ningún acto inmoral en contra de Daisy, y era algo que a Bradley ni siquiera le pasaba por la cabeza. Lo único que deseaba en ese momento era que su angustia acabara.

La presión aumentó cuando Daisy regresó a su lado. Su madre se quedó con la condesa de Wilmington.

—Cumplido mi deber, marido —informó con cierto retintín en la voz—. Los hemos invitado para tomar el té. Espero que te comportes a la altura de nuestras expectativas. Es necesario que asistas. Parece que el hijo de la condesa está muy interesado en Margaret. Tu hermana lo ha hechizado. Ahora, si me lo permite, su señoría, disfrutaré un rato de mi libre albedrío. Rose conversa con Chardonneret, me acercaré para conocerla, también me intriga la soprano.

La tomó por la mano y la retuvo, sus ojos se encontraron.

—Lo siento, Daisy, no debí hablarte así. Tienes razón en reprocharme. Me excedí, te pido perdón.

—Bien, me alegra que lo reconozcas. Últimamente actúas muy extraño. Supongo que las amenazas de Roy han removido algo oscuro en ti. Te daré tiempo para que vuelvas a ser tú. Quiero a mi esposo amoroso de vuelta.

—Daisy, no puedes ir y presentarte ante Chardonneret.

—¿Oh, otra imposición? —se defendió con un tono irónico. La faceta autoritaria de Bradley la tenía tan impresionada—. ¿Y ahora? ¿A qué debemos tu nueva orden?

—Es la misma Odette, la mujer que acudió a nuestra casa en Francia y me pidió ser su amante, sabiendo que ya me había casado contigo.

Capítulo 21

Daisy sintió un ruido ensordecedor y lo peor fue darse cuenta de que solo ella lo escuchaba. La vista se le oscureció y tuvo que sostenerse con urgencia de su esposo para no perder el equilibrio.

—¿Qué? —susurró apenas audible, mientras su vista y su audición volvían poco a poco a la normalidad.

Bradley la sostenía por la cintura y la miraba a los ojos. Ella seguía aferrándose a sus brazos.

—¿Estás bien?

—No entiendo. ¿Cómo tu amante termina siendo una cantante famosa y el centro de atención en esta velada? Jamás dijiste que era soprano.

De pronto, sus palabras se repitieron en su mente y fue consciente de que alguien cercano a ellos podía haberla escuchado. Algunos los miraban, notaron que algo los había perturbado y la curiosidad hizo blanco en los entrometidos.

—No lo creí relevante en ese momento —susurró sin dejar de mirarla a los ojos.

—¿Y cuándo te pedí ir al teatro a verla y te negaste como un cínico, no lo consideraste «relevante»? —murmuró irónica, molesta, pero muy bajo para que los asistentes no pudieran oírla.

—No tienes motivos para celarme, te soy fiel. —También hablaba muy quedo, cuidando de no alertar al resto y revelar de más—. Jamás he vuelto a conversar con ella.

—No me agrada ser la última en enterarme.

—Solo quise ahorrarnos un momento incómodo, no sabía cómo empezar a explicar la terrible coincidencia.

—Tienes un pasado, todos lo tenemos. —Usó las mismas palabras de Norfolk—. No voy a condenarte por ello, Brad, si te comportas y me respetas en lo consiguiente. Pero, para evitarme la molestia, ya no me parece necesario conocerla. Como dices, es una coincidencia espantosa. No seremos los únicos que tengan que compartir el espacio con un antiguo romance de su actual pareja. Seamos civilizados.

Bradley exhaló con fuerza y la sujetó ejerciendo más presión. La admiró todavía más. La

habría besado con efusión, era lo que necesitaba para calmar sus ansias, pero algunos invitados curioseaban en su dirección.

—Te amo, Daisy, te amo. No sabes lo nervioso que he estado. Temí que malinterpretaras lo que está ocurriendo.

—¿Yo? Me conoces. ¿Por qué pensaste algo tan terrible? Mantengamos nuestra distancia y comportémonos con cordialidad. Pero, si tiene el atrevimiento de volver a proponerte algo similar, te exigiré que actúes en consecuencia. Está demasiado cerca. En serio, espero que solo sea una casualidad. No te atormentes.

—No es tan simple.

—Por supuesto que lo es. No eres el único que tuvo una querida o amiga con complacencias antes del matrimonio. Si la mujer no hubiese tenido el descaro de ofrecer ser tu amante, sabiendo que estabas casado, no me importaría.

—No es tan simple porque necesito hablar a solas con Odette, si mi proposición no te ofende. Y no puedo esperar a citarme con ella en otro sitio, o se prestará a malentendidos. Es mejor ahora, ha conversado con varios y a nadie le parecerá sospechoso.

Daisy se separó de los brazos de su esposo y cruzó los propios sobre su pecho. Fue tan brusca en su retirada, que a él se le escapó un gemido, cuando ella rozó con cierta brusquedad las costillas lastimadas de Bradley. Ella quiso decir «lo siento», pero las palabras de disculpa no encontraron el camino, las de reproche sí.

—¿Si no me ofende? No entiendo nada después de tu discurso, esposo.

—Respira profundo. A pesar de que, lo que voy a decirte, no parece tener pies ni cabeza, confía en mí. Preciso conversar con ella porque Odette posee el anillo de zafiro que mi madre ha insistido hasta el cansancio que debes usar.

—¿Qué?! —Su reclamo se escuchó con claridad a pesar de la música de la orquesta que amenizaba el lugar.

Varios pares de ojos, por no asegurar que la mayoría, se volvieron hacia ellos.

—Daisy, no sé la razón por la que terminó en su dedo —susurró y le hizo una seña para que disimulara, o los demás asistentes se enterarían del conflicto que los agobiaba.

Ella esbozó una sonrisa de incredulidad, lo miró con desdén y se dio media vuelta, dejándolo, hablando solo. Nadie perdió el detalle de aquello último y las especulaciones acerca de lo que había alterado a los condes de Pembroke no se hicieron esperar.

Daisy terminó junto a Isabelle Raleigh, la vizcondesa Sadice, necesitaba hablar con alguien antes de estallar y dar un espectáculo en pleno evento. Belle era neutral. No era su familia, tampoco de Bradley y podría escucharla sin tomar partido por ninguno de los dos.

—Oh, Daisy. ¿Sucedé algo entre Pembroke y tú? —La vizcondesa también observó junto a los demás invitados, pero de modo más discreto, lo que sucedió.

—Es el anillo con el que debió proponerme matrimonio —soltó casi a punto de sollozar—. Me pide que le crea, que confíe en su verdad y, por el Altísimo, que intento hacerlo con todas mis fuerzas. Pero las coincidencias me están matando.

Isabelle miró alrededor y maldijo para sus adentros a los entrometidos.

—Vamos, corazón, busquemos un sitio tranquilo. Acudamos al saloncito de mi prima —dijo Isabelle para referirse a la duquesa de Weimar, Angelina. Sus padres fueron primos en primer grado y ellas por consiguiente.

Cuando llegaron, las lágrimas de Daisy cayeron por sus mejillas ya sin reprimirse. Tomó asiento en un canapé junto a la ventana, Belle abrió una de sus hojas para que el aire fresco de la noche la aliviara.

No tardó en llegar el refuerzo. Elizabeth, la condesa de Allard y cuñada de Belle; Rose, con los brazos cruzados; Grace, de la mano de Laetitia, su concuñada y a la vez marquesa de Normanby. Incluso, Annalise también arribó, la esposa de su hermano Jacob. Solo faltó la anfitriona porque no pudo evadir sus responsabilidades.

—¿Qué está sucediendo, Daisy? —preguntó Rose y todas las demás reflejaron en sus rostros la misma preocupación.

—Oh, por Dios, no quise preocuparlas. ¿Tan evidente he sido? Será catastrófico estar en boca de todos. —Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, pero estas volvieron a caer, surcando su rostro.

—No fuiste muy discreta —le confirmó su hermana—. Pero, al menos, los que presenciaron tu huida del salón se estarán preguntando como nosotras qué ha ocurrido. Salvo tu elevado «¿qué?», nadie escuchó más nada. O es lo que creo.

—Tranquila. —Isabelle la rodeó con sus brazos.

—Casi nunca tenemos un motivo real para contender. Resulta que hay un anillo, emblema del condado de Pembroke, de gran importancia para la familia. Al menos, la madre de Brad me lo ha repetido mil veces, por él nunca supe de tal sortija. Con dicho anillo, los portadores del título o sus herederos suelen declarar sus intenciones de matrimonio a sus futuras esposas. Pero,

cuando Brad me lo propuso a mí, íbamos encima de un barco y tuvimos que improvisar. Patience ha sido muy insistente con la petición de verlo en mi mano. Brad palideció cuando su madre lo mencionó la primera vez. Y yo, solidaria, lo encubrí, justificando la ausencia en mi dedo con mentiras u omisiones que lamento mucho haber sostenido. No combinaba con mi atuendo, ese día no era el apropiado, estaba resguardado para una ocasión especial... Sin embargo, jamás lo he visto. Él refiere que lo empeñó en un momento de desesperación y que cuando volvió con el dinero para rescatarlo ya no estaba.

Nadie se atrevió a interrumpirla hasta llegado ese punto. Parecía que Daisy estuvo callando esa historia durante algún tiempo, la que solo compartió a medias con Rose y Grace.

—¿Por qué ese tema ha vuelto a salir esta noche? —preguntó Grace—. ¿Es tu suegra? ¿Los ha presionado para que lo uses?

Daisy negó en repetidas ocasiones y sus lágrimas fueron más abundantes.

—Brad me ha revelado que adorna la mano de una mujer. Lo ha visto esta noche.

—Supongo que lo adquirió de alguna forma —intervino Laetitia—. Podrá ofrecerle una suma considerable que nadie se atreva a rechazar, para recuperarla. Es lógico que quien estafó a Pembroke lo vendió a un mejor postor.

Daisy volvió a negar con ahínco, mientras sus lágrimas se hacían más gruesas y abundantes. Belle la abrazó todavía más e Elizabeth le tomó la mano con la intención de calmarla.

—Chardonneret es la mujer que lo porta —reveló lastimada.

Las exclamaciones no se hicieron esperar. Aunque todas eran discretas, no pudieron reprimirlas.

—Supongo que un joyero astuto le ha ofrecido la joya. ¿Qué te preocupa? ¿Que no desee negociar? —preguntó Annalise.

—Annalise, no le cuentes a Jacob, aunque está de más pedirlo, hago hincapié porque mi hermano es volátil y sé que esto no le gustará nada —suplicó aferrándose a la posibilidad de la inocencia de Bradley.

—Por supuesto. —La tranquilizó Annalise, si aquello era posible.

—Explícate, por favor, porque todavía no entiendo cómo este asunto te tiene en ese estado. A Pembroke se lo robaron. La soprano lo compró. Eres más fuerte que... —Rose comentó confundida, sospechando que había más.

—Brad sostuvo una relación intermitente y no oficial con una mujer antes de conocerme.

Pero, cuando arribamos a Francia y él le explicó que se había casado, y que el vínculo que llevaron ya no podía seguir, ella no tuvo reparos en ofrecerle convertirse en su amante. Incluso, lo visitó en nuestra casa en Ruan, por aquel entonces, para proponerle el trato, aprovechando que mi madre y yo salimos a dar un paseo. Es Chardonneret.

Otro coro de exclamaciones inundó el salón que ya se sentía estrecho con ellas tan alteradas.

—Entiendo. Mantengamos la calma o no seremos de ayuda para Daisy —dijo Elizabeth sin soltarle la mano, tratando de aplacar a las otras—. ¿Lo confrontaste, Daisy? ¿Qué dice Pembroke?

—La mujer tiene el anillo. Claro. ¿Piensas que Bradley mintió con respecto a la estafa y que la joya siempre estuvo en manos de Chardonneret? —se adelantó Grace.

—Es tan difícil creer lo contrario —manifestó Daisy en una exhalación.

—Si eso es verdad haré que Oso le dé un escarmiento —soltó Rose muy ofuscada.

—No, no, no. No involucren a sus esposos en esto. Será nuestro secreto —pidió Daisy—. Amo a Brad y en lo profundo de mi corazón quiero encontrar una explicación para esta desastrosa coincidencia. Solo pido que me escuchen para no reventar, pero esa será toda la ayuda que solicite. Debo resolver este asunto con mi esposo por el bien de los dos y de nuestros hijos. No puedo vivir desconfiando de su palabra.

—Sé que la extraña coincidencia nos inquieta a todas, pero debemos tranquilizarnos —exhortó Elizabeth de nuevo, quien poseía un bondadoso y generoso corazón. Era la más sosegada y reflexiva del grupo—. Sobre todo tú, Rose. Sé que es tu hermana menor y que el tema de una posible omisión, por parte de Bradley, te desconcierta y enardece. Pero él ha sido un leal amigo para nosotras, tenemos que darle el beneficio de la duda, como lo está haciendo Daisy.

—Lo haré por ahora. No obstante, aunque quiero a Brad como a un hermano, si se atreve a engañar a Daisy seré yo quien le suministre el castigo —protestó la aludida.

—Veamos, Daisy —continuó Elizabeth—. ¿Tu aflicción se debe a que desconfías de tu esposo? ¿Qué te dice tu corazón? ¿Piensas que te engaña con esa mujer?

—Por Dios, no, espero que no. Mi corazón me exige que confíe. Es muy difícil para mí creer que me ha sido infiel. Brad ha estado extraño, tal vez porque ya sabía que esa mujer estaba en la ciudad y que tarde o temprano un encuentro entre nosotros podría darse. Lo que me angustia es pensar que me ha mentado con respecto al anillo. Porque si Brad se atrevió a obsequiarle a Chardonneret una joya de compromiso tan valiosa para el condado, solo puede

deberse a que la amó profundamente. Y sí, esa posibilidad me pone celosa. Brad sabía que era muy difícil que su familia aceptara a una mujer de estatus diferente. Me pregunto si renunció a ella por el título y todavía siente algo en lo más oculto de su corazón. —Se terminó de secar las lágrimas de golpe, y otras ya no reemplazaron las anteriores—. No lloraré más. Necesito irme a casa, iré por la puerta de atrás.

—¿Vas a irte por la puerta del servicio? Tú no tienes que huir, Daisy, si alguien debe sentirse avergonzado de su comportamiento no eres tú. Y si Brad está hablando con la verdad solo lo descubrirás confrontándolo, mirándolo a los ojos. —Rose lucía incrédula ante la decisión que Daisy estaba tomando—. Sé que la infidelidad de papá a mamá durante nuestra existencia nos marcó a los tres Peasly. Entiendo que la más remota posibilidad de terminar como mamá te paraliza. Sin embargo, Daisy, mi querida Daisy, a pesar de desear darle una bofetada por hacerte derramar esas lágrimas, todavía, una parte de mí quiere creerle a Bradley. Le he tomado la mano, me ha llamado hermana y he visto cómo te idolatra. Me niego a pensar que erramos en el juicio que hemos hecho sobre su persona.

—Al fin eres razonable, Rose. No es el momento de echarle más leña al fuego. Para todo tiene que haber una explicación —afirmó convencida Elizabeth.

—Si necesitas salir yo te acompaño —ofreció Isabelle—. Laetitia, ¿me haces el favor de decirle a Kilian que lo veo en casa? Daisy y yo usaremos nuestro carruaje. Él podría volver con tu esposo y contigo.

—De acuerdo —contestó la aludida—. Antes de huir, Daisy, recuerda que alguna vez estuve en una situación parecida a esta. Y yo peleé con uñas y dientes para que nadie desestabilizara mi relación con Normanby. ¿Y si Brad es inocente y alguien intenta inculparlo con la finalidad de que tú lo rechaces?

Todas miraron a Laetitia y recordaron la situación referida. ¿Y si tenía razón?

—Lo sé. Y, tal vez, necesito aferrarme a la posibilidad. Mas, en este instante, soy un desastre. —Sus ojos hinchados no podrían disimularse—. No puedo permitir que nadie me vea en el estado que me encuentro. Saldría en primera plana en los diarios de cotilleos a la mañana siguiente y sería nefasto para la reputación de mi familia. Daré batalla en otro momento, ahora tan solo necesito ser humana —alegó con profunda humildad y todas la respaldaron.

Capítulo 22

Bradley no supo cómo terminó en aquel saloncito retirado del resto de la recepción. Se dejó caer en uno de los dos únicos butacones que había con una mesita en el medio. Se sostuvo la cabeza con ambas manos.

Aún se culpaba por no salir corriendo tras Daisy para reiterarle que seguía perdidamente enamorado de ella, justo como cuando en un impulso de dimensiones gigantescas le propuso matrimonio antes de arribar a tierra firme. Una locura que ella no dudó en secundar. Una sonrisa se dibujó en sus labios mientras recordaba aquel inolvidable momento. Tuvo que inhalar con fuerza, casi se le olvida llenar sus pulmones de aire. Lo hizo de golpe, de manera abrupta hasta que estos se colmaron casi a su total capacidad. El dolor lacerante le recordó sus lesiones de la tarde y de sus labios se escapó un quejido ronco.

«¿Por qué me comporto como un idiota? Tengo que buscar a Daisy y borrar cualquier duda que las circunstancias hayan sembrado en su mente», pensó y levantó la vista.

Sin exigirle un encuentro, Odette apareció. Como si también necesitara huir unos instantes del gentío o procurar un momento para quedar a solas con él. Esto último no pintaba nada bien, pero no podía perder la oportunidad de preguntar por la joya de su familia.

—¿Bradley?

—Odette —dijo poniéndose de pie, con la intención de recuperar el anillo y alejarse. Tampoco la invitó a sentarse. Quedaron frente a frente.

Los ojos de ambos se cruzaron, se escudaron largamente. Ella con deseo y asombro por lo bien que lo trató el tiempo. Lucía más maduro, varonil, sus músculos ganaron volumen y se le hizo irresistible hasta un punto irracional. Él la observó con rabia contenida. Que lo hubiese seguido a aquel lugar apartado, era un acto deliberado que podría terminar muy mal.

—Visito Londres, ¿y no tienes la cortesía de ir a verme a mi camerino en el teatro ni llevarme flores? —Comenzó pausada, cáustica. No podía disimular la emoción, aunque modulara su voz.

—Lo nuestro acabó en Francia. Durante mi estancia allá, antes de mi regreso definitivo a Inglaterra, tampoco fui a verte al teatro. —Su tono de fastidio no la disuadió de darle otro giro a la conversación—. ¿Por qué ahora tendría que ser diferente?

—¿Ni por los buenos momentos merecía la pena? No me digas que a mi lado tu vida fue una tortura. Creí que te alegraría saber que lo he conseguido, que mi carrera ha llegado a la cima. ¿No vas a felicitarme?

—Por supuesto que me alegra tu éxito. Le deseo lo mejor a la mayoría de las personas, también a ti.

—Vaya, lo dices con mucho entusiasmo —alegó mordaz.

—Seré honesto y breve. No me conviene que alguien llegue y nos encuentre conversando a solas. Sin reproches, ni reclamos. O eso espero. Me alegra saber que estás bien y que hayas seguido adelante con tu vida y tus propósitos como también lo he hecho yo.

—Dos hijos, lo que siempre quisiste. Un heredero para el condado y otro de repuesto. Es lo que dicen los exponentes de la aristocracia. Supongo que te sientes complacido. Además, tu negocio sigue creciendo.

—Ignoro cómo estás al corriente de mi situación, pero mis hijos no son piezas, menos reemplazables. Cada uno tiene un valor en mi vida y en mi corazón. Y ambos recibirán una herencia igual de valiosa. —¿Por qué demonios hablaba de más? Odette lo distraía con su ataque velado. Cuando no obtuvo la reacción que esperaba de él, comenzó a aguijonearlo y él cayó en la trampa. Debía emboscarla, preguntar por el anillo y correr a buscar a su mujer. Todo lo demás sería imperdonable. Continuar en esa posición tan susceptible de dobles interpretaciones, a solas con ella, era un error que crecía ante sus narices como una bola de nieve.

—Vaya, noto cierto resentimiento en tu voz. Tampoco quería que corrieses a mis brazos, pero por nuestra vieja amistad esperé un mejor recibimiento.

—No soy de los que ovacionan de pie, eso ya lo sabías. Te felicito por todo lo que has logrado, pero no puedo dilatarme recreándonos en una conversación que no nos llevará a nada. Al contrario, podría arruinar la reputación de los dos. Londres es implacable y, aunque ahora está a tus pies, ¿crees que seguirá embelesado contigo si protagonizas un escándalo con uno de sus condes, uno que tiene a una esposa querida por la sociedad? No nos hacemos un favor.

—*Mon amour*, los años te han hecho muy práctico o demasiado cruel.

Bradley no quería seguir en ese estrecho salón y menos en compañía de Odette.

—Solo una cosa más, ese anillo, ¿cómo lo obtuviste? —Era el único que adornaba uno de sus dedos.

—Oh, este anillo. ¿Por qué te importa o por qué debo responder? Después de tu fría indiferencia.

—Estoy interesado en comprarlo. Pagaré más de su valor. Si en verdad me aprecias, como presumes, me harías ese favor.

—Me pasma tu repentino interés. Y soy muy curiosa. —Abrió mucho los ojos, no podía disimular cuánto estaba disfrutando.

Bradley no quería revelar la verdad, la conocía, se aferraría a la joya solo con tal de desquiciarlo. Creyó que la mujer habría madurado con los años, pero no se trataba de crecer. La bondad no visitaba todos los corazones. Ahora se preguntaba por qué se prendó de ella en el pasado, su carácter, el que mostraba solo delante de quienes la conocían bien, opacaba su belleza.

—Sin rodeos, esa joya pertenece a mi familia y fue robada muchos años atrás. Está inventariada y estoy decidido a recuperarla cueste lo que cueste.

—Me quedo de piedra, no tenía idea en absoluto de lo que me informas. ¿De tu familia? ¿Hablas con la verdad o me tomas el pelo?

—¿Soy de los que toman el pelo?

—Lamento que algo así haya ocurrido, yo no lo sabía —manifestó impactada.

—Pero seguro sabes cómo llegó a ti. Si me explicas, podrías ayudarme a entender qué ocurrió.

—Lo siento, tampoco puedo hablar al respecto.

—Estoy dispuesto a pagar más de lo que desembolsaste por ella. Te mandaré mañana a mi secretario, pide lo que estimes prudente.

—Brad, yo... Si es tan importante para ti... Me dejas en una posición en la que difícilmente me negaría. Sin embargo, es un asunto que me causa confusión y asombro. También estoy apegada a la joya por otras razones. Igual tengo una historia que contar al respecto. Pero no aquí, no ahora. Y mandar a tu secretario me ofende.

—Sabes que no puedo visitarte en persona.

—Por Dios, Bradley. No te comportes como un debilucho al que la esposa le tiene las riendas bien ajustadas. Eres un hombre adulto y bastante hábil para inventarte una excusa creíble e ir a negociar por el anillo en buena lid. Digo, si lo consideras tan valioso... Es hermoso y solo me desprenderé de él para no causarte un perjuicio. Luces bastante afectado. ¿Te espero mañana? Hay mucho que conversar sobre esta extraña coincidencia —dijo admirando el anillo que refulgía debajo de los haces de luz de las lámparas de gas.

—¿A qué demonios juegas?! ¡No creo en las malditas casualidades! —gritó Bradley perdiendo el control, lo que más odiaba era que Odette se aprovechara de la situación, y como un gato lo atrajera hacia la ratonera. No le bastó con emboscarlo ahí, cualquiera podía sorprenderlos y no se libraría del escarnio social.

—¿Sientes? Así te recordaba, más vivo, más ardiente, con la sangre caliente corriendo por tus venas y sonrojando tus mejillas. Justo como te encendías cuando me tomabas y me hacías tu mujer.

—¿Cuándo llegó a tus manos?

—¿Pembroke? ¡Pembroke! —Era el conde de Allard, Evander Raleigh, quien lo llamaba primero asombrado por encontrarlo a solas con esa mujer y segundo, como si le lanzara una regañina.

Odette se llevó las manos a la espalda, igual que una niña atrapada en una travesura. Le sonrió a Allard con fingida inocencia.

—Me perdí y el caballero tuvo la amabilidad de explicarme el camino de vuelta. Espero que no piense mal de nosotros, milord. *Excuse moi*, debo volver con los invitados. Me estarán echando de menos. Muchos vinieron solo para conocerme.

Bradley se rascó la cabeza al borde de la desesperación. Su amigo era muy recto, no perdonaría ninguna falla en el carácter. Fue el último con el que se sinceró respecto al tropiezo que tuvo en los inicios de su negocio con la exportación de vinos. Pero al final, Allard entendió que Bradley no era parte del tráfico ilegal de la bebida, comprendió que siendo un joven inexperto fue embaucado, y se solidarizó con su causa. Pero, en ese instante lo miraba como si nada de lo que Brad pudiese explicarle fuese suficiente para borrar la impresión que se llevó.

—No sé qué estarás pensando, Allard, pero no soy desleal a Daisy.

—Chardonneret es una terrible mentirosa.

—La situación parece comprometedora, mas no es así. Te lo aseguro.

—Si lo aseguras, como mi amigo, debo confiar en tu palabra. —Aunque lo apoyaba, su honorabilidad lo obligó a reclamarle—. Supongo que tendrás un alegato en tu defensa. No voy a interrogarte. Sabes cómo pienso. Jamás toleraría ninguna bajeza en contra de tu esposa, no solapo ese tipo de conductas.

—De acuerdo. Te diré la verdad de cómo terminé en este embrollo y tú juzgarás. —Bradley le confesó todo lo acontecido desde que conoció a Odette. Sentía temor, aunque sabía que había actuado con respeto a su mujer, Allard poseía un carácter incorruptible y no perdonaría ninguna

falta a la moral. Quizás el solo hecho de estar hablando con Odette en aquella habitación podría terminar siendo algo que su amigo no toleraría.

—Entiendo y me disculpo si juzgué severamente sin escuchar lo que tenías que decir al respecto.

Bradley exhaló con fuerza, lleno de alivio. Lo último que esperaba era la incompreensión de sus amigos, a los que más necesitaba tener de su lado en esos momentos. Lo sorprendió todavía más la nobleza del corazón de Allard.

—No he cometido ninguna bajeza que afecte a mi esposa. No obstante, sí estoy hundido hasta el cuello.

—Lo estás, amigo —dijo con franqueza—. Es lamentable, pero lo estás. No es mi boca la que debes sellar. A pesar de que a mis ojos pareciera que consumabas una indecencia, si aseguras que me equivoco, creeré en tu palabra. Desde que supimos que Roy se coló en nuestra fiesta nos alternamos para no perderlo de vista. No quisimos comentarte para no angustiarte más. Como sea, era mi turno de vigilarlo y lo vi escurrirse hasta aquí, solo lo seguí. Se quedó largo rato espiándote. Desde donde me ocultaba no tenía idea de lo que el canalla contemplaba con tanto interés, así que cuando se retiró me acerqué para investigar.

Bradley sintió que el calor de la ira lo abrasaba.

—¿Y antes? ¿Lo viste reunirse con la soprano? —Sospechó de una complicidad.

—No, pero podrás preguntarle a los demás. Quizás alguno... ¿Qué está sucediendo, Pembroke?

—Después te explico, ahora necesito encontrar a Daisy. Si esa rata vengativa y ponzoñosa se atreve a envenenarla en mi contra estaré perdido.

—Hombre, reacciona. Tu mujer se fue hace un rato. Isabelle la acompañó —indicó para referirse a su hermana—. Estaba presente cuando Laetitia le comentó a Sadice que ella y Normanby lo llevarían a casa. Parece que Daisy se sintió mal, tampoco entendí por qué se iba con Belle y no contigo, pero las mujeres tienen sus propios códigos y no quise indagar de más y parecer entrometido. Al verte aquí con Chardonneret me imaginé lo peor.

—Por Dios, ¿hace cuánto se fue? ¿Crees que Roy haya tenido tiempo de informarle lo que descubrió? ¡Voy a matarlo! —gritó ofuscado por la furia.

—Calma. ¡Tranquilízate! Ella se fue antes de que Roy terminara aquí espiándolos. Sin embargo, ese hombre no me gusta nada. No sé si tenga que ver con su repentina partida. Al menos yo, no lo vi acercarse a Daisy.

—Preciso irme, Allard. Necesito ver a mi esposa.

—Te acompaño.

—No requiero escolta. —Lo detuvo con una mano, para evitar que lo siguiera.

—No estás en control, pareces muy vulnerable. Roy podría aprovecharse de esa desventaja para atacarte.

—Me siento listo, le daré su merecido.

—No seas testarudo.

—Lo soy. Cuando se trata de defender a los que amo, todavía más. Escúchame, a Roy no le conviene cruzarse en mi camino. Además, no andaré solo, mis lacayos y el cochero irán en el carruaje conmigo. Únicamente deseo volver a casa y ver a Daisy. Si insistes en ser útil, por favor, lleva a mi madre y mis hermanas a Pembroke House cuando termine la recepción. Y, algo más, dile a los caballeros que no le quiten los ojos de encima a ese malnacido. Si se reúne a solas o de manera sospechosa con Chardonneret necesitaré saberlo.

—¡Lord Allard, lord Pembroke! —El asombro en la voz de lady Westbridge los dejó pasmados. La mujer se llevó el abanico a su rostro para cubrirlo parcialmente, pero ambos alcanzaron a ver su sonrisa sardónica.

—No esperamos encontrarlo aquí, lord Allard. —Lord Westbridge atacó con velado cinismo.

—¿Y a quién sí creía encontrar? —El conde de Allard contraatacó. Odiaba a los Westbridge con toda su alma, eran sus vecinos en Yorkshire, para su mala fortuna sus tierras colindaban. Desde que Allard rechazó a la señorita Abigail hacía años atrás, y Westbridge blandió mucha cizaña en contra de él, no lo soportaba. Le achacaban a Allard la mala suerte de la joven, que continuaba solterona y ahora era cortejada por Robert Roy.

Los amigos compartieron una mirada cómplice. ¿Los Westbridge esperaban encontrar a Bradley a solas con Odette? Seguro, acudieron al lugar convocados por Roy, quien huyó para no verse involucrado en el escándalo.

—A nadie, en particular, estaba tan cansada y mi esposo me acompañó a un sitio más tranquilo para sentarme un rato —justificó la mujer—. Por casualidad, nos tropezamos a Chardonneret saliendo de esta dirección. Supongo que la habrán visto también, la pobre huía como en estampida. ¿Saben si tuvo algún percance? ¿Tal vez alguien la encontró en una situación comprometedora? No me explico qué hacía sin ninguna compañía en esta área de la propiedad.

Allard carraspeó y tomó el turno de la palabra, interrumpiendo a Bradley antes de que despegara los labios.

—¿Viste a la soprano, Pembroke? Yo no la vi. Estamos tan distraídos hablando de nuestros asuntos... —El interpelado negó, sin dejar de escudriñar a la pareja.

—Pero, no tiene sentido. Este pasaje solo conduce a esta sala —insistió la dama con su voz chillona, similar a la de su hija.

—¿Tiene alguna acusación que desee pronunciar en voz alta, milady? Porque no entiendo a dónde pretende llegar —soltó Bradley ya sin poder domar su ira—. ¿Y usted, milord? —encaró al esposo de la dama.

—Alguien comentó que, tal vez, un caballero se quedó a solas con la cantante, un hombre casado... Quizás es un malentendido —se escudó Westbridge—. Nos retiramos, buscaremos otro sitio para que mi esposa descanse por un rato.

—No creo que sea un malentendido, querido. —La risita malintencionada de lady Westbridge volvió a ser cubierta por su abanico, pero fue más sonora—. Espero que no haya sido usted, Allard, pobre de mi querida lady Allard. Supongo que los caballeros que podrían ser señalados tengan una coartada, porque a estas alturas más de uno ya sabrá que Chardonneret se ha encontrado con un hombre a solas, justo bajo el techo de los Weimar. ¿Opacará la noticia el éxito de la magnífica presentación de la intérprete?

—Calme los ánimos de su esposa, lord Westbridge. Podría ser retado a duelo por el caballero al que le intentan manchar la reputación —lanzó Pembroke enardecido, Allard tuvo que detenerlo con el brazo. Estaba a punto de darle una lección al hombre ahí mismo.

—Si hubo testigo de tal acusación, espero que provenga de una fuente respetable. ¿No será el señor Roy el pajarito que les susurró al oído tamaña indiscreción? No sé de qué caballero hablarán, pero yo respondo por Pembroke y él responde por mí. Nos hemos comportado de modo honorable, ninguno quedó a solas con la soprano, por si es lo que intentan insinuar.

—Ni mi esposa ni yo fuimos tan específicos. ¿Por qué se refiere al señor Roy con ese desdén?

—Quien se atreva a abrir la boca y hablar de más, de mi amigo o de mí, se las verá en el campo de honor con uno de los dos. Y no recuerdo, Westbridge, que su fama de tirador le preceda —apostilló Allard—. Si pretende aferrarse al señor Roy como tabla de salvación para su hija, le advierto que no recibirá lo que espera obtener. Y no diría más, me callaría, usted no merece mi advertencia. Pero no puedo quedarme en silencio ante el cruel destino que le podría a

esperar a una mujer, sea quien sea.

—Calumnias. No quiere que mi hija haga un buen matrimonio —se quejó la dama.

—Westbridge, Westbridge —masculló Bradley con toda la furia retenida haciendo mella en su coraza de contención. Las sienes le palpitaban. No sabía cómo, pero el maldito Roy lo había planeado todo. ¿Qué tenía que ver en aquella encerrona? ¿Únicamente aprovechó el momento al saberlo a solas con Odette o era la cabeza pensante detrás de aquel atentado contra su reputación?

—Dígame, milord —respondió ceremonioso, disimulando el placer que le causaba intrigar y conspirar contra cualquier ser que resbalara en la empinada escalera del escrutinio moral, al que se sometía cada miembro de la aristocracia.

De manera intempestiva, Bradley rodeó el cuello de Westbridge con sus fuertes dedos y lo miró con violencia a los ojos, acercándose hasta que sus alientos quedaron cercanos.

—¡Abra su maldita boca para tratar de ensuciar mi nombre y su esposa tendrá que limpiar su sangre del suelo con sus finos encajes! —Un gruñido escapó de su garganta cuando arrojó con violencia al instigador—. No fanfarroneo, es una advertencia. ¡Si el viento me trae un susurro donde escuche su nombre perjudicando el mío, me convertiré en demonio y lo mandaré al infierno!

La mujer gritó asustada y corrió a socorrer a su esposo, que ni siquiera se esforzó por ponerse de pie.

—¡Es usted un salvaje, milord! ¿Ha perdido el juicio? —chilló despavorida.

—Aprenda la lección, Westbridge. Sufre usted del problema que aqueja a los que tienen la lengua muy larga —esgrimió Allard negando—, no saben cuánto vale callar.

Capítulo 23

Cuando Daisy despegó los ojos a la mañana siguiente descubrió que la rodeaban los fuertes brazos de su esposo. El torso masculino cubría su espalda y la respiración de Bradley le acariciaba el cuello. La noche anterior se durmió tan profundo que no lo escuchó llegar. Toda la ansiedad que pasó en la recepción de los Weimar hizo mella en su cuerpo, la tensión la doblegó. Él seguía rendido. Giró dentro del cerco de sus brazos y contempló las distinguidas facciones de su esposo. Recordó su primer beso en medio de aquel paseo de verano. Lo amaba tanto, no se imaginaba la vida sin él.

Bradley despegó los párpados muy despacio y sus bocas se encontraron. La tibieza de sus cuerpos fue una invitación. El hombre la arrastró sobre sí, y acarició los hombros de su esposa, mientras jugaba con el camisón de batista, el que deslizó hasta que se arremolinó en la cintura, dejando los pechos de Daisy al descubierto. No tardó en elevarse, con ella a horcajadas y succionarlos con vehemencia. Los amasó sin prisas, pero con ansias, y bebió de ellos con un apetito que parecía insaciable.

Ella deslizó una mano entre sus cuerpos en llamas, y buscó, dominada por el deseo, la potente erección. La frotó solo un rato y sin más preámbulos se ensartó en la dureza. Un suspiro de alivio se escapó de sus labios.

Quizás había reproches en su cabeza, pero los externaría después. Ahora necesitaba perderse en la fuerza abrasadora de su hombre, quien la sujetó por las nalgas incitándola a montarlo, como ella sabía hacerlo, hasta enloquecerlo por completo.

Cabalgó como una experta amazona, mientras las manos de Bradley cubrían sus pechos, provocándole mucho placer.

—Oh, amor, no te detengas —murmuró él sin dejar de observar las líneas sensuales de su cuerpo. Era su diosa, la adoraba.

Bradley ya no pudo contenerse más. Se puso de pie con ella encima y caminó por la habitación hasta acercarse a una mesa, la depositó allí y le subió las piernas abiertas, dobladas para que quedara a su merced. Posó sus manos en las caderas femeninas y la arrastró hasta que sus sexos volvieron a encontrarse. Y, mientras sensaciones placenteras lo recorrían de pies a cabeza comenzó a impulsarse contra ese pasaje estrecho y húmedo que le hacía perder la razón.

—Oh, Brad —susurró ella, sintiéndose tan llena y colmada, la inminente explosión de su orgasmo ya daba señales.

—Juntos —ordenó, la conocía y sabía que estaba a punto de terminar.

La penetró más rápido y ella no pudo acallar sus gemidos, que acompañaron el arrasador orgasmo que los golpeó a los dos.

—Te amo —murmuró Daisy agotada, mientras se recuperaba del cúmulo de palpitaciones que sacudió su interior y todo su ser.

—Te amo más —le aseguró con la voz entrecortada, por los latidos acelerados y su agitada respiración. La alzó otra vez, y la cubrió con su cuerpo, mientras buscaba sus labios con desesperación.

—Si por alguna razón de tu pasado, consideraste que ella era merecedora del anillo con el que piden matrimonio todos los condes de Pembroke, no tienes que avergonzarte. Solo asúmelo y si tu corazón está conmigo, no le daré más importancia. Pero tendrás que decirle la verdad a tu madre, desligar esa joya del título y seguir adelante.

—¿Piensas que lo hice en un momento de pasión y no quiero asumir mi responsabilidad?

—Es muy raro, ¿no te parece?

—Sé que hay una razón, pero no la que estás pensando, querida.

—Si me dices ahora, mirándome a los ojos, que no me has mentido, que no le regalaste el anillo a esa mujer voy a creerte, pero el camino será el mismo.

—No lo hice. La verdad es la que te he dicho mirándote a los ojos —recalcó—, desde el día en que te conocí. Daisy, jamás mi corazón se ha manchado con la mentira. Lo único que retrasé en comunicarte fue la correspondencia de Roy.

Ella lo besó en una mejilla.

—Entonces tenemos que desligar la joya del título. Para no favorecer las especulaciones, si alguien con ánimos de perjudicarnos descubre que una de las gemas más importantes del inventario de los Pembroke adorna el dedo de la prestigiosa soprano que se presenta en el Covent Garden. —Fue concisa y directa, le ofreció una salida.

—No, me niego. Estoy decidido a recuperar el anillo.

—Pero, Brad...

—Presiento que Roy está detrás de todo y no lo dejaré salirse con la suya.

—¿No puedes solo ignorarlo y proseguir?

—Si esa joya terminó en manos de Roy, no es algo reciente. Él fue quien me dio la idea de empeñarla. Creo que siempre tuvo la intención de embaucarme para quedarse con mi posesión. Anoche hablé con Odette, le cuestioné sobre el zafiro y ella evadió contestar cómo llegó a sus manos.

Daisy suspiró al imaginar el encuentro, y tuvo que aferrarse a la confianza. Aunque Bradley se reunió a solas con su antiguo interés carnal, ahí estaba. Volvió a casa, durmió rodeándola con sus fuertes brazos y le hizo el amor a la mañana siguiente, sin dejar espacio para la duda sobre sus sentimientos.

Capítulo 24

Desayunaron en la habitación, el gran baile en Pembroke House sería en la noche y era imposible posponerlo. Aunque un sinfín de sucesos sacudían sus vidas, el evento ya nada lo podía frenar.

El mayordomo llamó a la puerta con cara de circunstancia, para avisar que los barones Peasly acababan de arribar y que demandaban verlos con urgencia.

—¿Mi hermano? —preguntó Daisy dando un brinco de la cama. Su doncella tomó a tiempo la bandeja con los alimentos sobre su regazo, antes de que el contenido de los recipientes quedara esparcido por el cubrecamas.

—Enseguida estaremos con ellos, en cuanto nos adecentemos —indicó Bradley al sirviente, pero miró a Daisy a los ojos. Era extraño que los Peasly hubiesen llegado a ese horario, en que era habitual que los dueños de casa no estaban aún disponibles para recibir visitas. Más, teniendo en cuenta que habían trasnochado.

No tardaron en vestirse y prepararse con la intención de atenderlos.

Cuando bajaron juntos, percibieron a los sirvientes de planta y los refuerzos que pidieron para el baile, deambulando por toda la propiedad. Levantaban las alfombras persas. Lustraban los mármoles. Traslataban al interior centenas de arreglos florales, botellas de licor llegadas desde las bodegas de la familia, así como bocadillos y confituras para los exigentes paladares de los comensales, para ayudar a las cocineras que estaban de pie desde antes de que amaneciera.

Se abrieron paso entre tanto ir y venir afanoso de los criados. Jacob y Annalise los esperaban en el salón de recibir a la familia o amigos cercanos. La chimenea estaba encendida y les habían traído un servicio de té completo. Pero ninguno probó bocado, y las bebidas en sus tazas continuaban intactas.

Jake se puso de pie y caminó hacia ellos con un diario en la mano.

—¿Qué sucede? —preguntó Pembroke entornando los párpados. No intercambiaron las usuales palabras de saludo.

—Léelo tú mismo.

Daisy se adelantó y leyó la nota que su hermano les indicó a la vez que su esposo

¿ESCÁNDALO EN CIERNES?

Escrito por Frederick Banes

26 de abril de 1870

Con el corazón destrozado escribo estas líneas y me niego a nombrar a los protagonistas del que podría ser el escándalo más sonado y menos esperado de la temporada.

Me ha llegado un rumor de muy buena fuente, que pondré al conocimiento de mis respetables lectores. Sin embargo, no daré santo y seña de aquellos a quienes mis fuentes acusan, debido a que me niego a responsabilizar a tan bella damisela de tan vil desenlace. No seré quien haga leña del árbol caído hasta comprobarlo con mis propios ojos.

Ella arribó a nuestras costas con el corazón lacerado —murmuran las lenguas que conocen su desdicha—. Pero su infortunio amoroso no se debe a la falta de correspondencia por parte del objeto de sus afectos. Se sabe que el caballero, dueño del alma rota de la fémica en cuestión, se ha mantenido distante para salvaguardar su honor, ya que pertenece a otro estrato social. Pero que, en prueba irrefutable de su infinito y prohibido amor, le ha entregado a ella y únicamente a ella, la joya más sagrada de su familia, la que no solo es parte de la fortuna del título que ostenta, sino la piedra con que cada exponente de su legado ha pedido matrimonio a las damas de su linaje.

Me apena traerles esta desafortunada historia de amor que, además, ensucia y envilece tan puro sentimiento, porque el aristócrata en el ojo de la opinión pública es un miembro —hasta ahora— respetable de la sociedad, que se entregó a los votos matrimoniales, hace algunos años.

Si no miento, lectores míos, un enorme zafiro adornará esta noche la mano equivocada. Pero si estoy errado y estas palabras hoy escritas son dignas de que se las lleve el viento, la hermosa condesa que hoy abrirá las puertas para dar uno de los bailes más esperados de la temporada, callará las especulaciones, portando con orgullo la joya familiar.

Daisy sintió que el alma que le pendía de un hilo estaba a punto de abandonarla por completo. Su visión se volvió borrosa y su esposo tuvo que sostenerla para que no diera un paso en falso.

—¿Dónde conseguiste este pasquín de mala reputación, Jacob? —cuestionó Bradley fustigado por cada una de las líneas que acababa de devorar hasta casi atragantarse.

—¿Es todo lo que tienes que decir?

—Nada de lo que escriben es cierto —refutó Bradley encabritado, su cuñado era impulsivo y por la furia que coloreaba de rojo sus mejillas, suponía que había llegado para retarlo a duelo o desafiarlo a los golpes en su propia casa—. Si vienes a ensañarte conmigo o ponerte en mi contra, solo me harás perder el tiempo valioso que necesito para ocuparme de este desastre.

Las lágrimas de Daisy comenzaron a caer por su rostro, pero lejos de que la nota llena de ponzoña alimentara la desconfianza hacia su esposo, se aferró a la mano de Brad para demostrarle su lealtad.

—No es lo que piensas, hermano —atajó Daisy con valor para defender a su amado.

Annalise también se puso de pie y se aproximó con el rostro desencajado a su esposo. Un escándalo de tal magnitud no solo hundiría a los Pembroke. Varios saldrían salpicados: las hermanas solteras del conde, los hijos de la pareja y, tal vez, el resto de la familia.

—Ya lo sé todo —esgrimió Jacob apretando los puños—. Si tú no abrías la boca para ponerme al corriente y alertarme de la desgracia que se cernía sobre nuestras casas, alguien debía de hacerlo.

—¿Le contaste, Annalise? —Las lágrimas de Daisy cayeron con más fuerza, pero su asombro parecía mayor que su tristeza. Había estado segura de que la información que dejara al cuidado de las mujeres a las que no solo consideraba amigas, sino también hermanas, estaría a salvo.

Annalise comenzó a negar con ahínco, para que ella no terminara de hablar, pero no fue tan rápida y Jake alcanzó a percibir el intercambio entre las mujeres.

—¿Lo sabías? —Jake le reclamó a su esposa, llevándose las manos a la cabeza—. ¿Cómo es posible?

—Jake, no la tomes con Anna. Era mi secreto, no le correspondía revelarlo —defendió Daisy a su cuñada.

—No, no podría enojarme con Anna ni, aunque quisiera. Al contrario, la admiro todavía más por apoyarte y protegerte, querida Daisy —reveló el joven barón Peasly, volviendo un instante para observar con amor a su adorada esposa. Después su vista enfrentó al conde sin contemplaciones y sin la ternura que desplegó para las damas—. Demonios, Brad, me encantaría que así como nuestras mujeres son tan leales entre ellas, tú te hubieses sincerado conmigo, cuñado, hermano. —Las dos últimas palabras las añadió con ironía.

—Si fueras menos impulsivo, hermano, quizás yo no temería que estallaras antes de que me dejaras terminar de hablar —confesó Bradley apretando los dientes—. Si has venido a aumentar mis problemas, te pido que pospongas cualquier acción que quieras emprender en mi contra. Después podemos ocuparnos de tu orgullo, tus reclamos y tu honor, así como de arreglar nuestras diferencias. Responderé al agravio que creas que te he causado, pero ahora tengo asuntos más urgentes de los que encargarme. Sí, hace muchos años tuve una aventura que duró

un tiempo prolongado con la mujer que refiere la nota. Y sí, el anillo del que habla esa publicación debería estar ahora en el dedo de tu hermana. ¡Pero, por el maldito infierno, no fui yo quien se lo regaló! Me avergüenza admitir que lo empeñé en un momento de necesidad. Y alguien muy ventajoso se apoderó de la joya antes de que yo pudiera rescatarla.

—¡Cálmate, Bradley! —gritó Jacob y después comenzó a respirar pausado, como si la anterior indicación no se la diera solo a su cuñado y también fuera dictada por su buen juicio para sí mismo—. ¿Acaso no eres consciente de que te estás exaltando y maldiciendo más del límite permitido para este tipo de circunstancias delante de nuestras damas? —objetó y Bradley también comenzó a ralentizar el ritmo de su respiración—. Perdiendo los estribos no llegaremos a ningún lado, y para tu información no he venido a retarte a duelo, como supones. Acudí a tu hogar para solidarizarme contigo, ayudarte a limpiar tu nombre y sacarlos de este enredo que amenaza con aplastarnos.

—¿Arribaste con el propósito de apoyarnos? —preguntó Bradley incrédulo.

—Ella es mi hermana y, por consiguiente, tú eres mi hermano. No hemos dormido, y no solo me refiero a Annalise y a mí —comenzó Jacob a explicar—. Primero, Daisy se retiró temprano de la velada de los Weimar. Después, tú saliste corriendo tras ella. Todos los demás nos quedamos haciéndole compañía a los anfitriones, nuestros amigos. A punto de irnos a dormir, los Westbridge se acercaron a Allard para alertarlo de algo funesto.

—¿Los Westbridge? —preguntó Bradley, tratando de atar cabos y recordó el incidente con tan molestos personajes la noche anterior. Los odiados vecinos de Allard, que a toda costa quisieron involucrarlo en una indiscreción con Odette.

—Los Westbridge estaban muy contentos con el señor Roy, quien como ayer vimos, le está haciendo la corte a la hija solterona del matrimonio. Y todos sabemos que les encanta elucubrar, sobre quien sea que tenga la mala fortuna de caer en sus bocas malintencionadas. Pero, lord Westbridge tenía miedo. La razón de su temor es simple. Según nos refirió Allard, cuando anoche intentó implicarte con la cantante, le diste un empujón que le dejó claro que irías tras él si se atrevía a poner tu nombre en entredicho.

—Esa maldita sabandija —murmuró Bradley.

—Así que, dejó de ser parte del ardid en el que lo implicó Robert Roy, y fue con Allard para lavarse las manos y aclarar que no está involucrado. Refirió que, Roy llegó ante ellos en la velada y les aseguró que te vio con Chardonneret en tratos íntimos en un salón privado. Pero que como estaba entrando en la sociedad, no quería verse involucrado en cotilleos que pudieran perjudicar su nombre. El par de intrigantes de los Westbridge, quienes se creen dueños de la

moral, no tardaron en acercarse movidos por la curiosidad para comprobar tu «tamaño fechoría» en primera persona.

—Siempre sospeché que Roy los mandó a espiarme. Y, creo que Odette está implicada. No entiendo cómo, pero estoy seguro de que todo es una encerrona orquestada por Roy. Desconozco por qué ella se prestó a tal juego. Pero ambos propiciaron este montaje...

—...que ahora vendieron a ese periódico solo con el afán de desprestigiarte.

El silencio se apoderó de la estancia. Daisy se limpió las lágrimas mientras el engranaje en su cabeza iba uniendo todos los puntos. Dio un leve apretón a Bradley en la mano, para con ese gesto recordarle que le creía cada palabra y que estaba de su lado. Acto seguido, caminó hasta un sofá donde se dejó caer sentada. Annalise no tardó en acompañarla y reconfortarla.

—¿Por qué? —preguntó Daisy en dirección de su esposo.

—Roy terminó en la cárcel por causa del contrabando, pero no acepta su responsabilidad, me sigue culpando de ese hecho. Por lo visto, no descansará hasta conseguir su venganza —resumió Bradley—. No quise hundirlo, pero no tuve más opción que limpiar mi nombre. Por consiguiente, la culpa recayó sobre él, y la justicia le cobró sus faltas.

—Si ese folleto llegó hoy muy temprano a los diversos hogares de Londres, a estas alturas muchos sabrán que la condesa que dará el tan esperado baile esta noche soy yo —musitó con los ánimos por el suelo Daisy. Se miró la mano desprovista del zafiro rodeado de diamantes y pétalos de oro, que debió pertenecerle y que jamás tuvo la dicha de contemplar—. Si no recupero el anillo estaré acabada.

—Daisy, no dijo nombres. Esta noche habrá un sinfín de eventos, no serás la única —se apiadó Annalise.

—Pero sí soy «la condesa que hoy abrirá las puertas para dar uno de los bailes más esperados de la temporada» —repitió lo leído sobre ella misma—. Oh, por el Altísimo.

—Cuando dije que no dormimos es porque tratamos de aplacar los daños —continuó Jacob—. Los Westbridge advirtieron a Allard de las intenciones de Roy de vender la nota a un periódico y aseguraron que todo Londres desayunaría con la noticia.

—Maldito infeliz, voy a matarlo —masculló Bradley entre horrorizado por la saña de su enemigo e iracundo por los deseos efervescentes de hacerlo pagar.

Las damas sentían que un nudo enorme en sus gargantas no las dejaba hablar.

—Weimar, Allard, Oso y yo fuimos tras Roy, pero al parecer tiene un buen escondite el

muy canalla, no hemos podido dar con su pista aún, ni siquiera en la ratonera donde vive en el East End.

—¿Y te escogieron de portavoz de las noticias? —preguntó Brad conmovido—. ¿Por qué no tocaron a mi puerta? Los habría acompañado para dar con él.

—Decidimos que ya soportabas bastante tormento y éramos suficientes —explicó Peasly—. Ya te habías retirado y no teníamos tiempo que perder. Oso, Weimar y Allard siguen dándole caza, ahora mismo, a ese malnacido de Roy con la intención de traerlo a tus pies para que le des un escarmiento. Y Kilian, Normanby y Norfolk, junto a sus hombres, peinaron durante la madrugada, cada una de las imprentas de Londres, hasta descubrir que el periódico donde pretendían publicar la nota es el mismo en el que Frederick Banes se ha dedicado a elogiar a Chardonneret.

—No donde pretendían —corrigió Daisy muy cabizbaja—, donde la publicaron. Si no consigo ese anillo, todo Londres tendrá la supuesta prueba de que mi marido «me engaña».

—Nuestros amigos no detuvieron la impresión, pero lograron recoger y destruir gran parte de los periódicos justo cuando se disponían al área de distribución. Una pequeña cantidad ya había salido.

—Oh, por Dios —se quejó Daisy.

—Agradezco tanto el esfuerzo. Lamento que haya sido en vano. No importa que sea una pequeña parte, los rumores suelen tener alas potentes. Esta noche seremos la comidilla de todos —entendió Brad—. Pero han hecho una labor considerable que jamás terminaré de corresponder. ¿Dices que buscaron en la pocilga de Roy y que no lo hallaron?

—Así es.

—¿Capturaron a sus esbirros?

—A dos. Los demás lograron escapar. Uno de los hombres de Norfolk, Douglas, los llevó a esa propiedad donde se encarga de «ciertos asuntos» y los está interrogando, pero son gente acostumbrada a los malos tratos y parece que están decididos a no hablar —concluyó Peasly molesto y preocupado.

—Cuando vi la nota lo primero que pensé fue que los Westbridge eran la «respetable» fuente —arguyó Bradley, pero su mente cavilaba en cómo encontrar a Roy.

—No, ellos avisaron a Allard de los planes de su posible yerno —aclaró Peasly—. Como te dije, quedaron espantados por el susto que les diste en la recepción de los Weimar, y desistieron de apoyarlo.

—Voy a matar a Roy —masculó Brad de pronto muy decidido. Daisy se puso de pie de un salto, pero no pudo soltar la frase que se formó en su mente, su hermano habló primero.

—Yo te acompaño —secundó Jacob.

—No pueden hacer semejante locura. Serían enjuiciados por un crimen y llevados a la cárcel o a la horca. —Daisy negó profusamente y Annalise estuvo de su parte, tampoco quería que su esposo se viese implicado en cuestiones con la ley y las consecuencias que traería para sus vidas si los descubrían—. No, Brad. Ese señor podrá ser nefasto, pero tú eres un hombre honorable, no vas a ensuciarte las manos. Tampoco tú, Jacob Peasly, no puedo permitir que mi hermano menor se vuelva cómplice de algo así. Odio a Roy sin siquiera conocerlo, pero no aceptaré que manchen sus conciencias por culpa de un criminal.

—Daisy —le dijo Jacob. Bradley parecía que no la escuchaba, fue a buscar sus armas cuando ella pronunció la última palabra—, hay momentos en los que un hombre debe enfrentar las amenazas. Como explicó Brad, no es la única vez que ha tratado de ajustar cuentas con Roy. Ese sujeto solo lo dejará en paz cuando esté muerto. Entiéndelo, Brad lo sabe. Oso y Norfolk, también. Nadie lo ignora. El honor de la familia está en riesgo, y la lucha con Roy no acabará hasta que deje de respirar. No hay vuelta atrás.

—¿Y qué pretenden?! ¿Que me quede de brazos cruzados mientras ustedes van de justicieros?! —le reclamó a su hermano.

—Hay un baile esta noche que no puedes cancelar, si lo hacemos Roy gana, porque estaremos mandando un mensaje muy claro de que somos los involucrados en la nota. Es duro, pero tendrás que quedarte y continuar con los preparativos. Los planes no se pueden cancelar.

—En un rato nuestras amigas vendrán, no te dejaremos sola —le aseguró Annalise, quien tampoco estaba de acuerdo con las decisiones que los dos hombres tomaron. Pero había tanta confusión en el ambiente que solo se dedicó a tratar de apoyar y calmar a Daisy, aunque por dentro su alma se tambaleaba ante la posibilidad de que su amado saliera lastimado.

Las mujeres no pudieron hacer nada, los hombres se marcharon dispuestos a cumplir sus palabras.

Cuando Jacob y Bradley partieron a caballo a capturar a Roy, Weimar, Allard y Oso ya se habían adelantado. Intentaron alcanzarlos.

—Dices que en su madriguera no lo encontraron —indagó Bradley.

—Es lo que me informó Oso.

—Pero esa casa tiene pasajes secretos, de ahí salieron los hombres que me atacaron cuando fuimos tras Roy la primera vez. Lamento haberte dejado fuera, era difícil para mí explicarte lo ocurrido. Eres familia directa de Daisy, temía que concluyeras que fui la peor opción para tu hermana.

—Ya aclaramos ese punto, Brad. Mientras seas leal a Daisy y la protejas, así como a los hijos que tienen en común, no tengo motivos para ponerme en tu contra.

—Te lo agradezco, Jake, jamás la lastimaría. Aunque las repercusiones de mis actos pasados hayan terminado por arriesgar el buen nombre de mi familia —se sinceró. Jacob solo asintió, era una verdad que no podía refutar—. Creo que el canalla se ocultó en uno de esos pasajes o escapó por alguno. Si no hay pistas de su paradero insisto en que regresemos con uno de los hombres que Norfolk tiene a resguardo e intentemos obligarlo a revelar donde se encuentran los pasadizos. Hay uno que recuerdo, del que salieron mis atacantes.

—Ese sujeto Roy, escuché que estudió en Oxford. Debe tener familia, tal vez se refugió con ellos.

—Lo desconozco, siempre fue muy reservado con sus temas personales. No sé cómo llegó a Oxford. Quizás, Weimar tenga algún dato. Su padre hacía donaciones y se informaba de todo lo concerniente a los estudiantes que no poseían suficientes fondos. Los que tenían talentos eran sometidos a la evaluación de un comité y recibían apoyo. Aunque no creo que fuera su caso. Weimar reveló que fue expulsado de Oxford. Pero Norfolk ya lo está investigando, no tardaremos en saber.

—Si en los pasadizos no encontramos nada y sus hombres están decididos a morir sin delatar su paradero, no podemos quedarnos con los brazos cruzados —insistió Jacob.

—Alguien tiene que haberlo visto en las últimas horas.

—Frederick Banes, pero no sabe nada más que la información que nos entregó.

—Quizás no pude evitar que Roy me alcanzara y con ello lastimara a Daisy. Pero haré control de daños. Te juro, cuñado, que voy a encontrarlo y pagará por cada zozobra que tu hermana ha tenido que pasar.

Capítulo 25

Daisy volvió a mirarse la mano, de manera instintiva, como si esperase que por arte de magia el anillo apareciera ahí.

—Iré a ver a mis pequeños. Acostumbro a darles un abrazo a Joshua y Erick cada mañana, siento que me falta hoy. Si los aprieto con ternura junto a mi corazón, sabré que todo estará bien.

—Te acompaño.

—Gracias, Anna, pero no necesito que te quedes. Tienes a tu pequeño también, no quiero absorberte con mis problemas. Bastantes dolores de cabeza te hemos dado ya. ¿Tampoco dormiste?

—Un par de horas.

—Deberías ir a descansar, escuchaste a Jake, no podemos posponer el baile, estarás derrotada en la noche.

—No podré descansar hasta que Jacob regrese. Vamos a ver a mis sobrinos, también quiero saludarlos.

—¿Crees que esto se resuelva?

Annalise le hizo gesto de soporte y cuando iba a abrir la boca para darle ánimos, vio aparecer a Patience con sus hijas detrás y se guardó sus palabras.

—¿Daisy, sabes dónde está mi hijo? —preguntó y su voz no se escuchaba con el tono habitual.

De pronto, Annalise y Daisy notaron que en sus manos traía un periódico y ambas se alarmaron. La última sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal.

—Salió muy temprano con mi hermano.

—¿Tattersall's, White's, Hyde Park? ¿Dónde demonios están?

A Daisy casi se le cae la mandíbula y Annalise estaba en idéntica situación. Era extraño que escucharan a una dama del estatus y de la edad de Patience maldecir, pero tenía el periódico en sus manos y ese particular hecho podía arrojar pistas del porqué de su ánimo alterado.

—No me dijo a dónde se dirigía, suegra. Solo escuché que fueron a encargarse de un asunto

ineludible.

—Niñas, desaparezcan de mi vista. ¡Ahora! —ordenó Patience con la paciencia al borde de la extinción.

—Mamá, que también deseamos saber —protestó Josephine y se veía impaciente y nerviosa, al igual que sus hermanas.

—Por favor, hijas, se les informará de lo que deban saber. Son asuntos mayores.

Daisy le hizo una seña a sus cuñadas para que no insistieran y se retiraran, más tarde —o cuando saliera de su propia turbación— les daría razones.

—Iré con tus hijos —se adelantó Annalise de manera respetuosa. Daisy quiso detenerla, al final ya sabía todo, pero por consideración a los nervios de Patience la dejó subir al salón infantil.

—¿Y bien, supongo que podrás explicarme las inquietantes coincidencias que encuentro en esta publicación con nosotros los Pembroke? —inquirió la suegra.

—¿Cómo llegó ese periódico a tus manos?

—¿Acaso importa en una situación tan alarmante?

—Tienes razón.

—Íbamos a desayunar como cada mañana. Josephine, Henriette y Margaret no dejan de leer esa columna todos los días, desde que inició la temporada. Tienen una suscripción. Tú misma compartiste la lectura con nosotras del número de ayer, antes de la velada en casa de los Weimar.

—Cierto. —¿Era importante que ganara tiempo? ¿Debía revelarle la verdad? ¿Acaso no era un asunto que le correspondía a Bradley? Después de todo, era su madre y el anillo fue el recuerdo que ella le entregó en un momento de desesperación, cuando la distancia entre ellos se hacía inminente. ¿A cuántos hogares habría llegado el pasquín?

—Hablan de un gran baile que se dará esta noche, tal como ocurrirá en la casa. —Patience caminaba por la estancia sin dejar de mover las manos, mientras se expresaba—. Detallan un anillo de zafiro, tal como la piedra de gran importancia para nuestra familia. Una joya que jamás he visto en tu dedo, una que no he contemplado otra vez desde que se la entregué a Brad cuando partió a Francia. —Ahogó la última palabra en un gemido.

—Patience, me recibiste con los brazos abiertos y por defender a Brad, por ayudarle a evadir su culpa, he sido desleal contigo. Lo siento.

—Ay, por el Creador, somos nosotros los que estamos en boca de todos. Lo intuía. ¿Cómo puedes estar tan tranquila sabiendo que Brad anda en malos pasos? ¡Me va a escuchar cuando regrese! No me pondré de su lado, no lo apoyaré. Eres como una hija para mí y no le perdonaré lo que te ha hecho. —Estaba angustiada, la voz le temblaba y la decepción se reflejó en su rostro —. ¿No me digas que la señora Gilbert, a quien tan amablemente quisiste tenderle la mano es la mujer de la que hablan?

—No, no es la señora Gilbert. Ella no tiene nada que ver con esto y para su tranquilidad, no hay ninguna mujer. Brad es fiel, me ama y si ha cometido errores se los explicará en cuanto pueda.

—¿Estás segura? Mira que la última en enterarse siempre es...

—Patience, es necesario que mantengas la calma y que no inquietes a tus hijas.

—¿Debemos cancelar el baile? Pero eso solo alimentaría la suspicacia.

—Esta noche luciré el anillo, tengo un vestido azul precioso que combinará de un modo encantador con los destellos de la piedra. Nadie nos señalará si lo ven en mi dedo. —Trató de hablar como lo hacía ella, para distraerla y tranquilizarla.

—No lo sé, Daisy.

—Recuéstate un rato, intenta descansar.

Daisy terminó de convencer a su suegra para que regresara a sus aposentos y se tumbara sobre la cama. Con el propósito de conseguir que no pensara en nada, pidió que le llevaran una infusión de tila. Después se acercó a sus cuñadas que aguardaban en la sala contigua con un sobresalto y mil conjeturas sobre la nota leída.

—¿Estamos arruinadas? —preguntó Margaret, casi hiperventilando—. Los Wilmington ya no permitirán que su hijo continúe cortejándome.

—Por favor, no aumenten la ansiedad de su madre, esa publicación está llena de falsedad —les comunicó.

—Pero mamá jura que nunca te ha visto usar el anillo con el que Brad debió proponerte matrimonio —observó Josephine.

—El diario no llegó con el mensajero frecuente. Miraba por la ventana cuando vi un muchacho llamar a la puerta y dejarla en manos de un lacayo —recordó en voz alta Ettie, le pareció importante compartirlo, tomando en cuenta las aseveraciones de Daisy.

—Porque nuestros aliados detuvieron la distribución de la mayoría de los ejemplares. Sin

embargo, quien pretende dañarnos se aseguró de que llegara a las manos de Patience. Alguien quiere calumniarnos, pero Bradley y yo lo resolveremos. Ni tu pretendiente se alejará, ni el techo caerá sobre nuestras cabezas. —Les dio un apretón cariñoso en la mano a cada una.

—¿Tenemos un enemigo? ¿Quién? ¿Por qué? —inquirió Josephine.

—Por favor, confíen y aguarden. No hagan más preguntas, porque, aunque lo desee, ahora no les puedo responder.

Las muchachas se pusieron de pie y las tres abrazaron a Daisy, para reiterarle cuánto la querían y la apoyaban.

—Solos dinos qué hacer —pidió Margaret.

—Tengan paciencia, se los suplico.

Se despidió de ellas y fue abrazar a sus hijos. Subió los incontables escalones sabiendo que no tranquilizó a sus cuñadas, pero hizo lo que pudo en sus circunstancias.

Annalise jugaba con Joshua y con Erick. Cuando estuvo con sus pequeños, Daisy no permitió que la zozobra se reflejara en su semblante. Los llenó de besos y de mimos, que los caballeros agradecieron con sus enternecedoras sonrisas, esas que la dotaron de fuerza para hacer lo que se había propuesto, y no dejaba de darle vueltas en la cabeza.

Se despidieron de las criaturas que quedaron al cuidado de las niñeras y bajaron los escalones. Annalise se quedó confusa al ver que Daisy llamó al mayordomo y le dio indicaciones precisas.

—Que ensillen mi caballo y lo dejen en la puerta.

—¿Montará a esta hora, milady? —Francis no entendía nada, pero ordenó a un lacayo que diera las instrucciones al mozo de cuadra. Como no pudo callarse, añadió—: ¿Saldrá con los preparativos del baile en pleno apogeo? ¿Quién se quedará al mando? La condesa viuda se ha recostado y las jóvenes damas... —No concluyó, pero no esperaba que las señoritas tomaran decisiones de última hora de ser necesario.

—Usted, estará al frente hasta mi regreso.

—¿Necesita que un lacayo la acompañe? —sugirió lo que le pareció más apropiado, disimulando su preocupación por la condesa.

Daisy no estaba vestida para montar, pero le pidió a un lacayo que le trajera su capa y su ridículo.

—¿Vas a salir? —le preguntó Annalise que permaneció atenta a las indicaciones de su cuñada sin comprender qué tramaba. Le hizo una seña al lacayo, que trajo de inmediato las pertenencias de Daisy, para que también le alcanzara las suyas. No importaba a dónde fuera, no podía dejarla sola. Y el resto de sus amigas que se comprometieron a llegar, seguían sin aparecer.

—Es lo que pretendo —aclaró sin detenerse. Daisy se quedó con el planteamiento de Jake —. Como dijo mi hermano: «hay momentos en los que un hombre debe enfrentar las amenazas», en este caso será una mujer, o sea, yo.

Y sus ojos se abrieron a la par. Aquella verdad creció en su interior de manera irrefutable, imperiosa, como un mandato que la obligaba a actuar para sobrevivir.

—¿Qué pretendes hacer? —inquirió Annalise, mientras sentía que sus latidos se descontrolaban. El planteamiento de su cuñada no le gustaba. Lanzó una rápida mirada hacia el lacayo, que aún no traía sus pertenencias, para instarlo a obedecerla con la prontitud que lo hizo con su señora.

—Hay un anillo que siempre debió estar en mi dedo, ha desatado demasiadas especulaciones, voy a recuperarlo.

—¿Qué estás tratando de decir?

—Autoconservación al estilo más descarnado. ¿Acaso salvar la honra de mi familia no es un acto de supervivencia? En una sociedad como la nuestra donde la reputación significa todo, solo quedan dos opciones: vencer o morir.

—No, Daisy —disuadió. Pero, su cuñada no la escuchó, ya había atravesado la puerta.

Annalise apuró al lacayo para que le entregara su capa y su ridículo. Cuando los recibió de manos de Murphy, tuvo que perseguirla o se quedaría atrás. Sin embargo, solo alcanzó a ver el caballo alejarse.

Capítulo 26

Cuando a Frederick Banes, el vanidoso y estirado periodista que escribía en uno de los boletines de mayor circulación en Londres, dirigido a la alta sociedad, le comunicaron quien solicitaba verlo con urgencia se quedó completamente pálido y pensó negarse. Bastante ya se había asustado cuando el mismísimo duque de Norfolk empleó sus «artes más sutiles» —en realidad, casi diabólicas—, para obligarlo a detener los diarios que ya habían salido a distribución. Aún penaba por la pequeña fracción que fue directo a los hogares donde tenían una suscripción.

Pero su secretario, le informó que la dama fue tajante y que no le dio otra alternativa. Así que respiró hondo, puso su mejor semblante y recibió a la condesa de Pembroke.

—Milady, no imagino qué motivo la ha traído por aquí —susurró apenas audible, con ojos asustadizos que en Daisy no despertaron ninguna compasión. Era la primera vez que se veían el uno al otro, un hombre de unos veinticuatro años y físico interesante. Con aspecto de literato conocedor de la moda. Una mezcla rara que a su suegra le encantaría, si no intentara hundir a su familia. Todo un personaje que hizo a Daisy poner los ojos en blanco en cuanto le puso rostro al nombre que tanto había escuchado mencionar.

—Preferiría sus excusas a su negativa ridícula, después de su descarado ataque, señor —lo encaró sin sombra de temor.

—No puedo hacer otra cosa que intentar escabullirme por las ramas, milady. Usted tiene pacto con el diablo y yo valoro mi vida.

—No lo comprendo.

—Es que no entiendo qué más podría hacer por usted y su familia, que no he hecho ya. Mis ganancias y las de mi respetable diario ya están resintiendo la gran pérdida económica, resultado del saqueo que hemos sufrido de miles de ejemplares. Hecho protagonizado nada más y nada menos que por su excelencia, el gran duque de Norfolk, el diablo —explicó entrecerrando los ojos con desdén—. Escribir una nota al respecto sería interesante y un éxito de ventas, pero si se puso como un ogro cuando toqué a uno de los suyos, no quiero imaginar si se vuelve el protagonista de uno de mis artículos.

—Gracioso, muy gracioso su sentido del humor —ironizó—. Tendría que estar loco para materializar esa idea.

Después tomó de un portalápices de oro, una pluma estilográfica con plumín de acero y de un certero movimiento bien calculado, lo clavo entre los dedos índice y del medio de la mano derecha de Banes, que descansaba despreocupada sobre su escritorio.

El periodista reprimió un grito, pero cuando observó la sonrisa sardónica en los labios de la dama, se permitió desahogarse.

—¡Milady, ha destrozado un regalo costosísimo de uno de mis principales clientes! — chilló.

—Mejor la pluma que sus dedos. Y sé muy bien qué puede hacer por mí. —Daisy no dejaba de aferrarse a la costosa estilográfica, que lucía bastante rota.

Banes no se atrevía a mover la mano, para evitar represalias. Entendía que era una amenaza, todavía la condesa no estaba dispuesta a mutilarlo. Pero, ¿qué habría sucedido si su coordinación hubiese fallado el blanco y sus preciosos dedos hubieran pagado el precio?

—Ordene y yo obedezco. —Haría lo que fuera por librarse del selecto círculo donde estaban los Pembroke, los Norfolk y toda su camarilla. Jamás pensó que escribir sobre la aristocracia se volvería un terreno tan peligroso. No solo los hombres eran de armas tomar.

—Como le informaron, esta noche los Pembroke daremos un baile colosal. Espero su nota con ansias. Mi suegra y mis jóvenes, hermosas, con estupendas dotes y casaderas cuñadas, son sus asiduas lectoras. No olvide mencionarlas y hablar flores de ellas. Si intentó llenar sus arcas a costa de desplegar su veneno y su sarcasmo en contra de mi familia, ahora escribirá hasta por los codos acerca de la fabulosa y magnífica fiesta que daré. Borrará con sus letras, lo mejor que sabe hacer, cualquier suspicacia que se haya encargado de levantar acerca de mi familia.

—Lo haré, juro que lo haré, pero deje su hostilidad, me está asustando. Entienda que no fue una afrenta personal. Vivo del chisme, del cotilleo jugoso que a todos nos gusta y no pude pasar tan intrigante oportunidad. No salí a buscar la nota, ni siquiera soy invitado a esos grandes salones. Dependo de un alma aristócrata y caritativa que me susurre al oído cuanto ha visto y escuchado.

—¿Si sabe que todo lo que escribió es pura especulación? Alguien quiso perjudicarnos y usted se volvió una de las armas que el maldito canalla blandió en nuestra contra.

—A nadie le hace más feliz que a mí saberlo, aunque no lo crea, me enamoré un poco de Chardonneret. —Hizo un puchero—. La nota también nació en parte de mi despecho. No pude aceptar que tan espléndida damisela que canta como los ángeles y a quien idolatré desde que la ovacioné en el Covent Garden, terminara arrastrada a tan desleal historia.

—Un amor platónico sin dudas. ¿Cómo puede enamorarse de alguien que no conoce en profundidad y solo ha visto desde la butaca del teatro?

—Soy un poco frívolo, lo sé. Intenté invitarla a salir en alguna ocasión, y recibí el «no» más grosero de la historia. Cuando supe del supuesto interés amoroso por el conde... —Tosió al darse cuenta de que habló a la ligera y se calló en el acto.

—Continúe.

—En fin, entendí que sus expectativas eran más elevadas, que iban más allá del simple periodista inglés, que sigue sin más ambiciones el negocio familiar.

Ella hizo un mohín y decidió no seguirle la corriente, era evidente que Banes esperaba averiguar más sobre la intrigante historia.

—Usted lo más simple que ha tenido es la pluma costosa que dejará de deslucir su escritorio. Ahora si me permite tengo otro asunto del que ocuparme.

—Milady, escribiré el artículo según sus especificaciones y así pagaré cualquier deuda que haya contraído con su familia. Pero un detalle importante le pasa desapercibido, si el anillo de zafiro estrella no rodea su dedo esta noche, ni mis letras la salvarán de las especulaciones.

—Por eso no tiene que preocuparse, el anillo estará donde le corresponde —afirmó señalando su propio dedo anular con suficiencia.

—Es un gusto haberla conocido —dijo quitando el velo de disimulo de su mirada, que evitaba dejar traslucir lo que en verdad pensaba. La sinceridad flotó en la superficie de sus ojos.

Daisy solo hizo un gesto de sopor, negándose a responderle. Frederick Banes debía trabajar mucho en su artículo si pretendía ganarse su perdón.

—Lo espero esta noche en el baile, así no tendrá que escribir lo que le susurren otros, confío en que pase lo que pase, y vea lo que vea, usted redactará la mejor nota de su carrera.

—¿Me está invitando al baile? —Cubría celebraciones de familias importantes de la burguesía, quienes anhelaban aparecer en su diario, en las páginas contiguas a las que narraban los sucesos de los miembros más selectos de la aristocracia. Había sido invitado a algunos eventos deportivos organizados por exponentes de la baja nobleza. Pero, jamás lo convidaron a un baile de tal relevancia, donde lo más encumbrado de la nobleza británica se daría cita—. ¿Y me lo dice con horas de anticipación? Qué descortesía. Uno de los momentos más esperados llama a mi puerta y no cuento con los días necesarios para mandarme a confeccionar un frac a la altura.

—¿Le estoy dando la oportunidad de su vida y lo que más le preocupa es qué atavío lucirá? Solo basta detallar su indumentaria de diario, para sospechar que en su guardarropa tiene algún atuendo que lo hará lucir apropiado.

—Supongo que tendrá que bastar.

Un gesto fue suficiente como despedida, y cada uno volvió a sus asuntos.

Daisy puso los ojos en blanco al regresar a su montura, el hombre le resultó insoportable, pero algo de crédito podía darle. Era escritor. Poseía esa magnífica imprenta donde olía a papel, a tinta y el ruido de las máquinas al fondo era como música para sus oídos. Ella podría haberse perdido por horas en un sitio así. Envidió un poco a Banes por tener la libertad de dedicarse a las letras, aunque consideraba que su talento se desperdiciaba ejerciendo el periodismo de cotilleo.

Tras ocuparse de ese asunto, volvió a sentir ligera su mano sin el peso del enorme zafiro con el que Bradley debió pedirle matrimonio. Cabalgó sin descanso por las adoquinadas calles de Londres hasta el hotel Brown's en Mayfair donde era sabido que se alojaba la soprano.

Pensó en varias excusas que dar en la recepción para que la mujer la recibiera, pero se sorprendió cuando le dieron la bienvenida y el número de habitación de inmediato. Un botones la escoltó hasta que estuvo delante de la puerta a la que no tardó en llamar. No sabía cómo le exigiría que devolviera la joya que en su momento le fue sustraída vilmente a Bradley, pero no saldría de allí con las manos vacías. No podía llevar en su ridículo todas las guineas que estaba dispuesta a pagar, pero le haría una propuesta que Odette Legrand no rechazaría.

Una doncella le abrió la puerta y la condujo por el recibidor hasta una sala.

—*Mademoiselle* Legrand ya le espera —le indicó con marcado acento francés.

Todos los argumentos que la mente de Daisy iba entretejiendo se desvanecieron cuando vio a Bradley de pie delante de la soprano, que permanecía sentada en un amplio sofá que era cubierto por los suntuosos encajes de la enorme falda de su vestido.

La doncella no la anunció, y se quedó tras las espaldas de su esposo, que no la había visto o escuchado aún. Chardonneret tampoco reparó en ella. Daisy iba a carraspear para avisar de su presencia, pero al oírlos conversar, se quedó paralizada.

—Esos escritos sobre mí, que puntualizan que canto desde la más profunda emoción contenida son ciertos —confesó Odette—. Es evidente que se refieren a ti. Eres el hombre que

nunca pude olvidar, menos perdonar. De saber que, pisar Londres con el zafiro en mano, era todo lo que necesitaba para que regresaras a mí, lo habría hecho desde tiempo atrás.

Daisy seguía congelada bajo el vano de la puerta a dos hojas, completamente abiertas. Los ojos de la soprano dejaron de reparar en el varón y se posaron en la condesa que recién arribaba. Una sonrisa floreció en sus labios.

Bradley dio una media vuelta, intrigado por la expresión de Odette, y quedó frente al rostro desconcertado de su esposa.

Douglas y Mark, los hombres de confianza de Norfolk, aparecieron de pronto en el interior de la sala.

—Perdón, milord, no pudimos evitarlo —se disculpó en nombre de los dos—. Cuando el sirviente del hotel llegó a la habitación y le comunicó algo a la doncella y esta a su señora, debieron haberse puesto de acuerdo para intentar engañarnos. La ladina criada nos entretuvo mandándonos a la salita contigua.

—¿Lo hiciste con total alevosía? —Bradley culpó a Odette—. Esa mujer te notificó que mi esposa vino a solicitarte una entrevista, ¿verdad? Y no dejaste escapar la magnífica oportunidad de que me encontrara aquí.

—Di lo que quieras para justificarte —siseó la interpelada.

—No es lo que piensas —brotó como un ruego de los labios de Bradley en dirección a Daisy—. Incluso, acudí escoltado para no quedar a solas con Odette. —Se refirió a los hombres de Norfolk—. He venido a rescatar el anillo, los dos sabemos que lo necesitamos con urgencia esta noche.

Abundante oro brillaba sobre una mesa de té entre Bradley y la mujer, prueba irrefutable de su sinceridad.

—Eres una tonta si le crees —blandió Odette hacia Daisy sin nada de respeto, que aún los miraba a los dos, formándose su propio juicio. No iba a dejar escapar la oportunidad de castigar al hombre que la humilló en el pasado—. Estamos a solas en una habitación de hotel. Los guardias siempre solapan a sus señores, es una fachada.

—Lady Pembroke para usted, no se equivoque —brotó irascible de la garganta de Daisy, odió que la enfrentara cuando ella acudió con la intención de negociar.

—Me conoces, mi amor, y si has venido, sabes que lo has hecho por la misma razón que yo. ¿O me equivoco? —intervino Bradley, caminando hacia ella, tomándole la mano e infundiéndole seguridad.

Daisy no pudo corresponderle, de inmediato, con un voto de confianza, pero permitió que sujetara sus dedos temblorosos. No lo rechazó. Se debatía sobre qué partido debía tomar, el de su orgullo herido o el de la solidez del amor que conservaron por años.

En parte, se le desgarró el alma por encontrarlo allí. Y, aunque entendía que tuvieron el mismo motivo para acudir —la joya no regresaría caminando y ninguno de los dos manifestó en voz alta la intención de ir a recuperarla—, habría preferido que Bradley le advirtiera y no llevarse la desagradable sorpresa.

¿Por qué no le avisó?

—He venido por el anillo, *mademoiselle* Legrand. —La trató con deferencia, se negó a tutearla como ella, en cambio, se atrevió consigo—. Mi esposo ha pagado lo que considera justo, devuélvalo, no haga más difícil la situación. También le conviene. ¿O es que le gusta ver cómo su reputación se desvanece en boca de todos? Las damas que ayer la aplaudieron, no le darán igual bienvenida a Londres si su fama de provocar escándalos e involucrar a familias respetables se sigue extendiendo. Para los tres resultará favorable que el anillo regrese a su legítima dueña. —Su voz era alta y clara, llena de valentía.

Bradley decidió esperar, Daisy se encargaba con soltura de las negociaciones. Apretó un poco más sus dedos, aferrándose a la necesidad de que su matrimonio no sufriera un golpe del que no se pudiese recuperar.

—¿No me va a preguntar cómo terminó en mi poder? —cuestionó Odette a la recién llegada—. Sé que es una joya importante para la condesa de Pembroke y, es evidente que resulta una completa humillación que su esposo haya decidido obsequiársela a otra mujer.

—No me interesa cómo la consiguió, es pasado. Me importa la decisión que tome mi esposo ahora, él decidirá quien la debe llevar en el dedo. —La fulminó con la mirada. A Daisy le costaba entender esas personas que dañaban a otros por satisfacer sus propios intereses: egoísmo, envidias, pura maldad. No sabía cuál era el propósito de Legrand con aquella escena, pero no se iba a dejar arrastrar por la corriente de ese río.

—A quien no le importa lo que ocurra en el patético mundo de apariencias de la aristocracia londinense es a mí —atacó Odette con rabia manifiesta—. No les daré el anillo. Yo ya he tenido mi venganza. Brad, tú elegiste a esta mujer y no te importó dejarme con el alma despedazada. Creí que tarde o temprano te aburrirías de tu insulsa esposa, pero erré en mis predicciones. Jamás volviste a llamar a mi puerta y yo no te olvidé tan fácil como pensaba. Cuando estábamos juntos, imaginé que podría desecharte en el instante que me diera la gana, y resultó que lo poco que me diste echó raíces profundas en mi vida. Hombres poderosos, que han puesto riquezas a mis pies,

me ofrecieron convertirme en amante. Otros me han propuesto matrimonio, volviendo honorables sus intenciones. Pero, ninguno se ha acercado a mí con el corazón desnudo en la mano y me ha brindado el amor desinteresado y real que tú me entregaste cuando yo no era nadie, cuando tú no tenías nada y estabas dispuesto a luchar contra tu padre y la sociedad por estar a mi lado.

Pembroke quiso decir algo en voz alta, pero la profundidad de las palabras de Odette lo dejó mudo un instante. Sí, fueron dos jóvenes con futuros inciertos alguna vez. Ella no tenía asegurada la riqueza y la fama. Él pudo haber enfrentado años de pobreza hasta que le llegara el turno de convertirse en conde. Solo fueron dos corazones, y él estuvo dispuesto a entregarse por completo.

Daisy también se quedó en silencio. Algo se rompió en su interior al escuchar la intensidad de los sentimientos que Brad sintió en el pasado por aquella hermosa mujer y la propuesta que le hizo. Entonces, también sujetó la mano de su esposo, con una fuerza que le aseguraba que ninguna tormenta los haría naufragar.

Como los dos seguían callados, Odette decidió continuar:

—He decidido cancelar mi espectáculo en Covent Garden, mañana continúo con mi gira. Tengo parte de lo que quería y no me causa ninguna satisfacción. Me duele que hayas venido aquí a dejarme esa cantidad de oro para recuperar el anillo. ¿Lo haces por tu condesa? ¿Por tu reputación? Lo que sea, ha sido más importante que mirarme a los ojos y dedicarme una palabra amable en honor a lo que un día nos unió. ¡Váyanse de una vez! ¡Fuera de aquí! —gritó sin poder quitar la vista de las manos de los condes que se aferraban la una a la otra con fuerza.

—Aplaudo su discurso, *mademoiselle* Legrand —dijo Daisy con sarcasmo sin dejar de mirarla a los ojos, ni soltar a su marido—. Pero he venido a buscar el anillo y a salvar a mi familia. No me importa sus razones de inquina, ni contra quién. Soy la condesa de Pembroke y con sus actos deliberados, usted ha tenido la osadía de dañar a los míos. Nadie atenta contra el futuro de mis hijos, mis cuñadas, mi propio honor y se escapa por la puerta trasera cuando se cansa de hacer travesuras. No, no, no. —Negó con la cabeza al ritmo de esas palabras—. Si vino a Londres con malvadas intenciones, aprenderá que nadie se escapa impunemente después de causar tal estropicio. Frederick Banes está comiendo de mi mano —exageró—. Así como lo usó para perjudicar mi reputación y coronarme como la mayor cornuda de Londres, lo utilizaré para destruirla.

—Me iré a Francia. —Sus carcajadas brotaron soberbias y cantarinas—. ¿Por qué debo temer a cualquier infamia que invente sobre mí y que salga publicado en un pasquín de Londres?

—cuestionó con arrogancia, sintiéndose intocable.

—Porque Londres no es el único lugar del mundo donde las patéticas apariencias son tomadas en cuenta —la citó—. Usted no caería en boca de lavanderas entrometidas en los barrios bajos, cuyos chismorreos podría ser que se los lleve el viento. Sería la comidilla de las personas más influyentes de la aristocracia británica, y lo que resuena en Inglaterra, se repite como un eco ensordecedor en el resto del mundo. En Londres solo basta un rumor para destrozar un apellido —repitió las palabras que Bradley le dijo una vez y que no eran desconocidas para nadie.

—Bien dicho, amor. Sin embargo, este desastre lo he causado yo, y no permitiré que continúes desgastándote. Odette —le dijo sin contemplaciones—, como te dignaste en recordar, alguna vez te ofrecí un corazón sincero, pero para ti fue un juego, algo que podías sacrificar por tus verdaderos intereses.

—Me arrepentí en cuanto te casaste —reveló. Ella necesitaba escuchar que fue importante en el alma de Bradley. Si él lo repetía, se llenaría de bríos y lucharía por ese hombre que se volvió inolvidable para su corazón.

—Comprendí que solo malgasté mi tiempo. Tuviste una oportunidad y elegiste lo que consideraste conveniente. No te reclamo, ahora me da exactamente igual. ¡Por eso, no vengas a fastidiarnos y hazte responsable de tus decisiones!

—Brad... —Su voz se rompió al final.

—¿Sabes por qué elegí a Daisy? Porque ella no tuvo miedo, se enamoró de mí y dio un salto de fe.

—¡No seas falso! —lo contradijo sacando su furia a relucir—. Tu lady lo único que esperaba de la vida era atrapar a un lord. ¿Pero te servía? ¿Ciertamente? Eso te facilitaba las cosas. Una mujercita en casa cumpliendo con tus expectativas sociales, mientras tú no te privas de nada. ¿Cómo habríamos encajado tú y yo?

—Ya no lo sabremos —le aseguró—, pero si me hubieses correspondido habría luchado por ti. Ahora es tiempo de que te apartes, ya no me importas y debes aceptarlo.

Daisy abrió mucho los ojos ante la ofensa de Odette que aún resonaba en su mente. ¿Cuántas formas humillantes usó para referirse a ella? Estaba a punto de lanzarse a la yugular de la nefasta mujer, pero Bradley a su lado le sostenía con fuerza la mano, sin dejarla abandonar su lugar.

—¡Maldito pajarraco! —soltó Daisy indignada—. ¡¿Se atreve a hablar de mí como si no estuviera presente y en esos términos?! ¡Usted no me conoce!

—No toleraré más afrentas, Odette, menos contra mi esposa. Has cruzado todos los límites, tendrás que atenerte a las consecuencias —resolvió Bradley, antes de que el altercado continuara escalando—. El anillo. A eso hemos venido, no lo dilatemos más.

—¿Cómo pudiste enamorarte de una mujer que no tiene aspiraciones en la vida? —continuó refunfuñando Odette. Su ego era tan inmenso que no podía entender la razón por la que Bradley dejó de adorarla, para rendirse a los pies de su condesa.

—Mi esposa siempre ha estado a mi lado y yo al de ella. Jamás me ha sentido como una amenaza que le impida lograr sus sueños. Se siente completa, y cuando alguien está en paz consigo mismo es libre para amar y dejarse querer. Y, por supuesto que sí tiene sus pasiones. No te hagas falsas ideas. Mi mujer es talentosa, y mucho, pero no tengo que demostrártelo. Piensa lo que quieras. Luchar por los sueños no está contrapuesto con el amor, y eso Daisy lo sabe —terminó bajando la voz y lanzándole una mirada llena de ternura y respeto a su mujer.

—¡Estúpida engreída, la soberbia la ciega! —escupió Daisy muy enfadada, su vocabulario se enriqueció al convivir con Bradley, y tuvo la oportunidad de emplearlo—. No soy una insulsa mujercita que borda manteles mientras su esposo es el amo y señor. Entiéndalo, Legrand, ha perdido. La vida le puso un hombre completo en su camino, uno que se entrega con el alma, los sentimientos, la piel. Pero como la altiva obtusa que es, creyó que lo iba a tener a sus pies o dispuesto a correr cuando chasqueara los dedos. Desaprovechó la oportunidad de ser amada por él. Bradley encontró una mujer a su altura, ahora es mi hombre. Acepte su derrota y huya si es que le queda dignidad.

—¿Cómo osa hablarme así?! —El grito de Odette salió como una queja, sorprendida por las palabras y el arrojo de la condesa.

—¡Porque puedo! ¡Se pondrá peor! ¡Douglas y Mark, revisen hasta el último de los cajones para encontrar el anillo que tiene escondido esa bruja! —les ordenó Daisy—. El pago ya está en la mesa. Hemos venido a recuperar lo que nos pertenece. De lo contrario, si la afamada cantante se opone, la acusaremos de robo o cómplice de contrabando, los Pembroke somos los legítimos dueños de la piedra.

Los hombres miraron al conde que con un gesto aprobó las exigencias de Daisy.

—¡No van a encontrar nada, son unos malditos dementes! —berreó Odette como poseída. Cuando arribó a Londres, creyó que con su presencia iba a turbar la rutina de Bradley. Creía que había tenido tiempo de sobra para aburrirse de su esposa y que la ilusión de un amor del pasado los haría reconectar. Jamás esperó el desenlace que estaba viviendo—. Tu condesa y tú están hechos tal para cual.

Nadie se detuvo ante los reclamos de Odette, cuando los hombres de Norfolk esculcaron en todos los cajones y no hallaron la sortija, Pembroke se volvió hacia la soprano con el gesto demandante.

—Ni un juego más.

—Te digo la verdad, no lo tengo —continuó Odette—. Solo lo usé esa noche. Robert Roy, tu antiguo socio, fue quien orquestó todo. Quería llevarlo a cabo en tu propio baile, pero como no pudo convencerte para asistir, ni lograr colarme en la fiesta, utilizó a los Westbridge. Supongo que estará furioso porque los Westbridge lo han descartado como pretendiente de su hija, y tenía todas sus esperanzas puestas en escalar socialmente gracias a ese matrimonio.

—Qué bajo has caído. —No estaba tan sorprendido, sabía que aquellos dos terminaron por volverse cómplices en algún punto, retornaron al mismo tiempo a su vida—. ¿Cómo pudiste aliarte con esa rata si sabías todo lo que me había hecho? Te advertí que era un hombre peligroso, sin escrúpulos.

—El rencor puede unir a los enemigos. Me prometió que después de que hundiera tu reputación, no te iba a quedar más remedio que volver conmigo, que te arrodillarías a mis pies.

—¿Y le creíste?

—Por supuesto que no iba a permitir que te perjudicara, solo quería verte otra vez, tener una oportunidad. No he podido borrarle de mi corazón.

Daisy negó y tuvo que esbozar una sonrisa irónica para no soltar lo que estaba pensando, Bradley lo manejaba bien. ¿Hasta dónde llegaría el descaro de esa arpía?

—¿Y cómo no te salió bien, te sedujo la revancha? —preguntó él.

—¿Cuánto tiempo llevo en Londres? Y me ignoraste sin una gota de consideración. Cada concierto al que no acudiste fue desaire tras desaire.

Para Pembroke sus reclamos ya no tenían sentido.

—¿Y qué demonios esperabas, Odette?

—Creí que te recordaría todo lo que fuimos y que volverías a quererme.

—Me das pena —bramó decepcionado, haciéndole una seña a Douglas para que guardara el oro—. Más vale que te marches a donde te dé la reverenda gana, porque saliendo de aquí acudiré a Covent Garden y moveré mis influencias para que si no te largas, finalicen tu contrato de inmediato. Tu estancia en Londres ha terminado. Y pídele a Dios o al diablo, que yo pueda encontrar a la rata de Roy y saldar a tiempo todas mis deudas con él. De lo contrario, el

resentimiento que me tienes quedará minúsculo en comparación con el mío.

Acarició la mano de su esposa que no había soltado ni un momento. En un gesto de devoción, entrecruzó sus dedos con los de ella, para después llevarlos a su boca y depositarles un ferviente beso, con el que reiteraba que su corazón le pertenecía de manera absoluta.

Capítulo 27

La doncella terminó de arreglarla. Daisy se contempló en el espejo. No podía seguir dilatando el momento de descender por las escaleras. Rose estaba a su lado, en su habitación, y traía una caja de terciopelo azul de Prusia en las manos.

—No se me ocurre otra cosa. —Le extendió el estuche que Daisy se negó a tomar—. Los curiosos solo esperan ver un zafiro. Esta mañana cuando nuestras amigas y yo llegamos, Annalise nos puso al corriente de lo que pretendías hacer. Daisy, no puedes lanzarte sola a esa clase de contiendas, soy tu hermana. Debiste buscarme a mí o llevarte a Anna, a Grace o a cualquiera de nosotras. Gracias a Dios, Bradley estaba ahí. ¿Y si Roy hubiese esperado tras de la puerta? ¿Y si con tal de ensañarse con Pembroke te hubiese raptado o algo peor?

—Fue un impulso —contestó pensando en los supuestos referidos por su hermana.

—Pero el impulsivo de los Peasly es Jake, no tú. Nosotras nos valemos más del ingenio.

—Quizás esa eres tú, ahora que has madurado, antes eras más parecida a mí. Te convertiste en la juiciosa Rose. Yo estoy en el medio de Jacob y tú, como una mezcla más equilibrada entre el ingenio y el salvajismo. —Trató de hacer una broma, pero se le escuchaba tan pesimista. Los invitados estaban por arribar y no logró sortear la dificultad: encontrar el anillo y colocarlo en su dedo.

Roy se esfumó de la faz de la tierra. No pudieron dar con él.

—Esta es la solución que tenemos a la mano. No se me ocurre otra cosa. La joya es de Laetitia, ella la ha brindado desinteresadamente. Todas nuestras amigas, que tenían anillos de zafiros, los ofrecieron y este destacó por el parecido y tamaño con el de los Pembroke. Incluso, dice Letty que puedes quedártelo y lucirlo en todas las ocasiones formales que así lo desees. Su esposo se lo obsequió, lo mandó a elaborar para ella y han comprado el silencio del orfebre. No está ligado a los bienes del título.

—Parece buena idea, Rose, pero pasas por alto ciertos detalles que un hábil instigador tomará en cuenta. Mi anillo —dijo y suspiró, jamás lo había visto, solo repetía la descripción que escuchó de Patience—, tiene la piedra pulida en cabujón y una estrella reluce en su centro. Este precioso zafiro —dijo para referirse al de Laetitia—, tal vez es enorme, pero muestra un corte facetado, diferente al mío. Mi sortija luce la piedra principal rodeada de diamantes más

pequeños, y pétalos de oro envuelven el centro formando una flor. Quien quiera escarbar lo hará. Muchas damas contemporáneas con mi suegra la habrán visto lucirlo cientos de veces. No es una joya que se olvide.

—Creo que merece la pena que lo intentemos, al menos para ganar tiempo.

Daisy sacó el anillo con timidez y coló su dedo por él. Le quedaba un poco grande, signo de que no le pertenecía, pero lo hizo solo para complacer a su hermana. Sin embargo, no tenía intenciones de lucirlo. En cuanto bajó los escalones, antes de acudir a la entrada principal para recibir a los invitados, se lo quitó del dedo y lo guardó en un compartimento secreto de la falda de su vestido. Al menos, le daría un poco de paz a Rose y las demás damas, una paz que ella no tenía.

Al pie de la escalera se encontró a lady Abbott.

—Daisy —la llamó para que se acercara.

—Milady —le dijo con cariño—. No sabía que los Allard ya habían llegado. —¿Tan tarde se le hizo, que sus invitados arribaron antes que ella misma?

—No, querida. Tomé un carruaje y vine por mi cuenta. Me pareció importante tener una charla contigo antes de que llegaran todos. Y, además, Patience no debe estar en sus mejores momentos. Vine a solidarizarme también con ella. Necesitará una mano amiga en medio de la tormenta. Y tus cuñadas son solteras, me encantará encontrarles esposos, para aliviarte un poco la carga.

—Lady Abbott, no quiero ponerme sentimental, pero usted siempre está ahí cuando la he necesitado. Mejor dicho, cuando cualquiera de mis amigas o hermana también han requerido de su valiosa ayuda. Dios la dotó de un magnífico corazón.

—No me digas esas cosas, pequeña, o seré yo quien me ponga a sollozar y he venido a brindarte soporte. No al contrario. Sé que tu madre no está aquí ahora, ¿quién habría previsto tales circunstancias?

—Gracias a Dios, mamá se fue de viaje, así no sufrirá este martirio —confesó agradecida porque Aurora no tuviera que padecer los sobresaltos del baile.

—Estoy yo ocupando su lugar, cuentas conmigo, muchacha. El que se atreva a despegar los labios con la intención de ensuciar tu nombre o el de tu esposo, le lavaré la boca, para que aprenda a meterse en sus asuntos y no en los ajenos. —Lady Abbott no mentía, abrió su ridículo y mostró un trozo cortado de jabón de brea.

—Oh, por el Creador.

Daisy tuvo que sonreír en medio de su amargura. Lady Abbott abrió los brazos y la cobijó en ellos.

—Cuando leí ese diario, no creí ni una palabra. Maldito sinvergüenza quien mal informó a Banes.

—¿También lo recibió?

—Estoy suscrita. Admiraba a Frederick Banes cuando hablaba bien de todos, de los más increíbles bailes, de las estupendas damas casaderas, de los portentosos caballeros solteros, de las suntuosas dotes. En ocasiones fui su fuente, pero sabiendo lo bajo que ha caído, no colaboraré con él nunca más. Es su deber corroborar la información.

—Banes y yo estamos limando asperezas. Tal vez no le guarde tanto resentimiento si me hace un favor.

—Tiene mucha influencia en la aristocracia. Si él escribe que luciste el zafiro en su mayor esplendor, aunque no haya estado en tu dedo, todo Londres lo creerá —soltó con desdén, molesta con el periodista que antes admiraba.

—Oh, lady Abbott, qué magnífica idea. —Su mundo se paralizó, esa solución era más práctica que la de Rose.

—Solo fue sarcasmo, querida —agregó con simpleza—. Ni siquiera lo dije creyendo que iba a funcionar, pero ahora que lo reflexiono, no es tan descabellado.

—Banes está invitado, tengo que verlo, no debe tardar en llegar. Agregaré a mi lista otra de mis exigencias, no importa si el anillo es un fantasma en mi mano, si él escribe que lo vio en mi dedo, todo Londres lo dará como un hecho verdadero e irrefutable.

—¿Oh, pequeña, crees que funcionará? —La esperanza se asomó a la superficie de sus ojos.

—No perdemos nada con intentarlo. ¿No le parece?

—¿Y cómo harás para conseguir que ese hombre mienta?

No se detuvo a pensar en la respuesta, con esa brillante idea titilando en su mente, caminó apresurada hacia la entrada. A su paso se encontró a Annalise, la esposa de su hermano, quien se abrazó a ella con efusión.

—Daisy, vas a matarme. Ya supe lo que sucedió en el hotel. ¿Por qué no me dejaste acompañarte?

—Perdóname, Anna, no quería involucrarte si algo salía mal. ¿Mi hermano lo sabe?

—Y su discurso fue muy florido al imaginar al peligro al que te expusiste. Ahora mismo está hablando con Bradley, y están muy serios. ¿Será que me ayudas a aplacarlo? Por Dios, no toleraré una disputa familiar. En el carruaje no hizo otra cosa que maldecir porque Brad no evitó que abandonaras la seguridad de Pembroke House y te metieras en la boca del lobo.

—Oh, Jake aún lo duda. ¿Cómo si alguien pudiera domar por completo la voluntad de un Peasly? Al final parece que los hermanos no somos tan distintos. Pero hablamos después, tengo prisa. Y no fue tan terrible. Ni siquiera sospeché que ella y Roy eran aliados. Ahora tengo que irme.

—¿Qué ocurre? ¿A dónde vas corriendo? —preguntó muy intrigada, parecía que Daisy iba a apagar un fuego.

La dejó con la boca abierta, pero la urgencia no le permitió frenar de golpe hasta llegar a donde su gallardo y elegante esposo ya la esperaba. Con un gesto grave, Bradley conversaba con Jacob y con Oso. El marqués tras saludarla, se alejó para buscar a Rose.

—Daisy... —Empezó su hermano.

—Peroratas ahora no, Jake. Necesito hablar con Brad... —soltó ella de modo atropellado, casi sin aliento.

—Por favor, no hagas más locuras —le dijo a Daisy con cara de hermano mayor, un rol que le encantaba asumir, olvidándose que era el benjamín de la familia. Después se volvió hacia Bradley y le hizo un gesto, que indicaba que algo tramaban, pero como ella tenía aquel plan en la punta de la lengua, lo dejó pasar.

—Daisy, los carruajes han arribado —la apuró su impaciente esposo—. Los invitados no tardarán en comenzar a desfilar por la entrada.

—Y aquí estoy —canturreó.

Al fin quedaron a solas, y ella estaba a punto de decirle que tenía una solución.

Él la miró de reojo, cuando se separaron en la alcoba, la dejó hecha un manojo de nervios, y en este instante resplandecía.

—¿Suced algo?

Daisy asintió, pero no pudo soltarle de inmediato lo que fraguaba, se vieron obligados a dar la bienvenida a los recién llegados.

Entre los primeros que se aproximaron vieron a sus queridos amigos, los duques de Norfolk, los marqueses de Normanby, los vizcondes Sadice, los condes de Allard y los duques de

Weimar, con quienes compartieron su propio lenguaje de señas, con el que les brindaron apoyo.

Prosiguieron haciendo su gran entrada, otros exponentes de la nobleza, con los rostros muy suspicaces, mirando de soslayo a la mano de la condesa, quien hábilmente alcanzó a esconderla entre los pliegues de los abultados encajes de su amplia falda.

Después dio la cara Frederick Banes. El semblante de Bradley casi se desfigura cuando lo vio arribar.

—Pero, qué demonios —masculló y Daisy tuvo que darle un apretoncito en el brazo para que mantuviera la compostura.

—Es mi invitado.

—¿Tu invitado?

El hombre puso una expresión de terror, casi sale huyendo, pero la amabilidad de la condesa lo calmó y lo hizo proseguir.

Hasta que hubo un paréntesis entre los asistentes, en lo que esperaban al resto, Daisy se resistió a alargar su revelación. Su emoción reverberó desde sus adentros cuando por fin pudo hablar. Lo tomó del rostro y le susurró al oído la idea que lady Abbott le dio de manera indirecta. Él inspiró con fuerza, sopesando las palabras escuchadas.

—No lo hagas, Daisy, porque tu plan, arruinaría el mío. —La mirada taciturna de Bradley escrutó la entrada, como nadie más aparecía continuó—: Estoy en medio de algo. Por eso me reuní con Oso y con Jake.

—¿Cómo? ¿Y por qué desconozco que ya tenías un plan? —enfaticó la última palabra—. ¿Mi hermano y tú no debatían sobre mi visita a Legrand?

—El asunto que nos concierne es más urgente. Roy vendrá esta noche.

—¿Aquí a nuestra casa? ¿Justo durante el baile?

—Mandó a uno de sus secuaces con una nota mientras estabas arriba. Uno de los hombres de Norfolk que custodia nuestra propiedad me la entregó. El maldito no renunciará tan fácilmente a arruinarme, y todo indica que hoy le parece una buena oportunidad. Se ha obsesionado con nuestro «gran baile».

El rostro de ella palideció, pero ambos tuvieron que tragarse las palabras, mientras otros de los invitados se introducían y ellos debían saludarlos con una enorme sonrisa. Cuando volvieron a quedar a solas, él le aconsejó:

—Es importante que actúes lo más natural posible para no alertarlo.

—¿Lo natural existe en estas circunstancias? No sabemos qué intenciones tiene.

—Imagina las peores y muy probablemente acertarás.

—Pero no entiendo, te negaste a aceptar su presencia desde el inicio, Brad. ¿Qué cambió?

—Sabe que necesitamos el anillo y la nota refiere que lo traerá en persona y se lo entregará a su legítima dueña.

Daisy hizo un gesto muy desconfiado.

—¿A cambio de qué? Ay no, yo no quiero que ese señor se me acerque, me da repelús. Aunque nunca lo he visto, esos seres siniestros no me gustan. A pesar de que podría servirme de inspiración para el antagonista de uno de mis libros —añadió como si pensara en voz alta.

—Daisy, esto es muy serio. —La acercó y le depositó un beso en la frente. Sus ojos grises parecían más tormentosos—. Por supuesto que no dejaré que te toque, antes lo mando al infierno. Jake y Oso están alertas, al igual que los demás caballeros. Los hombres de Norfolk rodean la propiedad.

—¿Y Roy se meterá en una trampa como un ingenuo ratón en una ratonera? Algo no encaja. Prefiero mi plan, hay menos riesgos.

—Él piensa que ha ganado. Considera que me tiene comiendo de su mano, sabe que necesito el anillo para callar las especulaciones. Me reprocha porque perdió a la señorita Westbridge.

—La perdió por sus malas artes. Los Westbridge son malintencionados, pero no idiotas.

Bradley la miró de reojo, su esposa se sentía cada vez más cómoda maldiciendo. Era su responsabilidad. La llevó por el mal camino, se sintió una pésima influencia. Pero le agradó esa faceta justiciera y descarada de ella. Daisy seguía sorprendiéndolo.

—Pretende humillarme en mi propia casa delante de todos. Seguro la boca se le hace agua y está dispuesto a afrontar el riesgo con tal de salirse con la suya. Desde Oxford, a Roy le gusta rodearse de gente poderosa, codearse con la alta sociedad para después embaucarlos. Y la idea de usarme para acceder a las puertas que, según él, se le han cerrado, le tienta. Al final, cuando haga de las suyas, el odio en su contra se dirigirá hacia mí. Los Westbridge lo rechazaron y lo alejaron de nuestro círculo, yo le estoy introduciendo.

—No, Brad. No lo permitas. Puede aprovecharse de otra señorita como pretendía hacerlo con la hija de los Westbridge o tramar negocios turbios donde desfalque o involucre a un

miembro respetable de la sociedad. Alguien inocente podría terminar en la cárcel y pagar sus platos rotos, como casi te sucedió.

—No me queda otra opción... Por ahora. Es la única alternativa para recuperar el anillo y atrapar al maldito.

—Pero él es muy astuto. Arriesgamos demasiado al dejarlo entrar a nuestra casa con todos esos invitados pululando por los salones. Si ese hombre se sale con la suya, la catástrofe para el título puede ser de proporciones irreversibles. ¿Por qué no citarlo en un callejón oscuro o solitario y, en cambio, decides enfrentarlo delante de tantos testigos?

—Porque, de lo contrario, para Roy no sería tan tentador.

—Amor, ¿estás seguro? Tu plan parece ser la solución, pero no veo cómo nos librarás de estar en boca de los amantes del cotilleo.

—De eso ya no podemos escapar. La única salida es buscar la manera de poner de nuestro lado a los verdugos de la opinión pública que ahora nos señalan.

—Pero, ¿cómo?

—Por favor, confía en mí.

Los labios de ambos quedaron sellados cuando el aludido se detuvo frente a ellos. Daisy no lo conocía, pero bastó percibir la tensión recorrer el cuerpo de Bradley y notar cómo la ira se reflejó en su mirada, que se volvió afilada contra su enemigo.

Capítulo 28

Robert Roy hizo que Daisy sintiera escalofríos. Seis hombres venían en su carruaje contando al cochero. Parecían ser simples pajes o lacayos que se quedarían por ahí merodeando. Pero a nadie engañaban, aunque estuvieran vestidos apropiadamente, la maldad se leía en sus rostros. Hombres de los bajos fondos acostumbrados a las tareas más peligrosas. ¿Y a esa clase de escoria Bradley se veía obligado a introducir en su propiedad, en su círculo, entre sus familiares y sus amigos?

La satisfacción resplandecía en la expresión victoriosa del canalla. Como si desde que fue encarcelado hubiese dedicado sus días a planear la destrucción de quien consideraba responsable de sus propias fallas.

—Lady Pembroke. —Tuvo el descaro de decirle, mirándole a los ojos e hizo la peor reverencia que Daisy había presenciado.

—Señor Roy —le devolvió sin temor. Se sorprendió del calor que emanaba de su sangre, de las ganas que tenía de darle su merecido, de arrojarlo de un puntapié de su hogar.

—Pembroke, heredaste el título, ahora debo llamarte así. Muy hermosa tu condesa. Entiendo por qué no puedes mirar en otra dirección. Sin embargo, hay una piedra que no brilla en su dedo.

—Roy —masculló Bradley a secas, sin más adornos ni florituras. Se retaron varios segundos con las miradas—. Muéstrame el anillo.

—¿Tan desesperado estás, amigo? Me esperaba una lección loable de tu ilustre hospitalidad.

—No es la primera vez que me timas y ya no quiero darte el gusto —añadió Bradley con sarcasmo—. No me sorprende que el anillo haya parado misteriosamente en tus manos.

—El niño de mamá fue muy manejable y confiado con los extraños. Hay que ser más cuidadoso con las joyas de tanto valor. Supongo que lo aprendiste a las malas.

—Como sea, muestra el anillo o tus aspiraciones de atravesar por mi puerta quedarán en nada —exigió el conde.

Fue una suerte que el malnacido fuese el último en arribar, hasta supo elegir el momento. A

lo lejos, quien los viera dialogar, no creería que un duelo se desataba bajo las más estrictas apariencias.

—Aquí está, pero no lo entregaré pronto. —Palmeó el bolsillo de su levita con disimulo—. Primero quiero garantías de que no me echarás a tus perros antes de que me dejes disfrutar la estupenda velada. —Miró con desdén a los hombres de Norfolk que merodeaban sin quitarle la vista de encima—. También quiero bailar una de las piezas más destacadas con la anfitriona —jugó con Daisy, era su especialidad. Ella sintió como el asco se apoderaba de su garganta, de su estómago, de toda su piel.

—Ni en tus sueños más dementes —siseó Bradley como quien hablaba del estupendo clima que hacía esa noche.

—Es el precio por pagar. ¿Qué creías? Un niño rico después de una pataleta se va lejos de casa, pero no necesita morder el polvo tras su arrebato de orgullo. Tiene el anillo de su pomposa madre para jugar a ser independiente.

—No me indigna mi procedencia. Sentirte menos que los demás es lo que no te ha permitido crecer. En vez de trabajar con ahínco en lo tuyo, te dedicaste a odiar a todos los que estaban a tu alrededor y a satisfacer tu insana necesidad de aplastarlos. Ya sé cómo entraste a Oxford. Tu padre, un clérigo honorable, al servicio de nobles respetables descubrió tu talento y les rogó a sus señores para que te ayudaran.

—Migajas. —Estaba muy sorprendido, jamás hablaba acerca de su familia. Le humillaba su origen, no lo aceptaba y despreciaba a sus progenitores.

—Cuando te expulsaron de Oxford, tus padres te negaron su apoyo hasta que te comportaras como un hombre de bien —continuó Bradley. Daisy se sorprendió de lo rápido que Norfolk dio con la familia del susodicho—. Lamentable.

—Son unos estúpidos conformistas muertos de hambre. Jamás llegarán a donde yo lo hice. Me sobra el dinero para no tener que agachar la cabeza ante nadie. Ahora mismo tú, un conde, está comiendo de mi palma. Y pronto todo Londres hará reverencias ante mí. —La arrogancia del pusilánime molestó a Daisy.

—A la cárcel, a la delincuencia, al crimen. Son los escaños tan loables a los que lograste escalar —le recordó Bradley con tono sardónico—. Oh, Roy, es mi deber informarte que no eres un ejemplo de superación para nadie. Dudo que alguien con honor desee seguir tus pasos. El dinero no abre todas las puertas.

—No, me ha quedado claro. Para eso uso mi ingenio y a los idiotas como tú. —Abrió los

brazos con el ánimo de enfatizar su victoria, decidido a seguir hacia el gran salón.

Bradley apretó los dientes y se aguantó la ofensa, necesitaba mantenerse frío, para no agarrar al sinvergüenza por el cuello y darle la tunda que se merecía.

—Tu pase a la alta sociedad es el anillo, Roy —blandió con sarcasmo. Su madre tendría que felicitarlo por su educación y su diplomacia, aún no había alzado la voz. Las clases de etiqueta sirvieron para algo más allá de sus propósitos evidentes.

—Te lo mostraré, pero quizás te lo entregue después de que baile con tu condesa —insistió—. Eso hará que me noten. No todos los invitados bailan con la anfitriona de un evento tan importante.

Roy metió la mano en el bolsillo y la sacó en un puño, con disimulo la abrió para que solo la vieran Bradley y Daisy frente a él. El zafiro estrella relució robándole el aliento al conde y causándole un sobresalto a su esposa.

Aquello sucedía ante los ojos de los asistentes que estaban distraídos con los aperitivos que se comenzaban a servir, con la charla banal o con el cotilleo sustancioso. Como Roy se había mantenido en las sombras, su presencia causó cierta intriga, pero no una importante. Las miradas escrutaban las manos de las damas, para ver quién portaba el zafiro de cabujón. ¿Se atrevería la tercera en discordia a presentarse luciendo la joya? Los murmullos se extendían llenos de malicia, acallados, ocultos tras los abanicos.

—Imagino que no intentarás arrebatármelo, no me molestaría forcejear y dar un espectáculo. —Roy volvió a la carga—. Al final perderás más que yo. Podemos tener una noche muy civilizada. Pero, también he traído a mis hombres y están armados, por si se te ocurre algún estúpido plan.

Un último carruaje hizo su arribo dejando a los tres en silencio, mientras observaban quién más se acercaba. Daisy repasó mentalmente la lista de invitados, no faltaba nadie de los que habían confirmado su asistencia.

La portezuela del coche se abrió y todos pudieron contemplar a Odette Legrand asomarse. Roy devolvió con descaro el anillo al bolsillo de su levita, mientras la mujer recorría la distancia, hasta el brazo extendido con total caballerosidad.

—Maldito sinvergüenza. —Daisy le soltó a Roy con los dientes apretados, más sorprendida si era posible, llevándose una mano a la sien. Ahora sí que esa noche sería un desastre. ¿Cuál era el plan de Roy? ¿Entregarle a la mujer el anillo? ¿Qué lo exhibiera en su mano frente a todos? Lo que más la asombró fue el apretoncito que le dio Bradley en el brazo, como si le recordara que

mantuviese la calma.

—Qué feo, milady. Creí que las damas de cierta alcurnia tenían prohibido maldecir —la sermoneó Roy muy divertido y después siguió disfrutando de escuchar su propia voz—: Ha llegado mi pareja de esta noche —informó Roy con el júbilo dando una fiesta en su cínica cara—. Es poco elegante llegar a un baile sin una dama.

Odette no tardó en aproximarse y contemplarlos con sorna. Ni siquiera se dignó a desplegar su hipocresía y saludarlos como correspondía. Los observaba con cara burlona, esperando escuchar qué palabras emitirían los condes de Pembroke ante su llegada.

Daisy miró a su marido para buscar una respuesta. La cara de Bradley lucía de hielo, un brillo malévolo se asomaba a sus ojos. Pero lo conocía. Era demasiado, él estallaría de un instante a otro.

Bradley decidió ignorar los ataques, entrecerró los ojos y, después, esbozó una sonrisa más retorcida de lo habitual, como si cantara victoria. Daisy no entendía nada. Esos dos estaban ahí con sus engreídos rostros, amenazando con hundirlos y que su baile fuese recordado como el inicio de la caída de los Pembroke. ¡Una desastrosa e inolvidable caída! ¡Por los siglos de los siglos!

—¡Guardias! —rugió Brad de forma abrupta e intempestiva, retumbando en los oídos de Daisy y sobresaltándola.

Los ojos de todos los invitados se volcaron hacia lo que sea que se estaba librando en el sofisticado vestíbulo de los Pembroke.

Dos cuadrillas de policías se acercaron por cada extremo y miraron de modo amenazante a Robert Roy, que, con la expresión desconcertada, no pudo responder con la rapidez a la que estaba acostumbrado. No entendía qué sucedía y no imaginó tal desenlace.

Los policías parecían saber cómo debían actuar, detuvieron a Roy *ipso facto*. Su carruaje con sus esbirros no tardó en darse a la fuga antes de volverse blanco de la autoridad.

El policía de más amplia jerarquía esculcó los bolsillos del atónito Roy, y sacó el anillo del que todo Londres murmuraba desde la fatídica publicación.

—¿Es el anillo que le robaron, milord? —preguntó la autoridad de más rango, mientras sus hombres detenían a Roy, como si de un delincuente muy peligroso se tratara.

Odette, con su elegante vestido, no dilató en recurrar, tambalearse, y aterrizar de bruces ante los curiosos que no tardaron en aglomerarse a menos de dos metros de donde sucedía la acción.

—El mismo del que le mostré los documentos probatorios de la propiedad a nombre de mi familia —contestó Bradley con un tono autoritario y formal—. Sabiendo de la importancia sentimental de la joya para mi madre y mi esposa, este rufián trató, además, de chantajearme para poder recuperarla. Exigía una suma escandalosa, más que el de por sí, ya exorbitante precio de la piedra. No dudo que su propósito aquí esta noche fuera robarnos algo más o vaciarle los bolsillos a uno de mis invitados.

—O quizás, despojar a otra ingenua dama de una valiosa posesión, para después intentar arruinar su reputación o la de su familia. —Daisy no desaprovechó la oportunidad de intentar granjearse la empatía de las féminas ahí presentes, las mismas que estaban dispuestas a despellejarla viva con sus lenguas afiladas.

—Hace una semana notamos la falta del anillo, no solo me robó, también intentó chantajearme. Gracias por acudir de manera urgente ante mi llamado —aduló un poco a la autoridad, solo con el afán de recalcar en voz alta el delito que se cometió para que los invitados descartaran las mentiras escritas por Frederick Banes, quien también observaba todo con ojos desorbitados.

Las murmuraciones y las conjeturas de los invitados acerca del plan malvado de Roy para desacreditar y robar a los Pembroke no se hicieron esperar:

«¿Quién es ese Robert Roy?».

«No lo conocía».

«No fue el pretendiente de la señorita Westbridge?»

«Ahora entiendo la razón por la que los Westbridge le retiraron su aprobación abruptamente».

«Pembroke nos ha librado de esa escoria que pretendía engañarnos».

«Dios bendiga a Pembroke por salvarnos de semejante instigador».

Las mujeres asustadas revisaban si sus joyas continuaban en sus sitios y los hombres esculcaban sus bolsillos, y verificaban si sus relojes seguían a buen recaudo.

Roy parecía que iba a estallar de lo furioso que estaba, todos sus esfuerzos por colarse en la alta sociedad fueron arruinados. Acababa de quedar como un vulgar ladrón delante de lo más selecto de la aristocracia. El bajo perfil que mantuvo hasta ese momento para cometer sus fechorías quedó destruido para siempre. Bradley no solo era responsable de cerrarle las puertas a lo que toda su vida ambicionó, sino que mostró ante todos quién era Robert Roy, dejando su incipiente reputación por los suelos, antes de despegar.

Cuando la policía condujo a Roy a los carruajes cerrados que se mantuvieron ocultos, para llevárselo de allí, Bradley volvió a reparar en Odette. La brillante soprano seguía despatarrada sobre el lustroso mármol, intentando ponerse de pie, sin éxito. Los volantes de su amplia falda terminaron por derribarla y por atraparla en el suelo. Nadie se dignó a ayudarla, los que antes la aplaudieron ahora la observaban como a un bicho raro, como a una araña venenosa de la que debían protegerse.

Bradley la miró con desdén.

—Odette, de mi cuenta corre que jamás en tu maldita existencia vuelvas a pisar un escenario en Londres, así tenga que vaciar mis arcas. ¡Lárgate de nuestras vidas para siempre!

Las murmuraciones acerca de la cantante no se hicieron esperar: «¿Era acompañante del ladrón, su cómplice o su próxima víctima?», como sea, a nadie volvió a resultarle tan simpática.

Odette sintió la gélida desconfianza de su antiguo público adulator cernirse en torno ella. Se levantó como pudo y se escurrió avergonzada ante las miradas recelosas de los presentes.

Algunas de las damas se acercaron con palabras compasivas hacia Daisy, sus cuñadas y Patience. Los caballeros rodearon a Pembroke muy agradecidos. Mientras tanto, sus verdaderos amigos —los Weimar, los Allard, los Bloodworth, los Peasly, los Normanby, los Norfolk— aprovecharon para reafirmar el discurso, acerca de que el peligroso ladrón ya estaba bajo la mira de cada uno, era cuestión de tiempo para atraparlo.

La policía tuvo la delicadeza de devolverles la joya, Bradley aún la tenía en la mano libre. Las autoridades requerirían a los Pembroke cuando fuese necesario y recopilarían el resto de las pruebas para cumplir con el deber.

Con una rodilla en el suelo, Brad se la puso a su esposa ante las miradas conmovidas, especialmente la de Patience y la de lady Abbott.

—Mujer, eres mi roca, mi presente, mi futuro, mi vida entera.

—Te amo, Brad.

—Condesa mía, mi amor por ti no conoce los límites y nunca los conocerá.

Un beso apasionado fue secundado por exclamaciones de ternura de los más civilizados. Alguna que otra dama muy puritana se abanicó profusamente, pero se negó a emitir un juicio restrictivo, tomando en cuenta las irregulares circunstancias.

Daisy observó el azul del mismo tono del mar donde las aguas son más profundas, y apreció la inusual estrella de luz en el centro. Toda una rareza que cuidaría con verdadera fiereza, hasta

que tuviese el honor de traspasarla a la siguiente condesa de Pembroke. —Lo que esperaba ocurriese en un tiempo muy muy lejano.

—Ya entiendo a lo que te referías cuando dijiste que ya no nos libraríamos de estar en boca de todos, pero que lo haríamos con las murmuraciones a nuestro favor. —La condesa seguía abrazada a su esposo—. Es la segunda vez que te libras de Roy, ¿crees que habrá una tercera ocasión en la que necesitemos protegernos de su maldad?

—Ahora estamos en Londres y tiene un historial que los hombres de Norfolk se encargarán de dejar en manos de la policía —le contestó infundiéndole seguridad—. No tendrá escapatoria.

Rose, Grace y las amigas de Daisy se acercaron a curiosear y a rodearla de amor. Daisy aprovechó para devolverle el anillo facetado a Laetitia y agradecerle por la buena intención. Bradley también compartía la camaradería con sus amigos. Se sentían dichosos. Se habían rodeado de los mejores, entre todos se protegerían, ya había quedado demostrado.

Con una sonrisa ladeada y el alivio en su corazón, el conde de Pembroke extendió la mano en dirección de su bella y animada esposa.

—Estimados asistentes, lamento tan bochornoso incidente. Espero que nadie más sufra las consecuencias del deshonesto comportamiento del amante de lo ajeno. Pero, la autoridad ha acumulado otro triunfo y volvemos a estar libres del acecho de un criminal de ese nivel. Ahora sí, ¿me permiten agasajarlos de la forma que se merecen? Querida, ¿inauguramos tu primer baile como condesa de Pembroke?

Daisy tomó la mano en el aire de Bradley. Juntos caminaron con solemnidad al centro del salón decorado con esmero. La orquesta comenzó a tocar, a solicitud del mayordomo que aún no se recuperaba de la turbación. ¿Un ladrón en Pembroke House justo esa noche? Tanto que había cuidado los pormenores de la decoración, el servicio y las atenciones. Suspiró. Y la *crème de la crème*, así como los periódicos de mayor circulación, hablarían del inesperado arresto, opacando el buen gusto y la excelencia con que había preparado hasta el detalle más insignificante.

Daisy agradeció cuando Bradley la llevó a la pista y cuando aquel vals alegre y melodioso la envolvió por completo. En ese instante, ni siquiera le importaron los chismorreos que la aparatosa apertura del baile suscitaría. Bradley se encargó del «asunto» y lo hizo de tal modo que se sentía orgullosa de él. Ella también colaboró. Juntos eran un equipo, una pareja. Y quien se atreviera a volverse a ensañar con los Pembroke, sabría de qué madera estaban hechos.

Recostó la cabeza en el pecho de Bradley, justo como aquella vez en el lago de Goldenshadow Castle, cuando sus destinos quedaron ligados para siempre. Escuchó los latidos del hombre que amaba, respiró hondo y supo que, a su lado, todo iba a estar bien.

Epílogo

Yorkshire, Goldenshadow Castle, agosto de 1870

Una semana antes de que se abriera la época de caza del urogallo rojo, ocho familias, que podían considerarse solo una, se dieron cita en Goldenshadow Castle. Querían disfrutar los unos de los otros antes de que arribaran los invitados que se esperaban cada año.

Gibson, el mayordomo del castillo, se puso a la cabeza de sus lacayos; quienes, con libreas rojas con detalles dorados, estaban formados al lado del ama de llaves y sus doncellas. Todo un espectáculo, que el sirviente de más jerarquía aguardaba con honor cada verano. No solo recibían a ocho familias, a estas las acompañaban ayudas de cámaras, doncellas, niñeras. Un número considerable de personas a quienes instalar en las habitaciones de huéspedes y las de servicio. Pero Gibson era un maestro en el arte de dirigir eventos de gran magnitud.

Los anfitriones, Elizabeth y Evander Raleigh, condes de Allard, aguardaban a los pies de la escalinata. Sus hijos revoloteaban alrededor de lady Abbott, la tía de la condesa. También esperaba por los visitantes Agatha, la madre del conde.

De último, llegó corriendo el joven, y cada día más apuesto, hermano de su señoría. Edward Raleigh disfrutaba sus vacaciones con ellos, tras el largo curso escolar en la universidad. Lady Abbott ya le había echado el ojo, ¿con quién podría casarlo? Era tan parecido a su hermano, no solo en el físico, sino también en ese carácter recto, honorable y poco flexible. Pero las señoritas estaban locas con él, aunque no hacía mucha vida social porque se dedicaba por completo a sus estudios y a su lugar como remero en la *Boat Race*, representando a su *alma mater*.

Los Weimar fueron los primeros en arribar, Angelina, la duquesa, adoraba volver a Goldenshadow, ahí había nacido. Los mejores recuerdos de su niñez quedaron atrapados en esas paredes y las vastas tierras que rodeaban la propiedad. Ahí se enamoró de Jason, cuando los padres de ambos se visitaban en todas las vacaciones, procurando que ellos crecieran juntos.

¿Pasaría lo mismo con los hijos de los matrimonios? Aunque tendrían que exceptuar a los primos. Cabía mencionar que muchos de los niños estaban emparentados, ya sea por lazo sanguíneo o político.

El lugar favorito de ambos era un jardín secreto lleno de rosas del que no todos sabían. Siempre que regresaban al castillo, lo visitaban y era como volverse a enamorar.

Angelina le mostraba a su hija los sitios más especiales de la construcción, así como los retratos de sus familiares, para que jamás olvidara sus raíces. Mientras, el duque conducía a su primogénito a su parte favorita de la heredad, los establos llenos de los hermosos sementales que Allard poseía. Ahí nació Brave, el caballo del duque, regalo de su difunto suegro y que ahora mantenía en sus propias tierras.

Daisy y Bradley fueron los segundos en llegar con sus criaturas de la mano. Erick y Joshua se veían felices y eran la adoración de sus padres. Les gustaba rodearse de los otros niños y, aunque tenían diversas edades, para las travesuras todos se unían. Mientras crecían juntos, al igual que sus padres, los hijos de las parejas reforzaban sus lazos de amistad.

Patience y sus hijas también los acompañaron, estaban deseosas de que esa semana terminara para reunirse con los pretendientes que les consiguió lady Abbott a las dos mayores. Josephine era la más reacia al matrimonio, pero conoció a la horma de su zapato, y terminó dando su brazo a torcer.

Ettie estaba fascinada porque le permitieron asistir, y aunque no había muchos jóvenes de su edad, el castillo ofrecía muchas distracciones: el lago, la biblioteca, los jardines. Y, sobre todo, la oportunidad de compartir por última vez con sus hermanas siendo solteras, antes de que se casaran, y que ella misma tuviese que ingresar en el colegio para señoritas, del que renegó en más de una ocasión.

Después de los Pembroke, arribaron los marqueses de Bloodworth con sus criaturas, los acompañaba Price, un antiguo mayordomo que, tras retirarse, se quedó a vivir con ellos como parte de la familia. Oso lo quería como a un padre. Los retoños de Rose eran todos varones, ella se preguntaba cuando traería al mundo una preciosa niña como las de sus amigas. Por lo pronto, sorteaba sus días, entre las fuertes personalidades de su esposo y sus hijos, que parecían gotas de agua de menos edad al lado de su osado progenitor. Sin duda, antes de acabar la semana acumularía un sinfín de reportes, los pequeños Osborne eran los más traviesos y ocurrentes de las criaturas que se dieron cita.

Los orgullosos padres del heredero Peasly no tardaron en hacer su entrada. Los barones llegaron junto a Aurora, quien estaba feliz por tener a todos sus nietos reunidos. Se lamentó por no estar presente durante los sucesos con los que tuvo que lidiar Daisy, pero dio gracias a Dios, que pese a todos los sinsabores que rodearon a su familia, sus tres hijos crecieron fuertes como robles, y jamás se soltaban de la mano.

Los marqueses de Normanby llegaron con su primogénito y sus perros, uno diminuto y el otro gigante, los animales no tardaron en correr hacia Lila, la perrita de Annalise. Los anfitriones

solo esperaban que sus jaurías de caza no enloquecieran con las mascotas visitantes. Tobias, el faldero, era un poco escandaloso, pero los niños lo adoraban. Niall, el gran lobero irlandés, recibió adiestramiento y se volvió el guardián de la familia.

Isabelle y Kilian, los vizcondes Sadice, arribaron con su séquito de hermosos niños que corrieron para abrazar a sus primos. Marybeth, la madre de él, los acompañaba. Era una mujer de buen corazón que procuraba el bien de todos los que conocía.

Los últimos en llegar fueron los duques de Norfolk, y si el séquito de los Sadice era inmenso, cuando Norfolk aparecía con su prole, ganaba todos los premios. Las niñas, parecían tener opiniones propias muy bien cimentadas que no dudaban en sacar a relucir. A Grace, la duquesa, a veces se le sonrojaban las mejillas ante sus ocurrencias. Norfolk, por el contrario, no reprimía las carcajadas. Sus hijas eran voluntariosas y les darían dolores de cabeza, pero las quería libres, reflexivas e indomables como un día lo fue Grace.

Desde la mayor hasta la menor, ninguna cerraba la boca cuando tenía algo gracioso o valiente que opinar. La hija de más edad traía en sus brazos a Darcy, el diminuto perro dorado de Grace. Como ya era más responsable se ganó esa tarea, pero sus hermanas se esforzaban para disputarle el puesto. Y, además, estaban los mellizos que, a sus escasos años, daban a entender que también serían voluntariosos. Los duques se veían radiantes.

Cuando todos se instalaron y los niños quedaron al cuidado de sus abuelas y niñeras, Bradley se le acercó a Daisy que curioseaba en la biblioteca del castillo. Adoraba descubrirla sentada en una mesa de maderas nobles, tras una montaña de libros, planeando cuál sería su siguiente lectura.

—¿Y ahora qué vas a leer? —le susurró con voz seductora. Era maravilloso tener un breve espacio de tiempo para los dos, en medio del turbulento número de invitados y el exceso de actividades que los anfitriones planearon para evitar que los niños se aburrieran.

Y lejos de que ella se emocionara con su presencia, como él anticipó, Daisy dio un gran brinco, sobresaltándose.

—Estoy...

—¿Te he asustado? Perdóname, mi amor. ¿Qué leías, mi pequeña traviesa? —inquirió con un tono mandón muy seductor, suponiendo que su esposa encontró textos ardientes de la sección más secreta de la biblioteca de los Allard. El toque picante le pareció maravilloso a sus propósitos, él ya se traía algo bastante ardiente entre manos.

—Yo... —tartamudeó, y Bradley siguió haciendo conjeturas en la mente—. Sí, me has

sorprendido, pero no es lo que piensas. Esa clase de lecturas está al fondo, y en lo último de la estantería lejos del alcance de los niños. Y, pues, ya la he leído completa, al igual que los mejores libros que tiene Elizabeth. He pasado muchas vacaciones con ellos y he podido devorarlos. Lo que hacía aquí era otra cosa.

—¿Otra cosa? —preguntó intrigado.

—Ya sabes, Rose tiene sus flores, su rosa premiada. Isabelle su biblioteca para niños, Annalise su afición por las plantas medicinales, y yo...

—Tú amas leer y escribir, aunque nunca me has querido mostrar nada. Pero he husmeado, cuando te bañas y dejas sobre tu tocador algunas hojas con tu coqueta caligrafía...

—¿Mi coqueta caligrafía? —Bradley sabía lo que hacía, era todo un seductor—. En fin, Frederick Banes...

—Oh, no. Ese pomposo periodista de nuevo. Creí que ya lo habíamos sacado de nuestras vidas. Odette jamás volverá a Inglaterra; y seguirá el curso de sus días como le convenga muy lejos de nosotros, ha perdido un aforo inmenso de admiradores, debido a atentar contra las personas equivocadas. Robert Roy se pudre en la cárcel, gracias a que otros se atrevieron a denunciar y salieron a la luz muchos asuntos escabrosos, donde desfalcaba a otras personas respetables, aunque no de nuestro círculo. ¿Por qué tenemos que volver a mencionar el nombre de Banes después de que escribió esa infeliz nota que casi nos cuesta todo?

—No seas duro con él. Frederick publicó un artículo magnífico sobre nosotros al siguiente día del baile, no solo ahuyentó cualquier suspicacia, sino que nos dejó en una posición bastante favorable. Nuestra reputación ahora es más valorada y respetada.

—De acuerdo —concedió con los dientes apretados. Era imposible que el hombre le agradara, pero parecía que a Daisy sí, y esperaba que no se hicieran cercanos, para no tener que aguantarlo en situaciones sociales. Después del baile de los Pembroke y el artículo que escribió sobre ellos, más familias aristócratas lo invitaron a sus celebraciones.

—Es escritor y conoce acerca del mundo editorial, algo en lo que yo estaba totalmente perdida. Su imprenta es bastante decente.

—¿A dónde quieres llegar? —Seguía con el mismo tono fastidiado y los dientes tan apretados que casi se los lastima.

—Se ha convertido en mi mentor de ciertos aspectos que quería pulir y... Mira... —Le mostró uno de los ocho libros que reposaban frente a ella—Este es para ti.

Bradley lo tomó y se quedó perplejo admirando la cubierta. Era un libro azul oscuro como

el océano en su parte más profunda, con hermosos detalles en dorado. Bradley no podía hablar, solo alcanzó a balbucear.

«Cuentos de hadas»

por

Daisy Peasly

—Pe... —Más no pudo continuar, seguía anonadado contemplando y revisando el libro. Incluso se lo llevó a la nariz para olerlo, y puso una cara graciosa de completo placer cuando sintió el aroma a páginas nuevas, con un toque del perfume que Daisy usaba—. Huele tanto a ti. Es como entrar a la biblioteca más cara del mundo.

—¡Brad! —lo sermoneó con dulzura.

—Es que se parece a ti, no queda duda de que es tu obra. El diseño es romántico, tierno, elegante, sofisticado. Amor... —Sin soltar el libro, la abrazó con la otra mano.

—He traído los suficientes para repartirlos entre nuestra familia y amigos —le explicó mirándolo a los ojos, muy cerquita—. Antes de que salga a la luz, lo que será en diciembre. Necesito la opinión de personas que tengan un juicio bastante crítico. Además, los que están aquí en Goldenshadow son quienes más amo sobre la tierra, en especial, mis hijos y tú.

—Te juro que voy a leerlo, tras esas frases que he podido husmear, la curiosidad me mata. Pero no necesitabas a Frederick Banes por muy entendido de libros que sea. Estás casada con un conde, con recursos. Solo bastaba que te decidieras y que me lo comunicaras y hubiese puesto a los especialistas más importantes del sector a hacer realidad tu sueño.

—No funciona así, Brad. Un sueño no se consigue si no se gana. Tenía que trabajarlo yo, alcanzarlo yo. Solo así se puede experimentar la verdadera satisfacción.

—En ese caso, tendré que ser más tolerable con Banes, no queda dudas. Con esto ha limpiado su nombre ante mí. —Exhaló con fuerza—. Solo hay algo que no entiendo, la autora —carraspeó para aclararse la garganta— firma como Daisy Peasly, y hasta donde estoy informado esa dama ya se ha casado.

—Oh, Brad, siempre seré tu condesa, la condesa de Pembroke, Daisy Montagu. Pero este anhelo lo tuve desde que era Daisy Peasly, una jovencita repleta de sueños. Quise hacerle un homenaje.

—No tienes que explicarlo, he entendido el punto y está perfecto. Es tu logro, tuyo, solo tuyo. Querida, estoy muy orgulloso de ti. —Buscó sus labios con desespero y los besó con pasión. Esa mujer ocurrente era suya, y al mismo tiempo no le pertenecía a nadie. Ella tomaría las decisiones que considerara con el talento que le otorgó Dios, y a él no le quedaba más que apoyarla, cómo y cuándo ella así lo demandara.

—Esta noche, durante la cena, haré la solemne entrega a nuestras familias y amigos. Las damas ya lo saben y lo esperan con ansias.

—No puede ser que se lo contaras a ellas, y a mí no. —Arrugó el entrecejo.

—Brad, quería sorprenderte y decírtelo cuando pudieras verlo, tocarlo, olerlo... —Soltó una risita recordando la cara que puso al sentir el aroma de las hojas—. Ya he terminado aquí. Esta noche, haré la entrega y espero que nuestros hijos lo amen.

—Parece que has fraguado todo un complot junto a las otras mujeres. Pero si me dices que también mi madre y mis hermanas lo sabían, vas a romper mi corazón.

—De tu casa solo lo sabe Ettie, necesitaba una cómplice todos los días y ella estaba dispuesta a devorar cada página que escribía. Además, mientras Josephine y Margaret permanecieron en el internado, tu hermana menor tras acabar las lecciones con la institutriz, le quedaba mucho tiempo libre para husmear. Henriette fue quien se enteró e insistió para que le contara.

—Ettie, no sé por qué presiento que me dará problemas.

—No se trata de rebeldía. De las tres es la que tiene los pies plantados más firmes sobre la tierra.

—Supongo que tendré que hacer muchas concesiones.

—Y, por otro lado, siempre lo han sabido mis amigas, mi madre y lady Abbott. Esta última resultó también cercana a Banes y facilitó las cosas. Jamás se rinde cuando una causa de rigor se le cruza entre ceja y ceja, y que yo lograra mi sueño se volvió su misión.

—Esa dama está detrás de todos los planes espeluznantes que a tu hermana, tu prima, tus amigas y a ti se les ocurren. Es una mala influencia —agregó bromeando.

—Ni que tus amigos y tú fueran unos santos. No indagaré cómo tan rápido llegó la policía la noche del baile, ni de dónde salieron todas las posibles víctimas de Roy y las pruebas incriminatorias, y menos qué artimañas usaron para dar con su pasado y sus padres. —También lo miró con los ojos entrecerrados.

—No lo somos. —Y la alusión a que «eran todo menos santos», le recordó por qué fue a buscarla a la biblioteca. Metió la mano en su bolsillo y sacó una llave grande, labrada. Daisy no entendió a qué lugar pertenecía—. Lo que abre te encantará.

—¿Oh, a eso venías, pícaro? ¿Qué tramas?

—¿Sabías que en Goldenshadow hay un jardín secreto donde no puede entrar nadie que no tenga esta llave? El dato me lo dio Weimar, y Allard tuvo que entregármela. ¿Me acompañas? — Le extendió la mano y se humedeció los labios.

—¿Estaremos solos? —preguntó y las mariposas en su estómago revoltearon como la primera vez.

—Dicen que es un sitio precioso, lleno de rosas y donde nadie nos interrumpirá.

—¿Qué estamos esperando? Vamos, de inmediato.

Daisy le guiñó el ojo antes de salir corriendo y Bradley la persiguió completamente enamorado.

Mile Bluett

Biografía y Redes sociales

Mile Bluett es una autora de novela romántica, que no solo adora crear personajes y mundos inolvidables, también es muy cercana a su comunidad lectora. Tras apasionarse por la lectura, decidió comenzar a escribir siendo una adolescente y, lo ha hecho desde entonces, compaginándolo con su formación como psicóloga y psicoterapeuta, profesión que también le ha dado satisfacciones. Se considera muy familiar y ser madre es un reto que ama.

Es una enamorada de los libros de amor y sus referentes son Jane Austen, Julie Garwood, Lisa Kleypas, Johanna Lindsey, Karen Marie Moning y Susan Elizabeth Philips.

Escribe romance histórico, principalmente, pero también ha publicado contemporáneo y fantasía, siempre dentro del género romántico.

Sus series más leídas son: Romances Victorianos, Amor Amor, Dioses Paganos y Herederos del mundo. Y los best seller por los que se siente más agradecida son El corazón del duque, La pasión del marqués y Amor Sublime. Sus personajes más queridos: Lord Oso, el duque de Weimar, Morten y Sebastian Casals.

Búscala en sus redes sociales y con gusto te hablará de sus estrenos. Síguela en Amazon y enamórate con sus novelas.

Página de Amazon:

<http://relinks.me/MilePDBluett>

Instagram, Facebook, Tiktok: @milebluett

Goodreads: https://www.goodreads.com/author/show/15456250.Mile_Bluett

Agradecimientos

El recorrido ha sido largo, hermoso y exhausto, pero lo recorrería otra vez con la misma emoción. Como autora, escribir la *Serie Romances Victorianos* me ha traído momentos maravillosos, los que he compartido con mis queridas lectoras y compañeras en este viaje.

Mi agradecimiento es para todos, para cada alma que ha colaborado poco o mucho para que este sueño, que un día tuve, terminara convertido en realidad.

Gracias a ti porque junto a mis manos, mi corazón, mi alma y mi mente les dimos vida a estos personajes. Te agradezco por leerlos, por reír, por llorar, por enfadarte, por enamorarte a la vez que mis damas y mis caballeros, por compartir los lanzamientos, por tus impresiones de las lecturas, las fotografías de las portadas, tus avances, tus reseñas, tus bellas ediciones... No acabaría jamás...

Los protagonistas de la *Serie Romances Victorianos* se quedarán grabados en mí para siempre. Por eso haré un pequeño homenaje a ellos, los que no me soltaron de la mano y los describiré con una palabra, si algo así es posible.

Angelina Ayers, duquesa de Weimar – *CORAZÓN*

Jason Ayers, duque de Weimar – *VALOR*

Elizabeth Raleigh, condesa de Allard – *BONDAD*

Evander Raleigh, conde de Allard – *NOBLEZA*

Rose Osborne, marquesa de Bloodworth – *PASIÓN*

Emery Osborne, marqués de Bloodworth, mi lord Oso – *CORAJE*

Isabelle Everstone, vizcondesa Sadice – *AMOR*

Kilian Everstone, vizconde Sadice – *REDENCIÓN*

Annalise Peasly, baronesa Peasly – *FE*

Jacob Peasly, barón Peasly – *IMPETUOSIDAD*

Laetitia Payne, marquesa de Normanby – *DESAFÍO*

Edward Payne, marqués de Normanby – *SONRISA*

Grace Howard, duquesa de Norfolk – *REBELDÍA*

Desmond Howard, duque de Norfolk – *PODER*

Daisy Montagu, condesa de Pembroke – *ROMANCE*

Bradley Montagu, conde de Pembroke – *PROTECTOR*

Despedirse de una serie, de unos personajes queridos es difícil. Quizás algún día retome a los hijos de las parejas.... Tal vez.

Gracias a quienes hicieron tan hermosas portadas Isa Quintín, libro 1 y 2. Pamela Díaz, libros 3, 4, 5, 6, 7 y 8. Sigo enamorada de las cubiertas. Gracias, Pamela, por maquetar en papel toda la serie, atesoro cada uno de los libros.

Quienes me ayudaron a leer o pulir uno o más manuscritos a lo largo de los libros, millones de gracias. Muchas gracias a Hilda Rojas Correa, Maricela Gutiérrez, Verónica Mengual por el apoyo que siempre brindan como colegas.

Gracias de corazón a Marlene Fernández y Janette Bajuelo por acompañarme en mi camino de letras con la misma emoción del primer día. Compartimos el amor por la literatura romántica y es un honor tenerlas en mi vida para compartir esta increíble pasión.

A Cecilia Pérez de *Divinas Lectoras* y a Fanny MuSa de *El Olimpo entre Libros* gracias por el cariño y el apoyo que me han brindado desde el libro uno de mi carrera, porque siempre han estado presentes.

En los agradecimientos, la familia no puede faltar, sin ellos nada sería posible.

Gracias a mi esposo, mi madre y mi hijo, por estar a mi lado y apoyarme de mil maneras, para poder dedicarle tiempo a mis libros. Los amo con todo el corazón.

Agradezco a mis abuelas Ana Guerra y Dolores Palau hasta el cielo porque son dos grandes pilares en mi vida, que me dotaron de la sensibilidad que me permite dedicarme a la novela romántica. A mi abuelo Joaquín, que nos faltó tiempo para compartir, pero el cariño se queda en el corazón.

Y le mando un abrazo hasta el cielo a mi abuelo Cuco, porque gracias a la presencia de su extensa biblioteca en mi vida y a sus lecciones inolvidables, leer me despertó a las letras y escribir se convirtió en mi horizonte, ahora mi presente.

Y lo más importante, gracias a Dios por los maravillosos dones que aprecio de todo

corazón, sobre todo la salud, el amor, la familia, la seguridad y la paz. Gracias, gracias, gracias.